

TRES SECRETOS MORTALES

RUILE



ELLEN GOODLETT



TRES SECRETOS MORTALES

RULE

TRES SECRETOS MORTALES

RUISE

ELLEN GOODLETT

Traducción de María Laura Saccardo



Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Rule*
Editor original: Little, Brown Books for Young Readers
Traductora: María Laura Saccardo

1.ª edición: mayo 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2018 by Ellen Goodlett

All Rights Reserved

© de la traducción 2019 by María Laura Saccardo

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17545-15-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.



Para Meraki, mi banda de Viajantes,
que siempre está dispuesta a ofrecer un paseo en cerdo,
animar la sala de espera de un aeropuerto o saltar
de un puente conmigo.



Zofi

Zofi se despertó con el sonido de la voz de su madre, más aguda de lo normal. Observó el interior de la carpa con los ojos entornados. La había compartido con ella durante los últimos dos meses, porque no lograba dormir sola. Veía sangre cada vez que cerraba los ojos.

—¿Puedes decirme *por qué* están buscándola? —dijo Madre.

Algo crujió. ¿Un pergamino?

—Todo lo que dice aquí es que debemos llevar a la única hija de Deena con nosotros a la capital —respondió un hombre. Un tono casi... de *Kolonya*—. Usted es Deena. ¿Puede decirnos dónde está ella?

Zofi se levantó de un salto y arrancó cualquier resto de telaraña del sueño. *Arenas*. Ese debía ser un Talon. Madre ignoró su pregunta.

—Esto es totalmente inusual —afirmó Deena, justo fuera de la carpa.

—Es el mandato del rey. —La voz de él se volvió más baja. Madre estaba alejándolo. Para ganar tiempo.

Zofi lanzó el bolso sobre su hombro; un bolso de huida que Madre había empaquetado dos meses atrás. La noche en que Zofi arrojó esa sentencia de muerte sobre su propia cabeza. *Entretenlos*, rezó mientras elevaba su daga y abría una hendidura al fondo de la carpa. Los Talones estarían vigilando el frente.

En el exterior la helada noche del Desierto de Cristal congeló sus pulmones. Respiró profundamente de todas formas, para aclarar su mente. Si lograba atravesar las dunas, podría refugiarse en los peñascos, buscar lagartijas para comer y cortar cactus para beber. Ese desierto la mantendría a salvo durante unos cuantos días, siempre y cuando pudiera alcanzarlo.

Para eso, necesitaba velocidad.

Zofi presionó la daga en su antebrazo. En el momento en que penetró en su piel, sus ojos se cerraron y sus sentidos se orientaron hacia su interior. Cada vena de su cuerpo se encendió como un mapa en su mente. Vio su corazón contraerse para llevar sangre a esas venas, cargadas de oxígeno y nutrientes.

Oxígeno, nutrientes y algo más. Una chispa extra, enviada a su cuerpo a través del corte que acababa de hacer en su antebrazo.

Las Artes de Sangre.

Describir las Artes a alguien que nunca se ha diezmado era tan imposible como explicar un sexto sentido. Las Artes tenían un sabor verde, olor a adrenalina, sonido a frío. Aparecieron por primera vez en las Regiones cuatro siglos atrás y nadie fuera del continente podía utilizarlas. Pero, para los nativos de las Regiones como Zofi (y, desafortunadamente, los Talones que la cazaban), las Artes hacían que proezas sobrehumanas fueran posibles.

Esa noche Zofi recurrió a esa fría adrenalina verde, como si blandiera una aguja mental. Requería concentración, fuerza de voluntad; algunas personas susurraban encantamientos mientras lo hacían, pero eso no era necesario, era solo un truco para ayudar al cerebro. Todo lo que realmente se necesitaba saber para diezmarse era la anatomía del propio cuerpo y hasta dónde podía llevarse. Cómo eran la sangre, el corazón, los pulmones y las venas cuando las explotaban al máximo.

Zofi lo había hecho con suficiente frecuencia como para no necesitar palabras. Reunió todo el potencial de las Artes en su mente y lo dirigió con un solo propósito, un mandato. Vio cómo se expandían sus vasos sanguíneos del modo en que lo habían hecho tantas veces antes, para absorber más oxígeno y bombear más poder a sus extremidades.

Volvió a abrir los ojos. El mundo parecía diferente. La arena volaba alrededor de sus tobillos. Las voces de Madre y del Talon,

aún audibles al otro lado de la carpa, sonaban imposiblemente lentas, como si hablaran con las bocas llenas de melaza. Una mosca se encontraba suspendida sobre su hombro y batía sus alas a una fracción de su ritmo normal.

Por supuesto, solo era así para Zofi. Porque, en realidad, el mundo no había bajado su ritmo.

Ella se había acelerado.

Salió corriendo hacia las dunas, con pies que apenas tocaban la arena. En segundos, atravesó cien metros de desierto para alcanzar la base de la primera duna. Saltó sobre ella, sus manos y pies pasaban de un apoyo a otro mientras la arena se deshacía debajo de ella. A mitad de camino, miró hacia atrás por encima de su hombro, en busca de señales de persecución.

Tres lunas iluminaban el paisaje. Noz y Essex, las primeras dos lunas, pendían sobre su cabeza. Syx colgaba en el horizonte como un globo terráqueo. Glacie, el pequeño pueblo oasis en las afueras en el que habían acampado, se veía desdibujado al fondo; un perfecto círculo de palmeras y construcciones con techos de paja. Y, frente al pueblo, se encontraba el campamento de los Viajantes; varias docenas de carpas alrededor de dos fogatas. Unos cuantos miembros de su banda aún estaban reunidos junto a las brasas encendidas, a pesar de que la cena había acabado horas atrás. Intercambiaban historias nocturnas, un pasatiempo predilecto de los Viajantes.

Durante un momento, a Zofi le dolió el corazón. Ella había crecido en esa banda, se habían movido frecuentemente, vagando alrededor de las Regiones externas. Su banda era su familia; más que una familia, era su *hogar*. El único hogar que había conocido. No quería marcharse.

Pero si se quedaba, se arriesgaba a llevar la maldición de los Talones sobre todos los demás, no solo sobre ella misma.

Concéntrate.

Analizó el campamento. Dos Viajantes de guardia fingían descansar junto al camino. Otro estaba en posición para vigilar el propio oasis; porque, incluso allí, en un pueblo que le decía a Madre que no se preocupara por los Viajantes, aún debían tener cuidado. Solo se necesitaba un idiota supersticioso que divagara acerca de que los Viajantes comían bebés para despertar el odio de toda una aldea.

Lo habían aprendido por las malas.

Junto a los guardias del camino se encontraba el carro de los Talones. Dos caballos de carga estaban atados al carro y tres más pastaban alrededor de las ruedas. Pero sobre él se encontraba un solo Talon, fumando. ¿Dónde estaban los demás?

Sus venas cosquillearon. Solo tenía un minuto o dos antes de que el diezmo se desvaneciera. *Madre se encargará de los Talones*. El trabajo de Zofi era alejarse del campamento tanto como pudiera. Dio la vuelta para seguir subiendo.

¿Cómo la habían encontrado?

Y, más importante, si habían ido por ella, ¿qué había sucedido con Elex? Él nunca la habría entregado. No voluntariamente. Tendrían que haberlo torturado para conseguir una confesión.

Deja de pensar. Las emociones le quitarían velocidad.

Cinco metros hasta la cima de la duna. Sus dedos cosquilleaban; el diezmo estaba apagándose. Las Artes podían hacer a una persona más fuerte, más rápida, inmune al daño, pero solo durante un tiempo. Una vez que el diezmo se desvanecía, la sangre necesitaba recomponerse antes de que pudiera volver a diezmarse.

A menos que se conociera el secreto de los Viajantes.

Los dedos de Zofi revolvieron su bolso. Cinco viales de cristal (refuerzos, como ella los llamaba) estaban dentro. Si fuera necesario, ella podría hacer que esa carrera continuara. Aunque prefería no hacerlo si podía evitarlo. Sabía que podía necesitar esos refuerzos más adelante.

Mientras alcanzaba la cima de la duna, el último rastro del diezmo se filtró en sus venas. Su cuerpo volvió a su velocidad normal, sus extremidades quedaron temblorosas; su cuerpo, dolorido.

Fue entonces que una cuerda enlazó su cintura.

—Viajantes —dijo un hombre—. Tan predecibles.

Zofi abrió sus brazos para evitar que la cuerda la apretara

más. El atacante tiró y ella resbaló hacia él por la cima de la duna. Él había estado agachado al otro lado, esperando. Ella había corrido directamente a la trampa.

Estúpida. Debió haberse quedado en tierra firme, alejarse del camino.

No había tiempo para arrepentimientos. Levantó los brazos y los liberó de la cuerda. El Talon se le acercó y ella lanzó un golpe a su rostro.

Él lo bloqueó con su antebrazo, la mano de ella dio dolorosamente contra el hueso.

—Oye, cálmate. —Él levantó las manos en señal de rendición.

Zofi le dio un golpe en la nariz. Él se llevó una mano a su propia cara.

—Malditos vagabundos... —Dejó de hablar cuando ella le dio una patada en la rodilla. Solo entonces la lanzó hacia atrás. Ella tropezó, hizo equilibrios al límite de la montaña de arena.

Y entonces observó la caída, pensativa. No era *tan* pronunciada. Si giraba por la arena, no sería más doloso que deslizarse por una pendiente nevada de las Montañas Alba.

—Intento ayudar —afirmó él.

Zofi saltó de la duna.

Con un grito de frustración, el Talon cayó tras ella. Rodaron en una maraña de cuero y extremidades. La arena le llenó la boca, los ojos, los oídos.

Al pie, el Talon aterrizó con fuerza sobre ella y extrajo el aire de sus pulmones. Buscó sus refuerzos. *Arenas*. El bolso ya no estaba. Ella miró atrás, lo detectó a mitad de la duna.

—*Escucha*. —El Talon se puso de pie, con las manos extendidas—. El rey Andros me ha enviado. —Bajo la triple luna, él parecía kolonense de los pies a la cabeza, desde su piel morena hasta su ancha y elegante nariz.

También parecía joven. Por una fracción de segundo ella sintió una punzada de culpa. ¿Podía hacerlo otra vez?

Debía hacerlo. Él estaba en su camino.

Él sonrió al confundir la duda de ella con rendición.

—No muerdo.

—Yo sí. —Zofi extrajo su daga y se levantó de un salto, en un movimiento fluido.

Después sintió un pinchazo en el pecho, no más doloroso que la picadura de un insecto. Demasiado tarde, vio a un segundo Talon, mayor, unos metros más atrás y con una cerbatana en los labios.

Veneno. Ella tocó el dardo.

Luego, nada.



Zofi estaba en un bote. Zofi *era* un bote. Giraba con las olas, navegaba por un cielo negro, sin estrellas.

Algunas veces, el cielo hablaba. Sonaba como Elex. Elex, que finalmente la había besado, sus labios eran suaves y perfectos, y encarnaban todo lo que ella siempre había deseado. Justo antes de que aceptara la culpa por sus pecados intentó tocarlo, pero el océano los apartó. El mundo flotaba. Ella estaba hundiéndose, estaba vomitando agua de mar, el cielo era negro, después luminoso, luego negro otra vez.

Finalmente, tras lo que parecieron años, una ola particularmente fuerte lanzó su cuerpo contra la madera dura. Después escuchó la agitación de ruedas, el trote de pezuñas y todo regresó en oleadas también, demasiado rápido: el desierto, los Talones, la persecución por las dunas.

El dardo envenenado.

No estaba en un bote. Estaba en un carruaje.

Zofi se levantó tan deprisa que su frente golpeó un posabrazos. Gruñó y se dobló hacia delante.

—Apunta aquí. —Alguien empujó una cubeta metálica debajo de su mentón.

Una oleada de náuseas la atravesó. Zofi tuvo arcadas, pero, a pesar de los retortijones, su estómago estaba completamente seco. No salió nada de él.

—Mareos provocados por el viaje. Al menos has dormido durante lo peor.

Ella abrió un ojo, luego volvió a cerrarlo. Sentado frente a ella

se encontraba el Talon de las dunas. Ella aferró su cinturón. Rayos, su daga ya no estaba, su vaina estaba vacía. Él suspiró.

—Estuviste ausente durante tres días. Lo siento. Mi superior solo usó el veneno fantasmal porque pensó que estabas a punto de apuñalarme.

Lo estaba, pensó ella. En voz alta, dijo:

—¿Veneno fantasmal? —Su voz sonó áspera y baja. Lamió sus labios secos—. ¿Cómo es que estoy viva?

El Talon torció su boca.

—Solo es letal en dosis altas. Los dardos que utilizamos dejan a nuestros oponentes inconscientes. No causan daños duraderos. Pero, otra vez, lamento que hayamos tenido que recurrir a él.

Nada de eso tenía sentido; un disparo que no tenía planes de matar, un Talon disculpándose con un Viajante.

—¿A dónde estáis llevándome?

—Ya casi hemos llegado. —Él echó a un lado la cortina de la ventana. Los ojos de Zofi se ampliaron y se inclinó para presionar su nariz contra el cristal.

Como niña de los desiertos y del océano, Zofi nunca había visto una jungla.

Árboles de troncos tan gordos como el carruaje se elevaban hacia el cielo. Enredaderas trepaban por sus ramas, interrumpidas por destellos de color; frutas o aves, no lo sabía.

Gracias al espeso follaje, el suelo del bosque era oscuro como el anochecer. Humanos, aves y monos parloteaban tan ruidosamente que Zofi se preguntó cómo había sido capaz de dormir.

Ese debía ser el camino de los mercaderes; la arteria principal de las Regiones. Corría desde los desiertos del Norte a través de la Jungla Eterna. Cruzaban granjeros que arrastraban con dificultad carretas cargadas de frutas y legumbres. Las personas que pasaban vestían caleidoscopios de colores; túnicas rojas y rosadas, pantalones verdes y azules. Incluso los habitantes del desierto, cuyas batas de cuerpo entero les cubrían cada parte de la piel, llevaban telas radiantes, más que las batas negras del Norte.

La mayoría de las personas eran parecidas al Talon que estaba junto a ella. Altas, esbeltas, musculosas, con rostros ovalados, suave pelo castaño peinado hacia atrás, recogido o corto hasta el mentón, lo que hacía que sus pómulos afilados resaltaran aún más. Tenían la piel morena, casi del mismo tono que la de ella. Más allá de eso, no tenían nada en común. Nadie más allí tenía su pelo negro rizado, su rostro angosto o sus pequeñas facciones. Y ella era unos treinta centímetros más baja que todos.

Ella resaltaba.

Un comerciante que pasaba la miró a los ojos a través de la

ventana y levantó los dedos en señal de advertencia, enseñó los dientes, como si ella fuera un demonio. Zofi enseñó sus dientes también y sintió una mínima sensación de placer cuando él saltó hacia atrás, perplejo.

No había duda de a dónde se dirigían. La Jungla Eterna se extendía a través de las Regiones, comenzaba en las Montañas Alba al este y se desvanecía hacia los pantanos del oeste. Precisamente en el centro, donde la jungla era más densa, se erguía la Ciudad de Kolonya, la Región Central.

La única Región que aún importaba.

Su estómago volvió a revolverse, esta vez no por el mareo del viaje.

—Si estoy bajo arresto, tienes que decirme por qué. Esa es la ley.

El Talon rio. Bastardo. Después golpeó el techo del carruaje.

—No estás bajo arresto, Zofi. No tienes que preocuparte por algunas acusaciones de robo insignificantes.

Zofi frunció el ceño. *¿Acusaciones de robo?*

Madre. Ella debió haber inventado una historia para explicar por qué Zofi había huido de los Talones. Claramente ellos no sabían nada acerca de su verdadero crimen y les debió haber parecido raro que intentara escapar.

Pero si los Talones no sabían lo que ella había hecho realmente, entonces, ¿por qué la habían ido a buscar?

—¿Ella está a salvo? —preguntó Zofi finalmente, con cuidado, después de dudar un momento—. Mi madre.

—Deena está bien. Dijo que recuerdes su consejo, sea cual fuera.

Zofi lo sabía. Era de todo lo que habían hablado en los últimos dos meses. Qué hacer si las consecuencias de sus actos la alcanzaban. *Sígueles el juego.*

El carruaje se detuvo de golpe y la puerta se abrió para sorpresa de ella. El Talon mayor, el que la había envenenado, estaba montado afuera, con dos caballos tras él.

—Ahora que estás despierta, podemos cabalgar —explicó el Talon joven—. Pensé que lo preferirías.

El mayor le ofreció una mano. Zofi lo ignoró y montó al caballo más grande. En el exterior, el ruido de la jungla se duplicó.

Incluso montada atraía miradas; algunas curiosas, otras abiertamente hostiles. Ella elevó el mentón e ignoró los murmullos que oía pasar, como «vagabunda» y «lanzadora de maldiciones» entre otros. Zofi ya había escuchado todos los insultos posibles para entonces. Resbalaban por su piel como gotas de lluvia.

—¡Alas de murciélago! —gritó un tendero. Trozos de carne seca, la mitad de los cuales Zofi nunca había visto antes, colgaban del alero del techo de su tienda, cubierto de enredaderas.

—¿En serio las personas se comen eso? —preguntó con una mueca.

—Te sorprendería. Las alas de murciélago son muy sabrosas.
—El mayor de los Talones rio.

Zofi aún estaba pensando en lo desesperada que debía estar la primera persona que se comió un ala de murciélago cuando doblaron por el camino.

Frente a ellos, la jungla se abría. De pronto, Zofi se olvidó a los Talones y que de que el rey quería verla. Se olvidó de todo porque, *arenas*, ni todas las baladas y poemas del mundo la habían preparado para aquella vista.

En el centro de un amplio claro se encontraba la Ciudad de Kolonya. Mil árboles ancestrales crecían tronco a tronco, fusionados en un muro vivo de sólido color café a su alrededor. A sus pies fluía el río Leath. Diez plantas hacia arriba, las oscuras copas de los árboles cubrían el muro detrás de ellos, la verdadera defensa de la ciudad. La muralla estaba patrullada por soldados con armaduras de cuero. Detrás, las diez torres de la Fortaleza Ilian penetraban el cielo. Cada una de ellas estaba construida de madera pétrea de diferente color, desde blanco del haya hasta intenso ébano. Los colores brillaban bajo el sol, resplandecientes.

Zofi había pasado toda su vida en movimiento. Para entonces ya había visto cada una de las ciudades en las demás Regiones.

Ninguna podía compararse.

Miles de personas entraban y salían de la puerta de la ciudad; más personas que gotas de agua en el río, al parecer.

Era la clase de sitio que podía devorar a una persona por completo. Pero, a pesar del peligro que implicaban esos muros, Zofi no podía evitar admitirlo: era un sitio precioso.

—¿La primera vez? —preguntó el Talon joven—. El paisaje siempre sorprende a los nuevos visitantes.

Zofi frunció el ceño. Odiaba admitir que lo fuera, incluso de forma inadvertida. En lugar de responder, azuzó a su caballo.

Él igualó su paso mientras el camino rodeaba los campos de trigo, sin dejar de hablar.

—¿Sabes? Después de que las Regiones ganaran su independencia de Genal hace cuatrocientos años, el mismo rey Ilian plantó este muro. Los árboles se han mantenido en pie todos estos siglos, prueba de que la ciudad no ha sido asediada. «Una corona para el corazón latente de nuestro cuerpo».

Zofi lo miró de reojo. Había leído *La Historia*, por amor de las arenas. Madre se había asegurado de eso; le había dado la misma educación que cualquier chica de Kolonya habría tenido. *Así sabrás exactamente lo que el mundo piensa de las personas como nosotras.*

—Personalmente, me resulta sugerente que el rey Ilian llamara a Kolonya «el corazón de las Regiones» antes de

emprender la misión de conquistar a las otras cuatro — respondió ella. El joven Talon parpadeó sorprendido.

—No *conquistamos* las otras Regiones. Los reyes y reinas de las cuatro Regiones exteriores escogieron al rey Ilian para que sirviera de...

—De gobernante provisional, en caso de que volviera a surgir una guerra contra Genal —lo interrumpió Zofi—. Como acabas de decir, han pasado cuatrocientos años. ¿Cómo de provisional suena eso?

—Olvidas la parte de que *hemos* pasado todos esos años luchando contra Genal.

—De manera intermitente. —Zofi encogió un hombro—. Muchas veces con años de paz en medio. Además, la Ciudad de Kolonya y sus muros no asediados no son exactamente los que sufren. —Había visto el desastre que había causado la Séptima Guerra en la Región Este el año anterior.

—Las Regiones exteriores son nuestro cuerpo, nuestra principal línea de defensa —respondió el Talon.

—¿Alguna vez le has preguntado a esas partes del cuerpo cómo se sienten siendo extremidades desechables? —Zofi resopló.

—No sé por qué desprecias Kolonya...

—Puede que esté enfadada porque el rey ha enviado a subordinados anónimos a secuestrarme, drogarme y

arrastrarme en contra de mi voluntad hasta esta ciudad condenada por las arenas —sentenció ella. Luego se estremeció. *Sígueles el juego*, le había advertido Madre. Discutir con un Talon no era un juego astuto.

—Vidal —dijo él.

—¿Qué? —Zofi frunció el ceño.

—Mi nombre es Vidal. Ahora ya no soy un subordinado anónimo. —Él intentó sonreír y eso solo frunció más el ceño de ella. Era más irritante cuando trataba de ser amable—. No teníamos intención de drogarte. Tienes una idea equivocada; el rey planeaba invitarte aquí, no arrastrarte.

—Sea cual fuera su intención, *he sido* arrastrada. Y aún no me has explicado por qué.

—Pregúntales. —Vidal señaló al frente.

Zofi notó con sorpresa que habían alcanzado la puerta de la ciudad. El puente bajo la compuerta estaba atestado de granjeros, mercaderes y visitantes. Pero en el centro se encontraba otro carruaje de dorado brillante, que dividía a la multitud como una daga. El escudo de alatormentas del rey Andros brillaba en las puertas.

El carruaje se detuvo frente a ellos. Una sirvienta impecablemente vestida abrió las puertas desde el interior.

—Lady Zofi. He venido a escoltarla a la Fortaleza Ilian.

¿Lady?

Esa simple palabra la sorprendió más que cualquier cosa que hubiese escuchado hasta el momento.

Akeylah

Las rodillas de Akeylah palpitaban al inclinarse sobre el cepillo de pelo de caballo. Pero, por más que presionara, la mancha se rehusaba a desaparecer del suelo de piedras. ¿Cómo, en nombre de la Madre Océano, pudieron sus hermanos causar semejante alboroto en una comida? Se preguntó si necesitaría recurrir a otra dosis de lejía, cuando unos fuertes pasos rompieron su concentración. Por instinto se quedó helada, contuvo la respiración. Ella reconoció aquellos pasos.

Padre.

Tal vez ya había bebido suficiente como para pasar sin notarla. Akeylah cerró los ojos. Deseó poder ser como el mar. Agua que fluye entre las grietas, invisible y desapercibida.

No tuvo tanta suerte.

—¿Qué es todo esto? —Padre se balanceaba sobre ella.

—Ya casi he terminado...

—*Casi he terminado* —se burló él en tono agudo—. ¿Acaso te he

preguntado lo que esto *casi* es? —Pateó su cubeta y lanzó agua sucia por todo el suelo del comedor—. Es mediodía, niña. Vendrán invitados pronto; ¿esperas que te veamos gatear por el suelo durante toda la comida? ¿O ese era el plan, quitarnos el apetito con la visión de tu rostro?

Akeylah bajó la cabeza. Sabía que no debía provocarlo. Su muñeca derecha palpitaba con el recuerdo de la última vez que se había defendido. El hueso nunca se había soldado bien y le servía como un constante recordatorio de lo lejos que su padre era capaz de llegar.

—Me disculpo, Padre. Fallo mío.

—Maldición, sí que lo es. —Él tropezó y se apoyó en la mesa para descorchar la botella con los dientes—. Incompetente. Un desperdicio del sacrificio de tu madre.

Akeylah apretó los dientes y fregó con más fuerza. Estaba acostumbrada a los insultos. *Despreciable. Tú eres la que debió haber muerto.* ¿Quién sabía? Él probablemente tuviera razón. Akeylah nunca conoció a su madre, ella murió al dar a luz, pero, de cara a la galería, era la esposa perfecta. La madre perfecta. Perfecta de un modo en el que Akeylah nunca lo sería.

Eres igual que ella, solía murmurar su hermana mayor Pola por las noches, mientras se recostaban en extremos diferentes de la habitación que estaban obligadas a compartir. *No es justo que tú estés aquí y ella no.*

El curandero del pueblo había guiado a su madre por todos los diezmos de curación conocidos. Al final, los diezmos acabaron con ella más rápidamente, las Artes quemaban en su sangre junto con su enfermedad. Y allí estaba Akeylah, siguiendo los pasos de su madre (usando las Artes en un intento desesperado de salvarse a sí misma) y solo los mares sabían si funcionaría.

Crack.

Ella se sobresaltó cuando la botella vacía estalló y regó su falda de cristales.

—¿Me has oído? —Padre se inclinó y Akeylah se obligó a mirarlo a los ojos, temblorosa—. He dicho que eres un desperdicio.

¿Por qué está tardando tanto? Ya debería estar provocando un efecto, algún cambio notable. Pero él parecía tan saludable como siempre, más allá del delator enrojecimiento que el alcohol provocaba en sus mejillas de color aceituna oscuro.

—Te he oído, Padre —susurró.

Tal vez lo había hecho mal. O tal vez la habían engañado como a una tonta.

Había pasado meses investigando. Había visitado cada mercado y feria del pueblo, incluso las oscuras, como el Festival Ananses, una celebración tradicional de la Región Sur, en la que mujeres vestidas como felinos vendían ramos de hierbas secas para ayudar en los partos.

Finalmente, había dado con una pista. Un rumor que la llevó a una feria incluso más extraña, una que solo abría cada tres meses, cuando las tres lunas eran llenas, en un callejón de pescadores. Desde allí, un murmullo la guio hasta un puesto con una cortina negra, atendido por una hechicera sorprendentemente bonita. Una hechicera con una cicatriz que cruzaba su mejilla, desde sus ojos oscuros hasta sus labios delgados.

Por fin, Akeylah pensó que ya había pagado su penitencia. Ya había sufrido suficiente. La Madre Océano le había enviado una salvadora.

La hechicera podría haber sido cualquiera. Un pobre vagabundo o una mujer desquiciada. No había garantías de que nada de lo que le hubiera enseñado fuera real. Pero cuando esa mujer acunó las mejillas de Akeylah en sus manos callosas y murmuró: «Él te matará en semanas a menos que actúes»; ella le creyó.

Tal vez la hechicera estaba equivocada. Tal vez el diezmo no funciona. Tal vez todo esto ha sido en vano.

—Mataste a tu madre. —La saliva de su padre salpicó sus mejillas—. ¿Y para qué? Para que tengamos que aguantar a una niña idiota, haragana y cabeza hueca, que es como ella y nos recuerda... —Su voz se quebró.

—Lo siento —dijo ella. Otra vez. Pero nunca importaba lo que

dijera. Solo importaba lo que Padre escuchaba y eso dependía únicamente de él.

—No lo sientes. Disfrutas de esto. Te regocijas en nuestro sufrimiento. —Él la aferró del cuello con dedos carnosos. Apretó. Ella vio estrellas en los límites de su visión. Su lengua estaba adormecida en su boca y sus ojos se ampliaron como si el mundo fuera a estallar—. Le haría un favor al mundo. Nadie te echaría de menos.

Ella moriría. Del mismo modo en que había vivido. Sola, en una familia de cuervos sobre un risco al límite del mundo. Cerró los ojos. La sangre rugió en sus oídos y le recordó al mar. A las olas en la costa.

Madre Océano, acepta mi espíritu, rezó. Recógeme de este mundo...

No podía recordar el resto. Le dolía la cabeza. Le dolía todo.

Y después, aire.

Akeylah cayó de rodillas y jadeó mientras sus pulmones se llenaban con aire nuevo. La sangre corrió hasta su cerebro. El mundo se inclinó y se meció. Su garganta palpitaba y sus rodillas dolían. Pero estaba viva. Estaba respirando otra vez.

Palabras. Voces.

—¿... seguro?

—Bastante seguro, Padre. —Reconoció la voz de su hermano mayor, Siraaj. No es que fuera un consuelo. Siraaj la odiaba casi tanto como Padre. También Koren y Pola. Él los había puesto a

todos en su contra. Ella era la menor, no deseada. La niña concebida por accidente, demasiado tarde en la vida para que su madre sobreviviera al parto.

Ninguno de ellos se molestaría si él me asesinara, pensó. Solo se quejarían de tener que hacerse cargo de mis tareas.

—¿En la recepción? —preguntó Padre. Luego sus pasos se desvanecieron por el pasillo.

Akeylah permaneció a cuatro patas. Su respiración raspaba. Sonaría como una rana al día siguiente cuando intentara hablar. Si asumía que viviría para ver el amanecer.

—¿Qué has hecho esta vez? —Siraaj empujó la botella rota con su pie—. Sabes que es mejor no provocarlo cuando ha bebido de más. En especial en momentos como este.

El comercio aún era lento, lo había sido desde el final de la Séptima Guerra un año atrás. Las pocas embarcaciones que poseía la Región Este habían tenido dificultades para encontrar suficientes marinos que consiguieran la cantidad de pescado que la Región tenía que exportar a Kolonya, para intercambiarlo por los otros bienes que necesitaban para sobrevivir.

Akeylah analizó el cristal roto, el modo en que la luz se reflejaba en los fragmentos. Había pensado que tal vez la guerra le daría a Siraaj algo de compasión. Que en el campo de batalla él aprendería que algunas veces, cuando alguien te golpea, no eres el culpable. Algunas veces el hombre que te golpea es el

culpable.

Pero la guerra solo parecía haber hecho a sus hermanos más duros. Siraaj y Koren se marcharon como brutos y regresaron como dioses. Bromeaban respecto a los hombres de su batallón que habían muerto. «Debiluchos», los llamaba Siraaj.

Solo Akeylah parecía notar el temblor en las pestañas de él al decir tales cosas. El miedo detrás de sus alardes. Era una agradable mentira. *Los muertos merecían morir.* Si creías eso, podrías creer que nunca serías el que estuviera en el extremo equivocado del cuchillo.

Como ella no respondió, Siraaj salió de la habitación también. Akeylah esperó a que se hubiera marchado. Solo entonces levantó su falda y recorrió los límites de su cicatriz.

Tenía muchas cicatrices. Cortes y magulladuras, al igual que cicatrices más profundas, internas. Pero ninguna era semejante a la que recorría la parte externa de su muslo; era larga como una mano y tan gruesa como su dedo.

Esa herida centellaba.

Palpitaba y era ligeramente azul, como una vena con vida. En ese entonces, era el único consuelo de Akeylah. Una prueba de que finalmente había encontrado un camino para escapar de ese problema. Aunque su padre la asesinara, él no podría escapar de eso.

Haz lo peor de ti, Padre. Yo ya he hecho lo mío.

Una conmoción en el pasillo la hizo volver al presente. Dejó caer su falda y cubrió su cicatriz rápidamente.

Todos en la familia usaban las Artes de Sangre; su padre se diezmaba para tener memoria en las reuniones de negocios, para recordar cada conversación. Pola lo hacía por fuerza para cargar las compras a casa desde los mercados; y Siraaj y Koren conocían todos los diezmos militares.

Pero esas no eran Artes de Sangre. Las Artes obsequiadas por los dioses a las personas de las Regiones por alguna razón. Las Artes habían salvado a las Regiones, habían hecho a su pueblo lo suficientemente fuerte como para que se liberara de Genal. Las Artes hacían a alguien mejor, más rápido, más apto para proteger la única cosa que las Regiones valoraban por encima de todo: la familia.

Pero ¿esa clase de diezmo, la clase que dejaba cicatrices? Esa estaba más que prohibida. Era una abominación, una maldición. La cicatriz era la marca de las Artes Vulgares. A diferencia de las Artes de Sangre, las Artes Vulgares permitían diezmar la sangre de *otras* personas en lugar de la propia. Solo aquellos que compartieran la línea sanguínea; parientes dentro de unas pocas generaciones. Con las Artes Vulgares podía hacerse lo que Akeylah había hecho. Poner un diezmo en la sangre de su padre y plantar una maldición que eventualmente lo mataría.

Usar las Artes Vulgares era peor que un crimen físico. Peor

que un robo, espionaje o asesinato. Era una perversión del regalo de los dioses. Incluso en los días de la reina Idrylla, cuando un grupo de espías genaleses se infiltraron en la corte y torturaron a la hija de Idrylla para que maldijera a su madre, no había habido perdón para los espías o para la hija. Sin importar qué te llevaba a hacerlo, el castigo por usar las Artes Vulgares era la muerte.

—Akeylah. —Pola, su hermana mayor, se encontraba en la puerta—. Padre te quiere en la recepción. —Pola miró la falda de Akeylah y, durante un momento, el corazón de ella se detuvo.

¿Habrá visto la cicatriz? ¿Lo sabe?

Su hermana solo chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Estás hecha un desastre —agregó antes de salir de la habitación.

Akeylah se levantó, inestable. Aún le dolía la garganta por el ataque y las rodillas le palpitaban donde se había golpeado. Pero, cuando Padre llamaba, ella respondía. Había aprendido eso.

Por el pasillo, escuchó voces. De hombres desconocidos, probablemente comerciantes. Padre era el magistrado del sitio y su casa era un paso de mercaderes, cazadores, pescadores y constructores. Últimamente eso había implicado que una estable corriente de cotilleos corriera por la casa; primero acerca del sabotaje de los rebeldes (o la *defensa*, como la

llamaban algunos comerciantes) en Bahía Ardiente. Luego, más recientemente, acerca del Príncipe Plateado, asesinado por un Viajante cerca de su propia puerta. Abundaban las especulaciones; ¿los rebeldes habrían pagado a los asesinos? ¿O habrían sido contratados por Genal?

Recientemente todo lo que esos rumores significaban para Akeylah era que más invitados circulaban por la casa de Padre; invitados a los que ella servía mientras la miraban con deseo muchas veces. Invitados entre los que había simpatizantes de los rebeldes y Talones al mismo tiempo, normalmente los últimos en busca de los primeros. Ella había escuchado rumores de lo que ocurría con cualquiera que fuera encontrado prestando ayuda o apoyo a los rebeldes. De cómo algunas veces los Talones que los capturaban no podían molestarse en transportarlos de regreso a la Ciudad de Kolonya para un juicio justo. De cómo era más sencillo si un «accidente» alcanzaba a sus cautivos en el camino a casa.

Al escuchar eso, Akeylah no podía culpar totalmente a los rebeldes por sus acciones.

No, ella no perdonaba los ataques a Bahía Ardiente, en donde la rebelión hundió embarcaciones de Kolonya, sus propios aliados. Y no creía en asesinar a los propios líderes, aunque hubiera rumores de que esos líderes, como el Príncipe Plateado, estuvieran detrás de muchos de los métodos más recientes y

brutales de tratar a los rebeldes.

Pero ella entendía la ira. Entendía los tatuajes que había visto enseñar a algunos mercaderes recientemente; el antiguo pez de Tarik, símbolo de la Región Este, antes de que jurara ante Kolonya y fuera conocida nada más como el Este.

Así que, cuando Akeylah abrió la puerta de la recepción y se encontró frente a dos Talones en uniformes formales, con insignias de alatormentas picudos en sus pechos, todo lo que pudo pensar fue: *Esos pobres rebeldes*. Los Talones debían estar allí para cazarlos.

El corazón le dolía solo de pensarlo. No podía aguantar más batallas, en especial de Regiones contra Regiones.

—¿Cómo puedo servir a tus invitados, Padre? —preguntó con una reverencia. Padre no respondió. El Talon de pelo plateado se inclinó al frente, con los codos sobre las rodillas.

—No hemos venido por tu padre. Hemos venido por ti, Akeylah dam-Senzin.

De pronto, todos sus miedos cambiaron. Se intensificaron. La sonrisa del Talon era amigable, pero Akeylah sabía que no podía juzgar a un hombre por eso. Su estómago cayó como un ancla. De forma inconsciente, sus dedos se acercaron a la cicatriz en su pierna.

—¿Disculpe?

—Debes estar sorprendida de vernos, estoy seguro —intervino

el otro Talon—. Nos disculpamos por la abrupta llegada. Habríamos escrito antes, pero no había tiempo.

—Estamos aquí por asuntos del rey —agregó el del pelo plateado—. Él te invita a la celebración del cambio de mes.

Los ojos de ella se ampliaron. Se dispararon de los Talones hacia su padre. A juzgar por su aspecto gris, él estaba tan confundido como ella.

El silencio se extendió, hasta que se dio cuenta de que los hombres esperaban su respuesta. Akeylah no acostumbraba a que le hicieran preguntas y mucho menos a que le dieran oportunidad de responder.

¿Qué opción tenía? Cuando el rey Andros hacía una invitación, debía aceptarse. Aunque ella no podía concebir por qué él la invitaría a ella entre todo el mundo para asistir a un evento. Su familia era de la nobleza, en tanto los esteños seguían esa clase de tradiciones. Pero si el rey simplemente tenía intención de recibir a su familia en la corte, la invitación debió haber sido para todos los hermanos a la vez, o solo para Siraaj al ser el hijo mayor.

¿Eso podría ser un ardid? ¿Un modo de atraer a Akeylah hacia la Ciudad de Kolonya para que el rey pudiera encontrar evidencia de su traición? La prueba escocía en su muslo. Solo requeriría que una persona la viera, mientras estaba cambiándose o bañándose, y el rey Andros tendría las pruebas

de sus pecados que necesitaba.

No tenía importancia. Si la alejaba de allí, incluso una pena de muerte sería un alivio bienvenido. El rey tendría más misericordia en su ejecución que su padre.

—Será un honor asistir a mi rey, señores.

—Me alegra escucharlo —respondió el del pelo plateado—. Ya que debemos partir en breve. —La vista de él recorrió la vestimenta de ella y su rostro se ruborizó.

Akeylah sabía que no era una esteña atractiva. Su cabello era color caoba lodoso, caía en ondas difíciles de manejar. Sus ojos eran demasiado grandes y de un inusual amarillo verdoso, no azules como los de sus hermanos. El color hacía su piel algunos tonos más oscura que la de su familia, pero no tan oscura como la de esos Talones; frente a ellos parecía pálida.

Pero las andrajosas ropas de limpieza que vestía entonces, una camisa desgastada y una falda arrugada, solo hacían que su apariencia fuera mucho peor.

Para crédito de él, ese Talon solo sonrió.

—Vístete para la corte, milady.

Lady.

En términos de Kolonya eso era técnicamente cierto, pero nunca nadie la había llamado así. Ni siquiera los otros Talones que habían pasado por allí.

Siempre había sido solo *chica* o *sirvienta*, o, algunas veces,

cuando ya habían bebido tanto como para ponerse traviesos, *dulce doncella del mar*.

—Prepararé mi equipaje enseguida. —Akeylah volvió a hacer una reverencia.

Era muy probable que estuviera vistiéndose para su propio funeral. Nada bueno podría resultar de esto. Aun así, cuando abrió la puerta para marcharse y encontró a sus tres hermanos empujándose para espiar por la cerradura, no pudo evitar sentir una oleada de diversión.

—¿Esos son Talones? —murmuró su hermano Koren.

—Me pregunto si están cazando rebeldes. —Siraaj simuló golpear a un rebelde en la cara y Akeylah se hizo a un lado para esquivar el golpe.

—Tal vez estén reclutando —señaló Pola—. Ambos han servido en la guerra.

—Los esteños solo son buenos como marinos y cañoneros, sabes eso. —Koren resopló—. El rey nunca confiaría en nosotros para ser Talones.

—Ni siquiera cuando hemos sangrado por él —balbuceó Siraaj.

Akeylah los esquivó y los dejó discutiendo. Los dejó adivinar de qué se trataría todo aquello. En cuanto a ella, solo rezaba poder encontrar un buen vestido en su andrajoso armario que fuera apropiado para un viaje de visita al rey.



Florenxia

A pesar de las estrellas previas al amanecer que asomaban por las ventanas, el salón de lord D'Vangeline Bueno en la Fortaleza Ilian estallaba de vida. Su hija Lexena presidía la pista de baile, su cruda risa hacía eco en los elaborados frescos dorados del techo.

Él lo había dado todo en esa fiesta: el baile de la mayoría de edad oficial de Lexena. La fuente de chocolate llenaba sus propias copas y grandes decoraciones plateadas traslúcidas colgaban del techo, con la forma de los símbolos de las Cinco Regiones. El pez de la Región Este danzaba por el techo, seguido por el gran gato del Sur, el escalador de arena del Norte, la garza del Oeste y, por supuesto, más extensa que todas las demás, el alatormenta de Kolonya. Las extensas alas del ave casi tocaban ambos lados del techo abovedado; y eso era apenas una ligera exageración de su tamaño en la vida real.

Florenxia observaba desde su sitio, entre las criadas de las

damas. Estaba entre las sombras debajo del balcón, fuera de la vista y de la atención hasta que su dama a cargo requiriera su ayuda. Se esperaba que apareciera a los pies de la dama de la nobleza de inmediato, como si leyera su mente.

Por lo general, Florencia era muy buena en eso. Pero esta noche tenía otras preocupaciones.

El mes anterior una sirvienta había sido descubierta en la cama de un miembro de la baja nobleza. Normalmente habría sido expulsada por conducta inadecuada, pero era una de las preferidas de lord Bueno. Él bendijo la unión. Después de que un hombre como Bueno diera su aprobación, los padres del noble no tuvieron mucha más opción que permitirle desposar a la plebeya. La chica incluso cenaba en la corte desde entonces, aunque fuera en los márgenes del Gran Salón.

A partir de ese momento, Florencia había analizado atentamente a la familia de lord Bueno. No tenía intenciones de escabullirse por los pasillos de servicio para siempre. Si ella se convertía en la nueva favorita de Bueno, tal vez algún día también pudiera mejorar su situación.

Ren observó a lady Lexena hablar con lord Gavin. Ese sería un buen pretendiente para Lexena. El linaje de la familia de Gavin podía llegar hasta los reyes de Oonkip, cuando la Región Oeste aún era conocida como tal. Allí en Kolonya se habían labrado una buena reputación con el comercio de la madera. La guerra

implicaba que Kolonya comprara mucha madera. Tenía que construir embarcaciones de algún modo.

Una puñalada de arrepentimiento la alcanzó. *Siete embarcaciones, mil ochocientos cincuenta y cuatro soldados.*

No podía pensar en eso. No en ese momento. Había aprendido su lección y nunca repetiría el mismo error. Tenía que mirar hacia adelante. Hacia el futuro que abriría para sí misma.

Lexena se apoyó en el brazo de Gavin con una chispa en sus ojos. Las historias de Gavin, Ren lo sabía por experiencia, eran de variedad interminable y divagante. Pero, por una vez, al parecer, había encontrado una audiencia atenta. La risa de Lexena hacía que todo el semblante de él se encendiera.

Pero la risa atraía más miradas que la de Ren. Incluso la peor de todas.

Ren salió del recoveco de las sirvientas cuando la más venenosa serpiente de todo ese agujero se acercó a Lexena y Gavin.

La dama a su cargo, lady D'Garrida Sarella, tenía mala reputación por dejar a los corazones hechos pedazos y sabotear reputaciones a su paso. A juzgar por la sonrisa ladeada que le ofreció a lord Gavin, buscaba un poco de ambas esa noche.

Mientras Ren se acercaba, Sarella agitó sus pestañas con reflejos de color esmeralda. Era preciosa de un modo casi irreal, sus pómulos afilados, su nariz ancha y elegante, su piel de un

perfecto tono moreno bendecido por el Sol. En cada centímetro, la mujer kolonense ideal, Sarella blandía su belleza del modo en que un soldado lo haría con su espada.

—Gavin. —El nombre de él se fundió como cacao en su lengua—. No te he visto en toda la tarde. No me habrás abandonado por tan aburrida multitud, ¿verdad? —Ella le ofreció una mano.

—No podría ni soñarlo. —Gavin se llevó los dedos de ella a sus labios. Lexena estaba totalmente olvidada.

Sarella cerró su mano en el brazo de él, donde Lexena había estado apenas un momento antes.

—Gracias al Sol. La última vez que nos vimos habías comenzado a hablarme de tu participación en la Séptima Guerra y he estado esperando en ascuas desde entonces...

—Milady. —Ren se metió en su camino. Ella servía como criada de Sarella y normalmente se vería forzada a ponerse de su parte en una situación como esta. Pero, para ganar la simpatía de lord Bueno, las prioridades de Ren tendrían que cambiar.

Además, tenía que admitir que Sarella le molestaba más que las demás mujeres de la corte. Eso podría ser divertido.

—No te he llamado. —Sarella la miró con los ojos entornados.

—Lo sé, milady. —Ren inclinó su cabeza en una falsa disculpa—. Pero lord Jadin estaba preguntando por usted. —Lord Jadin, a quien Sarella había pasado seduciendo la mitad de esa fiesta,

para apartarlo de lady Halley—. Ha dicho algo acerca de algo que ha dejado antes por error en sus manos.

Ren necesitó cada gramo de autocontrol para no sonreír ante la furia que brilló en los ojos de Sarella. Gavin pasó la mirada entre Sarella y Ren, después por encima de su hombro hacia lady Lexena. Pobre tonto.

—¿Debo recuperarlo por usted? —continuó Ren con voz suave e inocente—. ¿O prefiere quedar con lord Jadin en su habitación para recogerlo? Es su preferido, mi Lady, con el bordado de encaje, así que asumo que no quiere perderlo.

Eso fue suficiente. Gavin liberó su brazo del de Sarella, con una sonrisa amable pero fría.

—Parece que tienes asuntos pendientes, lady Sarella. Guardaré mi historia para otro momento.

Gavin y Lexena se alejaron hacia la pista de baile. Durante un momento, Ren disfrutó de los frutos de su trabajo.

Solo durante un momento.

—Pagarás por esto, niña. —Sarella frunció el ceño.

Niña. Qué importaba que Sarella y Florencia tuvieran la misma edad. Habían crecido en la Fortaleza, educadas en política y rencor del mismo modo. Eran lo mismo, excepto por el accidente de sus nacimientos; Sarella, hija de un Lord y una Lady; Florencia, hija de una criada y un padre desconocido.

No era justo. No estaba bien que chicas como Sarella tuvieran

la oportunidad de ascender en el mundo, mientras que otras como Ren (chicas más listas, astutas, *mejores* en ese juego) estuvieran forzadas a quedarse de pie, sumisas en las sombras, a la espera de sus órdenes.

Ren solo esperaba haber hecho una apuesta correcta. Miró sobre su hombro, rastreó a lord Rueno. Él estaba ocupado en otra cosa. Pero seguramente su hija mencionaría, si la animaran, a la criada que la ayudó a conseguir un baile con un buen pretendiente...

No *importa*. Sarella siempre hacía de su vida un infierno. Elevaba quejas insignificantes y llamaba a Ren en mitad de la noche, o la reprendía mientras estaba ebria por haber puesto en el sitio equivocado cosas que la misma Sarella había extraviado o roto. Ren había perdido la cuenta de las veces que Sarella había ido a dar quejas sobre ella a Madam Oruna, la jefa del personal. Una nueva serie de quejas no marcaría la diferencia; Oruna no despediría a Ren aunque quisiera. No cuando Ren sabía qué cama calentaba Oruna cada noche.

Así que simplemente sonrió cuando Sarella salió con rapidez. Cualquier contratiempo que causara, valía la pena por la mirada en su rostro. Valía la pena quedarse en su sitio mientras Sarella iba directamente hacia el bar.

Incluso cuando decidió controlar la vergüenza bebiendo varias copas de néctar de amaranto una tras otra, valió la pena. Valió

la pena cuando Sarella la llamó, borracha, para que la llevara a casa.

—No es apropiado que una criada deje a su dama dando trompicones, ¿o sí? —siseó Sarella, en voz baja, justo antes de tropezar de un modo tan espectacular que Ren la atrapó por acto reflejo.

Por el Sol. Incluso ebria, Sarella era una oponente formidable. Sabía que Ren no podía descuidarla, no en un evento como ese. Lord Bueno estaba observando, ávido por asegurarse de que sus invitados se marcharan seguros. Así que ella inclinó la cabeza en su dirección, enlazó el brazo de Sarella sobre su hombro y comenzó la laboriosa tarea de cargar con la chica hasta los aposentos D’Garrida. Los pasillos de la torre de madera de palisandro nunca habían parecido tan largos con Sarella colgando sobre su cadera, con el aliento caliente y apestando a flores.

—Hogar, dulce hogar —balbuceó Ren cuando finalmente llegaron a la enorme puerta de madera. Requirió toda su fuerza restante el abrirla con su hombro. Cuando se deslizó hacia adentro, ambas se tambalearon en el umbral.

El sol ya estaba tiñendo las cortinas de gasa de rosa con su primera luz. Tendría que advertirle a la criada de la mañana que retrasara el desayuno.

—Así que, ¿por qué Gavin? —Sarella le ofreció su espalda a

Ren. Ella comenzó a desatar su intrincado conjunto de cuatro piezas, que parecía consistir más en nudos y lazos que en verdadera tela—. ¿Has puesto tus ojos en él? —Arrastraba la voz, pero Ren no cometería el error de subestimar a Sarella por segunda vez.

Se mordió el labio y tiró de los lazos del vestido más fuerte de lo que era estrictamente necesario.

—Puedes quedártelo. —Sarella sacudió la cabeza y el corte bob a la moda de su melena rozó sus mejillas—. Yo tengo mi atención puesta más arriba. Mi soltero preferido regresará a la corte la próxima semana.

Los dedos de Ren se quedaron quietos. Sin poder resistirse, miró al espejo. Vio a Sarella sonriéndole a su propio reflejo como un gran gato a punto de saltar sobre un guacamayo.

Seguramente no se refiere a...

Pero Ren ya conocía los gustos de Sarella. Recordaba el modo en que ella lo había perseguido la última vez.

—¿El embajador del Este va a volver? —La voz de Ren ni siquiera tembló. Estaba volviéndose buena en eso.

—El embajador Danton me escribió la semana pasada. —Sarella volvió a sacudir esas pestañas pintadas—. Ha dicho que está ansioso por el reencuentro.

Por supuesto. Ren debió haberlo visto venir. Primero Bahía Ardiente, el asesinato del príncipe Nicolen dos meses atrás...

Claramente los esteños no se detendrían hasta que Kolonya muriera.

Lo que significaba que Danton necesitaría más información pronto.

Las venas de Ren se congelaron.

El derramamiento de sangre no era raro para las Regiones. Desde el momento en que cinco grupos diferentes de conquistadores genaleses dominaron las Regiones previamente inhabitadas, ellos habían sufrido. Primero como cinco colonias abusadas y abatidas que Genal explotaba por tanto dinero como pudieran escurrir de las espaldas de los conquistadores. Luego, cuatrocientos años atrás, cuando las Regiones declararon la independencia e iniciaron la primera Guerra de Reconocimiento, sangraron y murieron por la libertad. Desde esa primera guerra, seis más los habían azotado, cada una más sangrienta que la anterior.

Pero la batalla de la Bahía Ardiente era diferente. Ese no había sido un ataque de Genal.

Seis meses después de que la tinta se secara en el Séptimo Acuerdo de Paz con Genal, rebeldes del Este habían emboscado a la flota de Kolonya en retribución por el supuesto monopolio de muchos de los recursos de las Regiones.

Como si más muertes pudieran ser la solución correcta. Como si una guerra interna fuera a solucionar las ruinas de una

externa.

Siete buques fueron hundidos en Bahía Ardiente, una gran parte de la flota restante de Kolonya. Y mil ochocientos cincuenta y cuatro Talones, marinos y soldados rasos, murieron en esos buques. Solo unos pocos sobrevivieron para describir el horror de esas llamas que se extendían por derrames de petróleo en el agua, los gritos de sus compatriotas al hundirse en las aguas en llamas de la Bahía Davenforth; más conocida como Bahía Ardiente en el presente.

¿Por qué murieron?

Porque Florencia fue tan ingenua como para confiar en un hombre que había construido su vida en base a la traición.

—Lo que me recuerda —continuó Sarella—, que debo hablar con Madam Oruna. Necesitaré a una criada más capaz mientras Danton esté en la ciudad. Su gusto es... exquisito.

Las manos de Ren temblaron tan fuerte que apenas pudo retirarle el vestido. Se esforzó por mantener su rostro inexpresivo, sin emociones.

Por dentro, los recuerdos surgieron.

Danton en la cueva, su sitio secreto, el único lugar en la fortaleza en el que podían estar solos. Danton rodeándola con los brazos, la sonrisa descuidada. Los labios de Danton sobre los suyos, ardiendo de calor.

Danton tratándola como a una igual, al menos en privado.

Danton en público, su mirada que pasaba más allá de Ren. Danton coqueteando con las cortesanas. Bailando con Sarella, con su sonrisa encantadora, una mano alrededor de la cintura de ella. Siguiéndola movimiento por movimiento mientras danzaban alrededor de la idea de hacer más.

La mirada que Danton le dedicaba mientras se acercaba para llenar la copa de Sarella.

—Imagino que no te molestará ser reasignada. —Sarella levantó los brazos del mismo modo en que lo hacía todas las noches. Que el Sol protegiera a una dama de tener que desvestirse a sí misma. En esta ocasión, la desnudez de Sarella era como un desafío. Un reto—. Nunca has disfrutado viéndome con él, ¿no es así?

Ren buscó la bata de Sarella y la dejó sobre sus hombros, con los ojos fijos en su reflejo del espejo. Ren sonrió ampliamente, así que Sarella no pudo ver lo forzada que era.

—Como usted crea, milady.



En el momento en que Sarella sopló las velas, Florencia se dirigió a los aposentos de las criadas. Podría haber esquivado el área común y dirigirse directamente a su cuartucho; una cama simple y un estante de dos por dos, el único sitio del mundo que podía llamar propio. Pero dormir era imposible en ese

momento. Sin importar lo exhausto que estuviera su cuerpo, su mente estaba acelerada.

Danton regresará.

Con él volvía todo lo que Ren había evitado durante seis meses. El hambre desesperada cuando se besaban. El modo en que él se abría y compartía sus más profundos miedos. La manera en que ella lo correspondía, como nunca se había atrevido a hacerlo antes. Ella le había dicho todo, incluso más que a Audrina, su mejor amiga. Compartieron sus sueños, sus esperanzas, sus ambiciones por tener más en la vida de lo que habían recibido al nacer.

Después, esa misma ambición lo había llevado a apuñalarla por la espalda.

Y ahora regresaba, y, con él, más que un corazón magullado. Si alguna vez él le decía a alguien lo que ella había hecho...

No. Danton era muchas cosas, pero no un bocazas.

Eso esperaba.

Así que, más que dormir, Ren buscó a su mejor amiga. La encontró, como de costumbre, reclusa en una esquina. Ren no sabía qué había llegado primero, la preferencia de Audrina por la soledad o las opiniones de las otras criadas acerca de que era demasiado presumida para socializar. Había intentado involucrar a Audrina en su círculo social, pero Aud siempre encontraba un modo de escabullirse por su cuenta.

Era una pena, porque Audrina era la chica más lista de por allí, con la posible excepción de Ren. Pero si ella prefería la soledad, que así fuera.

—Aud. —Ren se desplomó en el banco y observó la pila de productos de limpieza y las sábanas sucias en las que Audrina estaba enterrada—. Prueba con el aceite de lavanda; es mejor con la seda que el blanqueador.

—Ya lo he intentado. Creo que esta será una pérdida. —Audrina fregó las manchas oscuras de la tela pálida.

—¿Qué ha sucedido, alguien derribó su orinal?

—Nada tan asqueroso. —Audrina bufó—. Lady Halley se apasionó demasiado con su chocolate nocturno en la cama.

—Es un misterio cómo algunas de estas mujeres son capaces de comer su propia avena. —Ren suspiró.

—No seas ridícula. Ninguna de ellas se encorvaría para comer *avena*. —Ambas se rieron. Luego Audrina vio la expresión de Ren y sus manos rígidas—. ¿Qué ha sucedido?

—¿Sabes? Eres la única que puede hacer eso —dijo Ren con el ceño fruncido.

—¿El qué, leerte? —Audrina elevó las cejas—. Lo dudo. Tus hombros se desploman cuando estás molesta. —Ella se inclinó hacia adelante en una imitación exagerada—. Y cuando estás enfadada, haces este mohín, como un pato...

—Ya. —Ren dio una palmada en el hombro de su amiga—. Lo

entiendo, soy fácil de descifrar. —El silencio se extendió, agradable al principio, pero fue volviéndose incómodo mientras más duraba. Finalmente, Ren se aclaró la garganta—. Él va a regresar.

No necesitaba decir quién.

—Por el Sol —exclamó Audrina. Ella no sabía nada del secreto que compartían Ren y Danton; el verdadero peligro de su regreso. Pero conocía su amorío. Había cubierto a Ren en más de una ocasión cuando necesitaba reacomodar su horario para poder escaparse con él durante una hora o dos—. ¿Cómo lo sabes? Él no *te ha escrito*, ¿o sí? Si ese canalla malvado intenta reanudar las cosas, juro que...

Ren rio con amargura.

—Nada de eso. No te preocupes —y agregó, cuando la grieta entre las cejas de Audrina se profundizó—: No voy a caer por él.

Audrina comenzaba a responder, cuando las puertas de la habitación se abrieron de golpe. Las dos levantaron la vista, sorprendidas. Solo media docena de criadas se encontraban en la sala común a esas horas, la mayoría aún acomodando sus uniformes. Se alzaron chillidos cuando las criadas reconocieron al intruso, Josen, uno de los escuderos. Tarde, él cubrió sus ojos.

—Una llamada de arriba —exclamó sobre las protestas—. Florencia es requerida en el Gran Salón.

El interior de Ren se congeló.

Los sirvientes nunca eran llamados por sus nombres. Especialmente no por escuderos y definitivamente no al Gran Salón. Si una dama requería asistencia, hacía sonar la campana con su cuerda y cualquier criada disponible respondía.

Ren se levantó, asintió hacia Josen y él desapareció. Después, intercambió una mirada nerviosa con Audrina.

—Estoy segura de que no es nada —susurró Aud. Tampoco parecía convencida.

Si lady Sarella se dirigía a Oruna y realizaba una queja formal, Ren podía darle un beso de despedida a su cómoda vida en la fortaleza. Sin mencionar cualquier esperanza de ascender en su posición. Por el Sol, ¿cómo pudo hacer una apuesta tan baja? ¿Acaso Bueno la había visto ayudando a su hija? ¿Sería suficiente para ganar el perdón?

Otra vez. El frío en sus entrañas se convirtió en hielo. Eso podría no tratarse de Sarella en absoluto. Los nobles no se involucrarían en cuestiones como despedir a la criada de una dama; le dejarían eso a Madam Oruna.

Pero si Danton decidía congraciarse con el rey al exponer a un traidor dentro de la fortaleza...

En Kolonya, la única misericordia que un traidor podía esperar era una sobredosis de veneno fantasmal, antes que una cruel ejecución. De cualquier manera, la muerte era segura.

Ren enderezó sus hombros, luego elevó el mentón mientras

salía de la habitación. «No puedes controlar tu destino», le decía siempre Madre. «Solo el modo en que lo enfrentas».

Cualquier forma que el juicio del Sol tomara, Ren lo miraría directamente a los ojos.

Akeylah

Q—úitate el vestido.

Akeylah se quedó helada. Los Talones del rey la habían escoltado por las calles ocupadas y vertiginosas de la Ciudad de Kolonya, después la entregaron a una tropa de criadas que cargaron el escaso equipaje que poseía por los escalones en espiral de la torre de caoba de la Fortaleza Ilian.

«Esto es tuyo», había dicho una de las criadas, como si realmente le *perteneciera* a ella. En ese momento se encontraba en el interior de la más suntuosa habitación que hubiera visto jamás, su suelo y muros eran de madera pétrea de caoba; el mobiliario, de roble acentuado con seda rosada. Había comenzado a pensar que estaba equivocada. Que el rey no la había convocado para revelar pruebas de su traición. Que la invitación a asistir a una celebración era genuina. Pero entonces la criada fue por su falda y el pánico de Akeylah regresó.

—Rápido. —La mujer de rostro severo sujetó la parte inferior

de su vestido—. El rey quiere verla en el Gran Salón de inmediato... Milady, ¿está bien?

Akeylah dio un paso lejos de las manos de la mujer tan rápido que tropezó con un banco y chocó contra la pared de la recámara.

—Sí, bien. —Ella alisó su vestido. Era antiguo, de mangas largas y cuello alto. Un vestido que había estado a la moda dieciséis años atrás; lo que tenía sentido, ya que Akeylah lo había robado del antiguo baúl de ropa de su madre. Fue lo más cercano a un atuendo apropiado para la corte que pudo encontrar—. Si el rey me ha llamado, no quiero hacerlo esperar. —Akeylah enseñó una sonrisa que esperaba fuese más ganadora que nerviosa.

Realmente en todo lo que podía pensar era en la cicatriz que palpitaba en su muslo. Si esa mujer levantaba su vestido, vería el ligero destello azul, reconocible para cualquiera que hubiera nacido escuchando historias de malvados hechiceros que practicaban las Artes Vulgares. En el improbable caso de que el rey *no hubiera* enviado a esa criada para desvestirla en busca de evidencia... Bien, Akeylah no deseaba exactamente andar proclamando sus pecados.

—Pero... milady. —La criada frunció el ceño—. Ha estado viajando durante días. Seguramente le gustaría darse un baño y ponerse un atuendo limpio.

—No. Gracias, pero... este es el único vestido apropiado que poseo.

Eso, al menos, era cierto.

Un golpe a la puerta la salvó. Era un mensajero, que se inclinó tanto que su nariz casi toca el suelo.

—He venido a escoltar a milady al Gran Salón —informó al suelo.

—Esteños olvidados por el Sol, ni siquiera se viste para un rey... —balbuceó la criada cuando Akeylah prácticamente huyó de la habitación.

Ella se sobresaltó. Odiaba representar a su pueblo de aquel modo. Los Mares sabían que los kolonenses ya consideraban a los esteños como una clase baja y poco educada. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto en ese momento. Se enfrentaba a mayores problemas.

¿Cómo podía mantener su cicatriz escondida? Aunque la invitación del rey fuera inocente, ella debía tener cuidado de nunca enseñar la evidencia de su traición. Si el rey Andros descubría lo que había hecho, no podía esperar misericordia.

No tendría importancia que su padre casi la matara primero, al menos una docena de veces. No tendría importancia que fuera en defensa propia. Akeylah sería vista como una abominación, la que había pervertido las Artes.

Pagaría el precio por eso.

No le llevó mucho tiempo llegar al Gran Salón. Las inmensas puertas de madera de cerezo estaban decoradas con tallados de batallas famosas: la derrota de la Fortaleza Ilian al rey Morfean de Genal, el rey Gellien izando la bandera de las nuevas Regiones. En un panel central, cuatro óvalos entrelazados rodeaban un círculo central ornamentado con un alatormenta; las Regiones externas unidas alrededor de Kolonya.

El mensajero realizó una llamada y las puertas se abrieron hacia adentro para revelar un extenso salón del trono. Un pasillo vacío llevaba hacia el estrado en el que se encontraba el cascarón de un hombre.

—Akeylah dam-Senzin —dijo él—. Bienvenida a la Ciudad de Kolonya.

Los hombros del rey Andros estaban caídos, su pelo más gris que castaño. Parecía mucho mayor que el rey tallado en las puertas, pero ella aún podía ver la fuerza desdibujada en su cara; una amplia nariz y pómulos afilados debajo de unos ojos aún más afilados. La corona en su cabeza también era inconfundible. Dos garras doradas rodeaban su rostro y un círculo de plumas superior replicaba el patrón plateado y dorado de un alatormenta.

El rey Ilian había adoptado esa enorme ave de presa como el símbolo de Kolonya después del famoso vuelo de un alatormenta que lo había ayudado en la batalla; el ave había

clavado sus garras en la cara de un soldado genalés, de modo que Ilian pudiera decapitar a su enemigo. En el presente, las tropas de Kolonya entrenaban a los alatormenta para que volaran con ellas en la batalla. «Como los alatormenta gobiernan el mundo natural, Kolonya gobierna las Regiones», escribió Ilian.

Todo lo que Akeylah podía pensar era que desde que ese primer alatormenta había ayudado al rey, esas aves, antes majestuosas, se habían convertido en poco más que mascotas entrenadas.

Las puertas se cerraron. Akeylah se inclinó en una reverencia tan baja que sus rodillas rozaron el suelo.

—Su Majestad. Gracias por la amable invitación.

Se preguntó si el latido de su corazón sería audible en el eco de ese salón.

—Puedes acercarte al trono —dijo una mujer.

Akeylah observó al resto de la audiencia. Junto a una silla vacía donde Akeylah supuso que debía estar la joven reina genalesa, parcialmente en las sombras, se encontraba otra mujer. Una de la edad del rey. Los años habían sido menos duros con ella; el pelo plateado rozaba sus mejillas en un práctico corte carré, y las pocas arrugas que tenía solo acentuaban sus sagaces facciones.

La condesa Yasmin. La hermana melliza del rey Andros.

Además de los hermanos, otras dos chicas, de edades

similares a la de Akeylah, se encontraban cerca del estrado. Una era baja, con salvajes rizos negros y facciones angostas. Ella detectó la mirada de Akeylah y le enseñó los dientes.

Akeylah apartó la vista rápidamente.

La otra chica era más alta. Su pelo castaño lacio era corto, a la moda. Por la combinación de su rostro redondeado, la nariz ancha y los pómulos altos, parecía como el rey, perfectamente kolonense en cada centímetro. ¿Una prima, tal vez?

La chica levantó una ceja mientras estudiaba abiertamente a Akeylah. Ella se ruborizó y bajó la vista.

—Ahora que todas estáis aquí, podemos comenzar —anunció la condesa Yasmin.

Un nudo se formó en la garganta de Akeylah. ¿Comenzar qué?

Su mirada regresó a la chica de pelo negro. Era claramente una Viajante, o estaba relacionada con alguno. *Igual que la hechicera*. Tal vez ella había estado en la feria, había visto a Akeylah quedar con la mujer mayor y se había presentado allí como testigo de su crimen.

El rey se puso de pie. Durante un momento, se tambaleó, hasta que Yasmin lo agarró del brazo.

—Las tres habéis esperado mucho tiempo para escuchar esto.

Akeylah se preparó.

—Como sabéis, el príncipe Nicolén, mi único hijo y heredero, ha... Ya no está.

Yasmin tocó el hombro del rey. Andros aclaró su garganta.

—Sin un claro sucesor, el futuro de las Regiones ha caído en la incertidumbre. Mis ancestros han sido gobernantes de Kolonya durante generaciones y estoy determinado a que lo continúen siendo por muchas más. Somos el corazón constante de las Regiones. Sin nosotros, flaquearán, caerán en el caos.

Akeylah esperó, en silencio. ¿De qué se trataba eso? ¿Una lección de historia?

—Afortunadamente para todas las Regiones —continuó el rey Andros—, tenemos otras opciones.

Él las miró detenidamente, una tras otra. Cuando su mirada cayó en Akeylah, la boca de ella se secó.

Los ojos de él eran verdes. No del color esmeralda usual de Kolonya, sino un color más pálido de peridotita, casi amarillo. Inusual incluso allí. Aun así, Akeylah había visto ese color antes. Lo veía cada mañana.

En el espejo.

—Desearía haberos podido explicar esto años atrás. Desearía no haber tenido que llegar a esto nunca. Pero era más seguro dejaros donde estabais; la ignorancia puede ser un escudo. Si alguien hubiera conocido vuestras identidades, nos habríais puesto a todos en peligro. Kolonya tiene muchos enemigos; enemigos que no se detendrían por nada para dañar a nuestro reino, que llegarían incluso a torturar a las personas para que

usaran las Artes Vulgares contra los suyos.

En la cabeza de Akeylah reinaba una sensación extraña. Como una boya que flota con las olas. No podría encontrar sentido a lo que el rey estaba diciendo.

—La familia es el lazo que mantiene a las Regiones unidas. Pero ser parte de mi familia es tanto una maldición como una bendición. Solo tenéis que ver la evidencia en mi hijo caído. —El rey levantó su mano para aferrar la de su hermana, que se encontraba sobre su hombro—. Por esa razón, lamento haberos convocado a las tres.

El aire era espeso, difícil de respirar.

Andros señaló a la chica kolonense, quien dio un paso al frente.

—D’Martina Florencia. —El nombre de un bastardo; normalmente los kolonenses tienen el nombre de su padre.

El corazón de ella se aceleró. Andros la miró a continuación.

—Akeylah dam-Senzin. —Ella se acercó y se inclinó, en mayor parte para ocultar su cara. *Madre Océano, haz que me equivoque. Por favor, por favor...*

»Zofi de los Viajantes —dijo el rey Andros, y Akeylah sintió a la chica de pelo negro unirse a ellos al pie del estrado antes de verla.

»Kolonya os necesita. —Andros observó a Yasmin. Su melliza se acercó.

—Kolonya necesita a una de vosotras en particular —agregó Yasmin—. A la mejor. El tiempo dirá quién prueba serlo. Mañana por la noche se celebrará una Ceremonia de Sangre. En esta ceremonia confirmaremos públicamente vuestros derechos de nacimiento...

—Perdón, ¿nuestros *qué* de nacimiento? —interrumpió Zofi.

—Intenta seguir el hilo —murmuró Florencia.

—Me resulta algo difícil cuando todos están danzando alrededor de lo importante. —Zofi señaló al rey.

Akeylah levantó la vista para encontrar al rey Andros mirándola directamente.

—Me disculpo. —Durante un momento, pareció que solo le hablaba a ella—. Debí haber sido más directo. —Su atención pasó a Zofi, gracias a los Mares, porque sus siguientes palabras casi hacen que las rodillas de Akeylah se vencieran—. Vosotras tres son mis hijas.

Él siguió hablando. Dijo algo acerca de los motivos para mantenerlo en secreto; espías, hechiceros, enemigos. Ella ya no estaba escuchando. Se arremolinaban olas en sus oídos.

En lo profundo, sabía que era verdad. «Los dioses tienen un salvaje sentido del humor», decían siempre los comerciantes.

—Después de la ceremonia serviréis conmigo en la corte —dijo Andros—. Tras un tiempo determinaremos cuál de vosotras demuestra más aptitudes para el liderazgo. Nombraré a esa hija

como mi heredera.

Madre Océano, haz que me derrita. Que me convierta en agua, que desaparezca. Si fuera tan fácil...

—Han pasado dos meses desde la muerte del príncipe —volvió a hablar Zofi—. ¿Por qué esperar para convocarnos? ¿Por qué no comenzar a enseñarnos lo antes posible?

Una mínima sonrisa inclinó la comisura de la boca de Andros.

—Ah, Zofi. Eres tan parecida a tu madre...

Eso silenció a la chica. Hizo que Akeylah hiciera una pausa también, ante la revelación.

Su madre; su perfecta, angelical, adorada madre, de la que sus hermanos y su padre nunca dejaban de hablar... Ella había sido infiel. Había dormido con ese hombre, nada menos que un rey. *¿Por qué?*

Por primera vez en su vida, Akeylah se encontró preguntándose si habría más acerca de su madre que las historias que compartía su padre.

No es mi padre, recordó y volvió a entrar en pánico.

—Pero estás en lo cierto, Zofi. Tan devastador como ha sido perder a mi único hijo, mi adorable y joven esposa y yo esperábamos poder engendrar a un nuevo heredero y no tener que convocaros.

Su nueva mujer, con quien se había casado una década después de la muerte de su primera reina. La princesa genalesa

enviada hasta allí para casarse con un rey que nunca había conocido, para sellar el tratado de paz de la Séptima Guerra a través del matrimonio. Akeylah se preguntó durante un momento dónde estaba la chica. Si el pacto matrimonial iría bien, o si ella estaba ausente porque el rey Andros aún no le confiaba a su nueva esposa la información acerca de sus herederas bastardas.

No tenía importancia. Las preocupaciones de la reina misteriosa eran insignificantes en comparación con las de Akeylah.

Yasmin volvió a acariciar el hombro del rey. Él inclinó su cabeza y también ella. Akeylah no lograba definir qué era lo que hacía que la interacción entre ellos fuera tan extraña. Eran mellizos, así que eran evidentemente parecidos. Pero se movían de forma similar también, con gestos similares. Andros presionó los labios en el momento exacto en que Yasmin lo hizo, de pie detrás de él.

—Hay otra razón —dijo Yasmin finalmente.

—Y ni una palabra puede salir de esta habitación —continuó Andros—. Os confiaré esta información como una señal de fe. Es justo después de haberos ocultado tanto, de haberos dejado crecer ignorando vuestra verdadera herencia.

La garganta de Akeylah se cerró. *Por favor*, rezó a todos los dioses. *Madre Océano, Padre Sol, arenas, alguien. Permittedme que me*

equívoco. Permittedme que haya fallado.

Pero ella ya podía verlo. La palidez de su piel, el modo en que se hundía en su silla mientras Yasmin estaba de pie. Cuánto más envejecido parecía en comparación con su melliza.

Akeylah se preparó. Tensó todos los músculos de su cuerpo en anticipación del golpe que ya veía llegar.

No fue de ayuda.

—Me estoy muriendo —dijo el rey.

Akeylah cerró los ojos y recordó:

La hechicera esperaba justo en el interior de la cueva marítima. Akeylah caminó de puntillas a través de charcos de agua con frágiles estrellas de mar para alcanzarla. Ella reconoció la cicatriz plateada en el rostro de la mujer y los rizos negros. Pero no fue sino hasta que la mujer no levantó su camisa para revelar cicatrices azules gruesas, profundas y pulsantes, Akeylah no se dio cuenta realmente de lo que estaba haciendo.

—Corta con profundidad. —La mujer le ofreció el cuchillo, por el mango primero—. No será como un diezmo normal. Tendrás que llegar más allá de tu cuerpo y sentir a los otros de más allá. Sentirás a tu padre, como te expliqué.

Subió la bilis por su garganta, incluso al llevar la hoja a su muslo. Eso estaba mal. Pero también el modo en que Padre la trataba. Vivía como un animal acechado en su propia casa. Sujeta al temperamento de él, suya para que la golpeará o incluso la asesinara cuando lo decidiera.

Ella no le pertenecía. Como las Regiones liberadas de Genal, ella merecía

libertad.

—Debes estar segura de querer hacer esto —dijo la hechicera—. No hay vuelta atrás.

—Estoy segura —respondió ella.

Que la Madre Océano la salvara.

Akeylah enterró la daga en su muslo. Como cada vez que se diezmaba, su visión se nubló. Vio su cuerpo, sus venas, su sangre que fluía. Saboreó las Artes a su alrededor, las dejó entrar y llenar sus venas de posibilidades, promesas.

Después, llegó más profundo, como la hechicera le había enseñado. Forzó a su mente a salir de su propio cuerpo. Tardó tiempo. Minutos tras minutos transcurrieron, las Artes ardieron más en su sangre mientras esperaban sin uso.

Luego su mente atravesó el muro y ella jadeó sonoramente.

A su alrededor, a su lado, tan cerca que parecía que podría extenderse y tocarlas, se encontraban las líneas de otros cuerpos, poco más que sombras, una colección de venas y corazones. Algunas estaban cerca, su padre, sus hermanos, otras lejanas, parientes de tercer o cuarto grado.

Ella las ignoró a todas, se concentró en su padre.

No podía ver su cara ni sus facciones externas; solo las internas. Ella las sentía. La forma de sus venas, la esencia de su sangre que se reflejaba en la propia.

—No viertas demasiado —le había avisado la hechicera—. Unas pocas gotas lo harán enfermar lentamente y evitarán cualquier sospecha de que la

enfermedad sea causada por las Artes Vulgares.

Así que forzó una pequeña gota de las Artes en su sangre a caer en las venas de él. Quemó, más que cualquier corte o hueso roto, como si ardiera desde el interior.

Pero Akeylah sabía cómo controlar el dolor.

Se concentró en la sensación punzante. Empujó la gota de las Artes que había enviado al cuerpo de su padre (sintió esa brillante pizca de posibilidad) y le dio la vuelta. La giró sobre sí misma hasta que se oscureció, sin color, un absceso en sus venas.

Akeylah volvió a abrir sus ojos, el Gran Salón giraba a través de las lágrimas que no podía detener. Estuvo enferma durante días después de esa maldición, incapaz de realizar incluso un diezmo básico durante semanas. Pero cuando la hechicera la abrazó, le aseguró que lo había hecho bien, que en algunos meses, como mucho, su padre estaría muerto; ella se relajó. Finalmente su pesadilla terminaría. Incluso cuando pasaron días y Jahen no mostró signos de enfermedad, ella se aferró a la creencia de que lo había logrado. Después de todo, tenía la cicatriz, prueba de lo que había hecho. Eventualmente, funcionaría. Eventualmente, él enfermaría, moriría.

Resultó que la hechicera estaba en lo cierto. Ella había asesinado a su padre ese día. Pero no a Jahen.

Akeylah había condenado a un hombre inocente, a su rey, a morir.



Zofi

—**N**o voy a servir a una *vagabunda*, por el Sol.
Zofi estaba de pie en la entrada de su recámara observando a dos criadas, presumiblemente enviadas por orden del rey, discutir.

—Bueno, yo tampoco lo haré. Y tengo la antigüedad suficiente como para negarme.

—Bien. —Zofi desenvainó despacio su daga, que el rey ingenuamente le había devuelto—. Largaos.

Las criadas no necesitaron que lo dijera dos veces. Solo cuando las puertas se cerraron tras ellas, Zofi tomó su bolso y lo levantó sobre su hombro.

«Síguelas el juego», le había aconsejado Madre. Zofi pensó que quería decir que siguiera su juego para mantener la cabeza fuera de una horca. Pero ¿aquello? Aquello era otro juego totalmente distinto. Uno que su madre y el rey le habían ocultado. Estaría condenada antes de quedarse sentada sin

hacer nada, esperando en la fortaleza a la Ceremonia de Sangre del rey (lo que fuera que eso implicara), a la noche siguiente.

¿Madre no podría haberle dicho la verdad a su propia hija? Alguna mención habría sido buena. Zofi sabía que su madre tenía muchas aventuras, disfrutaba de hombres de todos los sabores y posiciones... Y había escuchado rumores de que Andros era atractivo en su juventud, sin mencionar un notable provocador. Pero por las arenas, ¿un rey? Eso era demasiado, incluso para la infame Deena.

Necesitaba hablar con Madre. Escuchar la verdad de alguien en quien confiaba. Las arenas podían consumir a Kolonya por completo, por lo que a ella le importaba, y al rey agonizante también. Zofi era una Viajante, hecha para una vida en movimiento. No enjaulada con todos esos nobles pretenciosos.

Echaba de menos a su banda. El reconfortante sonido de los ronquidos de Norren a unas carpas de distancia, a Bette y los niños charlando mientras preparaban el desayuno. *Elex*. *Elex* ofreciéndole el mejor trozo de conejo cada noche, *Elex* entreteniéndola con historias durante largos viajes por el desierto. *Elex*, quien renunció a todo por la libertad de ella, no para que pudiera estar encerrada en una caja dorada.

Encontrar los establos fue sencillo. Una vez que salió de la torre de obsidiana, solo siguió su olfato. Dos mozos de cuadra vigilaban la entrada, pero nadie vigilaba la ventana trasera. Zofi

subió a un fardo y entró.

En el momento en que estuvo en el establo, se relajó. El olor familiar la hacía sentir más en casa que cualquier otro sitio en la Ciudad de Kolonya. Zofi no había visto tantos caballos en un solo lugar desde la feria del Este, en la que las bandas de Viajantes se reúnen para comerciar bienes, servicios y consejos acerca de qué pueblos no los expulsarían de inmediato.

Se tomó su tiempo para analizar detenidamente los laberínticos establos, admirar los enormes corceles de guerra, los elegantes alazanes y los ponis grises moteados. Pero los caballos que realmente llamaban su atención eran los escaladores de arena. Esbeltos, de piernas largas, apodados *caballos dorados* por sus brillantes mantos metalizados, Zofi había crecido montando escaladores de arena. Eran norteños, criados para cruzar el desierto y recorrer grandes distancias.

Exactamente lo que ella necesitaba en ese momento.

Sabía que debía escoger a uno mestizo; uno de manto negro o cobrizo. Pasaría desapercibido. Pero en el momento en que Zofi puso sus ojos en el alfa, no pudo contenerse. Su pelaje brillaba de un plateado brillante, su manto radiante de sorprendente blanco. Su mirada era firme, astuta.

Ese caballo atraería todas las miradas en un kilómetro. A Zofi no le importaba.

Lo necesitaba.

Mientras lo guiaba fuera del establo, él danzó con energía contenida. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que alguien lo había sacado? Lo ensilló con la primera cosa que pudo encontrar; aperos del cuero más fino que cualquiera que hubiera tenido en sus manos; todo sin dejar de negar con la cabeza. El rey tenía todos esos magníficos caballos, ¿y qué hacía? Los encerraba como si fueran un tesoro, no criaturas vivas que necesitaban atención, cuidado, espacio para correr.

Estaba rescatando a dos rehenes ese día: a ese caballo y a sí misma.

Subió a la montura en el preciso momento en que uno de los mozos apareció en el pasillo. *Arenas*.

—¿Cómo has entrado aquí? —gritó el chico.

—Estoy aquí por asuntos del rey. Ocúpate de los tuyos. —Zofi representó su más arrogante expresión real.

Un segundo mozo, una chica alta, se unió al primero.

—¿El rey? —Bufó—. ¿Qué haría el rey hablando con alguien de tu clase?

—No sabía que las damas de la corte tenían que dar explicaciones a los sirvientes.

—Si tú eres una dama de la corte, yo soy un bufón. —El chico rio.

—Tú lo has dicho. —Zofi pateó los flancos del caballo.

Sintió una feroz chispa de placer cuando los dos se apartaron

de su camino. El caballo estaba ansioso, ávido de correr. Solo requirió una breve patada para ponerlo al galope. El chico intentó sujetar las riendas sin ánimos, pero Zofi se movía demasiado rápido.

La compuerta principal estaba cerrada, pero era de apenas un metro de altura y con mucho espacio por encima. Ella volvió a patear al escalador de arena y él se apresuró, saltó la compuerta con facilidad y salió de los establos al trote.

Delante del establo se extendían las calles de la Ciudad de Kolonya, angostas y zigzagueantes. Zofi no conocía el camino exacto, pero sabía que el camino de los mercaderes llevaba al norte. Tomó el camino más al norte que vio y puso al caballo a galopar.

Avanzaron por la calle adoquinada. Los peatones se apartaban del camino con maldiciones e insultos. Ella escuchó la palabra *vagabunda* más de una vez, pero solo la hacía sonreír al estar otra vez en su elemento.

Arenas, volver a cabalgar era reconfortante. Como deshacerse de un gran peso. Correr lejos del rey, de sus palabras. *Padre. Hija.*

Madre siempre decía: «Los dioses se burlan de todos nosotros», pero eso era un abuso, incluso para ellos.

En una intersección, Zofi dobló a la derecha, al norte. Primer paso, encontrar la salida. Segundo paso, abrirse camino con los guardias. ¿Cómo? Bien, ella cruzaría el puente cuando galopara

sobre él.

Hablando de galopar. Inclino su cabeza y frunció el ceño. Había nuevos gritos detrás de ella, diferentes. Junto con ellos, el sonido de otro grupo de pezuñas repiqueteando en la piedra. No la lenta marcha del caballo de un mercader.

Se atrevió a mirar atrás sobre su hombro y maldijo.

Un Talon.

No era solo un Talon. Era el mismo engreído, joven y conservador que la había arrastrado allí. Vidal. Ella volvió a incitar a su caballo. Pero lo había escogido por resistencia, no por velocidad. Unas calles más adelante, Vidal estuvo lo suficientemente cerca como para gritar una orden.

—*Baqateze*.

Zofi no reconoció la palabra, pero su caballo sí. Se detuvo tan rápidamente que Zofi tuvo que aferrarse de la montura para mantenerse sobre él. Cuando se enderezó, el caballo estaba rígido, con sus flancos agitados.

—Vamos, no me hagas esto. —Ella palmeó los cuartos traseros del caballo. Le hundió los talones a los costados.

Nada.

—No se moverá. —Vidal avanzó hasta estar a su lado—. No hasta que le dé la contraorden. —Como era usual, él sonaba tranquilo, casi entretenido—. Entrenamos a todos nuestros caballos para que obedezcan algunos comandos verbales.

Previene el robo.

—¿Acaso el rey te ordenó que me detuvieras, o solo disfrutas seguir a las damas jóvenes por ahí? —Zofi frunció el ceño.

—Un poco de ambas, en este caso. —Él sonrió con suficiencia—. La mayoría de las damas no son ni de cerca tan interesantes de cuidar. —Él extendió una mano, palma arriba. Una ofrenda de paz. Ella la ignoró.

—Me has dicho que no soy una prisionera. Si soy libre, déjame ir a casa.

—Eres libre de marcharte cuando gustes, lady Zofi. —Señaló al caballo—. Pero no puedo dejar que te lo lleves.

—El rey Andros posee cientos de caballos. ¿Estás diciéndome que no puede deshacerse de un mísero corcel? —Ella se inclinó hacia atrás en la montura.

—El rey podría estar dispuesto a obsequiarte un corcel. Tendrás que ver eso con él. Pero dudo que deje que tengas este.

—Ah, sí, estoy segura de que es muy apegado a este caballo en particular... —Zofi resopló.

—Yo no quiero que te lleves este —interrumpió Vidal.

—¿Es tuyo? —Zofi miró del elegante escalador de arena a la yegua color avellana que él había escogido para seguirla. De algún modo, el caballo de brillante color plata no parecía de su estilo.

Luego se detuvo a sí misma. ¿Su estilo? Como si ella supiera

algo sobre ese hombre, además del hecho de que su único objetivo en su vida era encadenarla a ese sitio.

—Pertenebió a un amigo mío. Un amigo que murió recientemente.

—Lamento escuchar eso —dijo Zofi, con sinceridad—. Pero estoy segura de que tu amigo no habría querido que encerraras a su caballo por siempre solo porque él murió.

La apacible expresión de Vidal se ensombreció.

—Dime, ¿los Viajantes valoran a los caballos sobre todas las vidas humanas, o solo sobre los kolonenses?

—No sabes nada sobre nosotros —sentenció Zofi.

—Por favor. He cabalgado por los oasis. He escuchado historias de los niños que secuestran, de las pertenencias que roban...

—Niños que rescatamos de hogares abusivos —argumentó Zofi—. Y pertenencias que la mayoría de las veces nos es vendida de forma legal, hasta que algún mercader se da cuenta de que puede tener nuestro dinero y quedarse con sus bienes también si nos denuncia por robo.

—Si eso fuera cierto, harían contradenuncias. Se quedarían y discutirían su caso. El estar corriendo todo el tiempo como lo hacen sugiere culpa.

—Como si alguien fuera a creer a un Viajante antes que a alguien local en un juicio justo.

—¿Puedes culparlos? —Vidal negó con la cabeza, incrédulo—.

El modo en que todos vosotros vivís, sin lazos o lealtad...

—Los Viajantes entienden más de lealtad que cualquiera de vosotros, malcriados kolonenses.

Algunas personas asomaron sus cabezas por ventanas superiores. Otras se amontonaron en la intersección más cercana, atraídos por la visión de un Talon del rey confrontando a una vagabunda.

Malditos sean todos.

Vidal resopló, ignorante de los espectadores.

—Tu rey te invitó a esta fortaleza. Te ofreció una habitación lujosa, criadas para servir cualquier capricho, ¿y lo pagas robándote su caballo? ¿Esa es tu idea de lealtad?

—¿Su lealtad es tan fácil de comprar? —contraatacó ella—. ¿Qué hace que un kolonense se mantenga leal, el dinero? ¿Los regalos caros?

—La familia —respondió él, molesto.

—Los Viajantes también ponen a la familia primero. Pero, para nosotros, familia significa las personas que cabalgan a nuestro lado, no solo los parientes de sangre que pueden mantener a raya con amenazas. —Ella pasó un dedo por su antebrazo, una cruda referencia a las Artes Vulgares.

Por instinto, Vidal levantó su mano en un gesto de advertencia.

—Eso es... yo nunca... —Él frunció el ceño—. Soy tan leal a mis

compañeros soldados como a mi familia. Luchamos unos junto a otros, *morimos unos por otros*. He perdido amigos cuando... —Él calló, miró al caballo. De pronto su voz perdió el calor y fue reemplazado por pena—. Cuando debí haber estado ahí para ellos —balbuceó, casi para sí mismo.

Zofi aflojó sus manos de las riendas del caballo del hombre muerto.

Vidal se aclaró la garganta.

—Tal vez tengas razón. Tal vez si fuera *más leal*, habría estado junto a mi amigo la noche en que lo atacaron. Tal vez podría haber evitado que uno de los tuyos lo asesinara. Fue un Viajante, sabes.

Zofi volvió a envararse. *Arenas*.

—El asesino confesó. Parecía orgulloso de eso, dijeron los testigos. Lo menos que puedo hacer ahora es evitar que otro Viajante robe el caballo de Nicolen.

Ella se tambaleó.

Nicolen.

El *príncipe* Nicolen.

La multitud había crecido. Muchos testigos para escuchar las palabras de Vidal. Palabras de las que ella quería escapar, del mismo modo que había estado escapando durante dos meses.

Actúa con normalidad, Zofi.

—Quédate con el maldito caballo. —Un caballo plateado, justo

como el Príncipe Plateado. Debió haberlo adivinado.

Ella le lanzó las riendas a Vidal y desmontó. Antes de que él pudiera decir otra palabra, ella se alejó deprisa y se abrió paso entre la multitud. Su única preocupación era alejarse lo más posible de Vidal antes de que su reacción la delatara.

Nicolen. El valiente Príncipe Plateado que había vencido a Genal en la Séptima Guerra. El mismo príncipe que estaba adentrándose en la Región Este para lidiar con los rebeldes cuando algún cobarde lo asesinó.

Eso decían las historias.

Las historias eran ciertas hasta cierto punto.

Las historias dejaban fuera algunos detalles.

Zofi y su banda se encontraban en una taberna alejada al pie de las Montañas Alba, de camino al oeste, después de una larga temporada en la Región Este. Bebieron varias rondas de la cerveza local, una variedad amarga que a Elex le encantaba. Zofi pensaba que sabía a orina.

Los Talones del rey irrumpieron en el interior, sin anuncio. La taberna se quedó en silencio, la calma antes de una tormenta. Todos allí tenían algún motivo para temer a los Talones; los Viajantes más que nadie.

Después, un Talon hizo una broma. La tensión se rompió. Elex se unió a los soldados para un juego de cartas. Zofi pidió otra ronda. La taberna volvió a vivir, con comodidad y conversación.

Hasta el final del juego de cartas.

Un Talon, que le parecía vagamente familiar de un modo que a Zofi le

incomodaba, acusó a Elex de hacer trampa. Elex vació sus bolsillos y extendió las cartas para demostrar su inocencia. El Talon volvió a sentarse, aparentemente satisfecho.

Pero Zofi notó la forma en que miraba a Elex. Una y otra vez llenaba su vaso mientras mantenía el propio intacto.

Zofi había aprendido tiempo atrás a no ignorar sus instintos. Así que sin importar cómo de fuerte se riera el Talon de los chistes cada vez más ebrios de Elex, ella no apartó los ojos de él.

Unas cuantas rondas más tarde, Elex se levantó para usar la letrina exterior. También el Talon.

Lo mismo hizo Zofi.

Ella los siguió, mientras escuchaba a los hombres hablando amistosamente todo el camino desde la taberna hasta las letrinas sobre la colina. Allí, al límite de la Región Este, todo estaba desactualizado, incluso las instalaciones. Eran apenas un par de cubículos de madera con tres lunas talladas en la puerta de damas y un sol en la de los hombres.

Elex estaba llegando a la segunda cuando el Talon lo lanzó al suelo.

—Has hecho trampa —exclamó.

Zofi se acercó más, con la daga ya en mano.

—Solo jugué el juego, milord. Le mostré las cartas.

—Ningún vagabundo juega bien. Nadie en la fortaleza me ha ganado en años.

—Lo siento, milord. Siempre he tenido habilidad con las cartas...

—Eres un mentiroso y un tramposo, al igual que el resto de tu mugrienta

clase. Mi padre debió matarte años atrás. Lo habría hecho, si esa perra...

Zofi no escuchó lo demás. Estaba muy ocupada enterrando el cuchillo en su piel. Invocando el diezmo, forzando a las Artes en su sangre.

—Por favor. No tienes que hacer esto. —Elex estaba borracho, pero incluso así su voz era más estable que la del Talon. Tenía que serlo. Los Viajantes aprendían desde el primer día cómo aplacar a quienes estaban más arriba en la cadena alimenticia. Cómo sonreír, cómo darles las gracias mientras los pateaban en el rostro, con esperanza de que esa sonrisa los frenara de hacer algo peor...

—Ah, sé que no tengo que hacerlo. Quiero hacerlo. —El Talon agarró su espada—. Un Viajante menos solo hará de este un mundo mejor. —Él levantó su espada. La blandió.

Zofi enterró el cuchillo en la espalda de él.

Él llevaba una armadura de cuero, como todos los Talones. Normalmente eso habría detenido el simple ataque de una daga. Pero no con el diezmo de Zofi, que le daba la fuerza de diez hombres. La hoja se deslizó por la armadura y las costillas como por mantequilla, directo a su corazón.

La espada del Talon se deslizó de sus dedos. Y se desplomó a los pies de ella.

Zofi liberó su cuchillo de un tirón. Un movimiento fácil con las Artes en su torrente sanguíneo. Luego levantó a Elex del suelo, su mejor amigo. Elex, su corazón, su alma, que casi muere por un maldito juego de cartas.

Esperó ver alivio en él. Agradecimiento. En su lugar, él la sujetó de los hombros, con pánico en su rostro.

—Arenas, Zofi, ¿sabes lo que has hecho?

—Salvarte —susurró ella.

No se dio cuenta hasta más adelante. Cuando Elex le dio la vuelta al cuerpo, poniéndolo boca arriba bajo el brillo de las tres lunas, después buscó una moneda en su bolsillo. La extendió junto a la cara, para que ella pudiera ver las dos.

Solo entonces se dio cuenta de por qué el Talon le había resultado tan familiar. Ella había visto ese rostro cada día durante años, desde que el rey había estampado nuevas monedas de plata en honor a su coronación.

Había asesinado al Príncipe Plateado.

Mientras el diezmo duraba, Zofi levantó el cuerpo y lo alejó por la colina. No estaría oculto durante mucho, pero les daría tiempo.

—Todo irá bien —murmuró Elex, después de que el diezmo se desvaneciese, mientras sostenía sus manos temblorosas bajo el agua helada del canal. Frotó la sangre. Tanta sangre... Más de la que ella hubiera sabido que podía contener un cuerpo—. Resolveremos esto.

Zofi asintió. No sabía a qué estaba asintiendo. No entendía por qué él la había besado y había susurrado una despedida. Estaba demasiado adormecida por el impacto, demasiado preocupada por el inmediato pánico de no saber qué hacer con ese cuerpo para pensar en la marcha de Elex. Hasta que escuchó los gritos. Y vio a los Talones restantes perseguir a una figura solitaria por las montañas, todos ellos con diezmos de velocidad. Solo entonces se dio cuenta de que Elex había confesado su crimen. Que había llamado la atención de los Talones para que ella pudiera ser libre.

Ella quería hacer lo mismo entonces. Correr como lo había hecho, huir con su banda y dejar que los kolonenses resolvieran sus problemas de herencia por su cuenta. Pero entonces...

Miró por encima de su hombro. Las personas seguían observándolos. Ella no podía estar segura de si era por su aspecto de Viajante o porque habían escuchado su pelea con Vidal.

Correr sugería culpa, había dicho Vidal. Él tenía razón. Por mucho que quisiera, aún no podía correr. No sin un caballo, provisiones, alguna clase de plan. Levantó la vista a la Fortaleza Ilian, visible sobre los techos de las casas de mercaderes.

¿Quién sabía? Tal vez el rey estuviera equivocado. Tal vez la Ceremonia de Sangre del día siguiente probaría que no tenían relación. Madre tenía muchos amantes. Todo eso podía ser un terrible error.

Si era así, entonces ella sería libre de dejar ese sitio.

¿Y si no? *Sígueles el juego.*

Por más enfadada que pudiera estar con Madre, ese había sido el último consejo que le había dado a Zofi. Su única pista para sobrevivir a ese embrollo. Dudaba que abandonar completamente el juego fuera lo que su madre sugería.

Así que, a pesar del opresor arrepentimiento en su pecho, dio la vuelta hacia la fortaleza. De vuelta al juego del rey. Él podría hacer las reglas pero, como Elex, ella siempre había sido hábil

con las cartas.



Florenxia

—¿Por qué no me lo has dicho? —Florenxia estaba apoyada contra el marco de la puerta de la habitación de su madre; la versión mejorada del armario en el que ella misma residía. Las habitaciones estaban reservadas para el personal más antiguo de la fortaleza, mujeres que habían servido como criadas para las jóvenes y desesperadas recién llegadas y que luego habían pasado a encargarse de los cortesanos mayores, quienes preferían que sus criadas fueran amables y tan poco atractivas como para no tentar a ningún marido.

Hasta esa mañana, esa había sido la vida que Ren esperaba tener, a menos que lograra asegurarse una propuesta matrimonial. Cada semana durante años había visitado esa habitación y había observado las paredes desteñidas, su solitaria cama individual y el armario de económica madera. Solía sentarse en la única silla para visitantes, beber té de una taza cascada y permitir que el pánico lentamente la ahogara.

Eso era todo. Lo mejor que podía esperar.

Después llegó la llamada del rey. El anuncio que puso su vida de cabeza.

—Te ha dicho cuáles son los riesgos, seguramente. —Madre, al menos, no se hizo la desentendida. Ren la ignoró con la mano.

—Asesinos, complots en su contra. Eso aún no explica por qué tú no has podido advertirme.

—¿E invocar la ira de un rey? —Madre alzó las cejas.

—¿Con quién está tu lealtad, con el rey o con tu propia hija? —argumentó Ren. Madre rio.

—¿Lo ves? Es exactamente por esto que no te lo he dicho antes. —Ella palmeó la cama a su lado—. Siempre ves las cosas en blanco o en negro. Ellos o yo, a favor o en contra. Existen millones de gamas de gris, Ren, especialmente al tratar con reyes.

Ren dudó durante un momento más en la puerta, con intención de permanecer enfadada, firme. Pero estaba exhausta. Desde la noche sin dormir con Sarella, después las noticias sobre Danton y ahora esto. Era demasiado.

Se desplomó en la cama junto a Madre.

—Explícamelo, entonces. ¿Cómo llegaste a la cama con un rey?

—No fui siempre tan vieja e imposible de desear, ¿sabes? —

respondió con una risa que curvaba las comisuras de sus labios.

—Sigues siendo preciosa, Madre —afirmó Ren—. Eso no ha sido lo que te he preguntado.

La mirada de Madre se desvió hacia la ventana y su expresión se volvió nostálgica.

—Requirió un esfuerzo, te diré eso. Pero el rey era un hombre apuesto en sus días y yo era una joven criatura determinada. — Sus ojos se intensificaron entonces, fijos otra vez en los de Ren —. Supongo que corre en la familia. Imagino que tu conquista del embajador Danton ha requerido similares esfuerzos.

Ren parpadeó, sorprendida. Madre nunca antes había mencionado a Danton. Ni siquiera había dado pistas de que tuviera siquiera sospechas de su relación.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el principio, supongo. —Su sonrisa se volvió indulgente—. No me malinterpretes, no estoy disgustada. El embajador es un aliado poderoso. Esa conexión te ayudará en el futuro.

Me destruirá, es lo más probable. Pero se relajó un poco. Entonces Madre solo conocía su amorío. No a lo que ese amorío había llevado. Ren rehusaba a involucrar a su madre en ese problema. Era demasiado peligroso para compartirlo con cualquiera, incluso con la familia.

—Así que te interesaba el rey. ¿Es por eso que me has

mentido? ¿Por él?

—El rey me mantiene empleada. —Madre suspiró—. Normalmente una madre soltera sería expulsada de la fortaleza; él dejó pasar eso.

—Parece lo menos que puede hacer —balbuceó Ren.

—Y aun así, podría haber hecho menos. Podría haberme expulsado, podría haberte dejado con los lobos. No lo hizo, porque se interesa por la familia. Por ti. Mantenerme aquí, pero sin conocer tu pasado, fue su modo de asegurar tu seguridad, Ren.

—Mantenerme en los cuartos de las sirvientas, querrás decir.

—¿Has conocido a sus otras hijas? —respondió Madre.

Ren parpadeó. De algún modo, en su enfado por el secreto, había olvidado a las otras dos. *Mis hermanastras*. Descartó ese pensamiento.

—Una Viajante corta de entendimiento y una esteña silenciosa. ¿Qué pasa con ellas?

—Piensa en sus vidas. Andros dejó a la Viajante en su vida salvaje, a que pasara sus años de infancia corriendo.

Andros. De todas las experiencias surrealistas que había vivido ese día, la mayor fue escuchar a su madre mencionar tan casualmente el nombre del rey.

—Y la pobre chica esteña. —Madre se estremeció—. Vivir en frente de guerra. Escuché que su madre murió joven. Andros

hizo una pequeña ceremonia por ella aquí en la fortaleza; fingió que se debía a su posición, de alguna rama noble del Este. Pero su duelo era real. Él se preocupaba por todas nosotras, a su modo. Ahora imagina la vida de esa chica; una infancia sin madre, la guerra en la puerta de tu casa, ese horrible aire de mar... Imagínalo y después dime que has tenido la peor de las suertes.

—Ella no ha pasado su vida frotando los traseros desnudos de damas de la nobleza —balbuceó Ren, aunque su tono comenzaba a suavizarse. ¿Cómo habría sido para Akeylah? ¿O para Zofi el crecer viajando?

—No, y ninguna de ellas ha aprendido ni una sola maldita cosa sobre la vida en la corte tampoco —continuó Madre—. La Ciudad de Kolonya les es extraña, la fortaleza, esta vida. Tú has pasado toda tu vida aprendiendo.

—Podría haber aprendido lo mismo siendo un *miembro* de la corte en lugar de servirla.

Madre chasqueó su lengua, un hábito que tenía cuando Ren estaba perdiéndose algo que ella consideraba evidente.

—¿Qué es lo que siempre te digo? La luz del sol ilumina la habitación...

—Pero también te ciega —concluyó Ren sin ganas—. Madre, conozco a Lederero.

—Pero parece haber olvidado lo más importante de este

pasaje. «Si mantienes tus ojos en la sombra, puedes verlo todo, la luz y la oscuridad a la vez». Estaba hablando de la relación de los de abajo con el amo. La razón por la cual los sirvientes saben más de la nobleza de lo que los nobles saben de sí mismos.

—Y Lederero fue el más brillante filósofo que haya cocido una gallina para el rey Ulley. Pero aun así pasó su vida en las cocinas.

—Su hijo no lo hizo. Crio a su hijo con la sabiduría de lo que motiva a los nobles y a los sirvientes y de cómo manipularlos a ambos. Ese hijo creció para convertirse en consejero del rey. Ahora el nieto de Lederero es uno de los hombres más poderosos de las Regiones.

—Lo sé, Madre.

—Entonces tal vez yo soy la que está confundida. Porque me pareció que lo habías olvidado todo hace un momento, cuando te quejabas de que te haya hecho trabajar sin razón.

Ren protestó. Madre siempre hacía eso. Ganaba las discusiones.

—De todas formas, podrías haberme dicho quién era y haberme explicado por qué querías que continuara trabajando como criada.

—¿Habrías trabajado tan duro? ¿Acaso un soldado aprende a luchar en la práctica o en la guerra?

Ren sonrió.

—¿Así que dices que no debería estar enfadada, y luego comparas el trabajo de criada con luchar en la guerra?

Para sorpresa de ella, Madre agarró las manos de Ren, con la expresión completamente seria.

—Era el fuego lo que debías atravesar para poder apreciar realmente el infierno que enfrentas ahora.

—Madre... —Su voz se suavizó. Por más que discutieran, su madre le había enseñado todo lo que sabía. Cómo conseguir ventajas, a quién poner en contra de quién. Ren nunca habría llegado tan lejos sin ella.

Madre la aferró con tanta fuerza que los dedos le dolieron.

—Crees que comprendes la política de la corte, Ren, pero apenas has comenzado a aprender. Una vez que veas cómo son estos nobles realmente, una vez que comprendas a las profundidades a las que llegarían por poder... entonces comprenderás por qué te crie como lo hice. Por qué Andros y yo intentamos protegerte.

Ren tragó un repentino nudo en su garganta. Sin importar cómo se hubiera sentido con respecto a su vida hasta entonces, le debía mucho más a Madre de lo que era consciente. A Madre y al rey.

—Gracias —murmuró Ren—. Por hacerlo. Por protegerme y criarme.

Madre puso los ojos en blanco y sonrió.

—Por favor. —En ese momento, Ren vio a otra persona. La joven y preciosa criada, cuya sonrisa atrajo la mirada de un rey —. En el momento en que te tuve, Ren, dejé de interesarme por cualquier otra cosa. Eres mi mundo. Haría lo que fuera por ti.

Ren aferró con más fuerza la mano de su madre.

—Has hecho suficiente, Madre. Me has enseñado todo lo que sé. Cómo tener éxito en la vida. —Pensó en las palabras del rey: «Kolonya os necesita»; y en las de Yasmin: «Kolonya necesita a una de vosotras en particular»—. Es mi turno ahora.

Ella sería esa persona. Se ganaría ese trono. Por ella misma y por Madre.



El rey envió un mensaje para invitar a Ren a su nueva habitación en la torre de fresno. Josen causó otro alboroto de chillidos al llevar ese mensaje a la sala de criadas.

Ren aún estaba sentada en la pequeña caja que era su habitación, debatiendo cuál sería la mejor manera de combinar sus escasas posesiones, cuando escuchó los nuevos gritos de las otras criadas. Suspiró y abrió la puerta.

—¿Qué es lo que su Gloriosa Majestad solicita ahora, Josen? — Ren salió al área común, después se quedó helada.

—Esperaba poder solicitar una audiencia, lady Florencia.

El maldito Danton se erguía como una figura tan impactante

como siempre. Pómulos afilados, helados ojos azules esteños, cabello cobrizo oscuro, tan largo como para rozar las comisuras de su siempre presente sonrisa de suficiencia.

Lady Florencia. Él sabía que ella había escalado en el mundo. Pero ¿sabría por qué?

Los ojos de las criadas pasaron de uno a otro, llenos de interés. Ren no había explicado la llamada de Josen; había respondido a la tormenta de preguntas que lo siguieron apenas con una modesta sonrisa. El rey Andros aún no la había anunciado. Le había pedido que esperara hasta que la Ceremonia de Sangre de la noche siguiente confirmara su relación públicamente antes de decirle a nadie en la fortaleza quién era realmente.

No planeaba dejar que Danton arruinara todas sus cuidadosas evasiones.

—Me temo que es algo inapropiado que esté en esta área. — Ren lanzó una aguda mirada alrededor de la habitación. Al menos la mayoría de las criadas estaban vestidas y ninguna de ellas parecía demasiado ansiosa por dejar que Danton se fuera, a juzgar por el modo en que lo devoraban con la mirada.

Todas menos Audrina, quien se había levantado de su silla, con una aguja aferrada en su mano como si ya estuviera lista para apuñalar al embajador.

Relájate, articuló Ren.

—Mis disculpas. —Danton hizo una exagerada reverencia—. Ya me conoces, odio causar problemas. —Su sonrisa se amplió. Si conocía la razón de la mejora en su posición, no estaba revelándolo.

—Vete, Danton.

Algunas criadas jadearon. Eso era algo excesivamente inapropiado para que una criada le dijera a un noble de la corte, sin mencionar a uno tan importante como el embajador de la Región Este. Pero Ren ya no era una de ellas. Estaba en igual posición que Danton; más alta, por algunos puntos.

—Volveré en un momento más oportuno, lady Florencia. — Con eso, Danton hizo una reverencia y salió. Todo el aire en la habitación pareció irse con él.

—Ren. —Audrina estaba a su lado, con una mano sobre su hombro—. ¿Qué está ocurriendo, en nombre del Sol? Primero la nueva recámara, ahora esa rata esteña persiguiéndote...

Ren no podía aguantar las preguntas de su amiga o su enfado defensivo hacia Danton en ese momento.

—Te lo explicaré después —dijo mientras se volvía y abría la puerta de su pequeña habitación de criada, en la que había pasado años confinada. La habitación que estaba a punto de dejar atrás definitivamente.

Solo cuando cerró la delgada puerta de bambú detrás de sí dejó que su expresión reflejara enfado.

Él debió haber regresado esa misma tarde. ¿Y ese era el primer sitio al que iba? Tal vez sí había descubierto lo alto que había llegado. Tal vez estaba pensando mejor si abandonarla tan despiadadamente.

Maldito sea.

Desafortunadamente, la delgada puerta no podía dejar atrás la oleada de recuerdos que la invadieron, inspirados por haber visto su cara, por haber escuchado su voz.

—Necesito un favor —susurró él en la privacidad nocturna de su cueva escondida, enterrada profundamente en los cimientos de la fortaleza. La recámara de él no era un sitio seguro donde encontrarse; el rey tenía ojos alrededor de toda la fortaleza, pero especialmente en las habitaciones de los embajadores. Kolonya llamaba familia a las otras Regiones, hacía un espectáculo del afecto. Pero, tras puertas cerradas, los miembros de la realeza aún se preocupaban de que algún día una de esas Regiones pudiera recordar un tiempo, siglos atrás, en que eran independientes.

El rey Andros hacía bien en preocuparse.

Así que Danton se encontraba con Ren en la cueva, un sitio que ella había conocido por accidente, muy por debajo de las torres, incluso más abajo que las mazmorras. Construido por un rey muerto tiempo atrás, consistía en una tranquila laguna en la roca y una delgada cascada, iluminados por algas que brillaban verdeazuladas al reunirse.

Entre sus encuentros amorosos, se recostaban a la orilla de la laguna, con las piernas enroscadas, y hablaban de cambios. De un futuro en el que Ren

escalaría en su posición, en el que Danton haría avanzar la causa del Este, en el que las cosas mejorarían para ambos.

En el que ya no necesitarían esconderse, si tan solo...

Si, si, si.

Así que, cuando él le pidió un favor allí, en su sitio secreto, reservado para confesiones que no podían expresarse en el mundo real, Ren le respondió:

—Lo que tú digas.

Estúpida.

Ella sabía bastante sobre la rebelión. Sabía también que Danton simpatizaba con la causa de los rebeldes, aunque no con sus métodos. Él le había hablado de las aldeas que había visto quemadas; los campos que permanecían infértiles porque cada miembro apto de la familia que los poseía había muerto en el mar.

Y ella había escuchado suficientes historias en otros sitios como para imaginar las atrocidades que los invasores genaleses realizaban al asaltar las aldeas del Este. Hombres desgarrados extremidad por extremidad, mujeres decapitadas, bebés apaleados. Todo en nombre de la conquista. Todo porque Genal creía que ellas aún le pertenecían, que aún se le debía un porcentaje de todo lo que las Regiones producían.

Ren simpatizaba con él, a pesar de no haber sido testigo ella misma.

Simpatizaba también cuando Danton desaprobaba las frivolidades de la corte. La majestuosa boda del rey con la hija de dichos invasores genaleses. Los festivales del cambio de mes, que solían ser asuntos religiosos y se habían convertido en fiestas mensuales. Kolonya había gastado más dinero

ese año en celebraciones que nunca antes, en nombre de «elear los espíritus» después de la guerra.

Sin importar que los esteños estuvieran luchando por poner comida en sus mesas. Sin importar que todos los festines tuvieran lugar en la Ciudad de Kolonya, para los kolonenses, no para los esteños que murieron para protegerlos de Genal.

Así que sí, Ren simpatizaba con él.

Danton confiaba en eso.

Él la estudió durante un largo y tenso momento.

—Aún eres amiga de Josen, ¿no es así?

El ceño de ella se frunció.

—¿El mensajero del rey? Lo soy. —Le había hecho más que un favor a Josen mientras él se establecía en la fortaleza. Estaba en deuda con ella.

Danton apartó un cabello del rostro de ella.

—Necesito acceso al estudio del rey.

Ren lo observó.

Habían intercambiado secretos antes. Cotilleos, ventajas en la corte. Aquello era diferente. Él estaba pidiéndole más que rumores.

—Es cuestión de vida o muerte, Florencia. —Ella siempre había odiado su nombre completo, a excepción de cuando él lo decía. El modo en que se desenvolvía en su lengua, acentuado por sus gruesas vocales del Este, sonaba bien. Elegante—. Sé que no estás de acuerdo con algunas cosas que han hecho los rebeldes...

—Atacaron a un contingente de Talones —exclamó Ren.

—En defensa propia —argumentó Danton—. Los Talones estaban sacando a personas inocentes de sus casas, golpeando a cualquiera que sospecharan que era un rebelde, sin importar que tuviesen pocas pruebas. Sabes lo que habría pasado si la rebelión dejaba que los Talones trajeran a las personas arrestadas de regreso a Kolonya.

Ren hizo una mueca. Había escuchado de los dos líderes rebeldes que el rey Andros había logrado capturar. Habían sido juzgados y condenados por el concejo regional. Uno había sido ejecutado, el otro había sido encerrado de por vida en las mazmorras debajo de la torre de aliso.

—No apruebo la violencia —dijo ella.

—No la habrá —aseguró él—. No si me ayudas. El rey ha enviado una flota a Davenforth, un puerto en una ciudad del sur en la que la mayor parte de la rebelión se ha refugiado. Sus hombres tienen órdenes de quemar todo el pueblo por haber colaborado. —Danton la tomó por los hombros, la aferró con tanta fuerza que Ren jadeó. Ella nunca lo había visto tan desesperado.

—Danton...

—Miles morirán, Florencia. A menos que actuemos. Solo necesito saber cuándo y dónde planea hacer puerto la flota. Si puedo obtener esa información podremos sacar a todos del pueblo antes del ataque. Nadie tiene que salir herido.

Él tenía lágrimas en sus ojos. Danton, su Danton, el hombre más fuerte que conocía.

No podía soportar verlo sufrir. Si esos rebeldes eran asesinados, sabía que parte de él moriría con ellos.

Así que ella lo hizo. Que el Sol la acompañara. Le pidió a Josen que la ayudara a llevar a una de sus damas a cargo a su habitación después de una noche particularmente difícil y robó las llaves de su cinturón mientras él estaba ocupado con la dama. Después montó guardia fuera del estudio mientras Danton entraba. Devolvió las llaves menos de una hora más tarde, fingiendo que las había encontrado en el suelo de la habitación de la dama después de que Josen se fuera. Él le dio las gracias, con su rostro blanco por la conmoción de haber dejado las llaves y ella sintió las primeras semillas de culpa echar raíces en sus entrañas.

Ren se puso excusas. Danton era su aliado, su amante, su mejor oportunidad. Ella lo ayudó con la esperanza de asegurarse una propuesta de matrimonio, un avance en la vida. Eso era lo que se decía a sí misma como mínimo consuelo.

La verdad era más humillante.

La verdad era que confiaba en Danton.

Confiaba en un rebelde del Este. Con más que solo su corazón; ella confió en él con toda Kolonya.

A la mañana siguiente, la corte bullía con rumores de la repentina partida de Danton. Había reunido a sus sirvientes al amanecer, enviado una rápida excusa al rey y luego había partido. Las personas asumieron que un romance había ido mal. De algún modo, así había sido.

Él ni siquiera se despidió.

Ren lloró esa mañana. Por ella, por su corazón roto. Incluso entonces, no lo comprendía realmente. Aún asumía que él era una buena persona, aunque

no se interesara por ella.

Hasta que las noticias llegaron.

La flota de Kolonya había llegado a Davenforth en la Región Este, justo como él había dicho. Aparentemente estaban allí para mantener la paz. En realidad, llevaban todo un contingente militar; miles de marineros, soldados rasos y Talones. Mil ochocientos cincuenta y cuatro de esos soldados no regresaron.

Ren sabía el número exacto. Lo había memorizado desde entonces. Lo repitió para sí misma cada noche durante semanas mientras intentaba dormir y fallaba.

La flota ancló por la noche. Tenían hombres montando guardia, pero si esperaban ver alguna oposición, era de embarcaciones de su mismo tamaño. No vieron los pequeños botes de pesca, con sus cascos pintados de negro, navegando por aguas negras después de que las tres lunas se pusieron. No hasta que esos botes colisionaron con los cascos de Kolonya, cargados de pólvora. No hasta que la tranquila noche estalló en llamas y gritos.

Siete buques insignia se hundieron, la mayoría de las embarcaciones que quedaban de la gran flota kolonense después de la guerra.

En total, mil ochocientos cincuenta y cuatro kolonenses se ahogaron en lo que desde entonces se llamó Bahía Ardiente. Hombres y mujeres inocentes. Fuertes y leales soldados.

«Sabían que iríamos. Sabían exactamente cuántos éramos, dónde anclaríamos, cuándo llegaríamos». Eso fue lo que todos dijeron los días siguientes. Ese era el acertijo que nadie podía resolver. ¿Cómo los

rebeldes esteños, que vivían a medio continente de distancia, pudieron saber los planes del rey?

Nadie podía descifrarlo.

Nadie más que Ren. Ella aprendió de la forma difícil qué clase de encantador y atractivo bastardo podía abrirse camino a tales noticias a través de un romance.

Nadie tenía que salir herido, le había dicho Danton. Aparentemente con nadie solo se refería a su gente, no a la de ella. Él le había asegurado que miles morirían si ella no actuaba, pero al parecer la muerte de casi dos mil kolonenses no valía la pena prevenirla.

Eso era culpa de ella.

Cuando se sintió lo suficientemente estable, reunió todo lo que tenía en sus brazos. Empujó la puerta con el hombro y salió al área común. Dejó todo en el banco central, cada vestido, enagua y baratija.

—Si queréis algo, tomadlo —les dijo a las criadas sorprendidas. Luego subió las escaleras de la torre de fresno con las manos vacías.

El Sol le había dado un nuevo comienzo. Esta vez, ella no cometería errores.



Akeylah

Elevados en lo alto sobre las calles de la Ciudad de Kolonya, los jardines del cielo le recordaban a Akeylah a las historias de las Arenas Sagradas: la otra vida para aquellos que lo merecían, las personas buenas e inocentes del mundo.

Conociendo sus propios pecados, eso era probablemente lo más cerca que Akeylah estaría de ellas.

Los jardines estaban llenos de flores de Syx y de Nox, enredaderas trepadoras, lirios del campo y toda clase de insectos nocturnos imaginables. Por arriba, el cielo parecía tan cerca como para tocarlo, bañado en luz de estrellas. Nox ya había salido, la eclipsada Essex era un círculo negro en el cielo, con Syx como su luminosa contraparte. La única luna de esa noche, al comienzo del mes Syx. Esa noche, apenas un día después de que su mundo se colapsara, el rey celebraría la Ceremonia de Sangre. El momento de su presentación formal a la corte.

Adultos vestidos con tanto brillo como las flores hablaban junto a las fuentes. Los sirvientes caminaban entre el gentío con bandejas de pimientos picantes, bocados de arroz sobre hojas de plátano y vasos altos de un centelleante licor de néctar. Niños con vestimentas notoriamente caras jugaban alrededor de los jardines cuidadosamente cultivados.

Akeylah sintió un breve golpe de culpa. Sus criadas habían regresado esa mañana y otra vez por la tarde. Intentaron desesperadamente convencerla de que las dejara vestirla. Ella rehusó, una y otra vez. Se bañó sola en la oscuridad, en la madrugada anterior, cuando podía estar segura de que nadie la molestaría. Se puso el mismo vestido, porque había visto las suaves telas de los trajes de la nobleza y no podía estar segura de que fueran a cubrir la cicatriz que pulsaba en su muslo.

Pero resaltaba de todas formas, si no más, al estar vestida de ese modo. Su vestido negro de mangas largas, con su cuello blanco alto, atraía miradas y risas sorprendidas. Alguien tropezó con ella, se disculpó, después la miró dos veces. Akeylah se obligó a sonreír en respuesta.

No podía respirar. No solo allí en ese amontonamiento de gente, sino en cualquier sitio, desde la mañana anterior. Desde que supo lo que había hecho.

Se preguntaba si los curanderos reales sospecharían que la repentina enfermedad del rey podría haber sido inducida por las

Artes. Seguramente debían estar alerta después del asesinato del Príncipe Plateado, pero, hasta donde ella sabía, había pasado casi un siglo desde que alguien hubiera sido arrestado por usar las Artes Vulgares. Para empezar, el saber cómo usarlas era difícil de descubrir; diezmar la sangre de alguien más no era tan simple ni instintivo como un diezmo normal. Y muy pocas personas se atrevían a buscar la información con tan inminente y certero castigo involucrado. Ejecución inmediata. Sin excepciones.

En cuanto al resto de la corte, Akeylah había escuchado algunos rumores. Las personas solo parecían creer que el rey estaba cansado, exigiéndose demasiado. ¿Durante cuánto tiempo podría mantener esa mentira? ¿Cuánto tiempo antes de que se dieran cuenta de que era algo peor?

Akeylah parecía ser la única que notaba a Yasmin rondando el brazo de su hermano, como una sombra preocupada. Tampoco nadie comentaba nada acerca de los curanderos, en sus simples uniformes color café, que merodeaban en los extremos de la fiesta, con la atención fija en el rey, por si su ayuda fuera requerida.

En su lugar, la habitación bullía con conversaciones acerca del festín de esa noche. La fiesta del cambio de mes era siempre una gran celebración, pero esa noche los nobles decían que el rey se había superado a sí mismo. Sospechaban que habría un

anuncio, aunque sus suposiciones rondaban desde la confirmación del embarazo de su nueva esposa genalesa, hasta murmullos de que la misma esposa había sido encarcelada por crímenes de guerra.

—¿Realmente crees que el rey Andros anunciaría la traición de su esposa en una fiesta? —bufó una mujer junto a Akeylah.

—Bueno, nadie la ha visto en una semana —argumentó la otra mujer, a la defensiva—. Ella está embarazada o encarcelada, te lo digo.

—Si hubiera guerra otra vez, ya lo habríamos oído. Mi marido es capitán...

Akeylah siguió de largo, distraída. Las voces entraban y salían de su alcance, se mezclaban hasta sonar como olas que rompían contra la costa, indiferenciables.

En todo lo que podía concentrarse era en el rey Andros. Lo observó aceptar una copa de licor de néctar. Él la pasó de una mano a la otra mientras hablaba con un noble, antes de dejarla en la bandeja de un sirviente que pasaba, sin haberle dado un trago siquiera.

No estaba comiendo ni bebiendo. Probablemente no podía, por los efectos secundarios de la enfermedad desgastante que ella le había provocado.

El estómago se le revolvió.

Podía no estar de acuerdo con que el rey diera fiestas allí,

mientras que su pueblo sudaba sangre para reconstruir las ciudades azotadas por la guerra. Pero solo le desearía esa clase de dolor a su peor enemigo; al padre que creía haber maldecido.

El rey Andros no merecía eso.

—¡Rayeh! —Un joven noble chocó con ella. Luego se sorprendió—. Ah. Me disculpo; pareces mi amiga del Este. Rayeh dam-Roken. ¿La conoces?

Akeylah obligó a su mente a volver al presente. *Por los mares, Akeylah, debes actuar con normalidad.* Forzó una sonrisa.

—Me temo que no. —Él preguntó algo más, pero el rugido en sus oídos era demasiado. Se despidió educadamente y se dio la vuelta.

Un camino zigzagueante atrajo su mirada. Se abría entre hojas colgantes de sauces, lejos del patio central. Al otro lado, encontró unos parapetos de madera pétrea de marfil que rodeaban los extremos de los jardines.

Los jardines del cielo abarcaban toda la terraza de la Fortaleza Ilian, el punto más alto de la ciudad. Algunas parejas descansaban contra la barandilla, pero estaban demasiado entusiasmadas como para notar a la chica esteña que se acercó a una cornisa cercana.

Toda la Ciudad de Kolonya se extendía a sus pies. Por la noche la luna parecía un reflejo del mismo cielo; puntos de ventanas iluminadas por velas en un mar de oscuridad.

Akeylah tiró su cuello alto y rígido. *Este maldito vestido.* Seguramente podría haberles pedido a sus criadas que le llevaran un vestido de seda oscura en su lugar. Pedirles que lo dejaran en la cama y vestirse sola más tarde. ¿Por qué no había pensado en eso?

Estaba demasiado distraída para preocuparse. Presionó una mano sobre su cicatriz. No le dolía. La herida sanaba sorprendentemente rápido, considerando lo profundo que había sido el corte. Pero el color, el suave brillo, eso duraría toda su vida. Un recordatorio constante de su error.

¿Cuánto pasaría hasta que alguien la descubriera? ¿Cuánto tiempo hasta que acabara con ella?

Volvió a tirar de su cuello, demasiado fuerte. El encaje blanco se rompió en sus dedos. Maldita sea. Maldita sea.

Akeylah arrancó el cuello y lo dejó caer sobre la barandilla. El fuerte encaje blanco resaltó contra el paisaje oscuro de la ciudad al caer, un ave herida arremolinándose hacia el abismo.

—Sí que *era* un cuello desafortunado —balbuceó alguien—, pero no creo que mereciera tal abuso.

Akeylah se sobresaltó. La chica rio mientras se acercaba a ella. La tela de su holgado vestido de *chiffon* rozó el brazo de Akeylah; estaba muy cerca.

—Lo siento, no quería asustarte.

La chica, poco mayor que Akeylah, tenía una preciosa

complexión morena y rizos de color avellana, recogidos en alto sobre su cabeza, adornados con piedras preciosas. No era kolonense precisamente. Su pelo era demasiado rizado, tenía demasiada textura. Sin mencionar su cuerpo curvilíneo y sus carnosos labios. Sureña, ¿tal vez?

—Está bien —respondió Akeylah—. No lo has hecho.

—Qué refrescante, una mala mentirosa. Somos muchas aquí en la corte. —Sus ojos captaron la luz lejana, de azul profundo como el cielo sobre ella.

—No quería ser deshonesto. Solo quería decir que... no... —Se detuvo repentinamente—. Sí, me has asustado. Pero no hay problema.

La chica sonrió, tan luminosa y abiertamente que Akeylah tuvo que contener la respiración.

Oh.

—Sí, veo que tienes mayores problemas con los que lidiar. —La chica observó el cuello rasgado de Akeylah—. No estoy segura de que tenga arreglo. Pero mira, si lo doblas... —Se acercó para doblar la tela, las yemas de sus dedos acariciaron la clavícula de Akeylah.

—¿Qué tal ha quedado? —Su voz resultó baja y sin aliento.

—No demasiado bien. —Le ofreció una sonrisa conspiradora—. Pero creo que servirá al menos esta noche. —Dejó su mano descansando sobre el vestido durante un largo instante. Su

tacto irradiaba frescura a través de la tela, era agradable—. Deberías llamar a los sastres mañana. Que te hagan un nuevo vestido. —Su mirada bajó—. Tal vez uno sin el cuello que te ofendió.

La boca de Akeylah se dobló en una sonrisa irónica.

—¿Uno que encaje mejor aquí, quieres decir? —Se preguntó si la chica sentiría el ritmo de su corazón, que golpeaba como la marea. *Sus labios parecen tan suaves...*

La mano de la chica cayó.

—No te preocupes por lo que yo pienso. Vístete para ti misma. Es importante que las personas como nosotras lo recuerden.

—¿Como nosotras? —repitió Akeylah.

—Cualquiera que parezca, digamos, no estrictamente kolonense. —Los labios de la chica se elevaron en las comisuras y Akeylah intentó no mirarlos demasiado—. Cuando intentas vestirme como ellos, actuar como ellos, hablar como ellos, lo notan. Señalan tus diferencias y deciden que son una debilidad. Pero si eres tú misma, si llevas tus diferencias con orgullo, su percepción cambia. —Se señaló a sí misma. A diferencia de la mayoría de las demás damas de la nobleza, ella no llevaba un vestido ostentoso. Solo una simple túnica azul. No se ceñía en cada una de sus curvas, sino que caía, sugería largas piernas, pero no revelaba nada—. De pronto eres única. Deseable, en lugar de imperfecta.

Ese vestido realmente la hacía resaltar.

Bueno, el vestido y sus fuertes facciones: su mandíbula, sus labios gruesos, sus ojos inusualmente azules. Todas consideradas características negativas en Kolonya, y aun así ella era imponente. Akeylah la comprendió.

—Gracias por el consejo. —Miró su vestido desgastado una vez más—. La Madre Océano sabe que me serviría toda la ayuda que pueda tener.

La chica se inclinó un poco más cerca y Akeylah podría haber jurado que el espacio entre ellas se electrificó. Sus dedos ansiaban tocarla, cubrir esa distancia. Acariciar el brazo de la chica, solo para sentir la fresca sensación de su piel una vez más.

—No creo nada de eso. —La chica se echó hacia atrás para evaluarla con una tranquila mirada general—. Echando a un lado el contratiempo de la vestimenta, pareces tan noble como todos los demás aquí.

Akeylah se forzó a darse la vuelta, con la mirada sobre la barandilla para evitar hacer algo insensato.

—Veo que ambas somos malas mentirosas —comentó, aunque sonrió al hacerlo.

A su lado, la chica se apoyó contra la pared y llevó la cabeza hacia atrás.

—Eso ha sido un cumplido, no una mentira. Será mejor que

aprendas rápidamente la diferencia por aquí.

—Me disculpo, no estoy acostumbrada a la sinceridad. Tendrás que advertirme la próxima vez.

La chica rio solo una vez, suavemente; aun así, el corazón de Akeylah saltó en su interior. *Por los mares*, ese era un sonido peligroso. Adictivo. Akeylah ya se encontraba buscando formas de hacerla reír otra vez.

—Nunca antes me habían acusado de ser demasiado sincera. —Sus dedos danzaron sobre el parapeto en un incesante baile.

Akeylah la observó de reojo.

—¿Normalmente no lo eres?

La mirada de la chica se disparó hacia ella. Se detuvo un momento en el pelo cobrizo de Akeylah, que esa noche estaba recogido en trenzas alrededor de su cabeza, la única forma en que sabía arreglarlo para un evento como ese. Resultó ser que, al igual que muchas cosas que ella daba por sentado, ese estilo era puramente esteño. Otra razón para atraer miradas.

—No aquí —admitió la chica finalmente—. No con alguien que acabo de conocer. Tienes que mantener la guardia en alto en la corte. —Ella negó con la cabeza—. Pero ¿dónde están mis modales? Aquí estoy, molestándote con mis advertencias y no me he presentado. —Extendió una mano, palma hacia arriba. El saludo tradicional de Kolonya—. Rozalind.

—Créeme, cualquier advertencia que puedas concederme será

más que bienvenida. —Akeylah colocó su palma sobre la de Rozalind. Dejó que sus dedos se cerraran en la muñeca de la chica y se maravilló con lo fresca que era su piel, incluso en el calor de la jungla—. Akeylah.

—Precioso. Del Este, ¿no es así?

—Lo es. Es decir... Lo soy. —*Deja de balbucear*—. Acabo de llegar. Rozalind la soltó para apoyar un codo sobre la barandilla Casual, despreocupada. Perfecta.

—Admito que lo he supuesto. —Volvió a sonreír, sus labios como la curva perfecta de una caracola marina—. Bien, lady Akeylah. Ahora es tu turno.

—¿Disculpa? —Akeylah parpadeó.

—Te he instruido primero. Ahora es tu turno. —Mantuvo la mirada de Akeylah—. Enséñame algo.

Repentinamente, Akeylah era demasiado consciente de su cuerpo. *¿Cómo coloco mis manos normalmente?* Aturdida, se dio la vuelta para ver la ciudad.

—Ah, no sé hacer nada útil.

—Cuéntame algo acerca de la Región Este. Nunca he ido, pero he oído que es preciosa.

—Lo fue, alguna vez. —Akeylah suspiró.

—¿La guerra? —Una rápida mirada reveló a Rozalind estudiando la ciudad también, con el ceño fruncido.

—Alcanzó a todas las Regiones, estoy segura —murmuró

Akeylah—. Pero golpeó más fuerte al Este. La aldea más cercana a mi hogar, está... —Presionó sus labios—. Las construcciones que quedan en pie necesitan reparaciones urgentes. Y el puerto es peor, la rambla no es más que leña ahora.

—¿Tu hogar fue destruido?

—Desafortunadamente, no —respondió ella al pensar en su padre; o el hombre que la había criado. Eso le hubiera hecho bien a Jahen.

Después se sobresaltó. *Maldición*. ¿Por qué Rozalind la relajaba tanto? Su conversación era tan natural que olvidó dónde estaba. En la Ciudad de Kolonya, rodeada de nobles que, como la propia Rozalind acababa de advertirle, no eran del todo fiables.

—Yo... yo solo quería decir que mi familia, nosotros... habríamos tenido más posibilidades de reconstruir nuestro hogar que muchos en nuestra aldea, si hubiéramos tenido la necesidad. Si hubiéramos podido recibir algunos golpes en su lugar...

Rozalind inclinó su cabeza al frente, con sus labios en una mueca de incredulidad.

—Lo entiendo. Con frecuencia deseaba que nuestra familia soportara más de las consecuencias de nuestras acciones.

Sin poder resistirse, Akeylah volvió a mirarla. Algo en el duro destello en los ojos de Rozalind la hacía pensar que había una historia más larga en ellos de la que estaba dispuesta a revelar

en ese momento.

—No encajo aquí —dijo de pronto.

—No, no lo haces. —Los ojos de Rozalind miraron los de ella. *Por los mares.* Esa mirada golpeaba a Akeylah como la marea, arrastraba algo profundo e irresistible con ella—. Pero tu error reside en pensar que eso es algo malo.

Un gong sonó en la distancia, seguido de un fuerte y controlado discurso. Estaban demasiado lejos para escuchar las palabras, pero Rozalind ya se encontraba caminando hacia atrás, lejos de la barandilla.

—Es el comienzo del anuncio del rey —dijo—. Debemos ir.

Akeylah levantó su falda y caminó hacia Rozalind, pero la mujer ya estaba haciendo una reverencia de despedida.

—Ha sido un placer conocerte, Akeylah dam-Senzin.

Akeylah nunca le había dicho su apellido.

Durante un momento, observó a Rozalind caminar entre los árboles hacia el patio lejano. ¿Qué sabía aquella chica? Debió haber escuchado rumores de una nueva llegada a la corte y descubrió su apellido de algún modo. Seguramente no sabía más que eso, no conocía la posición de Akeylah aún. El rey Andros no lo había anunciado.

Aun así, mientras avanzaba tras ella, seguida por algunos otros rezagados (los amantes en la barandilla), no podía evitar una sensación presagiosa. Tras una noche de miradas, lo último

que quería en ese momento era exhibirse frente a una multitud de cortesanos.

Pero era lo mínimo que podía hacer por el rey. Tenía una deuda con su verdadero padre que nunca podría pagar. Llegó al patio central y se abrió paso entre la multitud hacia el estrado. Detectó a Florencia y a Zofi ya en los escalones bajo el trono y su corazón comenzó a acelerarse, por el pánico ante la idea de estar de pie allí, frente a tantas personas.

Piensa en otra cosa.

Rozalind. El solo recuerdo de su voz calmó los nervios de Akeylah, le permitió levantar la cabeza y sonreír.

Una tormenta seguiría a ese anuncio. El rey, su hermana, sus consejeros, todo el reino juzgaría cada movimiento que hiciera a partir de ese momento. No podría parpadear sin que nadie lo notara. Pero si tenía a alguien como Rozalind de su lado, una cortesana que la aconsejara, alguien con experiencia... tal vez pudiera manejar ese desafío.

Entonces llegó a la plataforma, ocupó su lugar junto a sus hermanas y levantó la vista hacia el estrado.

En ese momento, cada gramo de tranquilidad que había logrado reunir se desvaneció.

El rey Andros se había puesto de pie para dirigirse a la multitud. Pero sus ojos no estaban en él. Fueron más allá, más allá de Yasmin junto a él, hacia el trono inmediatamente a su

lado. El horror floreció en el pecho de Akeylah. Se extendió por sus extremidades como un lento veneno. Porque allí estaba Rozalind, en un lugar de honor. En el lugar reservado para... Akeylah no podía respirar.

—Gracias a todos por venir esta noche —estaba diciendo Andros—. La reina Rozalind y yo estamos felices de recibirlos a todos.

Rozalind la miró a los ojos. Durante el más breve instante las comisuras de sus labios se elevaron. Una sonrisa secreta, solo para Akeylah.

Personas como nosotras.

Cualquiera que no sea estrictamente kolonense.

Nada en su vida podía ser simple, ¿o sí? Tenía que escoger a la peor mujer posible para encenderse. La obstinada hija de Genal. Una descendiente del peor enemigo del reino, enviada para terminar esa guerra definitivamente.

La reina de Kolonya.

La nueva esposa de su padre agonizante.



Zofi

Requirió cada gramo de la paciencia de Zofi el no fruncir el ceño. ¿Cuánto tiempo más tendrían que estar de pie en ese maldito estrado? Se sentía como un caballo de exposición en una subasta. Sin mencionar el atuendo que la habían forzado a vestir sus criadas. Había rechazado terminantemente usar un vestido, pero de todas formas habían insistido en que usara pantalones de seda, una blusa holgada que hacía que le picara el cuello, e incluso un lazo en sus salvajes rizos.

Había puesto un límite en las sandalias. Si tenía que estar en pie frente a todo el mundo y admitir ser de la sangre del rey, lo haría con sus botas puestas, muchas gracias.

La blusa le provocaba comezón.

El rey aún estaba divagando acerca de las glorias de Kolonya. No solo de «los beneficios que ofrecían a todas las Regiones» (que ella asumía que significaba el derecho a morir en la batalla por su rey, pagarle impuestos extra para que él pudiera celebrar

la victoria con su dinero), sino también del poder sin igual de Kolonya.

—Unidos, somos la fuerza más potente de todo el mundo — declaró el rey Andros—. Ningún rival puede levantarse en nuestra contra cuando las Regiones actúan en unidad.

Eso, al menos, gratificó los oídos de Zofi. Aunque podía equivocarse. Porque casi sonaba como si Andros estuviera admitiendo que Kolonya no era todopoderosa. Que Kolonya realmente necesitaba a las otras Regiones.

Algo que era cierto, por supuesto. Pero generalmente no era la clase de cosa que el rey admitiera en público.

Algo ha cambiado.

Luego se reprendió a sí misma. Claro que algo había cambiado. Una docena de *algos*. La Séptima Guerra había terminado y, por primera vez en la historia, Genal había ofrecido a una princesa de su propia familia para que se casara con el rey Andros. Muchas personas habían murmurado que eso era el primer intento honesto de tener una paz duradera, definitiva.

Después, el problema de Bahía Ardiente, todas las embarcaciones de Kolonya se habían hundido y *alguien* había asesinado al Príncipe Plateado. Esto último había despertado toda una nueva oleada de rumores, ya que muchas personas creían, erróneamente, por supuesto, que un Viajante solo

asesinaría a un hombre como el príncipe Nicolen por dinero. Se comentaba que Genal había pagado a un asesino y había enviado a la reina Rozalind para atraer a Kolonya con una falsa sensación de paz.

Y las personas ni siquiera sabían que el rey estaba enfermo aún. O al menos no sabían cómo de enfermo estaba.

Zofi casi se sintió mal por Andros.

Casi.

No era que se arrepintiera de asesinar a Nicolen; lo haría mil veces si eso implicaba salvar a Elex. Pero comprendía entonces cuánta incertidumbre había provocado en la realeza al hacerlo. Las personas ya estaban demasiado nerviosas después de Bahía Ardiente. Con la muerte del príncipe, solo podía imaginar el pánico que debió extenderse por las calles de la Ciudad de Kolonya.

Internamente se dio un golpe a sí misma. ¿A quién le importaba? Esas eran las personas que explotaban a todas las otras Regiones para poder dar fiestas de gala como esa. Si ella había hecho que su derecho al trono de ese continente fuera al menos un poco más débil, *bien*.

Solo que ese trono podría ser tuyo ahora.

Frunció el ceño. Más razón para odiar a Andros. Por ponerla en esa posición. Una de las tres potenciales herederas a un reino que preferiría ver colapsar.

Alguien enterró un codo en sus costillas. Florencia. Miró a Zofi con los ojos entornados y articuló: *Sonríe*.

Zofi se dio cuenta de que había estado con el ceño fruncido. Entonces continuó haciéndolo por principios.

Florencia puso los ojos en blanco y volvió a mirar al frente. La nativa de Kolonya encajaba bien allí. Posaba en ese pedestal como si hubiera nacido allí, su vestido era tan frívolo, caro y poco práctico como el de las otras damas de la nobleza. ¿Cómo podría alguien pelear con esos tacones?

Y luego estaba la esteña. Su vestido parecía ligeramente más práctico, lo suficientemente suelto como para poder moverse al menos. Aunque no parecía muy fuerte; la parte superior estaba rota y deshilachada. A diferencia de Florencia, Akeylah parecía nerviosa. Intentaba disimularlo, pero sus pupilas estaban dilatadas y sus manos temblaban.

Tal vez tuviera pánico escénico. Había muchas personas mirándolas en ese momento. Zofi les devolvió la mirada. ¿Alguno de esos hombres y mujeres delicados, de manos suaves, habrían cabalgado por los desiertos de Norte o escalado las Montañas Alba en busca de comida?

¿Alguno de ellos habría estado sin comida un solo minuto de sus vidas?

Finalmente, el rey dijo:

—Estas jóvenes damas pueden no ser familiares para ustedes

—dijo—, pero son tan familiares para mí como la sangre en mis venas. Me enorgullece presentarlas en esta corte, un evento que ha sido largamente retrasado.

Todo en la terraza se detuvo, las respiraciones se contuvieron. Zofi rezó por que una repentina tormenta los inundara a todos. Tal vez que cayera un rayo bien posicionado para evitarle la miseria que seguiría a ese anuncio.

—Me gustaría presentar a mis hijas.

Toda la corte exhaló a la vez. Las más cómicas expresiones de sorpresa, notó ella, fueron dirigidas hacia ella o Akeylah. Típico de kolonenses.

—Como es costumbre, cada una de mis hijas ofrecerá una prueba de su linaje —anunció el rey. Un acólito de las Artes de Sangre se acercó a la plataforma con un cuenco de plata, tallado tan elaboradamente como las puertas del Gran Salón. El rey levantó su manga y con un solo y hábil pinchazo de una hoja delgada como una aguja, agregó una gota de sangre al cuenco.

—Lady D’Andros Zofi, da un paso al frente a ofrecer tu prueba.

Ese sería su nombre desde entonces. Con un elegante título y el nombre de su padre adosado al estilo de Kolonya. Le molestó casi tanto como las miradas de los cortesanos.

Los murmullos se duplicaron cuando dio un paso al frente. Vio a unas cuantas personas haciendo señales de precaución en el aire, o frunciendo el ceño abiertamente. *Conozco el sentimiento,*

deseaba decir. *También preferiría no estar relacionada con él.*

Y otro pensamiento llegó con fuerza. *Madre, ¿por qué no me lo dijiste?*

Cuando la mayoría de las mujeres Viajantes decidían que querían un hijo, se acostaban con un fuerte y apuesto desconocido. Normalmente ni siquiera conocían el nombre del padre, sin mencionar que no le informaban de su nuevo hijo. Un pariente que no sabe de tu existencia es uno inofensivo. Uno que nunca puede hacerte daño.

Los Viajantes eran más supersticiosos que la mayoría con respecto a las Artes Vulgares porque, por más extrañas que fueran esas perversiones de las Artes en el presente, los antiguos Viajantes eran de las pocas personas en las Regiones que las habían visto funcionar. Si pasas suficiente tiempo en el camino verás prácticamente todo; incluso el lado más oscuro de la naturaleza humana.

Además, ¿para qué necesitaba Zofi a un padre biológico? Tenía a una docena de padres, los hombres mayores de la banda, los que le habían enseñado cómo diezmarse, cómo crear los viales de cristal secretos para guardar diezmos para más adelante, cómo hacer más de un millón de cosas útiles.

Ella nunca había pedido esto. Toda esta nueva familia, estas nuevas responsabilidades.

Tal vez todo es un terrible error.

Pero incluso mientras subía el último escalón para detenerse junto al rey, Zofi sabía que eran falsas esperanzas. Podía ver el parecido; el mentón y los pómulos afilados que compartían. Más que eso, lo sentía en sus venas.

Que las arenas los maldigan a ambos. A Madre y Padre a la vez, quienes habían conspirado para atraparla allí.

Zofi extendió su brazo hacia el acólito. Él le levantó la manga en un diestro movimiento. La hoja penetró en el interior de su codo. Ella vio la gota de sangre caer en cámara lenta.

Sus venas cosquillearon. Las Artes centellearon en el aire, tentadoras. Un cambio en su percepción y podría diezmarse en ese momento y dejar que las Artes corrieran por su sangre. Tal vez diezmarse a sí misma y salir corriendo del estrado.

Zofi se resistió.

El cuenco de plata resonó ligeramente, como si alguien estuviera pasando un dedo húmedo por el borde. Cuando miró al interior, su sangre se arremolinó en el fondo, en arcos serpenteantes. Se unió con la sangre de su padre y todo el cuenco se encendió de un blanco cegador. El sonido se hizo más fuerte, penetrante.

—La sangre llama a la sangre —anunció el acólito, y el rey Andros convocó a Florencia a continuación. Zofi se hizo a un lado y esperó mientras las otras dos chicas hacían sus ofrendas. Las dos veces, el cuenco centelleó y cantó. Después de

Florescia, la multitud aplaudió. Solo entonces Zofi se dio cuenta de que habían estado en silencio con ella.

Cuando el cuenco sonó por Akeylah, solo unas pocas personas aplaudieron con desgana. *Supongo que los esteños son casi tan malos como los Viajantes.*

Y después, eso fue todo. Estaba hecho. Cada uno de los nobles en esa terraza la conocía entonces. Sabían que la sangre de Andros corría en sus venas. Sabían que, para bien o para mal, él la reconocía como familia.

Se preguntó, distante, cuánto dinero valdría su cabeza para un asesino genalés o para un rebelde del Este. Sus enemigos aún no sabían que Andros estaba enfermo. Tal vez se les metería en la cabeza secuestrar a su nueva hija y torturarla para que lo maldijera. Zofi se preguntó cuánto dolor requeriría hacerla usar las Artes Vulgares en contra de Andros.

A ese ritmo, no mucho. Pero dudaba de que cualquiera dispuesto a hacer sangrar a una chica para maldecir a un rey tuviera algún reparo para cortar la garganta de esa chica después de que el trabajo estuviera hecho.

A pesar del espacio abierto de los jardines del cielo, Zofi sentía claustrofobia, como si los muros de la fortaleza estuvieran presionándola. Había muchos nobles poderosos allí para presenciar la ceremonia. Tantas personas que ya sabían que ella era hija de un rey.

Si salía corriendo, si huía a casa con su banda, estaría en riesgo ante cualquiera de los enemigos del reino. Todos lo estarían.

—Mis hijas están aquí para completar su educación, para interiorizarse en el estudio del gobierno de Kolonya y en nuestra forma de vida —estaba diciendo el rey—. Confío en que las recibirán en la corte tan acaloradamente como yo los he recibido en mi hogar. Después de todo, una de ellas algún día me seguirá en el Trono del Sol.

Los cortesanos aplaudieron y silbaron. Una bandada de guacamayos voló desde los jardines, liberados para realizar una danza coreografiada de celebración, mientras salían chispas desde antorchas plantadas a lo largo de los límites de la pista de baile.

En todo lo que Zofi podía pensar era en dónde se encontraría su banda en ese momento.

Si cerraba los ojos, podía imaginarlos alrededor de la fogata nocturna, compartiendo historias y una jarra de té especiado después de la cena. Podía verse a sí misma allí sentada, codo con codo junto a Elex, molestándolo por su más reciente desastre en el pelo.

Eso era real. Esa era su vida.

Esta era alguna enroscada pesadilla.

—Intenta no quedarte dormida en el podio —siseó Florencia

en su oído.

—¿Eso a ti qué te importa? —bufó Zofi.

—Acabamos de descubrir a nuestra familia feliz —respondió en un tono tan seco como la arena—. Preferiría no ser avergonzada por ella, la verdad. Aunque el Sol sabe que estás haciendo un muy buen trabajo con ese atuendo.

—Al menos puedo moverme. Tú pareces una langosta a punto de ser sacrificada en la olla.

Akeylah rio, un repentino y sorprendente sonido que hizo que Zofi y Florencia la miraran. Los ojos de la esteña se ampliaron aún más, si era posible, y su sonrisa se desvaneció.

—Tú sí que das que hablar. —Florencia señaló el vestido de Akeylah—. Será mejor que las dos aprendáis a dar una mejor impresión. Que el Sol me abandone si permito que arrastréis nuestro nuevo nombre al lodo.

Zofi frunció el ceño.

—¿Nuestro nombre? Bien puedes quedártelo. Nunca lo pedí. —Con el rabillo del ojo notó que algunos cortesanos se acercaban a ellas y bajó la voz—. Nunca he pedido nada de esto.

—Ninguna de nosotras lo hizo —respondió Florencia—. Pero cuando la vida te ofrece un regalo en bandeja de plata debes estar loca para rechazarlo.

—¿Llamas a esto un regalo? Estar atrapada aquí, forzada a quedarte en un solo lugar, estancada, viviendo como... —Señaló

abiertamente a los nobles que comían y bebían hasta volverse locos, que derramaban néctar en sus caros trajes y entornaban sus ojos ante cualquiera que pareciera diferente—. ¿Esto?

—La vida puede ser mucho peor. —Akeylah habló repentinamente. Su voz tenía un tono que Zofi nunca había escuchado en ella.

—Una caja de oro sigue siendo una caja. —Los dedos de Zofi danzaron hacia el lugar en su cadera en el que normalmente se encontraría su daga, un hábito nervioso. Florencia se encogió de hombros.

—Si piensas que esto es una caja, entonces tienes incluso menos imaginación de lo que creí. Pero bien. Huye. En cuanto a mí, planeo usar este regalo para hacer una diferencia real en el mundo.

—¿Cómo harás una diferencia sentada en terrazas comiendo pastel? —bufó Zofi.

—No estás viendo debajo de la superficie. Te garantizo que docenas de tratos están cerrándose en este momento; tratados comerciales, alianzas entre Regiones para desalentar la violencia... —La voz de Florencia fue afectada durante un momento. Zofi la miraba con curiosidad, pero ella se aclaró la garganta—. Los eventos como este *parecen* frívolos. Pero así es como sucede el cambio. Aquí es donde se decide el futuro de nuestro reino.

—No hay duda de por qué las Regiones son tal desastre.

—Es por eso que nos necesitan. —Akeylah miró a Zofi, luego hacia donde se encontraba el rey Andros con su brazo enlazado al de la reina Rozalind—. A quienes no somos estrictamente kolonenses. Vemos todo esto con ojos nuevos. Podemos cambiar las cosas para nuestra gente.

Zofi pensó en la furia del príncipe Nicolen al lanzarse sobre Elex. *Un Viajante menos solo hará de este un mundo mejor.* No se trataba de un juego de cartas. Nunca había sido eso. El príncipe, como muchos otros, odiaba a los Viajantes simplemente por quienes eran.

Ella pensó en las criadas que se escandalizaban ante la idea de servirla. En los kolonenses que habían intentado repelerla en su camino a la ciudad, como si fuera alguna clase de demonio. En todos los insultos que había escuchado al crecer: *vagabunda, mentirosa, tramposa.* Los pueblos que habían tratado a su banda como a perros callejeros.

O peor.

¿Podía ella cambiar algo de eso? ¿Eso sería posible?

—No te molestes —le dijo Florencia a Akeylah—. Es una vagabunda. No está en su naturaleza quedarse quieta, mucho menos el aceptar la responsabilidad.

Zofi abrió su boca, pero otra voz atravesó la noche húmeda.

—Estaría positivamente sorprendida si alguna de vosotras

resultara tener la naturaleza adecuada para esto, francamente. —Las tres se dieron la vuelta para encontrar a la condesa Yasmin a su lado. La luz de Syx iluminó sus duros ojos color avellana y los hicieron parecer más de madera que humanos.

—Condesa. —Florencia se inclinó en una reverencia. *Siempre la bien educada kolonense*, pensó Zofi. Akeylah la imitó un momento más tarde.

Zofi permaneció de pie.

La condesa era casi una cabeza más alta que ella y mucho más musculosa, incluso a su edad. Yasmin no se movía como las otras damas de la corte. Tenía un paso descontracturado y una fuerza en sus hombros que le indicaba a Zofi que había combatido en sus años más jóvenes.

—Sobrinas —dijo Yasmin, con nada cercano al afecto—. Odio interrumpir vuestra pequeña discusión, pero se acostumbra atender a los invitados después de una presentación. —Yasmin miró intencionadamente a los nobles amontonados alrededor del estrado—. No es que podamos esperar que bastardas sin educación sepan tales cosas, supongo. —Ella suspiró—. Será un camino totalmente cuesta arriba, me temo.

Bien. Si lo que Yasmin quería era una batalla, al menos Zofi comprendía eso.

Podemos cambiar las cosas para nuestra gente. Tal vez Akeylah tuviera razón. Tal vez a eso se refería Madre cuando la había

aconsejado. *Sígueles el juego*. Esa podía ser la oportunidad de Zofi para marcar la diferencia.

Imaginó cómo sería la vida para los Viajantes si ella se sentara en el trono. Podía elevar la posición de su banda; ningún pueblucho de oasis los expulsaría si fueran de la familia de una reina. Y los Talones estarían de su lado, obedecerían sus órdenes. Ya no atacarían inocentes. Ya no habría arrestos infundados.

Su corazón se retorció. *Imagina la vida para Elex*. Ella podría darle el perdón.

Al diablo con huir. Florencia podría ser intolerable, pero tenía razón con respecto a una cosa. Esa era una oportunidad.

Zofi la tomaría.



Horas. Pasó horas saludando al interminable mar de nobles. Cada uno tenía un nombre más largo y complicado que el anterior. Nunca los recordaría todos, mucho menos su posición en la corte.

Seguir ese juego se hacía más difícil cada minuto que pasaba.

En algún momento cercano a la medianoche, Zofi logró alejarse. Solo Akeylah notó su partida y, si Zofi había juzgado bien a la chica, dudaba que dijera algo. Akeylah no parecía muy habladora.

Pero, otra vez, ¿qué sabía Zofi sobre ella? ¿Sobre cualquiera de esas personas?

No podía confiar en nadie. Mucho menos en su nueva supuesta familia.

Ese fue el pensamiento principal en su mente al empujar la puerta de su recámara. Eso probablemente explicara por qué notó de inmediato el frío en la habitación y el movimiento de las cortinas.

Ella había asegurado esa ventana al salir.

El vello en su nuca se erizó. Se acercó de puntillas a la repisa sobre la chimenea, desenvainó su daga del lugar donde la había dejado. Avanzó agachada y de puntillas por la habitación. En la ventana, apartó la cortina en un hábil movimiento, después se giró para encarar a su atacante.

Una luz tenue llenó la habitación; luz de antorchas de las otras torres.

Vacío.

A excepción de... Su mirada se detuvo en el respaldo de la cama. Como el resto del mobiliario, era de madera balsa pálida, desteñida. Las letras no resaltaban; solo las detectó por el modo en que la luz captaba el brillo y hacía que el mensaje pareciera destellar.

Asesina de Sangre.

Zofi atravesó la habitación. Tocó la pintura plateada. Seca.

Quien lo hubiera hecho había estado allí durante la fiesta. O antes, tal vez; la habían convocado a la terraza mucho antes de que llegaran los invitados de la nobleza.

El pragmatismo superó su miedo. Se arrodilló sobre la cama y enterró su cuchillo en la madera. Le llevó un largo tiempo atravesar la laca. Incluso más penetrar la madera blanda y separar el respaldo de la cama. Lo rompió en pedazos y apiló la madera en la chimenea.

Les diría a las criadas que tenía frío y no disponía de madera. Ellas creerían cualquier comportamiento posible de una Viajante.

Destruir la evidencia cuidadosamente le dio mucho tiempo para pensar lo que eso significaba. Las palabras, el color de la pintura. Plateado. Como el caballo de él, su pelo, su sobrenombre.

Alguien sabía que ella había asesinado al príncipe.

Akeylah

Brilante, Akeylah. Tenías a toda una fiesta llena de nobles con quienes hablar y decides coquetear con la más inapropiada de todas.

Había pasado las últimas horas regañándose a sí misma por su paso en falso. Regañándose y dando vueltas por las afueras de esa fiesta improbable, rezándole a cualquier dios que pudiera estar escuchando que eso terminara pronto.

Pero incluso entonces, con Syx escondida, los nobles no daban señales de desaparecer. Zofi se las había arreglado para escaparse una hora o dos antes y Akeylah la había visto marcharse con algo de celos. Pero antes de que pudiera esperar seguirla, Yasmin apareció, con su inquietante mirada de ave fija en ella.

—Da unas vueltas. —La había regañado—. O al menos mantén alguna compañía. Pareces un arbusto particularmente deprimido, plantada aquí haciendo un mohín. Harás que comiencen rumores de que estás enferma. O peor, de que eres

una puritana.

La condesa se alejó sin esperar una respuesta y, a pesar del palpitante dolor en la base de sus pies, Akeylah aceptó un baile de la siguiente persona que la invitó, una mujer unos años mayor con gemas del tamaño de ostras colgando de sus orejas.

Akeylah no conocía el baile; era tan diferente de las vueltas que había visto hacer a los comerciantes en su hogar. Temió haber causado daños irreparables a los zapatos de la pobre mujer en más de una ocasión. Después de eso, las invitaciones a bailar dejaron de llegar y los murmullos parecieron duplicarse.

Luego, por supuesto, estaba Rozalind. A pesar de sus grandes esfuerzos, la atención de Akeylah se desvió a la mujer una y otra vez. Era imposible resistirse; como intentar apartar la mirada de la luz más brillante de la habitación.

O intentar no mirar un naufragio en proceso, pensó una parte más profunda y cínica de su cerebro. Porque así era como se sentía. En especial cuando Rozalind se levantó para bailar con el rey. Mi padre, el padre que he maldecido; por los mares, soy una idiota.

Cuando llegaron a la pista de baile, inspiraron algunos aplausos respetuosos, seguidos por una ronda de miradas de soslayo y murmullos, escondidos detrás de manos levantadas, similares a los que se había ganado Akeylah.

Claramente nadie aprobaba a la reina extranjera.

Akeylah no podía culparlos por completo. Genal colonizó a las Regiones, abusó de ellas durante siglos, luego pasó cuatrocientos años, desde entonces, intentando reclamar el territorio que creían suyo por derecho. Esa guerra, la más reciente, solo fue la última en una serie de luchas progresivamente brutales.

Aun así, no era culpa de Rozalind. Ella no había pedido nacer genalesa más de lo que Akeylah había pedido nacer en la Región Este o haber sido criada por un monstruo. Y la habían enviado allí como una demostración de paz, con la esperanza de que ambos reinos pudieran olvidar sus atrocidades pasadas y seguir adelante hacia un mejor futuro.

Incluso aunque algunas personas no aprobaran la paz, debían entender que Rozalind era una ficha en ese juego. Al igual que Akeylah.

Una pieza que algún día podría ser reina.

Expulsó ese pensamiento de su mente. Imposible. A pesar de ese banquete, a pesar de la Ceremonia de Sangre y el interminable desfile de cortesanos que estrechaban su mano y la felicitaban —¿por qué, por haber nacido?—, ella aún no podía creer que aquello fuera real.

¿Era la hija de un rey?

Y, como si fuera poco, había maldecido a ese rey. Su crimen no solo era peor de lo que había pensado, prácticamente estaba

siendo recompensada por él. El rey Andros mismo lo dijo. Si él no hubiera enfermado, habría aguardado con la esperanza de engendrar a un heredero legítimo con su nueva esposa.

Su estómago volvió a revolverse, esta vez ante la idea de Rozalind en la cama de su padre.

Contra su voluntad, Akeylah volvió a echar un vistazo alrededor de la habitación. Esta vez encontró a Rozalind llevando un par de copas de néctar a una preciosa mujer norteña vestida con una bata dorada del desierto. Las dos acercaron sus cabezas, murmuraron, después se sacudieron con una risa que Akeylah pudo escuchar al otro lado de la pista de baile.

Más revuelo en su estómago.

Pero podía controlarlo. Estaba acostumbrada a mantenerse en las sombras. Acostumbrada a no obtener nunca lo que deseaba. Toda su vida se había preparado para la decepción.

Sin embargo, no estaba preparada para que Rozalind encontrara su mirada. O para que la reina elevara la copa, lentamente, mientras le mantenía la mirada al dar un trago al néctar. Cuando volvió a bajar la copa, Akeylah pudo haber jurado que la reina le guiñó un ojo.

En ese instante, la distancia entre ellas desapareció. Estaban de regreso en la barandilla, solas ellas dos, la fresca mano de Rozalind presionada sobre el corazón de Akeylah. Sintiendo su

pulso. Calmándola. Acercándose, con esos suaves labios apenas a centímetros de los suyos, curvados en una suave pendiente que hacía que Akeylah ansiara tocarlos, recorrer el contorno...

Cayó a la realidad con un sobresalto cuando alguien tocó su brazo.

—¿Soñando despierta, lady Akeylah? —preguntó un joven noble. Los habían presentado, pero ya había olvidado su nombre.

—Ah, no, solo aclarando mi cabeza durante un momento... milord. —Akeylah aclaró su garganta. Revisó su memoria. ¿Garick? No. ¿Gavry?

—Gavin —dijo él con una sonrisa cómplice—. No te preocupes, no me lo tomo como una ofensa. El Sol sabe que te deben haber presentado a cientos de personas esta noche.

—Seguramente, creo que el doble de eso —respondió Akeylah y correspondió a su sonrisa.

—Bien. Las personas te disculparán esta noche. —Él inclinó ligeramente su cabeza—. Estoy seguro de que debe ser difícil. Tantas nuevas costumbres que aprender. Es tan diferente del Este.

La sonrisa de ella se desdibujó ligeramente. No le gustó el modo en que arrastró esas últimas palabras. *Del Este*. Pero él mantuvo su sonrisa educada y neutral.

—¿Ha estado en la Región Este, lord Gavin? —preguntó ella.

—Ah, sí. He estado allí por la guerra. Y después. En busca de los rebeldes. —Los ojos de él se entornaron.

—Entonces debo darle las gracias por sus servicios. —Ella sonrió. Su voz no tembló.

—No fue nada. Lo menos que podía hacer por Kolonya.

Kolonya. No *las Regiones*. Antes de que pudiera conjurar una respuesta, él se inclinó.

—Espero volver a verla, lady Akeylah.

Ella lo observó atravesar la pista para enlazar su brazo con una bonita joven kolonense, a quien sacó a bailar.

Akeylah necesitaba un descanso.

Rodeó el límite de la pista y se dirigió al camino del jardín, hacia el sitio en el que había estado con Rozalind antes. Cuando apenas había llegado al primer árbol, sintió un tacto fresco en su brazo.

Su corazón latió a paso doble cuando se dio la vuelta para encontrar a la reina a su lado.

—¿Ya te vas? —preguntó Rozalind.

—Solo necesitaba un poco de aire.

—¿Una noche en la corte y ya estás cansada de las multitudes? —La sonrisa de Rozalind se amplió, entretenida. Las orejas de Akeylah ardieron.

—Nunca me han gustado las reuniones extensas. —No había sido invitada a ninguna antes, pero de todas formas—. Su

Majestad, me disculpo si he dado un paso en falso antes...

—Por favor. —La reina la interrumpió—. Es Rozalind. Y yo debería disculparme por no haberme presentado de manera apropiada. Estaba disfrutando de la posibilidad de hablar como yo misma durante un momento, más que como una reina. Espero que no sientas que te he engañado.

—En absoluto. —Akeylah intentó no pensar en el espacio entre ellas o en el modo en que el aire se hizo más cálido a su alrededor. *Ella está tan cerca.*

—Bien. —Sus ojos bajaron a la boca de Akeylah, tan rápido que no pudo estar segura de haberlo imaginado—. Bueno, no dejes que te distraiga de tomar aire. —Rozalind inclinó su cabeza y Akeylah hizo una reverencia. Para el momento en que se levantó, Rozalind ya había desaparecido, de regreso hacia la fiesta, dejando el pecho de Akeylah dolorosamente cerrado.

No puedes hacer esto, Akeylah.

No podía tener sentimientos. No por Rozalind. No por la mujer de su padre.

Siguió avanzando a través de los árboles. Pasó junto a algunos grupos de cortesanos que conversaban, su hermana Florencia entre ellos, y un hombre joven con un traje elegante y un vestido de estilo sureño. Florencia la miró con curiosidad, pero no la reconoció más allá de eso. Estaba bien. Akeylah había tenido suficientes conversaciones incómodas esa noche.

Al final del camino, despejado de otros nobles, apartó el último sauce. Entonces se quedó helada. Observó directamente al mismísimo balcón en el que ella y Rozalind habían conversado más temprano esa misma noche, impactada.

Alguien había pintado en él, letras rojas que caían por el marfil pálido.

Semillas sangrientas engendran granos sangrientos, ryesdottir.

Akeylah miró a su alrededor. No había nadie a la vista, aunque aún podía escuchar voces detrás de ella en los árboles, personas que conversaban y reían. Su corazón comenzó a golpear contra sus costillas.

Reconoció la frase. Cualquier niño conocería la rima. Los mares sabían que sus hermanos la habían perseguido por la casa recitándola demasiadas veces.

*Semillas sangrientas engendran granos sangrientos,
lo que maldices regresa para acecharte,
y si la sangre familiar corrompes
sellas tu propio destino maldito.*

Como la mayoría de las rimas infantiles, era más oscura de lo que parecía. Era una canción sobre las Artes Vulgares, prometía que al usar esos diezmos prohibidos, regresarían a maldecirte también.

Akeylah comenzaba a creerlo.

Y la última palabra, *ryesdottir*. Dialecto Tarik. Un lenguaje

prohibido, al igual que su nombre, aunque muchos esteños aún lo hablaban en secreto. Padre nunca se había molestado en enseñárselo a Akeylah, pero había escuchado algunas palabras de los comerciantes. Suficientes para comprender ese término.

Rye. Rey.

Dottir. Hija.

El cuerpo de Akeylah se enfrió. Ese mensaje era para ella. Estaba segura de eso.

Se arrodilló y tocó la pintura. Seguía fresca. Con una última mirada sobre su hombro, levantó el borde de su vestido y comenzó a borrar las palabras. No importó. Incluso después de haber limpiado todo el balcón y de que la pintura fresca se pegara a sus piernas, el mensaje permaneció grabado en su mente.

Alguien sabía que ella había maldecido al rey.



Florenxia

Los tacones turquesas de Ren resonaban sobre el suelo de madera de marfil de la pista de baile mientras buscaba a un nuevo objetivo. La fiesta aún estaba animada y quedaban muchos nobles por conocer antes de que el amanecer tiñera el cielo. El embajador Perry le hizo una seña, pero ya había dado un largo paseo con él por los jardines. Más atención sería darle falsas esperanzas. Así que sonrió y siguió adelante.

Todos los nobles parecían sorprendidos por ella. Impresionados por su memoria para los nombres, declararon unos pocos. Poco sabían de lo que ella había aprendido además de sus nombres con los años. Sabía que disfrutaban mucho de su fuerte vino, qué criadas calentaban sus camas. Qué chicos de las cocinas calentaban otras.

Madre tenía razón. Servir le había dado una enorme ventaja sobre las otras dos chicas.

Resistió una oleada de irritación. Eso era lo único frustrante

sobre el giro de los acontecimientos. Finalmente había ascendido a la nobleza; a un estrato muy superior a nada que hubiera soñado conseguir. Pero tenía que compartir el pedestal con las dos candidatas menos probables en las Regiones.

La esteña podía estar bien, con un guardarropas apropiado, por el Sol. Pero ¿la Viajante? Muchos músculos y nada de dignidad. Podría ser un buen soldado raso, pero no tenía la sutileza ni la profundidad para gobernar un reino.

¿Y yo?

Ren empujó el interrogante al fondo de su mente al pasar junto a otro noble.

—Lord Hane.

—Lady Florencia, es un placer. —Hane era apuesto, con los ojos sureños oscuros de su madre, que acentuaban la amplia nariz kolonense de su padre. Por debajo del nuevo estatus de ella, pero a Florencia seguramente no le importaría coquetear un poco—. ¿Necesita que se la llene? —Miró la copa de néctar vacía de ella.

A decir verdad, apenas había tocado sus bebidas. Ese no era el momento ni el lugar para actuar como Sarella; no podía permitirse bajar la guardia.

—Estoy bien, gracias.

—Entonces tal vez prefiera a un compañero para la siguiente pieza. —La mirada de él recorrió su cuerpo.

Ren bajó la cabeza, fingió ruborizarse. Le había llevado horas conseguir un *look* espontáneo para esa noche; el pelo algo enmarañado, maquillaje ligero, sin joyas, con brillantes tacones turquesas como su único accesorio. Pero el toque de gracia, su verdadero armamento, era el feroz vestido rojo. Se ajustaba en su delgada cintura y tenía el costado abierto para enseñar sus zapatos y sus largas piernas. Por delante tenía cuello alto. En la espalda era bajo para revelar el tatuaje del alatormenta que se extendía en su columna.

Requirió un cuidadoso equilibrio el poner ese límite. Provocativa, pero modesta. Seductora, pero inalcanzable.

Por suerte, Ren tenía mucha práctica en ambos frentes.

—Eso me gustaría —estaba diciendo, cuando una mano cálida descansó sobre la parte baja de su espalda, sobre su tatuaje.

—Desafortunadamente, me temo que la dama está ocupada para esta pieza. Tal vez la próxima.

Un frío la recorrió ante el sonido de su voz. Sin mencionar su contacto. *Demasiado* familiar. Debió haberlo rechazado. Pero su cuerpo traidor se reveló, secretamente disfrutó de su aroma, de la sensación de él de pie a unos pocos centímetros detrás de ella. *Los viejos hábitos son difíciles de erradicar.*

—La próxima vez, entonces. —Lord Hane hizo una reverencia. Ren esperó hasta que estuviera lejos.

—Embajador Danton. —Esperaba que él escuchara el veneno

detrás de esas palabras—. Qué... inesperado.

Se giró para enfrentarlo. Un error. Esos ojos azules como la tormenta la atravesaron.

—Podrías al menos fingir que te alegra verme. —Él la guio por la pista de baile, con mucha más gracia que cualquiera de los nobles con los que había bailado esa noche. La esencia a pinos estaba en él, al igual que siempre. Un recuerdo del bosque alpino en el que había nacido, al este.

—¿Por qué, para preservar tu orgullo? ¿O solo tu imagen pública?

Siguieron el paso juntos. Ella odiaba lo que aquel baile le provocaba. Natural. Su cuerpo lo conocía tan bien, sin importar lo que su mente pensara de él.

—Florencia, por favor. Intento ayudar. No quieres que nadie haga demasiadas preguntas. «¿Por qué a Florencia le desagrada el embajador? ¿Qué pudo haber entre ellos?».

—Desprecio —balbuceó ella.

Los dedos cálidos y callosos de Danton acariciaron la base de su espalda una vez más, sobre su tatuaje.

—Dices eso —respondió él—, pero aún no has cubierto mi recuerdo.

El alatormenta le escoció, pareció penetrar y arañar su columna. Ella aún recordaba la noche en la que él se lo había hecho. El dolor de la aguja, el placer de su tacto mientras

limpiaba cuidadosamente los excesos de tinta y de sangre, y luego esparcía un bálsamo sobre la herida fresca.

—No necesito esconder mi pasado. Solo reivindicarlo. —Ella elevó el mentón. Ignoró la tormenta que la sonrisa de él provocaba en su pecho—. El alatormenta es el símbolo de mi casa, después de todo.

—Un accidente fortuito.

Él tenía razón; ella lo había escogido en un impulso, por su belleza. No fue hasta esa noche, mientras se vestía para esa fiesta, que reconoció la coincidencia. El alatormenta representaba a Kolonya, al gobernante de las Regiones unidas... y la casa personal del rey Andros.

—Tal vez parte de mí ya lo sabía —comentó.

—El subconsciente pude tener un rol más importante del que pensamos —coincidió él—. Y tú siempre has sido más preceptiva que la mayoría.

La música cambió, el ritmo se hizo más rápido. Danton la guio con experiencia por la pista y sus piernas se movieron al unísono, tan rápido que si cualquiera de ellos perdía un paso, aterrizarían sobre los dedos del otro.

Ninguno lo hizo.

—Es lo que más admiro de ti.

Era demasiado. El baile, su voz. Esa conversación, un eco de muchas de las que habían tenido antes. Cuando tenían que

escondese debajo de la fortaleza en la cueva de algún viejo rey loco. Cuando ella aún confiaba en él.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Ella bajó la voz hasta un murmullo. Él se acercó más para escuchar y sus labios casi tocaron su mejilla—. Conseguiste lo que querías de mí. No volveré a cometer el mismo error, así que si esperas que yo...

—¿Crees que es por eso que estoy hablando contigo? —Ella detectó dolor en su cara—. Florencia, sabes lo que siento por ti.

—Sé lo que has dicho. Tus acciones hablaron con más claridad.

—Solo escúchame, por favor. Déjame explicártelo.

Le dolía el pecho. Amenazaba con abrirse.

—Dices que siempre he sido perceptiva. —Reunió su voluntad, tan fuerte como la madera pétrea—. Pero no lo he sido antes. No cuando se trató de la víbora que reptaba justo debajo de mis narices.

—Florencia...

—Nunca nadie se había acercado tanto como para meter veneno en mis venas. —Ella lo interrumpió con un murmullo furioso—. Pero gracias por la lección. —Los últimos acordes de la música terminaron y los dejaron de pie en mitad de la pista de baile—. Mis ojos están abiertos ahora. La confianza es una debilidad a la que no volveré a sucumbir.

Con eso, ella se liberó de él y se alejó. Tuvo que atravesar toda

la pista de baile antes de poder respirar sin el aroma de él en sus pulmones, sin que su cuerpo le calentara la piel.

Maldito.

Tomó una copa de néctar centelleante de la bandeja de un sirviente que pasaba; sirviente al que reconoció, Iolen. Ren lo saludó con una agradable sonrisa mientras avanzaba a través de los árboles, hacia los límites exteriores del jardín. Con suerte, allí, al menos, podría respirar.



Un sirviente entregó la carta. No tenía firma, pero Florencia conocía al emisor solo por su escritura.

El gran atrevimiento. La fiesta había comenzado a reducirse, los últimos asistentes partían en parejas o tríos, apoyados entre sí para tener equilibrio mientras se aventuraban ebrios por las escaleras. Ella había coqueteado con suficientes lores, incluso con algunas damas, para alejar a Danton de su mente. ¿Y entonces tenía las agallas de hacer eso?

¿Cuántas veces tenía que rechazarlo en un día?

Ella releyó la carta, intentó ignorarla.

Encuéntrame en nuestro lugar. Tenemos que hablar. Puedes adivinar sobre qué. Me temo que debo insistir, Florencia. Le preocupó qué podría hacer él si ignoraba su petición.

Sería mejor tenerlo lo más complacido posible mientras lo

mantenía a distancia. Ella se despidió de lord Hane, su último compañero de baile de esa noche. Saludó a algunas damas mientras se abría paso entre los últimos grupos de la multitud. En la esquina cercana a las escaleras vio a Sarella colgada de lord Byer, acariciando su brazo y sonriéndole con su gesto felino característico.

Ren sonrió con suficiencia. Sarella estaba rascando al árbol equivocado allí; lord Byer había tenido un romance con lord Ymir durante los últimos dos años, justo debajo de las narices de la esposa de lord Ymir.

Con una punzada, abandonó su primera fiesta como lady Florencia. Aunque, a juzgar por la luz previa al amanecer que cruzaba el cielo, había hecho un buen trabajo para disfrutarla al máximo. Deseaba poder quedarse más tiempo, olvidarse de Danton. Pero si no lo encontraba en ese momento, si no aseguraba su silencio, esa bien podía ser su última fiesta como lady Florencia.

A mitad de camino de la escalera principal, Ren se escondió detrás de una columna y se quitó sus tacones turquesas. Le estaban provocando un feroz dolor y si quería escabullirse inadvertida no podía llevarlos resonando por los pasillos de servicio.

Se metió detrás de un portarretratos del rey Ilian con expresión seria, una de las numerosas entradas ocultas que

usaban los sirvientes. Detrás, siguió el laberinto de túneles. Las criadas los usaban para hacer sus tareas sin interferir con la nobleza. Porque que el Sol no permitiera que nadie sufriera por ver a un sirviente y darse cuenta de que el fuego de la mañana no se enciende solo.

Nuestro lugar. Ella apretó la carta en su puño. Como si aún fuera de ellos. Como si compartieran algo más que culpa entonces.

Ren no había visitado la cueva desde el día en que Danton había desaparecido, pero sus pies recordaban el camino. Profundo en las entrañas de la fortaleza, bajando por un pasadizo ámbar debajo de la tercera torre, ella encontró la delatora rendija en la pared. Recorrió esa abertura hasta que sus dedos llegaron al extremo. Una ligera brisa sobre su piel fue la única indicación de que había más en ese muro de lo que podía verse. Abrió la puerta y se deslizó al interior.

La cueva era todo lo que ella recordaba. Un mundo de fantasía cerrado, construido por el Sol sabría quién en alguna era pasada. Olvidada hasta el día en que Danton y ella se toparon con aquel sitio.

Era de hecho una cueva, aunque qué hacía debajo de la fortaleza, Ren no podía saberlo. Muros de roca real se elevaban en ángulos extraños, como si se hubiera formado allí naturalmente. (No lo había hecho, le aseguró Danton después de hurgar en una esquina y encontrar tierra arcillosa de la

jungla debajo de la roca). En el centro del lugar había una laguna profunda; su agua corría desde el río Leath. Toda una esquina de un muro estaba cubierta por una delgada cascada que alimentaba la laguna.

Bajaban estalactitas del techo y se elevaban estalagmitas del suelo, que presionaban con encontrarlos. Aquí y allá a lo largo de los muros, brillaban cristales bajo la tenue luz. Diamantes, tal vez, o alguna otra piedra semipreciosa común.

La luz era la parte más peculiar de la cueva, un pálido brillo verdoso que emanaba de las algas en los límites del agua. Hacía que Ren se relajara aunque no quisiera. Probablemente por eso Danton había escogido ese sitio. Él esperaba desarmarla. Hundirla tan profundamente en recuerdos nostálgicos que olvidara su disputa actual.

Afortunadamente, Ren no era una persona fácil de llevar.

Avanzó por la cueva para sentarse a la orilla de la laguna. Pero, al alcanzarla, sus pasos se detuvieron.

Había una manta extendida sobre las rocas.

Es lo que ella y Danton solían hacer. Organizaban falsos pícnicos allí abajo. Extendían mantas sobre el límite del agua y analizaban la luz que jugaba en el techo. Después se estudiaban uno al otro bajo esa luz.

¿Danton realmente pensaba que ella caería por eso? ¿Jugar como niños como si nada estuviera mal? *Maldito*. Ella tomó el

extremo de la manta y la hizo a un lado, lista para lanzarla al agua.

En su lugar, se quedó helada, su estómago dio un vuelco.

Alguien había pintado en las rocas debajo de la manta. Tinta negra. No, no tinta. Tenía un olor raro. Casi como... ¿aceite de lámpara? Algo utilizado para encender fuego, sin duda.

O para hacer estallar embarcaciones.

Tenía sentido, dado el mensaje. Sin palabras. Solo cuatro números, más condenatorios que cualquier palabra.

1854.

Ren estiró la nota. Miró desde los números oscuros, escritos con la tinta mortal, hasta la carta en su mano. De uno al otro. Ese no era el estilo de Danton. La nota, el subterfugio, el número críptico. Si Danton quería exponerla, él sería directo, la amenazaría cara a cara. No habría bailado con ella frente a toda la corte, ni le habría rogado que lo dejara explicarse. Aquello era algo diferente. *Alguien* diferente. Lo que, si fuera cierto, podía significar solo una cosa.

Alguien más sabía algunas cosas sobre Bahía Ardiente.



Akeylah

Dormir resultó imposible. Cuando Akeylah finalmente logró dejar la nota amenazante de lado como para dormirse, las pesadillas acecharon sus sueños. *Semillas sangrientas engendran granos sangrientos.* Escuchó a sus hermanos cantándolo, persiguiéndola por la fortaleza. Escapó de ellos, directamente hacia sus nuevas hermanastras. Florencia rio y se unió a los cánticos, con dientes enormes y la boca incluso más grande. Zofi la abucheó y empujó. El rey la acusó: *Tú me has hecho esto.*

Se dio la vuelta y encontró a Rozalind. Fue hacia ella. La reina se alejó, con su rostro teñido de miedo. *Asesina,* susurró y, por parte de Rozalind, dolió más que de cualquier otro.

Akeylah se despertó de un salto. Su corazón galopaba. Le llevó un momento darse cuenta de dónde estaba. La cama de roble, las cortinas rosadas de gasa. Las palabras aún quemaban en su mente, como una mala canción. *Semillas sangrientas engendran granos sangrientos, ryesdottir.*

Algo golpeó su ventana. Akeylah se sobresaltó, miró hacia allí. Pero todo lo que pudo ver a través de la cortina arrugada fue una brillante ave colorada, con extremos azules y verdes en sus alas. Un escarlata; una de las aves mensajeras del rey.

Se desenredó de las sábanas y se acercó al seguro de la ventana. En el momento en que lo abrió, el ave se metió y dejó caer algo en el tocador. Un pergamino. Antes de que pudiera reaccionar, el escarlata volvió a volar. En el exterior, soltó un grito agudo y voló de prisa hacia el nido sobre el tejado de la torre de ébano.

Ella extendió su mano hacia el pergamino con sus dedos temblorosos. ¿Sería esa otra amenaza? ¿Qué querría quien la envió?

Exhaló un breve suspiro de alivio al ver el nombre del rey al pie.

Reúnete conmigo en el campo de entrenamiento después del desayuno. Esta será tu primera lección.

Eso era todo. Sin más indicaciones, sin siquiera una explicación de lo que era un campo de entrenamiento. Aún estaba dándole vueltas cuando alguien golpeó a la puerta. Las criadas no esperaron más que un segundo antes de abrirla y entrar.

Akeylah llevó una mano instintivamente a su muslo y contuvo el camisón que vestía. Una mujer dio un paso al frente, se

inclinó.

—Nos envía la reina, milady. Insiste en que la proveamos de un guardarropas más apropiado para su posición, del estilo que más le guste. —Señaló a las demás sastres, cada una con un vestido en alto para que ella inspeccionara.

Akeylah se quedó sin aliento.

Cada vestido era incluso más precioso que el anterior; algunos sueltos y suaves, como el que la reina vestía la noche anterior, otros más ajustados. Tenían cuellos altos, de plumas, de color escarlata, trajes de mangas largas de color azul guacamayo, con lazos bordados en los brazos.

Ella los quería todos.

¿Cómo podía Rozalind conocer su gusto después de una noche? Akeylah negó con la cabeza.

—Es demasiado.

—La reina Rozalind insiste. Por favor, háganos saber cuál le gustaría que le pongamos el día de hoy.

El pánico regresó a ella, junto con la realidad. Su muslo pareció palpitar.

—Yo... no tengo tiempo, tengo que desayunar y el rey me ha llamado para...

—La reina Rozalind mencionó que podía ser algo tímida. —La mujer chasqueó los dedos y las dos sastres dejaron los trajes sobre la cama, después se dedicaron a extender un biombo de

seda y colocarlo contra una esquina—. Si lo prefiere, puede colocarse una enagua usted misma antes de que la vistamos. — Le ofreció una enagua ajustada, que llegaba hasta las rodillas. Era del mismo color de su piel, pero la tela parecía lo suficientemente gruesa como para ocultar lo peor de su cicatriz, siempre que mantuviera su mano cuidadosamente posicionada durante el proceso...

—Sí. Gracias —aceptó Akeylah—. Y... —Volvió a mirar los trajes, al encontrarse un poco más relajada—. Me probaré el más oscuro hoy. —Señaló un vestido negro largo hasta los tobillos, más ajustado, con incrustaciones de cuentas iridiscentes. Al menos escondería el brillo de la cicatriz con certeza.

Menos de quince minutos más tarde, Akeylah miró su reflejo en el espejo con incredulidad. El vestido se ajustaba en su cadera y las cuentas la hacían resplandecer bajo la luz de la mañana, como un pez luna en el agua.

De todas formas, después de un momento de admiración, su estómago volvió a caer. Los vestidos elegantes estaban bien, pero no podía permitirse relajarse. Alguien allí afuera conocía su secreto. Y, cuando fueran por ella, ningún atuendo bonito los detendría.



El campo de entrenamiento resultó ser el prado detrás de la fortaleza, entre las barracas de los Talones y los establos. Akeylah se reunió con Zofi y Florencia; la segunda parecía cansada, distraída. A su lado se encontraban el rey, la condesa Yasmin y algunos Talones debajo de una marquesina en el campo. Solo el rey estaba sentado, en una elaborada silla de madera con ruedas. A diferencia de Florencia, él estaba mucho mejor ese día.

—Gracias por venir, Akeylah. —El rey Andros sonrió—. Comencemos.

Con esa orden, los Talones (cuatro en total) se alejaron unos cuantos pasos, donde se formaron dos contra dos. La condesa Yasmin, quien para sorpresa de Akeylah no estaba vestida con su usual traje soso de la corte, sino que usaba una túnica de cuero liviana y pantalones, fue con ellos. Las miradas de los cuatro Talones la siguieron.

Akeylah observó, aunque mantenía a sus hermanas en el extremo de su visión.

¿Alguna de ellas habría pintado esa amenaza? Ella había visto a Florencia en los jardines, cerca de la barandilla. ¿Florencia querría forzarla a dejar Kolonya para poder estar un paso más cerca del trono?

—Hoy quiero demostrar lo que mantiene fuerte a nuestro reino. Los Talones son nuestros mejores soldados, los hombres

y mujeres que se interponen entre nosotros y nuestros enemigos. —Pero ¿cómo podía Florencia, que había crecido allí, a cientos de millas de la Región Este, haberse enterado de la traición de Akeylah?

»Su fuerza y habilidad con las Artes son lo que hacen que el ejército de Kolonya no tenga paralelo en todo el mundo.

Zofi resopló por lo bajo.

—¿Algo que quieras agregar, Zofi? —El rey Andros la miró.

—Anoche, en la fiesta, has dicho que necesitábamos la fuerza unida de todas las Regiones para derrotar a nuestros enemigos.

—Ella sonrió, mostró casi todos los dientes—. Ahora dices que el ejército de Kolonya es nuestro único poder real.

¿O podría ser Zofi? Ella era una Viajante, al igual que la hechicera. Tal vez ella conocía a la anciana. O tal vez había estado en la feria y había presenciado el encuentro de Akeylah.

—Las demás regiones ofrecen el apoyo necesario —respondió Andros—. La caballería del Norte, los arqueros del Oeste, las provisiones del Sur, la flota del Este; esas son las extremidades de nuestra fuerza. Pero el verdadero poder reside en nuestro corazón.

A unos pasos de distancia, Yasmin levantó el puño.

Los Talones se deslizaron en un movimiento fluido; levantaron un brazo y lo aferraron con la otra mano. Akeylah notó un destello plateado entre sus dedos y se dio cuenta de que habían

levantado punzones de sangre; herramientas especiales diseñadas para cortar solo la capa externa de la piel, para abrir la sangre a las Artes con el mínimo daño. Para la mayoría de los diezmos, eso era suficiente.

A excepción del que Akeylah había practicado. Sus dedos ansiaban tocar la cicatriz, asegurarse de que permaneciera oculta. Resistió la urgencia, ya que eso solo atraería atención.

—Entrenamos a nuestros Talones intensamente en el uso de las Artes de Sangre —continuó Andros—. Más que a cualquier otra fuerza en las Regiones. Han estudiado cada diezmo de lucha, cada aspecto en el que las Artes pueden aplicarse a la guerra. Conocen cada aplicación de las Artes que hemos descubierto, cada modo en que pueden presionar sus cuerpos a ser más.

Yasmin abrió sus dedos. Los Talones desabrocharon solapas en las mangas de sus armaduras de cuero, para revelar piel apenas suficiente para un diezmo.

—Se ejercitan a diario en batallas impulsadas por las Artes, y sin ellas también. Los Talones entrenan en tierra, en mar y a caballo. Cada uno de los Talones, una vez que ha ganado sus alas, es equipado para liderar a su unidad en cualquier forma de combate que pueda surgir.

Yasmin dejó caer su mano en un movimiento duro y cortante. Con eso, cada Talon pasó el punzón de sangre sobre su piel

descubierta.

Un Talon de pronto se movió tan rápido que todo lo que Akeylah pudo distinguir fueron sus golpes mientras atacaba.

Su contrincante, una mujer, usó un diezmo diferente. Luz blanca pálida se extendió por sus venas, como un relámpago que pulsaba en su piel. La luz se extendió, llenó los espacios, conectada como una tela de araña, hasta que ella brilló como un Sol plateado con forma humana. Casi dolía mirarla.

Mientras Akeylah la observaba, la espada del Talon acelerado chocó inocua contra la piel inmune de su oponente. El rey Andros lanzó una mirada a Zofi.

—En suma a su entrenamiento, hay otro beneficio en la práctica regular de nuestros Talones. El diezmarse de forma prolongada y estable expande la capacidad de la sangre de absorber y procesar las Artes.

Los otros dos Talones usaron diezmos de fuerza. Uno levantó a su oponente y lo lanzó al medio del campo. Él se atajó con una mano y empujó la tierra con tanta fuerza que aterrizó justo frente a su oponente. Yasmin se hizo a un lado cuando los dos cayeron frente a ella. Akeylah se sobresaltó, el sonido de sus puños enfrentados resultaba casi ensordecedor.

—Las otras Regiones son escudos efectivos —dijo Andros—, pero los Talones son la espada que Kolonya empuña para superar a sus enemigos.

Los choques de espadas y los golpes resonaban por el campo.

—¿Por qué no entrenar a todos los soldados de las Regiones de este modo, si es tan efectivo? —Zofi sonrió con suficiencia—. ¿O no confían en nuestros aliados?

—Confiamos en nuestros aliados, pero también necesitamos ser listos con la información que compartimos y con quién. Por ejemplo, ¿puedes imaginar lo que pasaría si los líderes rebeldes tuvieran acceso a todo nuestro conocimiento bélico?

—¿No crees que ocultar información podría ser la razón de que quisieran rebelarse? —señaló Zofi.

—¿Eso es lo que crees? —preguntó el rey, con voz neutral. Parecía estar interesado en la respuesta de Zofi. Pero la Viajante solo encogió un hombro.

—Probablemente.

—¿Qué creéis vosotras? —La mirada de Andros pasó de Florencia a Akeylah.

—Bahía Ardiente fue imperdonable —respondió Florencia de inmediato—. No hay excusa para tal violencia.

Tras un momento, Akeylah coincidió.

—Estoy de acuerdo, esa violencia fue terrible. Pero también creo que Zofi está en lo cierto. —Ella ignoró la sorpresa de Zofi y mantuvo su atención fija en Andros—. Si me disculpa por decirlo, Su Majestad...

—Soy tu padre, Akeylah. Puedes tratarme como tal.

—Padre. —Raro. Estaba acostumbrada a que esa palabra revolviere su estómago. En ese momento la hizo sentirse casi... esperanzada. Bueno, esperanzada y culpable—. Las personas recurren a actos malignos por desesperación. —Pensó en Jahen y en sus medios hermanos en casa. En su odio. En el dolor por la muerte de su madre detrás de todo—. La Región Este está quebrada. Fuimos devastados por la guerra y ahora nos las arreglamos para alimentarnos a nosotros mismos, entre la falta de trabajadores y la plaga de los granos. Tal vez Kolonya no pueda compartir sus habilidades bélicas más valiosas con sus aliados, pero seguramente pueden compartir su asistencia en momentos de crisis. Si ayudan a que el Este se reconstruya y les aseguran a los esteños que valen tanto como cualquier kolonense, tal vez puedan borrar su sensación de desesperanza y prevenir que se inspiren más rebeliones en el futuro.

Ella permaneció en silencio. Zofi la miró con aprobación. Incluso Florencia estaba asintiendo.

—Debemos apoyar a nuestros aliados —dijo Florencia—. A los que se comportan, por cierto.

—Esa es una opinión que ciertamente tendremos en cuenta, Akeylah —expresó Andros—. Gracias por compartirla.

Detrás de él, Yasmin levantó la mano y dibujó un círculo cerrado con el puño. Tres de los cuatro Talones se detuvieron de inmediato.

—Ah, sí. Esta demostración... —Andros se detuvo al escuchar un grito.

La cuarta Talon no había visto la señal de Yasmin. Había estado en mitad de un ataque cuando su oponente se detuvo para atender. La punta de su espada se enterró en el bíceps del otro Talon y él gritó de dolor cuando lo penetró profundamente, tan profundo que la sangre salpicó la mejilla de Yasmin. Sangre arterial de brillante color rojo.

Akeylah vio un rastro de hueso antes de que los otros Talones se cerraran a su alrededor. Ella jadeó. A su lado, Florencia se cubrió los ojos. Zofi hizo una mueca.

El rey, sin embargo, parecía impávido.

La condesa Yasmin cayó sobre una rodilla junto al Talon herido, que ya se había desplomado en el césped. Estaba lejos, así que Akeylah no podía escuchar lo que estaba diciendo sobre los gemidos del chico, pero sonaba enfadada más que consoladora.

El corazón de Akeylah estaba acelerado. No podía apartar la vista del soldado. Otro Talon le había sacado el casco para revelar a un muchacho sudado y atemorizado. Más joven que Akeylah, al parecer.

El Talon herido volvió a gemir. El sonido le recordó a los soldados heridos que pasaban por la casa de Jahen durante la guerra. A la forma en que gemían y lloraban por la noche.

Algunas veces, cuando Jahen la enviaba a llevarles agua, los hombres aferraban su mano con dedos sangrientos y le rogaban que terminara con su dolor.

—¡Concéntrate! —La voz de Yasmin se elevó lo suficiente para escucharla.

¿Por qué nadie está *ayudándolo*? Él no podía diezmarse. No después de la pelea que acababa de tener. Seguramente debió haber usado todas las Artes en su sangre. Por los cielos, Akeylah necesitó *semanas* para recuperarse después de usar las Artes Vulgares.

Pero el muchacho llevó una mano a su herida. Ella observó, con los ojos amplios, mientras la sangre que pulsaba debajo de los dedos de él corría con más lentitud. Él se movió con dificultad y se colocó a cuatro patas. Pero la sangre dejó de correr. Y, un momento después, la piel comenzó a sanarse por sí misma en los extremos.

Akeylah no se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que su vista comenzó a chispear. Se forzó a inhalar y exhalar otra vez.

Unas pocas respiraciones después, solo quedaba una irritada cicatriz roja en donde había estado la herida profunda hasta el hueso. No era perfecto, no era un diezmo de curación completo como los que Akeylah había visto hacer a hombres sanos en heridas que acababan de recibir. Aun así, teniendo en cuenta lo

desprovistas de Artes que debían estar sus venas, ella no podía creer que hubiera logrado tanto.

Yasmin volvió a levantarse y murmuró algo. Otros dos Talones aparecieron, levantaron al herido y se lo llevaron con los brazos sobre sus hombros.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó Zofi en voz baja mientras los Talones comenzaban a cargar a su compañero herido por el campo—. ¿Cómo se ha diezmado tan rápido después del anterior?

La atención de Yasmin pasó de los Talones que se marchaban al único que quedaba. Durante un momento, su mirada se posó en su hermano. Después, terminó en Zofi y rio.

—¿Imaginabas que los Viajantes eran los únicos que tenían trucos bajo la manga? —comentó Yasmin y sorprendió a Akeylah. No se había dado cuenta de que la condesa estuviera cerca como para escuchar eso. Andros aclaró su garganta.

—Como he dicho antes, nuestros Talones se entrenan en la exposición prolongada. Así como entrenar los músculos permite ganar capacidad, el usar las Artes con regularidad ha expandido sus habilidades. Los diezmos duran más y hasta pueden ser combinados, con un precio.

—¿Cuánto tiempo le llevará recuperarse? —Akeylah observó a los Talones que lo cargaban fuera del campo.

—Una semana —respondió Andros—. Para entonces debería

poder diezmarse otra vez para sanar su herida por completo. Pero lo mantendremos fuera del campo de práctica durante una semana más, para estar seguros.

Yasmin levantó uno de los cascos que los Talones habían dejado atrás, junto con una espada. Se colocó el casco ella misma.

—¿Eso es seguro? —Akeylah frunció el ceño—. ¿Qué habría pasado si no hubiera sido capaz de sanar esa herida?

—Entonces habríamos vendado la herida lo mejor posible y esperado hasta que pudiera volver a diezmarse.

—Pero...

—No es seguro —interrumpió Andros con amabilidad—. Tampoco lo es la guerra. Tenemos que presionar a nuestros Talones, prepararlos para situaciones arduas. Eso implica algunos riesgos en el camino, sí.

Yasmin se formó frente al Talon que quedaba. Uno que ya se había diezgado, que acababa de terminar un enfrentamiento en el que su compañero soldado casi había resultado herido de gravedad.

Akeylah cerró sus manos sobre su falda. Las presionó para evitar que temblaran de los nervios.

—Normalmente saldría al campo también —estaba diciendo Andros—. Pero últimamente debo reservar mis diezmos para curarme.

Por supuesto. El rey debía estar intentando diezmarse para sanar. Eso explicaba por qué estaba un poco mejor ese día.

Desafortunadamente, Akeylah sabía muy bien lo poco que eso ayudaría a largo plazo. Andros podría ganar algo de tiempo, pero, en algún momento, su sangre llegaría al límite. Y entonces la maldición que ella le había plantado ganaría.

La culpa cayó como una roca en sus entrañas.

—Ahora, espero que los diezmos rudimentarios que acabamos de ver os sean familiares; para fuerza, velocidad, piel inmune.

—Por supuesto —respondió Florencia.

—¿A quién no? Los niños pueden con ellos —resopló Zofi a su lado. El rostro de Akeylah estaba caliente.

—Lo he intentado algunas veces... —Pero Jahen no se había molestado precisamente en instruir formalmente a la hija que nunca quiso. Ella había espiado los diezmos de sus hermanos, había intentado algunos ella misma, sin experiencia, si eso contaba. Pero dudaba poder mantener un diezmo de velocidad durante más de unos pocos segundos, o conseguir un diezmo de fuerza que le permitiera levantar a un oponente y lanzarlo por el campo de práctica.

Pero sí sabía cómo maldecir a su propio padre. Para lo que había servido.

—No necesitáis comprender todos los detalles —respondió Andros—. Sin embargo, el conocer los más inusuales diezmos

ayudará si alguna vez tenéis que liderar un batallón.

¿Batallón? El estómago de Akeylah se revolvió.

No había pensado en eso. No había considerado el hecho de que la condesa y el rey habían peleado en guerras pasadas. Incluso el Príncipe Plateado, antes de ser asesinado, había estado en la primera línea con regularidad.

¿Se esperaría que ella hiciera lo mismo si el reino volvía a entrar en guerra? Rezó por que el tratado de paz fuera duradero.

El tratado de paz sellado por el matrimonio de Rozalind con su padre...

Allí estaba esa culpa otra vez.

Andros estaba explicando el siguiente diezmo que Yasmin y el otro Talon demostrarían.

—En una situación en la que se necesita realizar un ataque furtivo, como en el asesinato de un comandante enemigo, esto puede ser de mucha utilidad.

Le dolía la cabeza por la simple idea de tener que tomar una decisión como esa. *Realizar un ataque furtivo* para asesinar a alguien, aunque fuera un enemigo.

A unos pasos de distancia, Yasmin levantó su mano. Un anillo brillaba en su dedo medio. Ella lo tocó con su pulgar y reveló un punzón de sangre, de una clase que Akeylah nunca antes había visto. Una hoja de dos centímetros de largo que se extendía

desde el anillo.

La condesa pasó la hoja por el dorso de su antebrazo. Akeylah vio un último destello del anillo.

La condesa se desvaneció.

Frente a ella, su contrincante elevó su espada y estudió el aire, inquieto.

Un momento después, él gritó de dolor y un delgado corte se abrió en su bíceps. Se giró desesperadamente y golpeó solo aire vacío.

Akeylah bajó la vista y se dio cuenta de que si observaba el césped podía ver ligeras marcas donde los pies de Yasmin pisaban. Levantó la vista y vio la forma en que el césped y la tierra del campo parecían sobresalir alrededor de una forma invisible.

Estaba camuflándose con el entorno. Cambiaba el color de su piel con cada paso que daba, para fusionarse con su alrededor.

Akeylah no podía imaginar cuánta concentración requeriría hacerlo.

El Talon y Yasmin continuaron su enfrentamiento durante unos instantes más mientras ellos observaban.

—El diezmo de camuflaje requiere mucha concentración para mantenerse —explicaba Andros—. Pero tiene otros usos también.

Repentinamente, Yasmin reapareció. Elevó el puño y el otro

Talon se quedó quieto.

—Por ejemplo, descubrimos que este diezmo puede usarse para moldear las facciones; aunque no puede alterarse la altura ni la forma básica del cuerpo. —Andros señaló a su hermana y, aunque estaba de espaldas, Yasmin se giró para enfrentarse a las chicas.

Caminó hacia ellas mientras sus facciones comenzaban a cambiar. Su rostro envejeció, se volvió más anguloso. Sus arrugas se movieron por sus mejillas para reubicarse, una imagen que empeoró las náuseas de Akeylah.

Con unos pasos más, Yasmin llegó a su lado. Solo que entonces se había convertido en una réplica exacta del rey Andros. Los dos Andros estudiaron a las chicas, aunque uno tenía la cruel sonrisa de Yasmin.

—Ayuda cuando ya te pareces a alguien —dijo Yasmin—. Pero puedes ampliar el diezmo si es necesario.

Yasmin cambió para parecerse a Zofi, con la salvaje maraña de rizos y todo. Luego a Florencia. Cuando se vio como Akeylah un segundo después, ella resistió el impulso de alejarse. Era inquietante ver la expresión resentida de Yasmin en su propia cara. La condesa se relajó y volvió a su propio ser, y Akeylah soltó un breve suspiro de alivio.

Andros aclaró su garganta.

—El siguiente diezmo, por otro lado...

—¿Puedo intentarlo? —interrumpió Zofi.

Akeylah y Florencia intercambiaron miradas de sorpresa. ¿Intentar? *Por los mares, no hagáis que me humille a mí misma*, pensó Akeylah.

—Solo estamos demostrando diezmos hoy —respondió Andros—, para que podáis comprender sus potenciales aplicaciones en la batalla.

—¿Qué mejor manera de aprender que con la práctica? —argumentó Zofi y elevó una ceja hacia Yasmin—. A menos que os preocupe que una *vagabunda* pueda hacerlo mejor que vuestros todopoderosos Talones.

—Muy bien. —Yasmin solo sonrió—. Llamaré a otro grupo de Talones frescos.

Si Andros no estaba de acuerdo, no lo expresó en voz alta. Solo miró en dirección a su melliza con el ceño fruncido, después consideró a sus hijas, una a la vez.

—Zofi, ve con Yasmin. Chicas, continuaré describiendo algunos otros diezmos mientras tanto.

Akeylah suspiró aliviada. A su lado, también lo hizo Florencia. Pero ¿Zofi? Estaba sonriendo como si acabara de recibir el mayor regalo del mundo.

Zofi

Zofi analizó a los tres nuevos Talones que se habían acercado al campo para enfrentarla, daga en mano. A su lado, Yasmin seguía explicando el diezmo que Zofi quería practicar.

El camuflaje era algo nuevo después de todo. Pero estaba comenzando a darse cuenta de que escoger un nuevo diezmo para luchar en contra de los soldados más entrenados de las Regiones podía ser un poco ambicioso.

Bueno. ¿Qué había dicho Andros? La guerra no era segura. Algunos riesgos eran necesarios al prepararse para ella.

—Cuando comience, necesitarás concentrarte más allá de ti —dijo Yasmin—. Enfócate en tu alrededor y en tus posesiones, al igual que en tu cuerpo.

Aparentemente, el atuendo de Yasmin estaba diseñado de un modo muy especial; cada prenda teñida con una solución mezclada con unas pocas gotas de su sangre, para permitirle

cambiar su apariencia junto con el vestuario. Zofi tenía que arreglarse con cortar la yema de su dedo y después esparcir la sangre por los extremos de su túnica y sus pantalones.

El corte le dolía y ella reposicionó la mano en el cuchillo. Frente a Zofi, los Talones habían levantado sus espadas características, largas y curvadas en la punta, como las garras del alatormenta.

—Ahora será combate cuerpo a cuerpo —agregó Yasmin—. Cuando hayáis derramado su sangre, salid del círculo. El último combatiente en pie será el ganador.

Zofi intentó no dejar su sorpresa en evidencia. Había pensado que tendría una pareja para pelear. No que la arrojarían en una lucha de tres contra uno. En una práctica cuerpo a cuerpo, los Talones seguramente se agruparían para derribar al forastero.

Yasmin quiere que falle.

Bueno, ella saldría perdiendo. En el bolsillo interno de sus pantalones, en varios escondites ocultos hechos especialmente con ese propósito, Zofi podía sentir el reafirmante peso de los refuerzos (viales de cristal llenos de su sangre, conservada de un modo que solo los Viajantes habían podido desarrollar). Si Yasmin quería hacer ese enfrentamiento más difícil, Zofi se sentiría más que feliz de seguirle el juego. Para ganar, sin importar el precio

Sígueles el juego, se recordó a sí misma. Pero más que eso. Gánalo.

—Todos usaréis el mismo diezmo —indicó Yasmin—. El de camuflaje, para que Zofi pueda practicar. —Entonces levantó el puño.

Los Talones sacaron hojas delgadas. No tan únicas como el elegante anillo de Yasmin, pero más impresionantes que la daga de Zofi. Una ventaja más, ya que las hojas no harían brotar tanta sangre al diezmarse.

Está muy bien. Ella estaba acostumbrada a luchar con todo en su contra. Llevó su daga sobre la parte externa de su antebrazo.

Estaba cansada de las cursilerías de la corte. Cansada de vestirse elegante y desfilarse por fiestas. Cansada de fingir que le importaba un grano de arena alguna de esas personas. Ellos eran sus enemigos, todos.

El que había pintado ese mensaje en el respaldo de su cama, más que nadie.

Asesina de sangre. No había podido apartar las palabras de su mente. ¿Quién lo había hecho? Había pasado toda la noche mirando al techo, sin poder dormir. ¿Podría haber sido uno de los Talones? Uno que hubiera estado en la taberna esa noche, que hubiera presenciado la pelea entre Elex y el príncipe Nicolen...

Pero ¿un Talon no la habría denunciado al rey? En especial si sabía que Elex no era el Viajante al que debían estar persiguiendo.

Ella había asesinado al príncipe al límite de la Región Este. Muchos esteños de esa taberna podrían haber presenciado la pelea. Esteños como Akeylah... o cualquiera de los otros nobles de esa región. Ella había visto a algunos otros en la Ceremonia de Sangre, aunque no recordaba sus nombres.

Sin embargo, no podía ser ninguna de esas personas. Podía ser una criada o un mercader cualquiera que hubiera escuchado la conversación correcta en el momento correcto. Ella y Madre habían tenido cuidado de hablar de esa noche solo en privado, normalmente una vez que estuvieran solas en su carpa. Pero las paredes eran delgadas y si alguien mejoraba su audición y sabía dónde concentrarse...

Zofi negó con la cabeza. Era exactamente por eso que se había ofrecido para esa pelea. Para aclarar su mente, para concentrarse en un juego que podía comprender.

—A sus puestos.

Zofi podía sentir los ojos de Yasmin sobre ella. Por las arenas, podía notar que *todos* estaban mirándola. Andros, las otras chicas; *mis hermanastras*, pensó parte de ella, después rechazó la idea de inmediato. Y, por supuesto, sus oponentes. En sus cascos, con los visores bajos, parecían como los alatormentas por cuyas garras habían sido nombrados, con un pico afilado que ensombrecía sus caras.

Inhaló profundamente y enderezó sus hombros. *Ignóralo todo.*

Solo la lucha importa ahora.

—Diezmo. —Yasmin bajó su puño en un ágil movimiento.

Esa fue la última palabra que Zofi escuchó antes de pasar el filo por su piel y cerrar los ojos. La palabra se desvaneció. Sus venas parecían más brillantes ese día; su pulso, más veloz. Incluso las Artes en el aire, las chispas de sabor verde y aroma a adrenalina parecían más intensas, concentradas como un láser. Zofi las introdujo en su torrente sanguíneo mientras recordaba las instrucciones de Yasmin.

Dos pulsaciones y las Artes hormiguearon en cada centímetro de su cuerpo, ansiosas por liberarse. Ella llevó su concentración al exterior, para dejar entrar al mundo sin abandonar el diezmo. Era como mirar el dibujo de dos imágenes diferentes a la vez; un gato que era también un océano, un cráneo que también contenía un juego de cartas. Zofi mantuvo ambas imágenes, la de sus venas y la del mundo alrededor, en su mente a la vez.

Cuando abrió los ojos, su piel y su ropa manchada de sangre cambiaron. Sus piernas se volvieron verdes como el césped. Cuando levantó un brazo, se volvió del color rosado de la madera de la torre más cercana, luego azul al llevarlo sobre su cabeza.

—Pelead —ordenó Yasmin, demasiado rápido, antes de que Zofi se hubiera adaptado realmente a su nueva visión.

Dio un paso atrás instintivamente y llevó la atención del

exterior hacia sus oponentes.

Los Talones se habían desvanecido.

Se concentró, mantuvo las dos imágenes en su mente mientras se hacía a un lado y caminaba hacia atrás. El aire sopló con el sonido de un golpe errado y ella volvió a alejarse y zigzagueó mientras buscaba a su enemigo.

Allí. El césped a su izquierda parecía estar moviéndose y ondulándose. Zofi lo observó hasta que distinguió el contorno de piernas sobre él, acercándose hacia el punto en el que ella había estado un momento antes.

Requirió cada gramo de su fuerza de voluntad el concentrarse en confundir su piel con el mundo y en permitir que su mirada se desenfocara para rastrear a su oponente. Cuando lo encontró, casi perdió el control de su diezmo al levantar el brazo con la daga para atacar.

Su brazo titiló de camino al golpe, apareció durante un momento como un resplandor de piel oscura, después se desvaneció una vez más antes de que el golpe acabara en un crujido.

Armadura.

Zofi se alejó justo a tiempo para evitar el contraataque del Talon. Ese juego sería más difícil de lo que había pensado.

Escuchó un golpe distante y se dio cuenta de que los otros dos Talones estaban peleando uno contra el otro. Gracias a las

arenas por los pequeños favores.

Regresó a su oponente. Recorrió el campo, dejó que sus extremidades se fundieran con el nuevo escenario. El momento más raro llegó cuando pasó frente a los espectadores y tuvo que desvanecer su piel, así que su oponente vio a la condesa Yasmin de pie sobre el rey Andros *a través* del cuerpo de Zofi. Sus caras, el tono de su piel, sus atuendos; eran demasiados colores para procesar, una imagen demasiado compleja para representarla toda de una vez. Las expresiones de ellos debieron distorsionarse, porque con un sonido veloz, el Talon se dio la vuelta.

Zofi elevó su daga para defenderse justo a tiempo. La espada golpeó su cuchillo y lo aferró con más fuerza mientras se alejaba.

Pero entonces tuvo una idea.

Rodeó al Talon y deliberadamente dejó que su concentración se perdiera un instante. Un destello de rizos negros, sus ojos oscuros aparecieron durante un momento. El Talon se giró en su dirección para atacar, lo que dejó a los espectadores detrás de él.

Fue sencillo detectarlo con Florencia y Akeylah a la vista a través de su torso. Sus faldas se abultaban, sus bocas y ojos parecían como el dibujo infantil de un rostro. Zofi atacó de nuevo, esta vez segura de a dónde apuntar su cuchillo.

Cayó una salpicadura de sangre sobre el campo. El Talon maldijo y, un segundo después, reapareció con un destello, quejándose.

Zofi no perdió el tiempo disfrutándolo. Siguió el sonido de los golpes de espada hacia los otros dos Talones, los encontró en mitad de un ataque por la niebla de movimiento sobre el césped. De puntillas se acercó al primero, esperó a que atacara y le encestó un simple golpe sobre el bíceps.

Ese Talon reapareció en un instante. Una mujer, notó Zofi, cuando se quitó el casco y se alejó del campo.

Eso dejaba solo a uno.

La piel de Zofi comenzó a cosquillear. Al otro lado, la piel de su oponente pareció parpadear; ella vio destellos de piel oscura sobre las distantes barracas de madera.

Pero casi tan pronto como aparecieron, volvieron a desvanecerse. ¿Un amago? ¿O su oponente habría renovado su diezmo, como el Talon que antes había realizado ese diezmo de curación?

Le costaría mucho más a un Talon que a ella. El chico que se curó a sí mismo por poco se desmayó después de eso. Pero Zofi solo necesitaba romper un nuevo vial.

Un movimiento en el aire le advirtió de un golpe inminente. Zofi lo esquivó y su mano, que reapareció completamente durante un instante, bajó directamente para golpear su bolsillo,

con fuerza.

Aún invisible, Zofi apretó los dientes mientras el vial de cristal sólido se abría por la mitad. El cristal especialmente creado en sí era lo que mantenía al diezmo intacto; calentado con gotas de la propia sangre de Zofi y moldeado con su propio aliento, para engañar a la sangre en su interior y que creyera que seguía en su cuerpo. Los bordes exteriores del vial, diseñados para romperse en esquirlas punzantes ante el impacto, se enterraron en su muslo, lo suficiente como para que la antigua sangre coagulada del interior del vial se mezclara con la de la herida fresca.

El nuevo torrente de las Artes golpeó con fuerza su sangre. Ella podía hacer lo que quisiera con él; renovar el camuflaje o cambiar por un diezmo totalmente diferente. Era distinto de un diezmo normal, no tan fuerte, diluido por el tiempo. Pero incluso ese débil influjo de las Artes golpeó sus sentidos, por lo hambrienta que su sangre estaba por más.

Volvió su concentración, las imágenes conjuntas de su propio cuerpo y del mundo alrededor de pronto se hicieron más fáciles de mantener en su cabeza a la vez. Ella volvió a su oponente.

El Talon se había desvanecido también.

Zofi se alejó silenciosamente del punto en el que lo había visto por última vez.

—¿Has decidido quedarte, después de todo? —preguntó una

voz familiar, al menos a diez pasos de distancia a su derecha. A su pesar, Zofi sonrió.

—¿Te rebajas a luchar contra una Viajante, Vidal? —*Sigue hablando.* Se movió algunos pasos al lado y analizó el campo. No había señales de movimiento. Él era mejor que los otros dos. Se movía más lentamente, se quedaba en lugares en los que solo tuviera que camuflarse sobre fondos simples. Entonces, estaba en lo correcto, él tenía el campo y la distante torre de obsidiana detrás de su cuerpo.

—Encaro a quien mi rey me pida encarar.

Ella siguió su voz. Dejó que una pequeña sonrisa se reflejara en su cara cuando detectó su forma, apenas delineada. Había estado equivocada. Él estaba mucho más cerca, con la torre de nogal detrás.

Ella avanzó un paso más.

—Lo siento, Zofi —estaba diciendo él, con la voz muy suave—. Por el otro día, en la calle. Estaba enfadado; no quería insultar tu modo de vida.

Atacó con su daga justo hacia donde estaba el Talon. Él la esquivó, justo a tiempo para evitar el golpe y, al momento siguiente, desapareció de su línea de visión. *Arenas.*

—Está bien —dijo ella al aire vacío—. No eres el primer kolonense que insulta a mi gente.

—Eso no hace que sea correcto. Me disculpo.

Volvió a detectarlo, a unos pasos a la izquierda. El diezmo de él estaba debilitándose; mientras lo observaba, su piel comenzó a parpadear, aparecía y desaparecía.

Zofi avanzó hacia el Talon. Él escaneaba el césped, con los ojos amplios.

—¿Cómo es que aún mantienes el diezmo? —susurró.

Ella sonrió. Dio otro paso al frente, no respondió.

Todo el contorno de Vidal era visible entonces.

Su piel cosquilleaba, una señal de advertencia, y ella supo que no debía, que era su ego lo que la impulsaba, pero bajó la mano y golpeó su muslo. Rompió un nuevo vial de todas formas.

Vidal escuchó cuando el cristal se rompió, se giró en su dirección y atacó con fuerza. Ella logró saltar hacia atrás y la punta de la espada de él rozó su túnica de cuero. Pero Vidal ya estaba en posición de ataque.

Desesperada, Zofi mantuvo su camuflaje. Pero la hacía más lenta, en especial al haber usado dos viales seguidos. Le dolía el muslo, donde el cristal había abierto su piel, sus venas ardían por el exceso y el brazo de su daga estaba debilitado.

Vidal ya había perdido las Artes por completo, era un Talon normal que atacaba lo que parecía ser aire espeso.

Zofi bloqueó el primer ataque, esquivó otro, volvió a bloquear el ataque.

—Increíble. —Vidal entornó los ojos para buscarla, pero no

parecía molesto—. Algún día tendrás que enseñarme cómo lo haces. ¿Es tu sangre más fuerte? ¿Hay algo en el modo en que te diezmas?

Ella siguió dando la vuelta, en silencio. Atacó, pero Vidal bloqueó su daga en el último instante. Ya lo tenía.

Zofi asestó un golpe sobre su pecho. Otro en su espada. Los golpes resonaron por el campo. Aún no encontraba un camino a través de su armadura, pero lo haría. Un último golpe...

Algo se movió en el límite de su vista.

Ella dudó. Sus instintos se activaron. *Atacante*. Solo lo vio durante un segundo. Alguien que usaba un diezmo de velocidad desapareció de prisa entre el rey y su hermana. Nadie más lo notó. Nadie vio que el pasillo se detuvo detrás de Florencia y Akeylah, convertido en la sombra oscura de un hombre alto, con un sombrero bajo sobre sus facciones.

Solo se detuvo durante un segundo, luego siguió corriendo, pero todo lo que Zofi podía pensar era en esas letras plateadas. *Asesina de sangre*.

Clanc.

Zofi se tambaleó. Su cuchillo cayó al césped. Le llevó un momento sentir el dolor de su brazo y la línea roja en donde había dado el golpe de Vidal.

—Empate —dijo Yasmin en algún lugar detrás de ella.

Con un gemido, Zofi dejó ir el diezmo que había estado

manteniendo durante demasiado tiempo. Su piel reapareció y sus piernas se volvieron temblorosas, tan agotadas como si acabara de intentar correr dos kilómetros después de un día sin comer.

—Buena práctica. —Vidal sonrió y le ofreció una mano, palma arriba.

—Al mejor de tres la próxima vez. —Intentó borrar su ceño fruncido, aunque no tuvo mucho éxito. Lo *tenía*, maldición. Lo tenía hasta que...

Ella miró alrededor. El campo estaba vacío. No había nadie detrás del rey o de las otras chicas, ni siquiera había nadie visible hasta las barracas, a excepción de los otros dos Talones a los que había derrotado, con sus espaldas erguidas, como si esperaran su siguiente orden.

Genial. Ahora estaba imaginando cosas. Esa amenaza extorsiva la tenía nerviosa, imaginando fantasmas.

—Solo si prometes enseñarme el truco para mantener el diezmo durante tanto tiempo. —Vidal analizó el rostro de ella, sin dejar de sonreír.

—¿Por qué, te preocupa no poder vencerme otra vez de otro modo? —Ella sonrió con suficiencia.

—Malditos vagabundos, ni siquiera podéis aceptar una derrota con dignidad —balbuceó la Talon.

—No la llares así —protestó Vidal, su voz repentinamente

afilada como un punzón de sangre—. Ella es una Viajante, es una potencial heredera al Trono del Sol y te ha vencido, con más dignidad bendecida por el Sol de la que jamás has mostrado en la derrota, Ishil.

Las cejas de Zofi se elevaron. Ningún kolonense la había defendido antes. Ninguno de ellos parecía creer siquiera que la palabra *vagabunda* estuviera mal.

Durante un momento, el campo quedó en silencio. Después Yasmin se dirigió a Vidal.

—Bien peleado, Talon.

—Y bien dicho —agregó el rey Andros, con una mirada aguda hacia la otra Talon. Ella se sonrojó y se inclinó tanto que su nariz casi rozó el césped.

Pero Zofi no olvidaría que ninguno de ellos había intervenido. Nadie lo hizo. Nadie excepto Vidal.

El pecho le dolía de un modo algo raro.

Mientras tanto, Vidal estaba inclinándose también.

—Gracias, Su Majestad. Condesa.

—Gracias a ti por tu servicio —respondió Yasmin.

—Apreciamos todo lo que vosotros y sus compañeros soldados hacéis para proteger a nuestra realeza —agregó el rey Andros y bajó la cabeza.

Los tres hicieron una reverencia, mientras Zofi envainaba su daga.

—Conmigo —indicó Yasmin y llamó a los Talones con su cabeza.

—Zofi —la llamó el rey. Ella regresó junto a sus hermanas mientras Yasmin guiaba a los Talones unos pasos más allá para continuar con la demostración. Pero Zofi no podía apartar la vista de Vidal, aún sin certeza de lo que el dolor en su pecho significaba.

Florenxia

—**B**ueno, ha sido toda una demostración. —Ren y Akeylah caminaban juntas de regreso a la fortaleza; Zofi se había desviado hacia su torre.

—No crees que... —Akeylah dudó—. Es decir, no se esperará que *nosotras* nos enfrentemos a los Talones la próxima vez, ¿o sí?

Habían pasado la segunda mitad de la lección viendo a los Talones practicar algunos diezmos más, mientras que Andros explicaba sus aplicaciones en el campo de batalla. La cabeza de Florenxia daba vueltas con terminología sobre simulaciones, tácticas, prácticas... todas cosas en las que nunca antes se había molestado en pensar.

Cosas que repentinamente se esperaba que ella supiera, por sí, por ejemplo, alguna vez tuviera que comandar las tropas ella misma.

Le dolía la cabeza. Pensó en la pregunta de Akeylah.

—Hay mucho más en gobernar un reino que en saber qué

extremo de la espada sujetar. Necesitamos aprender la teoría, no la verdadera práctica.

Aun así, ella no podía olvidar la batalla de Zofi. O el final, cuando permaneció invisible mucho tiempo después de que el Talon hubiera reaparecido. ¿Cómo había hecho eso? No debía haber sido posible.

Y aún más importante, ¿por qué los Viajantes se reservarían una habilidad como esa? La capacidad de diezmarse durante más tiempo podría darles una enorme ventaja en la guerra a los soldados de las Regiones. ¿Por qué mantenerlo en secreto?

Eso hizo a Ren pensar. Si Zofi era suficientemente peligrosa como para guardar secretos como ese, ¿qué más podría saber? ¿Estaría dispuesta a ir un paso más allá, a sabotear a alguien?

1854.

Pero ¿cómo podría haberse enterado de la traición de Ren? ¿De Danton?

Quizás estuvieran en eso juntos. Tal vez Danton había escrito esa nota para Zofi; tal vez ambos eran parte de la rebelión del Este. Un Viajante había asesinado al Príncipe Plateado, después de todo. Se decía que Genal le había pagado, pero ¿qué si había ganado el dinero más cerca de casa? ¿Y si los esteños y los Viajantes habían formado una alianza?

Hizo una mueca. Hasta que no supiera lo que el extorsionador quería no podía imaginar a los posibles culpables. Eran

demasiados. Tendría que comenzar por Danton. Tenía que descubrir a quién podría haberle dicho y si había escrito esa nota. Luego avanzar desde ahí.

—Antes... —Akeylah aclaró su garganta.

—¿Sí? —Ren ya podía ver que la reticencia de su hermanastra la volvería loca.

—Cuando estábamos hablando sobre la Región Este, tú has dicho que debíamos apoyar a nuestros aliados que se comportaban. ¿A qué te referías, exactamente?

Ren hizo una pausa para medir sus palabras.

—No podemos permitirnos el tratar ataques como el de Bahía Ardiente con liviandad.

—Pero ¿debemos dejar de asistir a toda la Región Este porque algunos rebeldes han cometido un crimen terrible? —Akeylah lanzó una mirada al campo de práctica sobre su hombro—. ¿Debemos castigar a ciudadanos inocentes por ese crimen?

—Por supuesto que no —respondió Ren.

—Es solo que me preocupa... —Akeylah se apresuró para estar a su lado—. Dudo que la mayoría de los esteños aprueben ese ataque. Por los mares, no me sorprendería que la mitad de los autoproclamados rebeldes tampoco lo hicieran. Pero aun así, ahora todos los esteños están marcados por eso. Nuestras preocupaciones serán desestimadas y minimizadas por un desastre.

¿Por qué Akeylah estaba preguntando por eso? Su corazón se aceleró. Ren volvió a ver los números, a sentir el olor a aceite. 1854.

—Y ¿por qué me estás preguntando mi opinión? —Akeylah dejó de hablar, tanto que Ren se atrevió a mirarla. La esteña estaba parpadeando sorprendida.

—Solo sentía curiosidad. Tú hablaste de eso antes, así que me pareció que podrías tener conocimiento de la perspectiva de Kolonya. Lo siento si he estado equivocada...

Su conmoción parecía genuina. Eso solo puso a Florencia más alerta.

—Lo estuviste —respondió inexpresiva—. Ahora, si me disculpas. —Ren levantó su falda para subir los escalones de la torre de ébano. Mientras más rápido pudiera entrar y alejarse del curso de esa conversación, mejor. Lo último que necesitaba eran más personas entrometiéndose.

—Ah, lady Florencia.

Por los cielos, otra vez no.

Ren hizo un mohín mientras Danton se apoyaba en el marco de la puerta con una sonrisa.

—Esta debe ser tu hermana recientemente descubierta. Es maravilloso ver a una compatriota en la fortaleza.

—Embajador Danton. —Akeylah hizo una reverencia.

—¿Os conocéis? —El pulso de Ren se detuvo.

—No todos en la Región Este son conocidos —respondió Danton al mismo tiempo que Akeylah comenzó a hablar.

—De hecho, sí. —Akeylah le sonrió con timidez—. No debe recordarlo, pero unos meses atrás se alojó en casa de mi padre... de mi padrastro, mejor dicho. —Hizo una pausa—. Jahen dam-Senzin.

Una pantalla pobre.

¿Podían estar trabajando juntos? ¿Danton y esa esteña?

Tendría sentido. Querría a alguien como él en el trono. Alguien que simpatizara con su causa. Y él debía saber que Ren no lo haría, no después de lo que había hecho.

—¿Eres la joven de Jahen? —Danton inclinó la cabeza—. Pensé que...

—Debe estar pensando en mi hermana Pola, embajador. —La sonrisa de Akeylah se desvaneció—. Me temo que yo rara vez visitaba a nuestros invitados.

¿Demasiado ocupada planeando cómo apoderarse de un reino, tal vez? Akeylah podría ser callada, pero, en la política de la corte, como en la jungla, las criaturas más silenciosas solían ser las más mortíferas.

—Bien, espero verte con más frecuencia aquí en la corte —estaba diciendo Danton, aunque Ren sintió que sus ojos se posaban en ella una vez más. Claramente, él no había pasado por ese umbral apartado por accidente.

Ren hizo su mayor esfuerzo por parecer normal. Es decir, enfadada.

—¿Deseas algo, Danton?

—Sí, aunque me temo que no está disponible por el momento.

—Él recorrió su cuerpo con la mirada. Ella apretó los dientes.

—¿Por qué estás siguiéndome? Dejé mi posición muy clara.

—Clara como el agua. Pero tenía esperanzas de que la ocasional exposición a mi presencia pudiera influenciarte lo suficiente como para que cambiaras de opinión. Al menos escúchame, Florencia.

Todo su cuerpo se encendió. Con enfado, sí. Y, más irritante aún, con algo más. Por mucho que intentara, ella no podía olvidar cómo la besaba, la boca de él sobre la suya, sus cálidas y fuertes manos, que siempre sabían dónde tocar para volverla loca.

—Disculpad —balbuceó Akeylah—, llego tarde a un compromiso. Hermana. Embajador. —Inclinó su cabeza a cada uno de ellos, después siguió caminando por el pasillo. Ren hubiera pensado que un extorsionador habría disfrutado escuchar esa conversación a escondidas, pero tal vez Akeylah no lo necesitaba. No si Danton estaba allí para presionar a Ren por ella.

Observó cómo se marchaba, demasiado consciente del espacio entre Danton y ella. El aire golpeaba con palabras sin

pronunciar.

Cuando el pasillo estuvo vacío una vez más, Ren aferró a Danton del brazo y lo llevó al pasillo de servicio más cercano.

—Como en los viejos tiempos —bromeó mientras lo arrastraba por la angosta abertura.

—No puedes seguir haciendo esto —protestó ella.

—¿Hacer qué, perseguirte? Creí que las damas disfrutaban esa clase de cosas.

—No esta dama. —Ella lo miró. Tan cerca, su aroma era sobrecogedor. Podría volverla loca—. Si perjudicas mis posibilidades de llegar a este trono, te mataré, Danton.

—¿Es eso una amenaza o una promesa? —Él sonrió con suficiencia.

—Lo digo en serio. ¿Crees que voy a perdonar cómo me has utilizado? —Ella bajó la voz. Incluso allí había riesgo de ser escuchados. Si un sirviente pasaba en el momento equivocado... —. Dijiste que no habría violencia. Dijiste que nadie tenía que morir. Bueno, te has confundido por alrededor de mil ochocientos cincuenta y cuatro cuerpos, Danton.

—No sabía que eso sucedería, lo juro. —Él se estremeció—. Solo les avisé para que las tropas rebeldes tuvieran tiempo de escapar de la ciudad.

—Y no *tenías ni idea* de que lanzarían un contraataque en su lugar.

—Por supuesto que no. —Él endureció su mandíbula—. Pero el rey Andros envió a esas tropas para asesinar personas, Florencia. Para arrasar con Davenforth. Vi la orden del despliegue yo mismo.

—¿Cómo es que eso hace que sea correcto matar a nuestros propios soldados? Hombres y mujeres que conocemos. ¿Sabes cuántas de las sirvientas han perdido amantes y hermanos en esas embarcaciones?

—Conocían los riesgos al unirse al ejército. Si quieres culpar a alguien por sus muertes, culpa a Andros. Él los envió a esa bahía. Él les ordenó avanzar por Tarik y asesinar a cientos de personas.

Tarik. Había comenzado a llamar así a la Región Este justo antes de dejar la fortaleza la última vez. Una nueva táctica de los rebeldes, revivir el antiguo nombre de su reino, el que había estado prohibido durante años, para intentar hacer que sonara más significativo.

—Cientos de *rebeldes*.

—¿Cuál es la diferencia entre un rebelde y un soldado de Kolonya al fin y al cabo? Los dos luchan por una causa en la que creen.

—La rebelión quiere dividir a las Regiones. Debilitarnos.

—Ah, porque estamos muy unidos. —Él señaló al pasillo, pero ella sabía a qué se refería—. En estos días es cada Región por

Kolonya y Kolonya por sí misma. Lo sabes. Si no fuera así me habrías delatado ante el rey Andros en el momento en que esas embarcaciones se hundieron.

—Seguro, y condenarme a mí misma por la molestia —bufó Ren.

—¿Esa es la única razón por la que no me entregaste con el verdugo? —La voz de Danton se suavizó. Por un segundo, ella pudo haber jurado ver un destello de dolor en sus ojos.

No podía hacer eso. Él no era el que estaba siendo utilizado.

—Correcto. —*Hora de arriesgarse*. Él era un buen mentiroso, pero si ella lo pillaba con la guardia baja...—. Y ahora, como si utilizarme para cometer traición no hubiera sido suficiente, ¿quieres echármelo en cara también? Vi la carta, Danton.

—¿De qué estás hablando? —Él frunció el ceño.

—No finjas. —Ella le mantuvo la mirada—. Reconocería tu letra en donde fuera.

Danton le devolvió la mirada con tanta intensidad que parecía preocupación genuina.

—Florencia, lo siento. Pero debes saber por qué no podía escribirte directamente. ¿Un embajador escribiéndole a una criada? ¿Cómo se hubiera visto eso? Tuve que escribirle a Sarella en su lugar.

—¿De qué estás hablando? —Eso la descolocó.

—Sabía que le servías a ella. Pensé que si informaba a Sarella

de mi regreso ella podría mencionártelo también. Fue el único modo que se me ocurrió de hacértelo saber. —Su voz se volvió dura, rota—. Imaginé que debías echarme de menos.

Ren entornó los ojos. Él pensó que hablaba de su ausencia. Que ella lo estaba reprendiendo por no haberle enviado cartas de amor mientras estaba lejos.

—Y, desde tu gran retorno, desde que supiste que yo no soy esa criada, ¿no has escrito nada más? ¿Nada más revelador, tal vez?

—Florencia, no, yo... —Entonces su ceño se frunció—. ¿Qué quieres decir? ¿Has recibido alguna clase de mensaje?

Ella rio una vez, con dureza. La expresión de él se desmoronó y ella luchó contra la instintiva culpa que sintió. *No es mi culpa que él sea un traidor*, se recordó a sí misma.

—De hecho, sí. Recibí el mensaje de que ya no mereces mi tiempo. —Con eso, ella lo esquivó. Ya habían terminado. O bien Danton se había convertido en un mejor mentiroso en los últimos seis meses, o bien él no había enviado esa amenaza.

—Estoy preocupado por ti —exclamó mientras ella se alejaba—. Estas personas, el rey, las otras chicas... sabes lo que dicen: «La familia nos fortalece o nos mata, no hay nada en medio». No sabes lo despiadada que puede ser esta corte.

—Por el contrario, tú ya has hecho un buen trabajo para enseñarme eso. —Y con esas palabras, Ren dobló en una

esquina, alejándose de su vista.

No era apropiado que ella utilizara los pasillos de servicio, ya no. Era una dama, debía recorrer los caminos principales con el resto de la nobleza. Pero, en ese momento, estaba furiosa, herida, y solo quería salir de allí lo más rápido posible.

Danton volvió a llamarla, su voz hizo eco. Ella lo ignoró y subió la primera escalera que encontró. La fortaleza era un laberinto de pasillos y pasadizos, pero Ren no había pasado años trabajando allí por nada. Conocía esos caminos mejor de lo que muchas personas conocían sus propias pecas. En un instante llegó a la entrada lateral de los baños. Ella nunca los había usado antes. Nunca lo había tenido permitido, como sirviente.

Pero ahora podía bañarse en donde se le viniera en gana.

La entrada lateral estaba detrás de una gruesa cortina. Un vapor con esencia a eucalipto la sorprendió. Respiró profundo, con esperanza de que eso la calmara lo suficiente como para pensar con claridad.

Ya podía tachar a Danton de su lista. Lo que la dejaba con otro problema real. *Si él no había enviado esa carta, entonces, ¿quién?*

Akeylah había mencionado Bahía Ardiente dos veces esa mañana; una con el rey, después otra vez con Ren. Sin mencionar que conocía a Danton. Solo al pasar, al parecer, pero ella pudo haber averiguado algo cuando él pasó por casa de su padrastro.

Ren se acercó a los cambiadores, se quitó el simple vestido que había escogido para esa lección y se envolvió en una gruesa toalla calentada al carbón.

El mensaje había sido diseñado para ella. Nadie más lo habría comprendido. Solo era un número pintado en una roca. Lo que implicaba que el extorsionador no quería revelar el secreto, no aún.

Querían asustarla. Preocuparla. Pero aún no habían exigido nada, ¿por qué?

Tal vez Akeylah quería atemorizarla para que dejara la fortaleza, para que abandonara su oportunidad de ascender al trono. Eso sí que sería un golpe; una reina rebelde en el trono.

La piel le escocía. No dejaría que eso sucediera.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que ya se había metido hasta los tobillos antes de notar a otra persona en el baño. En el otro extremo, parcialmente escondida detrás de una cortina de vapor. El pelo llamó la atención de Ren, una masa de rizos negros.

Durante un momento, ella simplemente la miró. La advertencia de Danton resonaba en su cabeza. *La familia te fortalece o te mata*. Un dicho de *La Historia*, acerca del primer uso conocido de las Artes Vulgares. Un kolonense que maldijo a su propia madre para obtener su herencia.

Al otro lado de la habitación, Zofi se extendió por su toalla.

—No te preocupes. Ya me iba.

Hablando de familia. Allí tenía otro sospechoso que encarar. Bien podía ver si lograba averiguar algo de ella ese día también. Ren forzó una sonrisa de tranquilidad.

—No, por favor. Quédate.

Zofi

—**N**o, por favor. Quédate. —Florenxia se sumergió en el agua. Se acomodó en el asiento más lejano, a media habitación de distancia. Todo en su postura indicaba que estaba exhausta; hombros caídos, pecho hundido.

Durante un momento, Zofi dudó. ¿Quería hacer eso? Ya tenía suficientes preocupaciones con el extorsionador. No tenía tiempo para las sonrisas falsas de su hermanastra y la sospechosa y amable invitación a quedarse.

¿Qué es lo que quiere?

Pero si Florenxia *era* la extorsionadora, esa podía ser la oportunidad de desenmascararla.

Además, a Zofi le dolían demasiado los músculos a causa de la pelea como para considerar realmente salir del baño. Volvió a acomodarse en el banco y estiró sus piernas doloridas. Le dolía todo; tanto por el ejercicio tanto como por el uso excesivo de las Artes.

Las criadas la habían enviado allí en lugar de prepararle su baño privado. *Los vagabundos pueden usar los baños públicos.* Zofi sabía que podía haberse quejado a Andros, forzar a las sirvientas a que la trataran mejor. Pero, a decir verdad, después de la pelea de esa mañana estaba demasiado cansada para discutir.

Aunque le sorprendía ver a Florencia allí. Había considerado a su hermanastra como la clase de persona que disfrutaría cada comodidad que su nuevo estatus pudiera ofrecerle, baños privados incluidos.

Pero, otra vez, tal vez Florencia tuviera otras razones. *Hay un modo de averiguarlo.* Zofi se acercó algunos asientos a su hermanastra.

—Pensé que era yo la que había luchado el día de hoy. Pero pareces más cansada que yo.

—Gracias. —Florencia levantó una ceja—. Siempre es bueno escuchar que tienes una pinta terrible.

—No es mi culpa que seas fácil de leer.

—Muy graciosa. —Florencia gimió y apoyó su cabeza hacia atrás, en la cornisa del baño—. Eres la segunda persona que me dice eso esta semana. Comienzo a pensar que debo trabajar en mi expresión de cazador.

—¿Y eso qué implica, fruncir más el ceño? —Zofi llevó sus dientes atrás en una sonrisa exagerada.

—Es una expresión. —Florencia resopló—. Para cuando necesitas ocultar lo que realmente piensas.

—Suenas como una habilidad útil para un cortesano.

—¿Por qué, porque esta fortaleza está llena de depredadores?
—Florencia sonrió con suficiencia, después inclinó la cabeza para sumergir su pelo castaño extremadamente lacio en el agua.

—Depredadores —coincidió Zofi— y presas. Aunque realmente no puedo imaginarte como la segunda.

—¿Debería tomarlo como un cumplido?

—Tómalo como quieras.

—¿Tienes algún problema conmigo, hermana? —Florencia volvió a sentarse para escurrir su pelo mojado.

—No más de los que tengo con cualquier otro kolonense —mintió Zofi. La mayoría de los demás kolonenses, después de todo, no eran tan peligrosos. La mayoría no eran familia. La siguiente línea al trono si Zofi abdicaba.

Eso solo jugaba en contra de Florencia. La competencia solo hacía que Zofi quisiera más el trono. Si Florencia lo ganaba, continuarían las mismas reglas de siempre. Kolonya primero, todos los demás segundos, si es que estaban.

Zofi podía cambiar todo eso. Sin duda Florencia se rebajaría a amenazarla.

—No somos todos iguales. —Florencia pasó las manos por su

pelo corto una vez más, luego las dejó caer—. Al igual que yo estoy segura de que no todos los Viajantes son ladrones o asesinos.

—¿No lo somos? —Zofi desplegó una sonrisa sarcástica.

—No tienes que hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Hacerte la dura. —Florencia descansó su cuello en la cornisa—. Todos te vimos luchar hoy. Sabemos de qué eres capaz.

—De perder, al parecer —balbuceó Zofi. Para su sorpresa, Florencia negó con la cabeza.

—Dejaste clara tu opinión. Kolonya no conoce todas las tácticas militares. Los Viajantes tienen algunos trucos también.

—Típico. —Zofi resopló con una risa—. Todo lo que ven son los diezmos.

—¿Qué más debí haber notado? El camuflaje fue lo importante de la lección.

—No, lo importante es que los Talones luchan como marionetas. La guerra es un ejercicio para ellos, un juego.

—¿Quieres decir que no te ofreciste a luchar con ellos solo por la diversión de exhibirte? —respondió Florencia, y Zofi presionó sus labios, molesta.

Tenía razón en parte, por supuesto. Pero solo en parte.

—Su estilo puede funcionar en una batalla organizada, pero no ayuda si luchamos por sobrevivir.

—¿Exactamente cuántas batallas has visto, hermana? —La voz de Florencia se llenó de sarcasmo.

—Muchas. —Así era. No en la guerra; ella había evitado el reclutamiento, como la mayoría de los Viajantes. ¿Por qué pelear por personas que te tratan como el polvo bajo sus botas? Pero ella había estado en suficientes riñas, confrontaciones con guardias locales, ladrones o pueblerinos indisciplinados que buscaban enseñar una lección a algunos vagabundos.

Esas luchas eran tan de vida o muerte como el campo de batalla.

Pensó en las palabras de Akeylah en la fiesta. *Podemos cambiar las cosas para nuestra gente.*

—Esta corte... es solo otro campo de batalla. Solo que con armaduras menos prácticas. —Florencia resopló, algo entre una risa y un suspiro. Luego, una larga pausa.

—Nunca había escuchado a nadie admitir eso en voz alta.

—Imagino que es más fácil para ti. Has crecido con estas personas. —Zofi intentó no permitir que su voz fuera amarga—. Eres una de ellos.

—No en realidad. —Florencia extendió sus brazos para que flotaran—. Me pasé años mirando desde la periferia, deseando poder entrar al combate. Nunca antes me había unido a la guerra realmente, hasta ahora.

¿Y cómo te has unido a la guerra exactamente, hermana?

—Aun así —Zofi encogió un solo hombro—, conoces las reglas. No saltas como un pez en una carretilla.

—Pensé que yo era una langosta con vestido —comentó Florencia, con el rastro de una sonrisa. Zofi la correspondió.

—Mejor que un pez, créeme. Al menos las langostas tienen patas.

—Oh, por favor, puedes arreglártelas.

—No en contra de toda una ciudad que me odia simplemente por ser quien soy —respondió. Y *contra una hermana dispuesta a extorsionarme para obtener el trono.*

—No es ese el motivo por el que las personas te juzgan. Es por cómo te vistes, por cómo te paseas como si fueras mejor que todos nosotros. Como si las reglas no se aplicaran contigo.

—¿Por qué debería obedecer las reglas de Kolonya sobre vestimenta, reverencias y besos en los traseros nobles?

—No tienes que hacerlo. —Florencia encogió un hombro delgado como el de un ave—. Pero no te quejes si las personas te tratan diferente cuando, para empezar, tú te comportas de manera diferente.

—Así que los kolonenses solo son capaces de respetar a las personas que actúan, se visten y suenan como kolonenses. ¿Eso es lo que estás diciéndome?

Florencia resopló.

—Claro que no. Pero tú no eres una noble de visita desde una

cultura como la de la Región Sur o un enviado de paz de Genal.

—Cierto. Solo soy una Viajante, sin tierra y sin *cultura*. —Zofi prácticamente gruñó esa última palabra—. Dime otra vez que tu gente no me odia por ser quien soy.

Para crédito de ella, con eso Florencia se quedó en silencio durante un instante. Antes de que finalmente respondiera, hizo un mohín mientras pensaba.

—Supongo que debemos tener un ligero prejuicio hacia tu grupo en particular. —Ella negó con la cabeza—. Si intentaras hacer un esfuerzo, los kolonenses no serían tan fríos.

—¿Qué sucede, hermana? Eso casi suena como si me estuvieras dando ánimos. —Zofi entornó los ojos.

—No te acostumbres. —La kolonense resopló—. Después de todo, no me quejaría si dejaras la ciudad. Una hermana menos de la que preocuparme.

—¿Ansiosa por apartarme de tu camino al trono? —A su pesar, las comisuras de los labios de Zofi se elevaron en una sonrisa. Ella prefería que fuera así, ser abierta y sincera sobre su rivalidad, antes que dar vueltas sobre el asunto.

—Solo tan deseosa como imagino que tú debes estar —respondió Florencia. Aunque ella también dejó que una pequeña sonrisa se dibujara en sus labios—. Solo me pregunto qué pueden llevar a hacer a una persona esos deseos.

—Suena como si hablaras por experiencia, hermana. ¿Tienes

algo que confesar? —Zofi llevó su cabeza hacia atrás.

—Solo preocupación por el carácter del sucesor al trono de nuestro reino. Ya hemos tenido a un heredero con una reputación menos que deseable. Odiaría ver que el trono cayera en manos de alguien igualmente inapropiado, ahora que hemos sido liberados de él.

—Estás hablando sobre el príncipe Nicolen. —Zofi alzó las cejas. ¿Acaso Florencia intentaba hacer que admitiera algo? Pero, para su sorpresa, Florencia frunció el ceño.

—Por supuesto. Seguramente has escuchado las historias que se cuentan sobre él.

—Él era un hábil guerrero. Han escrito canciones sobre su valor en el campo de batalla.

—Así era. El primero en entrar al combate y el último en salir, en cada oportunidad. —Florencia movió su cabeza hasta que su cuello chasqueó, un sonido fuerte y desagradable que hizo eco en el baño—. Pero el campo de batalla no era el único lugar en el que el príncipe desplegaba su temperamento. Golpeaba a sus sirvientes regularmente, por «errores» como permitir que lloviera en su día de cabalgata, o por no servir barracudas frescas cuando llevaban seis meses fuera de temporada.

Ella miró a su hermana. Estudió su reacción, mientras calculaba su respuesta.

—Suenas como si su muerte nos hubiese hecho a todos un

favor.

Si Florencia sabía algo, no se revelaba en su cara. Solo suspiró y dejó que su mirada pasara desde Zofi hacia los murales en las paredes alrededor del baño; el rey Ilian cazando con su alatormenta. Las alas del ave ocupaban la mitad del muro.

—No apruebo la violencia —respondió finalmente—. Pero debo admitir que todos en la planta baja nos sentimos aliviados cuando llegaron las noticias de su muerte.

—¿Y ahora te preocupa que sus inclinaciones sean genéticas, es eso? —Zofi entornó los ojos—. Odio romper tu ilusión, hermana, pero la sangre que tuviera en sus venas está en las tuyas al igual que en las mías. —*Tal vez tú eres la que se asemeja a él, Florencia.* Enviar amenazas extorsivas por la noche, intimidar a sus enemigos en su camino al trono. Pero la otra chica negó con la cabeza.

—No creo que cosas como esas corran por la sangre. Andros no era cruel. Él intentó enseñarle a Nicolén. Contrató a los mejores tutores en cada materia. Al igual que la primera reina, su madre. Ese fue el problema; lo consintieron. Le dieron a Nicolén todo lo que deseaba, cuando lo deseara. Le hicieron creer que todo el mundo le pertenecía. Que los deseos de él eran los únicos que importaban.

—Así que el único hijo que nuestro padre crio él mismo creció para convertirse en un monstruo. Es un buen augurio para

nosotras —comentó Zofi.

—Pero ¿no lo ves? No fue por negligencia o enfado. No fue algo heredado o algo hecho deliberadamente. —La voz de Florencia se volvió baja y suave—. Padre solo quiso demasiado a su hijo. Nicolen se volvió su punto débil.

—Culpar al amor por todos nuestros errores estúpidos me parece una excusa fácil.

—No significa que no sea cierto. —Florencia la miró a los ojos, sonrió con suficiencia y un poco de amargura.

Pensamientos de Elex se filtraron en Zofi. Había asesinado a Nicolen para protegerlo. Había hecho algo estúpido por amor. ¿Y se arrepentía? Por las arenas, no. Ni siquiera si eso hacía que la mataran algún día.

—Eso creo.

—¿Qué sucede, hermana, realmente estás de acuerdo conmigo en algo? —Florencia se llevó una mano al pecho para fingir sorpresa.

—Soy lo suficientemente mayor como para admitirlo si me equivoco. —Zofi casi sonrió.

—Bueno. Tal vez seas una buena contendiente al trono, después de todo.

Zofi analizó la expresión entretenida de su hermana. Tal vez Florencia no fuera la extorsionadora. Tal vez estaba diciendo la verdad. No parecía estar haciendo más preguntas insistentes

acerca del príncipe.

Aunque tal vez su hermana tuviera una mejor cara de cazadora de lo que Zofi creía. Quizás estaba intentando llevar a Zofi a una falsa sensación de seguridad; hablándole de cuánto despreciaba a Nicolén con la esperanza de que Zofi relajara sus defensas.

Reprimió un gemido de frustración. Odiaba eso. Odiaba las mentiras y las intrigas. Prefería una pelea directa cualquier día. *Sígueles el juego*. Pero las peleas directas no eran la norma en la fortaleza. Ser tan obvia no resolvería nada. Si Florencia no era su acusadora, entonces Zofi no podía permitirse ganar más enemigos dentro de la fortaleza tan pronto.

—Que la mejor candidata gane. —Zofi extendió una mano, palma arriba, como había visto hacer a los cortesanos.

Florencia sonrió y se apartó del muro. Se acercó lo suficiente para colocar su mano palma sobre la de Zofi.

—Siempre y cuando la que sea elegida acuerde desempeñarse mejor de lo que lo habría hecho el último heredero.

Su corazón dejó de latir un instante. ¿Esa era una amenaza encubierta? Florencia no se había sobresaltado ni una vez de las que Zofi había mencionado al príncipe. Y aun así, seguía volviendo al tema, sonaba casi... como si aprobara su desaparición.

—Trato hecho. —Zofi apretó la muñeca de Florencia. Ella hizo

lo mismo.

—Por un cambio para mejor.

—Aunque no sepamos cómo sería eso, por ahora.



Zofi deslizó su mano debajo de la almohada y cerró sus dedos en la empuñadura de su daga.

No fue un sonido lo que la despertó, sino más bien la ausencia de sonido. Se había quedado dormida con el vaivén de las cortinas, el juego de la brisa nocturna, interrumpido por los distantes sonidos de animales en la jungla lejana.

La habitación estaba en silencio. Las cortinas estaban quietas, todo el aire fresco había desaparecido. Estaba empapada por el sudor, pesada y algo más.

Respiración.

Con cuidado, Zofi abrió un ojo y espió entre sus pestañas. Movi6 su cuerpo como si se moviera dormida, mientras sacaba lentamente la daga de abajo de la almohada.

Allí. En la esquina. Junto a las cortinas iluminadas por la luna y las ventanas recientemente cerradas, había una sombra.

Zofi pensó en la figura que había visto en el campo de práctica esa mañana. Pensó en el respaldo de la cama. En las letras plateadas. *Asesina de sangre*. Quienquiera que fuera, había comenzado una lucha con la persona equivocada.

Zofi se deshizo de las mantas y se puso de pie en el mismo momento en que la figura dijo una única palabra.

—Zofi.

Ella se quedó helada, con la daga aún instintivamente presionada sobre su antebrazo, lista para diezmarse. No necesitó derramar sangre. La daga se deslizó de sus dedos sorprendidos mientras reconocía el contorno familiar de la sombra y se daba cuenta de lo que significaba.

—Gracias a las arenas —susurró.

Akeylah

Maldito sea todo. Akeylah cerró de un golpe el cuarto tomo y lanzó un suspiro. Una mujer de la nobleza en una mesa cercana la miró. La biblioteca era casi sobrenaturalmente silenciosa, su único sonido era el ocasional movimiento del paso de una página. Desde su primera lección del día anterior, Akeylah había pasado casi cada momento despierta en ese lugar. El resto del tiempo lo había pasado dando vueltas en su cama, incapaz de dormir, soñando que cada susurro significaba el regreso del extorsionador.

Si ella no podía encontrarlo (y, en esa corte, era como cazar a una serpiente en particular en un nido de cientos de ellas), entonces su única opción era borrar el poder que tenían sobre ella. Deshacer la maldición, salvar la vida del rey y liberarse en el proceso.

Eso, o huir a su hogar. De regreso a la casa de su padrastro; el padrastro que probablemente para entonces hubiera escuchado

que ella era una bastarda, concebida fuera del lecho matrimonial con un rey al que debía odiar más que nunca. Si el hombre quería matar a Akeylah cuando creía que era de su propia carne y sangre, ¿qué haría entonces si sabía que era la hija de alguien más? No solo el recordatorio de la esposa que murió al dar a luz, ¿sino también un símbolo de la secreta infidelidad de la, hasta entonces, perfecta esposa?

Akeylah no duraría ni diez minutos.

Ella no tenía opción. Necesitaba quedarse allí. Encontrar una forma de liberarse de esa amenaza.

Hizo a un lado el libro que tenía, *Acólitos de las Artes: un estudio de los investigadores desde el Reconocimiento hasta la Época Yrene*. Recopilaba los experimentos de varios cientos de acólitos, desde estudios de diezmos de guerra durante el reinado de Ilian, hasta experimentos de curación de heridas en el de Yrene III. No mencionaba nunca las Artes Vulgares.

Akeylah dejó ese libro en la pila de descartes en aumento y tomó *Equilibrio de las Artes* en su lugar. Una rápida ojeada de los primeros capítulos reveló solo pequeños fragmentos acerca de teoría de las Artes mal escritos. Ella frunció el ceño.

No necesitaba teorías sobre los dioses o sus bendiciones. Necesitaba una guía de acción.

La última vez, una pista en el antiguo *Festivales de Viaje y las Artes de las Ferias* en la biblioteca de su pueblo, la había llevado a

la hechicera. Seguramente en algún lugar de las reservas de la fortaleza podía encontrar una semilla como esa. Después de todo, la Universidad (en donde los acólitos del Sol, los más expertos practicantes de las Artes en las Regiones, estudiaban las Artes de Sangre y experimentaban con nuevos diezmos) estaba precisamente ahí, en la torre de aliso. Ellos usaban esa misma biblioteca, guardaban sus principales libros de consulta allí.

La respuesta estaba en algún lugar de esa habitación, ella estaba segura. Pero aun así...

Akeylah suspiró y echó otro vistazo a los estantes. La biblioteca tenía la forma de un barco ballenero invertido, de cinco pisos de altura y cubierto del suelo al techo de estanterías, con escalinatas y escaleras caracol que ascendían a alturas vertiginosas.

Podía pasar toda su vida allí y nunca llegar a revisar siquiera un cuarto de esos libros. ¿Cómo, en nombre de la Madre Océano, encontraría lo que necesitaba?

—¿Lectura difícil? —preguntó alguien. Akeylah se sorprendió y cerró el libro por costumbre.

—Ah, yo solo... —Perdió la voz en el momento en que levantó la vista.

Rozalind apoyó la cadera contra el escritorio.

—¿Puedo ayudarte, mi reina?

—Solo estaba de paso y noté que soñabas despierta. — Rozalind se inclinó para estudiar la portada del libro. Sus rizos castaños acariciaron el hombro descubierto de Akeylah y lanzaron una oleada de electricidad por todo su brazo—. No te culpo. Esto parece tan temerario como una nube de tormenta en mitad del día. —La reina levantó el libro y lo abrió por una página cualquiera, con una sonrisa pícara en su rostro.

Akeylah sonrió y trató de sujetar el libro sin ganas, pero Rozalind se alejó del escritorio y fuera de su alcance.

—«La primera oportunidad conocida de la aparición de las Artes en las Regiones ha ocurrido en el año veinte Antes del Reconocimiento, cuando las Regiones aún eran colonias satélites de Genal». —Rozalind hizo una pausa para alzar sus cejas hacia Akeylah, aunque ella sintió que la reina lo hacía para esconder su incomodidad antes de continuar—. «Sin embargo, costó veinte años que las Artes se convirtieran en una fuerza unificadora para las Regiones. En el año cinco A. R., el futuro rey Ilian comenzó a experimentar con diezmos de guerra, al mismo tiempo que su futura esposa, la reina Viajante Claera, descubrió que los soldados de origen genalés no podían utilizar las Artes».

La mujer de la nobleza que había mirado antes a Akeylah tosió intencionadamente. Las jóvenes intercambiaron miradas furtivas y la malicia en la mirada de Rozalind casi hace que Akeylah volviese a reír.

Pero Rozalind solo se acercó más, con sus labios a centímetros de la mejilla de Akeylah, y continuó leyendo en un suave murmullo, su fluido acento genalés más acentuado que nunca en el volumen bajo.

—«Ilian y Claera presentaron las Artes como evidencia de que los dioses bendijeron nuestras tierras por encima de todas las demás. Claramente, el Sol deseaba fortalecer a las Regiones para que pudieran liberarse del que en un tiempo fuera su pariente...».

La mujer arrastró su silla hacia atrás con un chillido tan fuerte que hizo que Akeylah y Rozalind se alejaran de un salto. Solo entonces Akeylah pensó en cómo debía verse; la reina y su hijastra inclinadas tan cerca, susurrando sobre Genal y las Regiones.

—Deberíamos irnos —balbuceó Akeylah.

Rozalind dejó el libro en el carro. En su camino de salida ella inclinó su cabeza hacia la mujer noble en señal de disculpa.

La mujer hizo una profunda reverencia en respuesta, aunque no antes de que Akeylah pudiera ver el ceño fruncido en su cara.

No parecía el modo apropiado para que un noble tratara a su reina. Pero volvió a pensar en el pasaje que Rozalind acababa de leer. Kolonya había pasado los cuatrocientos años Después del Reconocimiento creyendo que los mismos dioses habían

bendecido las Regiones con las Artes, específicamente para derrotar a Genal. En cada guerra, desde la Guerra de Reconocimiento hasta la más reciente Séptima Guerra, habían peleado soldados que creían en eso con todo su corazón.

Si Akeylah se sentía aislada allí como una esteña, solo podía comenzar a imaginar cómo debía encontrarse Rozalind. Aún estaba intentando formular una respuesta (*lo siento* no parecía muy adecuado, tampoco *desearía que no te trataran de ese modo*) cuando las puertas de caoba de la biblioteca se cerraron detrás de ellas. Entonces Rozalind le dio un codazo con una sonrisa burlona.

—No estás planeando convertirte en un acólito, ¿verdad? Porque eso sería toda una pena.

Los acólitos (quienes enseñaban a los curanderos y a los Talones, quienes mantenían registros de cada diezmo descubierto y trabajaban día y noche para descubrir más) juraban celibato.

—Me temo que esa vida no sería apropiada para mí. —Akeylah encontró la mirada de la reina. Bajo las brillantes antorchas del pasillo, los ojos azules de Rozalind parecían destellar casi tanto como su cicatriz—. Odiaría decepcionar a todas esas jóvenes nobles.

—No es su decepción la que me preocupa. —Rozalind se acercó más y Akeylah sintió cómo ella misma imitaba el

movimiento, atraída como la marea por la luna.

Se contuvo en el último momento y miró al frente justo cuando unos pasos sonaron por el pasillo. Rozalind ni siquiera pareció desconcertada; solo continuó avanzando como si nada hubiera pasado.

—Entonces, ¿por qué el repentino interés en las Artes? —El tono de Rozalind era ligero, conversativo.

Encendió sus alarmas de todas formas. Akeylah no podía permitir que las personas comenzaran a hacer preguntas como esa sobre ella. Ya tenía suficientes problemas.

—El rey; eh, Padre nos ha llevado a ver a los Talones practicar ayer —respondió Akeylah—. Y la condesa nos ha mostrado algunos trucos. Sentía curiosidad por aprender más.

—Puedo recomendarte algunos diezmos, si quieres. —Rozalind volvió a sonreírle, la clase de sonrisa que encendía todo su rostro con sinceridad.

—¿Qué, has estado considerando el camino de los acólitos también? —bromeó Akeylah. Después cerró la boca, al recordar—. Ah. Rozalind, lo siento, olvidé que no puedes...

—Está bien. —Rozalind enlazó su brazo con el de Akeylah—. La mayoría lo olvida. Incluso mi marido, algunas veces. Soy toda una rareza en esta parte del mundo. La única mujer no bendecida en un mar de hechiceros.

—No somos hechiceros. —Akeylah rio.

—Así es como los llamamos en Genal. Es como se llamaríais vosotros mismos también, si pudierais ver toda la magia que podéis crear con el simple movimiento de un cuchillo.

Akeylah se ruborizó.

—Las Artes no son magia. Son un regalo de los dioses, una práctica que hemos pasado años estudiando y perfeccionando.

—Diles eso a tus enemigos. —Rosalind aún sonreía, aunque era dura, amarga.

—¿Cómo es? —preguntó Akeylah, antes de poder contenerse—. No poder diezmarse.

—Normal, para mí. —La reina se encogió de hombros y su brazo rozó el suyo—. Nunca he conocido nada diferente. Lo único que supe de las Artes antes de venir aquí fueron los terribles rumores; en su mayoría falsos, por supuesto. Historias acerca de los hechiceros en el Este. Descendientes de los niños que maldijeron a sus propios padres.

Los pasos de Akeylah flaquearon. Ella olvidó esa parte de la historia. La mayoría de los kolonenses preferían hacerlo, ya que limitaba con la traición.

—Es por eso que quería leer más acerca de las Artes —estaba diciendo Rosalind, repentinamente distraída, para disgusto de Akeylah—. Aprender cómo surgieron y separar la verdad de la ficción.

Pero Akeylah no podía dejar de repetir esas palabras en su

mente. *Niños que maldijeron a sus propios padres.*

Cuando las Artes aparecieron por primera vez en las Regiones, no había distinción entre las Artes de Sangre y las Artes Vulgares. Aún no había estudios acerca de lo que los dioses consideraban apropiado y lo que sería señalado como hechicería prohibida.

En la primera guerra, la Guerra de Reconocimiento, algunos soldados de las Regiones (inmigrantes genaleses de primera y segunda generación, en especial) utilizaron las Artes en contra de los suyos. Abuelos, tíos y primos que se habían quedado atrás y peleaban por Genal. Fueron maldecidos por sus propios descendientes, quienes habían prometido su sangre a las Regiones.

Kolonya prefería ignorar esa parte de la historia. Ya que los habitantes de las Regiones estaban tan separados de sus ancestros genaleses que ninguna maldición, que eran efectivas solo dentro de tres o cuatro generaciones como máximo, podía afectarlos. Ya que las Regiones solo podían maldecirse unas a otras.

—¿Akeylah? —preguntó Rozalind.

Ella se sacudió para volver a la realidad. ¿Por qué Rozalind había mencionado esta historia ahora? No podía evitar la inquietud que se había instalado en su estómago.

—¿Ocurre algo malo?

—Claro que no. —Akeylah forzó una sonrisa demasiado brillante.

No. Rozalind no podía ser la extorsionadora. La reina no había sido más que amable; la única persona en la fortaleza que lo era sin esperar nada de ella a cambio.

—Veo que no has aprendido a mentir durante tu tiempo aquí hasta ahora —la provocó Rozalind. Akeylah tragó con dificultad.

—Es solo que no estoy acostumbrada a ser llamada *hechicera*, eso es todo.

—Me temo que será mejor que te acostumbres a eso y a cosas peores. —Con un suspiro, la reina aferró con más fuerza el brazo de Akeylah—. Créeme, nadie dejará que olvides tus diferencias, ni durante un momento.

¿Qué podía querer Rozalind, de todas formas? ¿Qué podía ganar amenazando a Akeylah, si eso era lo que estaba haciendo, mientras actuaba con amabilidad ante ella?

El trono. Si Andros fallecía sin un heredero, tal vez Rozalind esperaba conservar su derecho al trono. Y volver a poner a las Regiones bajo el control de Genal.

—¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor? —La voz de Akeylah se suavizó.

La mirada que Rozalind le ofreció, feroz y protectora al mismo tiempo, hizo que su pecho doliera. Eso, con certeza, no podía ser una mentira. El desesperado y casi doloroso interés en los ojos

de la reina.

—No. Se supone que debería mantenerte con vida, Akeylah.

Durante largo rato, sin aliento, mantuvieron sus miradas. Akeylah sintió que su cuerpo se movía, como siempre lo hacía, acercándose hacia la reina, atraído por su improbable fuerza de gravedad.

—¿Debería preocuparme por mi seguridad en este momento?

—Su voz fue incluso más baja, como un murmullo en ese pasillo público, pero vacío.

—Siempre. —Rosalind se dio la vuelta, luego la guio de regreso a un paso tranquilo. Akeylah intentó calmar su pulso acelerado—. Eres hija del rey, una pariente de sangre que puede hacerle tanto mal como bien. Sin mencionar que eres de otra Región, una Región que actualmente da origen a la rebelión.

Siguieron en silencio durante varios pasos.

—¿Se vuelve más fácil? Con el tiempo, quiero decir.

—Aún no. —Rosalind encogió un hombro—. Pero es muy reciente todavía, incluso para mí. Un año no es mucho tiempo en el gran esquema de las cosas. Nuestro tratado de paz sigue fresco. Podría sostenerse esta vez.

—¿Qué sucederá si no lo hace?

Rosalind rio sin ganas.

—Entonces dudo poder vivir lo suficiente como para preocuparme por las opiniones que los demás tengan de mí.

—Eso es horrible. —Un escalofrío recorrió la columna de Akeylah.

—Sabía a qué estaba accediendo.

—¿Tenías opción? —Eso hizo que Akeylah alzara las cejas.

—¿En venir aquí? Por supuesto que la tenía. —Rosalind volvió a sonreír y la nube negra a su alrededor pareció dispersarse. A Akeylah le encantaba eso de ella. La sonrisa, condenada por los mares, que aparecía mientras hablaba sobre su posible caída—. No todos los genaleses son los enormes lobos feroces de los que escuchas hablar en las historias antes de dormir.

—Yo no... —Se detuvo. Porque claro que estaba pensando en las grotescas historias que contaban los comerciantes que pasaban por casa de Jahen. Leyendas acerca del rey sediento de sangre que asesinaba a sus propios hombres cuando desobedecían, soldados que desollaban vivos a sus enemigos.

—Mi padre fue electo rey entre sus siete hermanos por el concejo de nobles cuando tenía mi edad, diecinueve. Ha tenido cinco hijos. Nos ha dado a todos la oportunidad de ser electos si así lo deseábamos. Su selección de un heredero será el año próximo, después de que mi hermano menor cumpla la mayoría de edad.

Elección. Eso sonaba más como el antiguo método de herencia del Este que como el de Kolonya. Pero, otra vez, Kolonya y la Región Este descendían de Genal. Tenía sentido que diferentes

hijos del mismo padre heredaran características ligeramente diferentes; como ella y Florencia habían heredado los ojos de su padre, mientras que Zofi no.

De pronto, Akeylah se preguntó si el rey Andros había tomado de Genal la idea de llevar allí a sus tres hijas bastardas. Por costumbre, el rey nombraba al mayor de sus hijos legítimos como su heredero; de ahí que Andros tuviera el trono, a pesar de haber nacido apenas minutos antes que Yasmin. Ella supuso que, cuando se trataba de seleccionar a un reemplazo bastardo, la costumbre se volvía más flexible.

—Has escogido no postularte para el trono de Genal —afirmó Akeylah.

—Mi reino me necesitaba aquí. Tenemos que acabar con estas guerras si alguna de nuestras naciones quiere volver a prosperar alguna vez.

—Los mares saben que eso es cierto. —Akeylah pensó en los puertos abatidos por la guerra que aún eran visibles desde la casa en la colina de su padre—. Aun así, eso debió haber sido tan difícil. Dejar tu hogar, a todos los que conocías, para venir a casarte con un rey extranjero.

—Como te dije, sabía a qué me estaba ofreciendo. Es la primera vez que hemos sellado un tratado por medio de un matrimonio. Mi padre esperaba, *espera*, que yo pruebe nuestro sincero deseo de paz, de una vez y para siempre.

—Eso espero yo también —afirmó, aunque su corazón se desplomó. Rozalind necesitaba hacer que su matrimonio funcionara, no solo por ella misma, sino para mantener la paz entre las naciones. Rozalind pareció tener el mismo pensamiento, porque desenroscó sus brazos.

—Creo que este es tu pasillo.

—Sí. —Akeylah dudó.

—Te veré en la cena. —Rozalind la miró a los ojos, hasta que el rostro de Akeylah se acaloró—. La próxima vez prometo hablar de asuntos más agradables.

—Estoy de acuerdo. —Akeylah logró enseñar una pequeña sonrisa. Después se quedó allí para ver a la reina alejarse, con sus palabras aún resonando en sus oídos. *Niños que maldijeron a sus propios padres.*

No era Rozalind. No *podía* ser. Aun así, su estómago se revolvió de todas formas. ¿Cómo podía saberlo realmente?

Al final del pasillo, Rozalind miró atrás con una expresión casi dolorida. Akeylah apartó la vista rápidamente. No había nada que pudiera hacer entonces. Ningún modo en que pudiera probar la inocencia o culpabilidad de la reina. Solo podía mantener la cabeza baja y continuar con su trabajo.

Encontrar una cura para el rey Andros o morir en el intento.

‡Florenxia

Cada mirada en la habitación se volvió hacia ella cuando Ren entró. Ella se vistió impecablemente y llegó tarde, después de que la mayor parte de la corte hubiera encontrado su sitio. Podía ser una cena usual de mitad de semana, pero cada ocasión era una oportunidad de promocionar su aptitud.

Ren sonrió ligeramente, suficiente para dejar ver su placer sin revelar cuánto lo disfrutaba. Los murmullos celosos de las mujeres y las miradas deseosas de los hombres.

Había nacido para ese momento. Y sería condenada antes de que una amenaza extorsiva y engañosa se lo arrebatara.

Atravesó el salón hasta su lugar cerca del espacio principal de la habitación, una mesa ocupada por los más altos rangos de la nobleza. Para su incomodidad, los últimos dos lugares restantes estaban frente a Sarella y su actual compañera de cotilleos, la igualmente insípida lady Tjuya. Ella ocupó uno de esos asientos, junto a Akeylah. Le llevó un momento darse cuenta de quién

debía ocupar el otro asiento vacío.

—A nuestra hermana se le ha hecho tarde —comentó.

—Su criada le ha dicho a padre que no ha podido entrar en la habitación de Zofi en todo el día. Al parecer, cerró su puerta desde dentro. —Akeylah parecía verdaderamente preocupada—. Espero que esté bien.

—Probablemente sea algo propio de los Viajantes. —Ren sacudió una mano en un gesto desinteresado, aunque su mente estaba revuelta.

Su conversación del día anterior en los baños había sido intrigante, como mínimo. Ella aún no lograba encontrarle sentido. Todo ese diálogo sobre depredadores y presas, del asesinato del príncipe, de conspiraciones en contra del reino. Casi sonó como si Zofi estuviera sugiriendo algo. Sin embargo, no había tocado ni de cerca el tema de Bahía Ardiente. Seguramente, si Zofi hubiera estado confrontando a Ren, le habría lanzado esa acusación primero.

A menos que Zofi fuera más mentirosa de lo que parecía. Pero al haber presenciado el abordaje inconsciente de su hermanastra a su primera lección (en la que se ofreció a luchar contra un Talon y usar un diezmo por primera vez, por el Sol), a Ren le parecía difícil imaginar que Zofi mantuviera una expresión de cazadora. Ella no era la clase de persona que se sentaba a esperar que otro atrapara a una presa. Zofi se

lanzaría de cabeza al bosque a arrojar flechas ciegamente hasta que alguna diera en el blanco.

Pero si ahora estaba actuando de forma extraña...

—¿El embajador del Este, quieres decir?

Ren detuvo su divagación. Encontró a lady Tjuya justo frente a ella, su mirada iba y venía entre Ren y lady Sarella.

—Así es —respondió Sarella casi como un ronroneo—. Y él quiere volver a verme. Pero no sé...

—Es el hombre más apuesto de la corte, ahora que lord Jaxen está fuera del mercado.

—Es todo un galán. —Sarella se detuvo para sacudir su cabeza, su pelo corto rozó sus mejillas mientras se daba la vuelta para echar un vistazo al otro lado del salón. Ren siguió su mirada hasta la mesa en la que el embajador Danton se encontraba junto a lord Bueno y su hija, Lexena—. Pero me preocupa su moralidad.

Ren apenas logró contenerse de escupir su plato de sopa. ¿Sarella, preocupada por la moralidad?

—¿Qué quieres decir? —Lady Tjuya sacudió sus pestañas, una provocación tan sutil como un alatormenta que arremete en la batalla.

Sarella inclinó su cabeza hacia Ren mientras ella pasaba la cuchara por su tazón.

—Al parecer, el embajador tiene predilección por las... clases

bajas, si entiendes a qué me refiero.

Los oídos de Ren resonaron. Aún peor, ella notó que Akeylah estaba atendiendo a la conversación. Akeylah, quien había presenciado la interacción de Ren y Danton en la entrada, apenas el día anterior. Akeylah, quien ya conocía a Danton, y parecía una candidata más probable a ser una mentirosa ladina que Zofi...

Mientras tanto, lady Tjuya presionó una mano contra su pecho en el más exagerado ejemplo de reacción desmedida que Ren hubiera visto desde la última vez que el circo pasó por la ciudad.

—Seguramente ningún noble preferiría a una trabajadora antes que a una dama como tú.

—Todos tienen un prototipo, lady Tjuya. —Sarella se encogió de hombros—. El de él parecen ser las sirvientas.

Ren aferró su cuchara con más fuerza. *¿Qué sabe Sarella?*

Él bailó con ella una vez, después de la Ceremonia de Sangre. Tal vez Sarella los había visto. Tal vez estaba sacando conclusiones.

O tal vez...

Ren pensó en Sarella borracha después de la fiesta de lord Bueno, mientras sonreía como un gato con un guacamayo en sus fauces. *Nunca has disfrutado viéndome con él, ¿no es así?*

Tal vez Sarella siempre lo había sabido. Tal vez había seguido

a Ren antes, los había rastreado hasta la cueva y había escuchado sus conversaciones. Tal vez ella sabía qué más compartían Ren y Danton, más allá de sus amoríos.

Tal vez Sarella era su extorsionadora.

Lady Tjuya chasqueó la lengua y se abanicó con su mano, como si saber de un noble que se acostaba con una criada fuera lo más impactante que hubiera escuchado.

—No me lo puedo creer.

—Pues no te lo creas. —Sarella miró a los ojos a Ren y amplió su sonrisa—. Lady Florencia, tú solías trabajar abajo.

—Fui voluntaria, en realidad —respondió Ren, con una débil sonrisa en su rostro—. Padre quería que supiera los vaivenes de la fortaleza. Eso implicaba conocer cómo las personas tratan a los demás en ambos extremos jerárquicos; los nobles y el resto de la sociedad.

Deja que eso se filtre en tu mente, serpiente. Una mentira piadosa, el afirmar que siempre había conocido sus derechos de nacimiento. Valía la pena para apaciguar las inquietudes de cualquier noble con respecto a su pasado, decidió.

Además, al menos ese había sido uno de los planes de su padre.

Para crédito de ella, lady Tjuya entendió lo que Ren quería decir. Revolvió su sopa, probablemente recorriendo en su mente todas las interacciones que había tenido con las criadas,

preguntándose qué podía usar Ren en su contra.

Muchas cosas, realmente. Ren sabía que lady Tjuya tenía afición por los dados. Tenía una lista mental de personas, nobles y de otras clases, con las que ella tenía deudas.

—Qué sacrificio. —Sarella, por otro lado, no era tan fácil de disuadir—. El pobre rey, fingiendo que su propia hija era una criada, todo para ayudarla en sus estudios. Debería elogiarlo por su dedicación. —Ella sonrió con suficiencia.

Maldita sea.

Ren no esperaba que Sarella quisiera evidencias. ¿Llegaría tan lejos como para preguntarle al rey Andros abiertamente?

—De hecho, nuestro padre fue muy cuidadoso en sus preparaciones. —Intervino Akeylah, para sorpresa tanto de Ren como de Sarella—. Él nos ha criado a cada una en condiciones únicas, para que pudiéramos traer nuestras experiencias diversas cuando llegara el momento de unirnos a la corte.

Ren le lanzó una mirada agradecida, aunque algo perpleja, a su hermanastra. El rastro de una sonrisa se dibujó en los labios de Akeylah en respuesta. La expresión de Sarella se amargó.

—Bien. Todos debemos darle las gracias a Su Majestad por ser continuamente previsor. —Sus ojos verdes centellaron por el brillo que producían los candelabros del Gran Salón—. Estoy segura de que él debe estar muy orgulloso de tu desempeño, lady Florencia. Siempre has sido la criada perfecta. Nunca

indecorosa. Nunca inapropiada. —Esos ojos se entornaron—. Nunca has tomado parte en nada que pudiera causarle preocupaciones a tu padre.

La garganta de Ren se cerró. *¿Qué es lo que sabe?* Con certeza había hecho referencia a sus encuentros con Danton. Seguramente Sarella no supiera más que eso. Era una extorsionadora tan poco probable como Zofi; ambas eran directas y de sangre caliente. Sarella la habría amenazado directamente y habría exigido un pago por su silencio. No enviaría mensajes en código para inquietar a Ren en secreto.

¿No?

Ren aún estaba dándole vueltas a ese asunto, cuando Josen apareció sobre su hombro.

—Disculpe, lady Florencia. Su padre desea hablar con usted.

—Gracias, Josen. —Una sonrisa encendió el rostro de él. Además de Andros, que se proponía memorizar los nombres de cada una de las personas que vivían bajo el techo de la fortaleza, la mayoría de los nobles apenas recordaban los rostros de los sirvientes, mucho menos sus nombres.

—Y con usted también, lady Akeylah —agregó Josen.

Las hermanastras se levantaron y se acercaron juntas a la mesa principal. El rey Andros se aproximó a la reina Rozalind y su voz fue un murmullo apenas audible.

—No, como he dicho antes, no creen que sea afectado por la

dieta, así que esta precaución... —Andros calló. Llevó su mirada a Yasmin, luego la bajó hacia donde Akeylah y Ren se encontraban, al pie de su mesa—. Ah, chicas.

—Padre. —Ren y Akeylah hicieron una reverencia al mismo tiempo. A Ren no le gustaba el aspecto de las bolsas bajo sus ojos, o cómo sonaba su voz. Seca y frágil.

Él se aclaró la garganta con dificultad. Ren volvió a pensar en sus palabras, apenas tres días atrás, cuando él puso su mundo patas arriba.

Me estoy muriendo.

Los rumores no eran malos. No aún. «El rey tiene un brote de gripe», decían las personas. Ren se preguntó cuánto tiempo creerían eso. Cuánto tiempo pasaría antes de que esa enfermedad estuviera demasiado avanzada como para ocultarla.

—Pasado mañana —logró decir, después de volver a aclararse la garganta ruidosamente—, me gustaría que volvierais a presentarse ante mí. He enviado el mensaje a Zofi también.

—¿Otra lección, padre? —Ren se preguntó de qué se trataría esta vez. ¿Más entrenamiento militar? O tal vez una conversación personal, una oportunidad de hablar con el rey en privado. Ella esperaba que fuera lo segundo. Sería una oportunidad de aprender más acerca del reino. De estudiar al hombre más poderoso en el mundo.

De llegar a conocer a su padre.

—Sí. Buscadme fuera de la torre de cerezo por la mañana, a las siete en punto.

Ren y Akeylah se inclinaron al mismo tiempo una vez más.

—Espero con ansias una nueva oportunidad de aprender de ti —respondió Ren. El rey Andros sonrió.

—Creo que tú en particular encontrarás esta lección intrigante, Florencia.

—Recemos por el Sol que vosotras dos absorbáis más de esta lección que de la última —agregó Yasmin hacia Ren y Akeylah. Ren miró los duros ojos de la condesa con el ceño fruncido. Quería discutir. Quería preguntarle qué tenía en su contra.

Pero, por otro lado, Yasmin tenía bastante razón. Zofi había logrado el diezmo de camuflaje en su primer intento y después, además, había enfrentado a tres Talones.

Ren tenía que hacerlo mejor esta vez. Tenía que probarle al rey su valor; incluso aunque la condesa la denigrara sin importar lo que hiciera.

—Me esfuerzo por aprender cuanto pueda tanto de ti como de mi padre, tía Yasmin —dijo Ren. A menos que lo hubiera imaginado, los dientes de Yasmin se apretaron al escuchar la palabra tía. A su lado, Akeylah se inclinó.

—Rezo por el conocimiento cada día, milady.

—Me alegra que coincidamos en una cosa. —Ladró la condesa con una risa amarga.

El rey intercambió una mirada con su hermana, aunque antes de que alguno de los dos pudiera decir algo más, la reina Rozalind apoyó una mano en el brazo de Andros.

—El asunto pendiente —balbuceó la reina, y Andros asintió.

—Gracias, chicas.

Ren reconocía una despedida al escucharla. Ella guio a Akeylah de regreso a su silla, ya que su hermanastra parecía pegada en su lugar, mirando a la reina. Solo cuando Ren conectó su brazo con el de ella, Akeylah despertó de su reverencia y se giró para seguirla. Ren atravesó el Gran Salón con el corazón acelerado. Para ser alguien que había pasado toda su vida esperando esa oportunidad, no la estaba manejando demasiado bien. Había fallado en su primera lección, Yasmin había dejado eso muy claro. Y aún tenía a alguien amenazándola, con un secreto tan grande amenazándola que hacía de Ren una carga, no solo para sí misma, sino para todas las Regiones, si llegara al trono.

Regresó a su asiento, Sarella y Tjuya seguían inclinadas juntas, susurrando, una sonrisa cruel se curvaba en el rostro de Sarella. La mirada de Ren pasó sobre ella, hacia el rincón de las criadas.

Audrina encontró su mirada con una sonrisa compasiva. Ren no había hablado con su amiga desde la Ceremonia de Sangre, pero Aud debía saber quién era ella entonces. Después de la ceremonia, los anuncios recorrieron la ciudad y la fortaleza. Una

oleada de arrepentimiento la golpeó durante un momento; ella debió habérselo dicho a su amiga antes de que lo supiera por parte de otros.

Pero entonces una idea comenzó a formarse en su mente. Ren se arriesgó a corresponderla con una pequeña sonrisa, apenas más que un movimiento de sus labios. Todo lo que se arriesgaría a enseñar en público. De todas formas, Aud guiñó un ojo e inclinó su cabeza, consciente.

La idea tomó forma.

Después de todo, Ren tenía una ventaja. Algo con lo que esos nobles no podían contar, que no podían usar a su favor. Ren observó a Sarella girar su tenedor, a medio camino de una historia acerca de una deshonrada mujer de la nobleza que había traicionado a su rey. Ren encontraría al extorsionador. Aunque tuviera que descartar a cada mujer y hombre de esa corte uno a uno.

Comenzaría por Sarella. *Veamos cuál de nosotras es la verdadera experta en el engaño.*



El golpe a la puerta llegó en cuanto salió la luna, mientras Ren estaba vistiéndose para asistir a un concierto en la sala de audiencias privada del rey, más tarde esa noche. Ella abrió la puerta para ver la expresión desorientada de su amiga.

—Milady. —Audrina dudó en el umbral. Ren había despedido a su criada usual por esa noche, había escogido un traje simple que pudiera cerrarse ella misma. No quería que nadie más escuchara esa conversación—. ¿Necesita asistencia para vestirse por esta noche?

—Oh, por amor del Sol, no comiences a ser ceremoniosa conmigo, Aud. —Ren la arrastró adentro y le sirvió una copa de néctar de su barra.

—Lo siento, Ren. No todos los días tu mejor amiga se convierte en una princesa, eso es todo. —Audrina aceptó el néctar y bebió un trago—. Por el Sol, esto es fuerte. —Miró el líquido color ámbar.

—Mejor que el pis de gato que dejan para nosotras, ¿eh? —Ren se desplomó sobre la cama y palmeó el sitio a su lado. Audrina se sentó, aún dudosa. Observadora.

—¿Durante cuánto tiempo lo has sabido? —preguntó finalmente.

—No lo supe hasta el día anterior a la Ceremonia de Sangre. —Ren se estremeció—. Lo siento, Aud. Debí habértelo dicho yo misma. Pero estaba muy aturdida con todo lo que estaba pasando.

—No. —Aud le tocó la mano con gentileza—. Tenías mucho en mente. El descubrir que toda tu vida ha sido una mentira, que tu madre te ha escondido esto y que tu padre nunca se ha

molestado en reconocerte hasta ahora... No te culpo por no haber sido capaz de hablar de eso. —El enfado en el rostro de Audrina al mencionar al rey calentó el corazón de Ren. Lo calentó y la hizo sentir aún peor por solo hablar con su amiga entonces, cuando necesitaba algo.

—Gracias. —Ren negó con la cabeza—. Siempre me apoyas. No me lo merezco.

—Por supuesto que sí. —Aud sonrió—. ¿Cuántas veces me has conseguido los trabajos que quería, o has terminado mis arreglos...? —Luego rio un poco—. ¿Cuántas chicas pueden decir que una princesa solía ayudarlas a zurcir los calcetines de sus damas?

Ren suspiró y llevó su cabeza hacia atrás para estudiar el techo.

—Hablando de ayudarnos la una a la otra... Odio hacer esto, Aud, pero necesito pedirte un favor.

—Si está dentro de mis posibilidades, lo que sea.

La culpa la conmovió. El pedir eso era como aprovecharse de su amistad. De algún modo, lo era. Pero ella compensaría a Audrina algún día.

—Se trata de Sarella.

—Podría haberlo adivinado. —Aud puso los ojos en blanco y levantó su copa en un brindis sarcástico—. No está muy complacida de que su antigua criada haya ascendido más que

ella, lo noto.

—¿Sabes quién ha sido asignada en mi lugar?

—Yvette, creo. No estoy segura. Puedo averiguarlo.

—Si te ofreces para los D’Garrida, ¿crees que Oruna te dejaría ocupar el servicio de Sarella en su lugar?

Los ojos de Audrina se ampliaron.

—Lo sé, ella es horrible. —Ren elevó sus palmas—. Es por eso que siento pedirte esto a ti. Pero sabes que Yvette cambiaría contigo en un parpadeo para alejarse de ella.

—¿Con qué fin? —El ceño de Audrina se frunció aún más—. Te ayudaría de cualquier forma que pudiera, pero no puedo arriesgarme a perjudicar mi posición. No todos nosotros tenemos pasados secretos que vayan a elevar nuestro estatus. —Para crédito de ella, la voz de Aud se mantuvo estable, no tuvo amargura en esa última línea. Lo dijo simplemente como un hecho. No como algo que resintiera.

Ren no sabía si, de estar en los zapatos de Audrina, ella hubiera podido mantenerse tan imparcial. Amaba a su amiga mucho más por eso.

—No planeo un sabotaje —prometió Ren—. Nada que te ponga en peligro. Solo deseo una cosa. Una pequeña, realmente. —Ren permitió que una sonrisa se dibujara en su rostro. Esa era un arma que ninguna de esas mujeres nobles podía blandir, a pesar de sus altas cunas. O por causa de ellas, de hecho.

Después de todo, ¿cuántos secretos había descubierto ella misma mientras vestía y desvestía a esas elegantes mujeres? Para la nobleza, los sirvientes eran tan invisibles como el mobiliario. ¿Sarella quería ver de qué estaba hecha D'Andros Florencia? Bien, Ren estaba más que feliz de enseñárselo.

—¿Qué?

—Información. —Ren aferró con fuerza la mano de su amiga.

Zofi

—**S**implemente deja la bandeja —indicó Zofi al otro lado de la puerta.

—Milady. —Escuchó la voz de la criada, dura y enfadada—. El rey ha enviado otro mensaje para usted. Esto no es apropiado.

—Ya te lo dije, me presentaré a la lección. Pasado mañana.

—Si está enferma, deje que envíe a los curanderos. No será bueno para mí que vean que dejo sufrir a mi dama a cargo.

Y allí estaba. La única razón por la que la criada tenía algo de interés en que Zofi hubiera pasado el día encerrada allí.

—¿Dónde estaba esa preocupación ayer, cuando necesitaba un baño? —respondió Zofi.

—Los baños públicos son...

—Perfectamente aceptables para los vagabundos. Eso has dicho. Ahora explícame por qué debería importarme si te metes en problemas porque yo pase la cena en mi recámara.

Un largo silencio llegó al otro lado de la puerta. Zofi esperó

hasta escuchar el tintineo de la bandeja, seguido por pasos alejándose, antes de abrir la puerta y arrastrar la bandeja adentro.

—Vivir aquí parece más engorroso de lo que debería.

—Sí, bueno. —Zofi dejó la bandeja sobre su tocador y lanzó una mirada al chico estirado en su cama—. Sería mucho más fácil si no estuviera escondiendo a un criminal y prófugo.

Los rizos negros alborotados de Elex habían crecido desde la última vez que lo había visto. Su barba también parecía menos como un descuido y más como una verdadera barba. Le sentaba bien. Lo hacía mayor también, algo por lo que ella lo molestó.

Molestarlo era bueno. La distraía de la tormenta de arena que se levantaba en su estómago cada vez que recordaba que él estaba realmente allí. Cada vez que lamía sus propios labios, recordaba el sabor de su último beso. Cada vez que parpadeaba, veía la expresión desesperada y determinada en sus ojos cuando le susurró el adiós.

Ese era el antiguo Elex. Su mejor amigo, su compañero de aventuras. El chico con el que había crecido.

Este Elex, el que tenía botas sucias que manchaban su cobertor y unos duros ojos negros, era alguien más. El hombre que había tomado su lugar.

—Te lo dije, me metí aquí para salvarte.

—Y yo te lo dije, ese ha sido un riesgo estúpido. Además de

que no necesito que me salven. —Zofi se sentó en el borde de la cama y le entregó el plato de la cena, que había llenado de opciones.

Elex se sentó y lo agarró. Sus dedos se rozaron antes de que él volviera a recostarse sobre los almohadones, con el plato balanceado sobre su estómago, y de ofrecerle un bollo de pan. Ella lo aceptó, pero no lo probó, solo le dio vueltas entre sus dedos.

—Ciertamente parece que sí —afirmó él—. Te están extorsionando, por las arenas.

—No es nada que no pueda manejar.

—¿Por qué arriesgarte? ¿Por qué estás quedándote aquí? —Él señaló la puerta con un codo y tiró algunas hojas de ensalada—. ¿Para poder ser acosada por las criadas? ¿Para tener sastres que te vistan como alguna mujerzuela kolonense...?

—No todos los kolonenses son tan simples —balbuceó ella mientras pensaba en los baños, en su conversación con Florencia. Con certeza, su hermanastra podía ser dicho extorsionador. De todas formas, había algo en la franqueza de ella, en su disposición a llamar a la corte por lo que era, un campo de batalla, que Zofi no podía evitar respetar.

Incluso aunque Florencia estuviera ganando la batalla por el momento.

—... y después desfilan por la corte, junto a un rey que se

felicita a sí mismo por haber amansado a una salvaje Viajante. ¿Es eso? ¿Te gusta ser su caballo de exposición?

—Tengo una oportunidad de hacer algo importante aquí, Elex.

—Sí. —Él puso los ojos en blanco—. Que te ejecuten por traición.

A pesar del hecho de que ya había revisado la habitación tres veces en busca de agujeros espías y de pasadizos secretos, sin mencionar que había llenado cada ranura en las ventanas con ropa de cama, Zofi aún se alarmaba ante esas palabras.

—Ningún Viajante ha estado jamás tan cerca del trono —respondió ella. Habían estado discutiéndolo todo el día. Al parecer, seguirían toda la noche también—. Piensa en lo que implicaría que Andros me nombrara su heredera. Piensa en cómo cambiarían las cosas para nuestra gente.

—¿Quieres decir, si es que este extorsionador no hace que te maten primero? Claro, puedo imaginarme las noticias: «Nuevo récord... reina vagabunda dura solo diez días en el Trono del Sol antes de ser ejecutada por crímenes en contra de Kolonya».

—Habla en serio, Elex.

—Lo *hago*. —Él dejó el plato a un lado y se arrodilló en la cama. Después, se acercó para acunar la cara de ella en sus manos. Sus palmas estaban calientes, duras, con nuevas callosidades. Parte de ella quería preguntarle. Quería hablar acerca de dónde había pasado los últimos dos meses, cómo se había mantenido

oculto.

Otra parte no quería saber cuánto había sacrificado por ella.

—Tú eres la que no está razonando. Zo, hablé con tu madre. Ella me habló de los Talones que te llevaron. Me dijo lo peligroso que es este lugar.

—Para ti. Por eso precisamente te dijo que no vinieras.

—Sí, pero...

—¿Sabes lo que me dijo a mí? Me dijo que les siguiera el juego. Que actuara como kolonense, que me mezclara, que hiciera que el sistema funcionara para mí. Eso no incluye correr a casa ante la primera amenaza.

—Ella no sabe lo del extorsionador. No podemos volver a la banda, no mientras me sigan buscando y tú seas la hija del rey. Pero podemos ir a algún otro sitio. A algún lugar en donde nadie sepa quiénes somos, al norte tal vez, o al este.

Zofi negó con la cabeza. Después de escuchar a Elex recrear su breve encuentro con su madre, estaba más segura que nunca de lo que su madre quería. Y, por más enfadada que estuviera con ella por haberla puesto en esa situación sin advertencia, tenía que coincidir con ella.

«La familia de Zofi es de público conocimiento ahora», le había dicho Madre a Elex. «Lo mejor que puede hacer es usar esa familia a su favor».

—Ella quiere que me quede aquí. Que gane ese trono.

—Tu madre te ha ocultado tu pasado. —Elex hizo una mueca—. Dejó que los Talones te llevaran sin una explicación.

—Bueno, las cosas se volvieron un poco complicadas cuando apuñalé a mi hermanastro —sentenció ella. Luego hizo una pausa y frotó sus sienes—. Desearía que me hubiera dicho más, sí.

—Entonces, ¿por qué estás escuchando su consejo?

—Porque estoy de acuerdo con ella, Elex. Sin importar a dónde huya ahora, las personas sabrán que soy la hija del rey. Intentarán utilizarme, conseguir que lo influencie, tal vez incluso algo peor. Algunos enemigos de la corona no titubearían antes de torturarme para hacer que use las Artes Vulgares en contra de mi padre.

Él se sobresaltó por esa palabra. *Padre*. Ella conocía la sensación. Pero no podía dejar que él olvidara quién era Zofi ahora. *Ella* no podía olvidarlo.

—Lo mejor que puedo hacer, ahora que el mundo sabe que soy la hija de Andros, es ganarme ese título. Usarlo a mi favor; a favor de toda nuestra gente.

—¿Cómo ayudará a alguien que te ejecuten por traición?

—El extorsionador aún no se lo ha dicho a nadie —exclamó—. Además, el marcharme no cambiará el hecho de que alguien sabe lo que hice. Pueden decírselo al rey en cualquier momento, sin importar dónde esté. Al menos aquí estoy en su territorio.

Tengo una oportunidad de descubrir quién está haciéndolo y por qué.

—¿Tal vez están amenazándote *porque* estás en su territorio? Tal vez si te marchas, las amenazas se terminen. O tal vez no, y los dos acabemos huyendo de los Talones durante el resto de nuestras vidas. Si me lo preguntas, eso parece mucho mejor que morir en esta prisión.

—No te lo he preguntado —afirmó ella. Se mordió el labio cuando él se estremeció—. Mira. —Después lo sujetó de la mano—. Estoy atrapada de cualquier manera, Elex. Lo estuve desde el momento en que enterré ese cuchillo. Lo único que puedo escoger ahora es mi futuro. Y escojo quedarme, al menos para intentar marcar la diferencia. Si muero haciéndolo, entonces moriré intentando ayudar a mi gente. Intentando detener el odio, las falsas acusaciones, los ataques.

—Sabemos cómo tratar con esas cosas. —Elex frunció el ceño—. Siempre lo hemos hecho.

—¿A cuántos de nosotros han atacado sin razón hace unos años? —Fue un golpe bajo, pero uno que necesitaba lanzar—. Fue un año de guerra, las personas estaban especialmente agitadas. ¿Cuántos de nosotros, Elex?

Él se dio la vuelta.

—Siete —continuó Zofi cuando él permaneció en silencio—. Siete personas en un grupo de cuarenta y tres. Casi un quinto

de nuestra gente fue atacada, golpeada, incluso asesinada en una ocasión, ¿y para qué?

Él apretó sus dientes.

—Por pescar en el muelle equivocado. —A Leonus y Heine los golpearon porque un esteño supersticioso pensó que estaban robando su presa—. Por casarse. —Karle y Thekla habían viajado a la aldea de Thekla al norte de Kolonya para solicitar una licencia matrimonial. Los locales, que no habían visto a Thekla en años, que nunca habían visto a un Viajante con el pelo tan oscuro y salvaje como el de Karle, los detuvieron en la entrada. Los acusaron de ser espías genaleses. Cuando Karle quiso buscar sus papeles, un guardia de la ciudad se asustó. Le lanzó una flecha al pecho. Solo una vez que Thekla les mostró a los guardias los papeles que Karle había estado buscando, ellos llamaron a los curanderos para que lo trataran. Para entonces, fue demasiado tarde.

Elex se levantó de la cama y se acercó a la ventana.

Zofi se levantó también y lo siguió.

—¿Y qué hay de Noemi, Det y Wann?

—Detente. Lo entiendo. —Elex abrió la cortina para observar la ciudad en el exterior. Estaba en paz bajo la luz de la noche. Pintorescos techos de terracota, somnolientos árboles de la jungla detrás.

Las apariencias engañaban.

—Razones de sobra para que no arriesgues tu vida al estar rodeada de personas que nos odian, nos atacan y nos asesinan solo por no ser como ellas.

—¿Y si puedo detenerlo? —Apoyó una mano sobre el hombro de él. Encontró su mirada en la ventana, con los ojos fijos en la ciudad a oscuras—. Ya soy una muerta en vida. Asesiné al príncipe. Algún día, ya sea cuando el extorsionador me entregue o cuando encuentren alguna otra prueba, el secreto saldrá a la luz. ¿Por qué no pasar mis últimos días trabajando por un mundo mejor?

Él levantó la mano y enlazó los dedos con los de ella. Durante un momento, solo un momento, pensó que podía estar ganandoselo.

—No hay un mundo mejor —balbuceó finalmente—. Solo en el que vivimos. Y si estos son tus últimos días, debes pasarlos en casa.

Después de eso, él abrió la ventana.

—Elex...

—No me quedaré sentado a ver cómo te matas a ti misma. No después de todo lo que he sacrificado para mantenerte con vida, Zofi.

Ella se sobresaltó. Su turno para el golpe bajo. No, ella nunca le había pedido que llevara su carga. Pero no cambiaba el hecho de que lo había hecho.

—Si logro superar esto, lo arreglaré también. Limpiaré tu nombre, Elex. —Él rio una vez, con fuerza.

—Cierto. En cuanto estos chacales te coronen reina. Guárdame un lugar en la coronación. —Se subió al alféizar de la ventana. Zofi agarró su mano. La usó para subir al balcón junto a él.

—No huyas. No esta vez. Al menos déjame despedirme.

Sus labios cosquillearon. Por las arenas, todo su cuerpo lo hacía. Parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había estado así, de pie apenas a centímetros de él. Dos meses eran una vida. Muchas cosas habían cambiado.

—No puedo —susurró, tan bajo que apenas lo escuchó—. No puedo decir adiós.

—Entonces no lo hagas. —Ella enlazó sus dedos con los de él. Él la apretó tan fuerte que le dolieron los huesos. A ella no le importó—. Dime que me verás pronto. Aunque sea mentira.

Elex sonrió. La sonrisa no llegó a sus ojos.

—Desearía que escucharas. Pero las arenas saben que si hay alguien que puede salir con vida de este nido de alatormentas, esa eres tú.

Ella inclinó la cabeza para mirarlo bajo la luz de la luna. *Quédate*, quería decirle. Pero sabía que él no podía hacerlo. Ya había arriesgado demasiado al estar tanto tiempo en la fortaleza. Tarde o temprano, una de esas criadas se metería en

su habitación a la fuerza y encontraría al hombre más buscado de las Regiones recostado en su cama.

Así que ella acunó sus mejillas y sintió el leve rastro de barba incipiente contra su palma.

—Te veré en mi coronación —susurró ella—. Tendrás un lugar de honor.

Él volvió a reír, más suave esta vez. Una risa de verdad.

—Odio las fiestas formales, pero haré una excepción. Por ti.

Se quedaron así, con la mejilla de él en la mano de ella, mientras las sonrisas lentamente dejaban sus rostros. Zofi no tenía que preguntarle en qué estaba pensando. Sus pensamientos deberían ser iguales. Y los de ella estaban gritando: *No lo dejes ir. No otra vez.*

Un millón de palabras se acumularon en su garganta. Todo lo que no podía decir. *Te echaré de menos. No sé cómo hacer esto sin ti. No te vayas, no te vayas, no te vayas.*

Y una cosa que gritaba con más fuerza. *Te quiero.*

Ninguna de esas frases se hizo voz.

Elex la besó; suave como una pluma. Un beso apenas presente que solo avivó el fuego en sus venas. Fue como un diezmo de velocidad, como si todo su cuerpo se hubiera electrificado. Ella extendió su mano hacia él, por *más*, pero él ya se había alejado. Se subió a la barandilla del balcón.

«Espera», dijo ella; o intentó hacerlo. Se entremezcló con todas

las otras palabras atoradas en su garganta. Salió como una sombra, demasiado suave como para escucharla. Él saltó con gracia del balcón y ella se echó hacia adelante para verlo. Había aterrizado un piso más abajo, en un balcón vecino, silencioso, a cuatro patas. Antes de que Zofi pudiera siquiera suspirar aliviada, Elex cayó al siguiente balcón.

Nunca miró hacia arriba.

Si lo hubiera hecho, habría visto que las lunas hacían brillar demasiado los extremos de los ojos de ella. Tal vez, si hubiera escuchado con atención, habría podido oír la oración que finalmente se liberó.

«Te quiero», le confesó al aire húmedo.

Luego bloqueó las ventanas, cerró las cortinas y, a pesar de que era temprano, se fue en busca del sueño.



El sueño nunca llegó.

Una hora más tarde, seguía mirando al techo cuando una alarma sonó. Fue un ruido horrible, penetrante; el sonido de los alatormentas al ataque.

Durante un momento se quedó allí, escuchando. Volvió a escuchar el grito. Y entonces su cerebro falto de sueño conectó los puntos. Talones.

Elex.

Zofi salió disparada de la cama hacia la ventana. La abrió justo a tiempo para ver pasar a un alatormenta por el cielo nocturno, sus alas dos veces más grandes que cualquier humano. Una mancha oscura y aterradora sobre las estrellas.

No le llevó mucho tiempo ver a dónde se dirigía ese y otros alatormentas. En la distancia, toda una manzana de la ciudad se iluminó como el día. Las aves volaron hacia Talones montados, que tenían los puños en alto para llamar a sus compañeros de caza nocturna, mientras cabalgaban hacia la calle iluminada.

Zofi envainó su daga y se puso sus botas. Luego bajó las escaleras de la torre a toda prisa, vestida solo con su camiseta de dormir y pantalones cortos de seda. Salió de la torre justo cuando una manada de Talones montados alcanzaban el camino a la fortaleza. Un alatormenta se posó en la barra especial sobre la montura del Talon, el caballo se tensó con el peso de ambos, la enorme ave y el jinete humano.

Y, detrás de él, atado a una larga cuerda, rebotando en la tierra, con sus manos y pies atados...

Zofi corrió directamente hacia los Talones. Sin importar que fueran media docena, que tuvieran alatormentas sobre ellos y espadas en sus cinturas. Sin detenerse a pensar un plan. Sujetó su daga y recorrió los diezmos en su mente.

Fue entonces que un brazo colisionó con su cintura. Le sacó el aire de los pulmones. Ella se dobló, tropezó, casi se desplomó.

Pero el brazo la mantuvo firme. La volvió a poner de pie. Dos manos cálidas la tomaron de los hombros, la mantuvieron en su lugar.

—Zofi. Zofi, relájate.

Su visión divagó. Se redujo a un punto. Le llevó demasiado tiempo reconocer al rostro familiar.

—¿Qué está sucediendo? ¿Por qué estás en tu...? —Los ojos de Vidal se ampliaron con vergüenza al ver su atuendo. Sus manos cayeron.

—Escuché a los alatormentas —respondió Zofi en un jadeo. Lamió sus labios, arriesgó otra mirada a los Talones. *Tranquilízate*. El pánico no ayudaría a nadie—. Pensé.... Pensé... que un ataque...

Vidal siguió su mirada hacia los soldados. Hacia el prisionero que arrastraban detrás de ellos, con la cara atravesada por un largo arañazo que debió haber sido provocado por la garra de un alatormenta.

—Está bien —dijo Vidal—. No hay nada que temer. Ese bastardo nunca te hará daño ni a ti ni a otro miembro de la realeza otra vez.

Él sonrió, aunque no con felicidad. Era el amargo triunfo que golpea tu sangre al derribar a un oponente. Los ojos de Vidal se encendieron con las antorchas, con dos Zofis atemorizadas reflejadas en sus iris.

—¿Quién es? —Tenía que preguntar. Tenía que fingir que no lo sabía ya. Vidal rio. Realmente se rio.

—El hombre que asesinó al Príncipe Plateado.

Akeylah

El último lugar en el que Akeylah esperaba terminar después de la cena era en el salón privado del rey. Pero Rozalind la detuvo de camino al Gran Salón y la invitó a la presentación de un nuevo compositor. Cuando la reina apoyó su ligera mano en el brazo de Akeylah al pasar, ella no pudo decir que no.

¿Cómo podía hacerlo, si en todo lo que podía pensar era en el delicado arco del cuello de Rozalind? En la suave caricia de sus pulgares; en el modo en que su vestido brillaba esa noche, como una estrella de plata, todo de cuentas y encaje.

Cómo hacía que las manos de Akeylah ansiaran tocar la tela. Explorar sus curvas tanto con el tacto como con la vista...

De pronto estaba sentada en un banco angosto entre Rozalind y Florencia, que había llegado poco después del comienzo de la presentación. Intentó no pensar en el hecho de que la pierna de Rozalind estaba presionada con fuerza contra la suya.

O en el hecho de que la última vez que habló con Rozalind, la reina convenientemente mencionó el tema de los niños kolonenses que maldicen a sus padres.

¿Coincidencia? ¿O algo más siniestro?

—¿Otra ronda? —preguntó Rozalind. Su aliento cálido acarició la mejilla de Akeylah y la devolvió a la realidad.

—Por supuesto —respondió Florencia, al mismo tiempo que Akeylah dijo:

—Será mejor que no. —Y su rostro se acaloró—. Es decir, si ambas bebéis una más, supongo que... —Su cabeza ya daba vueltas por las dos primeras copas de néctar, una en la cena y la segunda en ese pequeño salón, cálido por el calor corporal de una docena de nobles. Cuando Rozalind se levantó para ir a buscar las bebidas, Akeylah tomó una profunda bocanada de aire, desesperada por aclarar su mente.

No es la reina. No puede ser.

O, mejor dicho, ella no *quería* que fuera la reina. Si Rozalind estaba en su contra, entonces ella no tendría a nadie en la fortaleza. Ni amigos, ni confidentes. Nadie a quién recurrir por ayuda, apoyo o por la suave caricia de unos dedos delicados y frescos contra los suyos, que lanzaran chispas por sus venas...

En la esquina más lejana, un violinista tocaba una composición para cuerda, una agradable música de fondo para la conversación.

—Gracias —dijo Florencia después de un largo momento de silencio. Akeylah pensó que debía haber escuchado mal.

—¿Por qué?

—En la cena. Cuando me apoyaste frente a Sarella.

—Ah, no fue nada. Ella estaba siendo tan... —Akeylah presionó los labios sin saber cómo expresarlo.

—¿Horrible? —Florencia rio—. Solo está enfadada porque estoy por encima de ella ahora, ya que solía ser su criada. Así que aprecio la, eh, ligera invención.

—Estoy practicando —admitió Akeylah, antes de darse cuenta de cómo debía sonar eso.

—¿Practicando mentir? —La mirada de Florencia se endureció.

—Me han dicho que no es mi fuerte. —Akeylah siguió el camino de Rozalind por la habitación.

—Es bueno saberlo. —Florencia siguió la mirada de Akeylah—. Un consejo. Sería mejor no dejar tus debilidades en evidencia tan abiertamente.

Por los mares. ¿Florencia la había pillado observando a la reina?

Decidió no beber la próxima copa que Rozalind había ido a buscar. Necesitaba sus sentidos intactos.

—Todo esto debe ser fácil para ti.

—¿Parezco particularmente falsa, hermana? —Florencia alzó una ceja, aunque también sonrió. Akeylah casi ríe.

—No, es decir... La corte. Cómo comportarse, qué decir, a

quién provocar o a quién evitar. Todo eso debe serte familiar, al haber crecido aquí.

—Sí. —Florencia encogió uno de sus delgados hombros—. Pero la fortaleza no es el único lugar en el mundo. Supongo que existen ventajas en crecer en otro sitio también. Ciertas cosas que pueden aprenderse, si estás en la posición correcta para escucharlas. —Algo atravesó su rostro, solo durante un momento. Después volvió a sonreír, pura amabilidad.

Akeylah pensó en Jahen. Al crecer, ella había aprendido cómo apaciguarlo. Cómo estar en silencio, cómo evitar el enfado. Cómo recibir un golpe sin parpadear.

Ella nunca pensó que esas habilidades pudieran aplicarse a la vida en la fortaleza.

—Sí que he aprendido algo de información útil —balbuceó. *Aunque dudo que haya valido una vida de abusos*—. Es raro. Tú y yo compartimos la mitad de nuestra sangre, y aun así nuestras vidas han sido muy diferentes. Una kolonense y una esteña, criadas en mundos separados. Aunque supongo que hay algunas relaciones. —Inclinó la cabeza—. Tú y el embajador os conocéis también. Qué interesante coincidencia, ¿no crees?

—El embajador conoce a muchas personas. —La postura de Florencia se endureció.

Por su tono, Akeylah supo que había cometido un error. Había preguntado algo demasiado personal. *Maldición*. Y justo cuando

finalmente estaba teniendo una verdadera conversación con la chica.

Aún estaba buscando un cambio de tema apropiado, cuando Rozalind dejó dos copas más en su mesa. Notó entonces que la reina todavía tenía su primera copa, y se arrepintió aún más de haber aceptado otra.

—Un brindis —propuso la reina mientras regresaba a su asiento, más cerca de Akeylah esta vez. Todo su costado estaba en contacto con Rozalind, sus brazos pegados mientras buscaba su copa—. Por nuestra nueva familia unida. —Miró a Akeylah a los ojos por encima del borde de su copa.

—Por las conversaciones esclarecedoras —coincidió Florencia y levantó su copa también. La boca de Akeylah se secó.

—Por las malas mentirosas —dijo finalmente, lo que hizo que Florencia y Rozalind rieran, la reina más convincente que su hermana. Las tres chocaron sus copas y el ruido del cristal resonó por la habitación mientras la música se silenciaba.

Fue entonces cuando las puertas al otro extremo de la habitación se abrieron de golpe.

La mitad de las personas del salón se pusieron de pie, Florencia incluida. Akeylah y Rozalind intercambiaron miradas de sorpresa.

Un Talon uniformado atravesó el salón hacia el rey.

—Su Majestad. —Hizo una profunda reverencia—. Traigo

noticias urgentes.

Desde el pasillo, Akeylah escuchó más voces, pasos. Alguien gritaba. Todo seguido por un fuerte estruendo, un gemido apagado. Después, dos Talones más dieron la vuelta a la esquina con un hombre atado y amordazado suspendido entre ellos.

—Atrapamos a este hombre huyendo de la fortaleza después de que intentara meterse dentro. El antiguo sirviente del príncipe Nicolen lo ha identificado como el hombre que confesó su asesinato.

Algunos nobles jadearon. Rozalind aferró la mano de Akeylah y la presionó con fuerza. Akeylah la correspondió, para tranquilizarla. En cuanto a Andros, su expresión se mantuvo en blanco, impávida.

—Creemos que ha llegado a la Ciudad de Kolonya con intenciones de hacerle daño a usted o a otros miembros de su familia.

¿Eso puede significar...?

Los Talones llevaron al hombre directamente hacia el rey y el tercero lo sujetó del pelo y le levantó la cabeza. Era joven; más joven de lo que Akeylah esperaba que fuera un asesino. Su pelo estaba enmarañado en un nido negro como el de Zofi, sus facciones duras y norteñas.

Akeylah se preguntó si el hombre (joven, en realidad; parecía

apenas mayor que la misma Akeylah debajo de su desaliñado rastro de barba) había hecho algo más antes de que lo pillaran en la fortaleza. Algo como, tal vez, enviar un mensaje amenazador a alguna de las otras hijas de Andros.

Su mirada pasó del chico a su padre. Reconoció la cuidadosa expresión en blanco del rey. Ella la padecía con demasiada frecuencia frente a los ataques de furia de Jahen. Solo podía imaginar cómo debía encontrarse Andros, al enfrentarse al hombre que había asesinado a su único hijo.

—Retíradle la mordaza —ordenó Andros, con la voz tranquila. Después se puso de pie. Cualquier rastro de su enfermedad se desvaneció en ese momento. Él parecía realmente el rey atemorizante y legendario que había derrotado a Genal no una, sino dos veces durante su largo reinado.

»Te acusan de asesinato —le dijo al Viajante—. ¿Cómo te declaras?

—¿Eso importa? —respondió el joven—. Me matará sin importar lo que diga. Solo termine con esto.

—No sé cómo se supone que tu banda trata los problemas, pero en Kolonya nos apegamos a la ley. No asesinamos por antojo.

—Dígale eso a sus Talones. —Se carcajeó el chico—. Pregúnteles si se comportan bien cuando no están tratando con kolonenses.

Los soldados se enfurecieron. Uno de los hombres que aferraba sus brazos lo retorció con fuerza. Las rodillas del chico se vencieron y él gimió de dolor.

Es tan joven. El dolor en sus ojos resultaba tan familiar para Akeylah como los huesos de su muñeca, la cicatriz en su muslo.

—Detente —ordenó el rey Andros. El Talon aflojó su mano.

—¿Lo ve? —El Talon resopló, aún sonriente, pero temerario entonces.

—Suficiente. Tenemos testigos de tu confesión después del asesinato. Si tienes algo que decir en tu defensa, habla ahora. De lo contrario, debo presumirte culpable.

En ese momento, la mirada del chico recorrió la habitación y se fijó en ella. Por una fracción de segundo, el corazón de Akeylah se detuvo. Si él *era* su extorsionador, ¿intentaría intercambiar esa información? ¿Vender el crimen de ella para salvar su vida?

Pero los ojos de él pasaron de ella a Florencia, luego regresaron al rey.

—Ya he confesado una vez. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? He asesinado al príncipe condenado por las arenas. Lo volvería a hacer si pudiera.

Solo el ligero pulso de una vena en la sien de su padre reveló su furia.

Ella reconoció eso también. Se vio a sí misma en la cocina,

tragándose su furia y su miedo, mientras Jahen gritaba y rompía botellas. Tal vez había aprendido más que a disfrazar sus propios pensamientos en esa casa. Tal vez había aprendido a cómo ver ese disfraz en otros también.

Tras una pausa, Andros asintió hacia los Talones.

—Llévalo al calabozo. Por la mañana veremos si tiene algo que decir por sí mismo.

—¿Y si no lo tiene, Su Majestad? —El Talon al mando hizo una reverencia.

El rey Andros regresó a su silla. Solo Akeylah pareció notar la pesadez con la que aterrizó. Andros se tomó un momento para levantar la copa de néctar que había estado revolviendo toda la noche, mientras fingía beber. Entonces inclinó la copa, analizó el líquido color ámbar y bebió un largo trago.

—Preparad la horca. Si no tiene más evidencias o información para agregar a su confesión, será colgado.



—No puedo comprender por qué no se defendía —Akeylah caminaba codo con codo con Rozalind por los pasillos de caoba hacia las recámaras, de un modo que estaba comenzando a ser demasiado natural.

¿Acaso el Viajante podía ser su extorsionador? Él ya había asesinado a un miembro de la familia real. Pero, si así fuera,

¿por qué no hablaba y revelaba su secreto para salvarse a sí mismo? ¿Estaría esperando para decírselo al rey en privado?

Supuso que lo sabría por la mañana. O bien él estaría muerto para entonces y el asunto acabaría, o bien ella sería la que estuviera en el calabozo.

¿Y si no era ese joven? La pregunta daba vueltas en el fondo de su mente. Odiaba la situación. La hacía cuestionarse a todos a su alrededor, incluso a personas como la reina. La única amiga que había conseguido.

La chica que desearía que fuera más que una amiga.

—Quizás él no le teme a la muerte. —Rosalind negó con la cabeza.

—Pero debe haber algo más en la historia. —Akeylah sintió un escalofrío—. ¿Por qué ha asesinado al príncipe? ¿Qué sucedió esa noche?

—Algunos dicen que le han pagado por hacerlo. Otros dicen que fue una pelea en un bar.

—Pero morirá si no dice algo. ¿Cómo podría valer la pena morir por un asesinato pagado o por una pelea en una taberna?

—¿Tú morirías para preservar tu honor? ¿O para defender una causa en la que crees?

Akeylah consideró el momento en el que Jahen cerró su puño alrededor de su cuello. El momento, uno entre tantos, en el que ella estuvo segura de que moriría. Pensó en su reacción. Rezarle

a la Madre Océano, cerrar los ojos y aceptar su destino.

—Supongo que hay peores causas por las que morir — respondió finalmente. Como morir por la ira del viejo cascarón ebrio de un hombre.

—Quién sabe. —Rosalind se encogió de hombros—. Él podría haber asesinado al príncipe por su propia voluntad. El Sol sabe que el Príncipe Plateado tenía enemigos más que suficientes. Y quién no, cuando eres un heredero.

—Maravilloso. —Akeylah hizo un mohín. Rosalind le dedicó una mirada a su expresión y se apenó.

—Lo siento, Akeylah. Olvido que esta vida es nueva para ti.

Esta vida. En la que las personas esperaban intentos de asesinato a la vuelta de la esquina. En la que apuestos hombres jóvenes que podían o no ser asesinos a sueldo escupían al rey y llamaban rufianes a sus soldados. En la que las reinas enlazaban sus brazos con los tuyos y te decían que harías enemigos simplemente por ser quien eras.

Aunque Akeylah ya sabía lo peligrosa que era esa fortaleza. Lo supo en el momento en que alguien escribió un mensaje sangriento para que ella lo encontrara.

—Yo no he pedido esto. —Liberó su brazo del de Rosalind—. Nada de esto. Los trajes, la corte, el... el trono.

—Podrías renunciar a todo eso. —Rosalind la observó cuidadosamente.

—Sí. Podría decirle al rey «gracias, pero no gracias, prefiero ir a casa». —Pero ¿para qué? ¿Para recibir más golpes? ¿Para vivir recluida en una esquina?—. No hay nada allí para mí. Claro, aquí tampoco hay nada...

—¿Nada? —Una grieta apareció en el ceño de la reina. Akeylah se estremeció.

—No me refería a...

—Lo entiendo. —La reina levantó su falda—. Es un lugar difícil. Pero puedes adaptarte, si encuentras una razón lo suficientemente buena como para quedarte. —Ella la miró a los ojos una vez más y trató de sonreír sin ganas—. Con egoísmo, espero que lo hagas.

Antes de que pudiera responder, Rozalind avanzó por el pasillo, por el camino hacia su propia recámara. La recámara que compartía con su padre. Akeylah la observó marcharse y siguió observando mucho después de que sus pasos se hubieron desvanecido.

Finalmente, se giró hacia su habitación. *Deja ir a Rozalind.* Era mejor así.

Pero, antes de que pudiera dar un paso, las antorchas parpadearon. Una vez. Dos veces.

No sintió ninguna brisa. ¿Tal vez el aceite estaba acabándose? Había alcanzado la primera antorcha cuando todo el pasillo se quedó a oscuras.

Sus dedos rozaron la pared. Permaneció quieta, esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Aún se filtraba la tenue luz de luna por las ventanas; solo la de Syx a esa hora, más pálida que la luz de las otras dos lunas. Por sus delgados rayos, Akeylah distinguió una figura en el extremo del pasillo. Alta, esbelta. Ella parpadeó y la figura se acercó una ventana más. Cinco metros recorridos en una fracción de segundo.

—¿Ho-hola? —Akeylah se pegó contra la pared. Aferró su falda en un puño, en caso de que necesitara correr. Por primera vez en su vida deseó tener un arma.

Volvió a parpadear y la figura apareció otra ventana más cerca. Lo suficientemente cerca como para escucharla.

—¿Quién está ahí?

La figura hizo una reverencia.

—Muéstrate —exigió Akeylah—. Esto no es divertido.

Resonaron pasos desde otro pasillo, tras una esquina. Akeylah lanzó una mirada en esa dirección.

Cuando volvió a darse la vuelta, la figura se había desvanecido.

Un momento más tarde, las antorchas volvieron a la vida. Las llamas ondearon alegremente en sus soportes, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Echó un vistazo por el otro pasillo y encontró a un sirviente

caminando en su dirección.

—Milady, ¿está bien?

—Bien. —Ella acomodó su falda y miró hacia atrás, al punto donde la figura había estado.

Había algo en el suelo. Un tubo metálico, como el pergamino que el esarlata le había llevado.

—¿Puedo ayudarla en algo? Escuché un grito. Sonaba alterada.

—No, para nada. —Una sensación terrible apareció en la boca de su estómago. Algo le decía a Akeylah que ya sabía lo que diría ese pergamino.

De quién provendría.

—¿Está perdida? Puedo ayudarla a llegar a su habitación. —El sirviente se acercó a su lado, ávido de ayudar.

—Solo me he tropezado. —Ella lo evadió con una mano—. Gracias, pero puedo ir por mi cuenta.

Él frunció el ceño, pero volvió a inclinarse de todas formas.

Akeylah esperó hasta que se hubiera retirado antes de acercarse a recoger el pergamino. Lo escondió debajo de su falda y se dirigió con rapidez a su habitación. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada antes de abrir el cierre metálico con dedos temblorosos.

Tus manos manchadas de sangre nunca tocarán la corona mientras yo pueda evitarlo.

Vuelve por donde has venido, esteña.

O le mostraré al rey exactamente a qué clase de hija está acogiendo.

La escritura era preciosa. Cada letra con perfectas curvas en la página, como si estuvieran impresas en un libro.

Sus manos temblaron mientras volvía a enroscar la nota. Parte de ella quería quemarla. Pero podría necesitarla más adelante. Podría necesitarla porque...

Tomó una profunda bocanada de aire. *Porque era una pista. Una pista de quién estaba tras ella. Una forma de encontrar al extorsionador, tal vez incluso de detener sus amenazas de algún modo.*

Ella no le había mentado a Rozalind. No tenía interés en el trono. Pero sí quería quedarse allí. La vida en la fortaleza, por muy peligrosa que pudiera ser, era preferible a una indigna muerte en su hogar, estrangulada en el suelo de una cocina. Si ella moría allí, que así fuera. Había hecho las paces con la muerte años atrás.

Al menos allí, tenía una oportunidad; aunque fuera una pequeña. Allí, algún día podría ser capaz de vivir.

Así que Akeylah guardó el pergamino en su bolsillo. *Vuelve por donde has venido*, decía.

No.

Encontraría a quien estuviera haciendo eso. Pondría un fin a sus amenazas. ¿Y si no podía encontrarlos a tiempo, si le decían al rey de su crimen antes de que ella los descubriera? Bien,

entonces, ella moriría de pie. Tan fuerte como ese joven Viajante que esperaba en los calabozos en ese momento. Tan fuerte como la chica que enterró un cuchillo en su muslo para maldecir a un hombre que había abusado de ella toda su vida.

Akeylah podía morir. Pero primero, daría pelea.

Zofi

Zofi dudó frente a la puerta de madera de color ceniza. Eso podía hacer que la asesinaran.

No importa.

Elex se lo merecía. Sacrificaría lo que fuera por él, porque él ya lo había dado todo por ella. Después de que los Talones lo llevaran a la fortaleza, Zofi le había preguntado a Vidal qué sucedería con el prisionero. «Juicio», le había dicho Vidal. *A menos que él se declare culpable.* Entonces se saltarían el juicio. Lo ejecutarían por la mañana.

Elex se declararía culpable. Ella lo sabía. Le preocuparía que si decía algo más, si intentaba alegar en defensa propia y llamar a testigos, si hubiera un juicio, entonces la verdad saliera a la luz. Zofi quedaría involucrada en eso también.

Él moriría antes de hacer eso. Pero ella moriría antes de dejarlo morir.

Así que, a pesar del peligro, tocó a la puerta. Se abrió:

—Finalmente. Estaba comenzando a preguntarme si... Ah. —
Florencia parpadeó en el pasillo iluminado por Syx.

—Hermana. —Zofi extendió su mano, con la palma hacia
arriba—. He venido a proponerte un trato.



La recámara de Florencia parecía mucho más organizada que la
de Zofi. Ella se había tomado el tiempo de arreglar los muebles,
de agregar decoraciones. Zofi miró con los ojos entornados una
serie de delicadas figuras de madera sobre la chimenea. ¿Para
qué eran esas, en nombre de las arenas?

Florencia acercó dos sillas, después se sentó. Zofi, en cambio,
apoyó los codos en el respaldo de la otra silla.

—¿Y bien? —Florencia se echó atrás—. Esto debe ser
importante para que vengas a llamar a mi puerta tan tarde.

Su hermanastra no parecía la clase de persona que apreciaba
las conversaciones banales.

—Necesito ayuda para entrar en los calabozos. —La chica
kolonense era su mejor oportunidad de encontrar un pasadizo
alternativo, ya que ella conocía cada puerta trasera de la
fortaleza.

Florencia rio. Cuando Zofi no se unió a ella, se cruzó de
brazos.

Eso era un gran riesgo. Florencia podía ser su extorsionadora,

después de todo. Pero si era así, entonces al menos entendería por qué Zofi necesitaba liberar a Elex. Ella sabría que los Talones habían encerrado a un hombre inocente.

Elex merecía cualquier trato. Incluso uno con una serpiente.

—¿Por qué motivo te ayudaría a hacer algo tan peligroso, en nombre del Sol? —Interesante, ella preguntó *por qué*, no *cómo*.

—Has dicho que querías ser una mejor gobernante de lo que habría sido el príncipe.

—No logro ver cómo el meterte en una prisión me hace ser una mejor líder. En especial si tu objetivo es visitar al hombre que fue arrestado el día de hoy. El asesino del príncipe es un Viajante también, ¿no es así?

Por las arenas. ¿Ella solo asumía que estaban relacionados por su trasfondo de Viajantes? ¿Ella sabía que Zofi era la verdadera asesina?

—Salvar a un hombre inocente es comportarte como una gran líder —dijo Zofi finalmente.

—¿Así que conoces al asesino? —Florencia hizo un mohín—. Cuando te hablé del príncipe el otro día, estuviste escondiendo esto todo el tiempo.

Zofi apretó sus dientes tan fuerte que crujieron.

—Él no es un asesino. Es inocente. —Zofi estudió a Florencia en busca de alguna reacción. Si la otra chica sabía la verdad, debía notarse en su cara. La kolonense rio una vez, sin humor.

—Vi cuando los Talones lo trajeron. Él confesó.

—Tenía que hacerlo —dijo Zofi, antes de poder pensarlo mejor. Después se estremeció y escogió sus siguientes palabras con cuidado—. Mira, yo he crecido con Elex. Él es una buena persona.

—Algunas veces los niños buenos se convierten en adultos terribles. Mira a Nicolen. Él no nació siendo horrible; creció de ese modo. —Los ojos de Florencia se entornaron—. ¿Por qué confesaría si es un hombre inocente? ¿Es un asesino a sueldo, después de todo? Eso es lo que los rumores dicen.

Con cuidado ahora, Zofi.

—Fue en defensa propia.

—Entonces él debería alegar eso, antes de declarar que asesinó al príncipe y que no siente remordimientos.

—¿Crees que alguien le creería? —Zofi extendió sus brazos—. ¿Que alguien creería en la palabra de un Viajante contra la de un Talon?

—En la fortaleza hay quienes saben qué clase de hombre era Nicolen.

—¿Y están dispuestos a testificar en un juicio? ¿O son solo criadas y sirvientes, demasiado bajos en la jerarquía para que los nobles consideren sus testimonios, porque nunca creerían al príncipe capaz de semejantes crueldades?

—Nuestras cortes se guían por la ley, no por los frágiles egos

de la nobleza.

—Puedes ser kolonense —Zofi resopló—, pero has crecido al servicio de esas personas. Mírame a los ojos ahora, Florencia, y dime que la vida aquí es igualmente justa para aquellos en la cima de la cadena alimenticia que para aquellos en la base. Dime que si los sirvientes testifican en contra del amado hijo de Andros (su *punto débil*, ¿no es así como llamaste al príncipe?), les creerán. Que conservarán sus trabajos, sin repercusiones.

Florencia la miró a los ojos pero por una vez no tuvo respuesta.

—Nicolen era una persona terrible, lo has dicho tú misma. ¿Acaso mi amigo debería morir por defenderse a sí mismo de un hombre como ese?

—El castigo por un asesinato es la muerte. Mi opinión personal no cambia la ley.

—¿No debería hacerlo? Eso es lo que los líderes hacen. Deciden las reglas. Cuando una de nosotras llegue al trono, tendremos la oportunidad de ser mejores que Nicolen; incluso mejores que Andros. Podremos ofrecerles a las personas un juicio justo, no uno arreglado como al que Elex se enfrentaría. Pero ¿ahora? Todos sabemos cómo termina esto, sin importar lo que Elex diga.

—No traicionaré a mi reino por un asesino confeso.

—No estoy pidiéndote que abras la cerradura. Solo necesito un

camino de entrada a los calabozos.

—Aunque conociera un camino...

—Lo conoces, o me habrías preguntado cómo, en nombre del Sol, podrías hacer tal cosa. Y no *por qué*.

—*Aunque* lo hiciera, aún no me has dado una razón convincente para ayudarte. —Florencia se puso de pie.

—Porque estaría en deuda contigo.

Ella miró intencionadamente alrededor de toda la suntuosa recámara de Florencia. Ya tenía todas los lujos que alguien podía desear. Ella era la hija de un rey. Pero Zofi también lo era.

—No hablo de dinero. Te debería un favor. Cualquier favor, cuando sea que lo necesites. Sin preguntas.

Esta vez, Florencia consideró a Zofi. Su mirada se detuvo en su daga.

—Por favor. —La voz de Zofi bajó hasta ser un susurro—. El rey no me creería. El príncipe era el punto débil de Andros, y Elex... —Zofi dudó. Cerró los ojos—. Él es el mío.

Durante un largo y tenso momento, Florencia la estudió. Luego suspiró.

—¿*Cualquier* favor?

—Lo que sea. —Florencia extendió su mano.

—Te llevaré a la entrada de servicio a los calabozos. Después de eso, estarás por tu cuenta.

—Tenemos un trato, Florencia. —Zofi estrechó su mano.

—Prefiero Ren, de hecho. —La boca de su hermana se elevó en una leve sonrisa.

—Ren. —Zofi sonrió—. Salvemos una vida.



—El sótano está al final del túnel —susurró Ren—. ¿Recuerdas la secuencia?

Zofi asintió.

—No hagas que me arrepienta de esto. —Florencia suspiró.

—Es lo correcto —dijo Zofi, no por primera vez en su larga caminata hacia los calabozos bajo la torre de aliso—. Más muertes no harán nada mejor.

—¿Él vale la pena? —Ren aún dudaba.

—Haría esto por cualquiera de mi familia —respondió Zofi al pensar en su banda. Solo cuando una sonrisa de sorpresa atravesó el rostro de Ren, Zofi se dio cuenta de cómo sonaba eso.

—Bien. Porque podría reclamar ese favor pronto. —Ren le tocó el hombro, tan rápido que Zofi casi creyó haberlo imaginado—. Buena suerte. —Después se desvaneció y Zofi continuó sola.

Al final del túnel, llamó a la puerta con el patrón que Ren le había enseñado. Con un rugido, se abrió hacia adentro.

—La comida llegó hace una hora —protestó el guardia—. ¿Qué quieres?

—Olvidé una bandeja —dijo ella, con su mejor acento kolonense.

—¿Quién eres tú? ¿Dónde está Merra? —preguntó el guardia con ojos entornados.

Demasiada conversación para conseguir su entrada. Zofi lanzó todo su peso contra la puerta. Golpeó el ojo del guardia. Él tropezó hacia atrás y Zofi cayó dentro del sótano.

Él abrió su boca para gritar en el momento en que la empuñadura de la daga de ella golpeaba su sien. Él colapsó y ella se ocupó de atarle las manos y los pies con una cuerda que encontró en una pila de provisiones de mantenimiento.

Tal como Ren había prometido, el sótano estaba vacío, más que por algunas provisiones y una fila de bandejas con comidas grises, pastosas, de aspecto nada apetitoso, que se enfriaban sobre una repisa. Cinco bandejas, lo que significaba cinco prisioneros. No debería llevarle mucho tiempo encontrar a Elex.

Zofi tomó el sombrero del guardia, se lo puso y lo bajó sobre su frente. Luego observó al hombre sobre su espalda durante largo rato y memorizó sus facciones. Necesitaría hacer eso bien al primer intento. Solo le quedaban tres refuerzos, tres viales con diezmos extra en sus bolsillos. Y para eso usaría su primer diezmo.

Finalmente, se apoyó en sus talones y pasó la hoja de su daga por su antebrazo. El mundo se ensombreció, se nubló, cambió,

luego regresó.

Zofi (o más bien una versión mucho más baja del guardia que había derribado, con su sombrero puesto) se puso de pie y tomó una bandeja. Después tocó una secuencia diferente en la otra puerta. Esa entrada, cerrada con listones, llevaba a los calabozos.

—¿Ahora qué? —Un listón de la puerta se deslizó a un lado.

—El comandante ha ordenado el cambio de turnos antes el día de hoy —dijo Zofi con la voz intencionalmente grave—. Yo traigo la comida ahora.

El guardia observó su cara y luego la comida en sus brazos, incluso mientras Zofi se extendía (más que nada para seguir en movimiento y disimular su altura) y tomaba otra bandeja.

—Ya era hora de que tuviéramos algunas buenas noticias —respondió el hombre con un bostezo mientras abría el pestillo de la puerta. Ren le había explicado los turnos; ese guardia debía estar en servicio desde el mediodía del día anterior. A esa hora, un reemplazo sin anuncio sería de tal alivio que no lo vería con sospechas.

Él abrió la puerta hacia adentro y exclamó «Cambio de guardia» por encima de su hombro.

—Gracias al Sol —respondió una mujer detrás de él.

Entonces Zofi le enterró el extremo plano de la bandeja metálica en la tráquea.

La guardia tomó su espada.

—¡Intruso!

Zofi ya había lanzado la otra bandeja en su dirección y en su lugar ya había aferrado su daga. Al mismo tiempo, cambió su diezmo de camuflaje y se desvaneció en el aire.

Mientras tanto, el primer guardia se puso de pie. Blandió su espada hacia el rostro de Zofi; o, al menos, en donde su cara había estado un momento antes de desaparecer. Ella ya se encontraba a unos cuatro pasos a la derecha y estaba recogiendo un casco de la mesa en la que los vigilantes habían estado relajándose un momento antes. Lo lanzó contra la sien del hombre y después se giró para esquivar un ataque de la mujer.

Una línea de sangre fresca corría por el brazo de la guardia; un diezmo. Eso fue todo lo que Zofi pudo ver antes de que la mujer impactara contra ella, con un movimiento más rápido de lo que pudo procesar.

Se estremeció cuando la espada de la mujer cortó su bíceps, pero logró sacársela de encima y retroceder por el largo túnel de la prisión, aún invisible.

—¿Elex? —balbuceó, luego se hizo a un lado en el preciso momento en que la guardia con el diezmo de velocidad corría hacia el sitio en donde ella había estado.

La mujer gritó, aunque dado que estaba acelerada, su voz

sonó demasiado rápida, aguda e ininteligible.

—¡Elex! —Eso provocó otro ataque acelerado, más cercano esta vez. La guardia chocó con un calabozo a unos pasos de Zofi y ella contuvo la respiración mientras la mujer analizaba la zona, esforzándose por ver a través del camuflaje.

—Idiota condenada por las arenas —respondió Elex finalmente, dos celdas más atrás. Zofi volvió a esquivar a la guardia acelerada y retrocedió un paso.

Otro prisionero comenzó a gritar.

—Llave de bronce. Ambos guardias tienen una copia. —Estaba diciendo Elex.

Zofi se puso a cuatro patas y comenzó a gatear. La mujer siguió blandiendo su espada por el pasillo, mientras giraba a un lado y al otro en busca de su presa invisible. Por suerte, la frenética caza de la mujer le dio suficiente espacio a Zofi para reptar más allá de ella y liberar la llave del guardia inconsciente.

Desafortunadamente, la mujer notó ese movimiento.

Zofi apenas levantó su daga a tiempo para bloquear el ataque. Durante un momento, no pudo moverse, no pudo hacer nada más que bloquear ataque tras ataque. *Solo atraviesa esto, solo mantente con vida hasta que...*

La mujer tropezó. Comenzó a ralentizarse.

Zofi sintió que su propio diezmo comenzaba a desvanecerse

también. Ella resistió otro golpe y después golpeó su muslo. El vial se rompió contra su piel y esta vez ella cambió su diezmo, lo convirtió en uno de velocidad.

Quedaban dos refuerzos.

La guardia se tambaleó, debilitada por el diezmo, pero continuó peleando. Al menos Zofi podía mantenerle el ritmo, moviéndose tan rápido como ella. La llevó hacia atrás con una ráfaga de ataques, lanzó las llaves por los barrotes al calabozo de Elex, luego continuó la batalla.

El diezmo de velocidad de su oponente finalmente se terminó.

—¡Guardias! —gritó la mujer, con un tono normal.

Resonaron pasos sobre ellos.

Zofi atrapó la espada de la mujer en la empuñadura de su daga. Retorció la punta y lanzó la hoja a un lado. El arma cayó al suelo. Zofi golpeó a la guardia en la sien con la empuñadura de su daga.

La mujer cayó. Elex salió de su celda.

—En nombre de las arenas, ¿qué crees que estás...?

—Corre —exclamó ella y lo empujó hacia el sótano. Los pasos ya eran ensordecedores.

Elex saltó por la puerta. Cuando pasaron por la mesa de la comida, él sujetó un cuchillo de carne dentado y oxidado. Con un movimiento, una línea roja apareció en su antebrazo. Él se aceleró.

Zofi rompió otro vial y renovó su diezmo de velocidad.

Juntos corrieron por las entrañas de la fortaleza. Unos desvíos después, Zofi empujó la salida que Ren le había mostrado antes. Su diezmo se debilitó. *Un refuerzo más.* Sería suficiente. Tenía que serlo.

Emergieron en el campo de césped entre la fortaleza y los establos. Lo atravesaron tomados de la mano, Elex comenzaba a ralentizarse también. No tenía importancia. *Lo conseguiremos.*

Una luz de antorcha parpadeante apareció frente a ellos.

—Deteneos.

Ella miró la antorcha. Después el rostro debajo de ella, iluminado por las llamas danzantes.

—¿Zofi?

—¿Vidal?

La luz lo iluminaba apenas lo suficiente como para distinguir su expresión alterada. La mirada de él pasó de ella a Elex y luego a sus manos unidas. Él mostró los dientes.

—Debí saberlo.

—Vidal, escucha.

—No me lo puedo creer. Te defendí frente a mis soldados; te creí cuando dijiste que eras leal. Ni siquiera te hice preguntas cuando te vi perseguir Talones en ropa de cama. Ahora aquí estás, liberando a un asesino.

—Esto no es lo que parece. Elex no ha asesinado a nadie.

En algún sitio en la distancia, un alatormenta chilló. Se encendieron varias luces en el campo de práctica.

—Habla con el rey si tienes alguna evidencia sobre el crimen. No te dejaré liberar al hombre que asesinó a mi amigo.

—¿Cómo de bien conocías a tu amigo el príncipe? —Lanzó Zofi en respuesta—. ¿Cómo de bien trataba él a las personas a las que consideraba *menos*? Pregúntales a los sirvientes.

—Los cotilleos de los sirvientes...

—O pregúntale a alguien que haya sido tan desafortunado como para ponerse en su camino durante un despliegue. ¿Alguna vez has ido al frente con él? ¿Alguna vez has visto cómo trataba a sus enemigos? —Ella entornó los ojos—. ¿Lo has visto? ¿Lo has visto y lo has justificado; *son solo genaleses, son solo esteños, son solo Viajantes...*? ¿Sabes lo que era él en profundidad, pero te dices a ti mismo que debes estar equivocado, porque no podrías ser amigo de un hombre como ese?

—Suficiente. —Vidal buscó un silbato en su cuello.

Zofi sacó su daga. El Talon dejó caer el silbato y en su lugar desenvainó la espada. Zofi sintió la tensión de Elex, listo para saltar sobre Vidal, con o sin arma.

Entonces ella apoyó la daga sobre su antebrazo.

—Puedo probar que es inocente. Haré un juramento de sangre.

La boca de Vidal se abrió.

A su lado, Elex intentó sujetar la daga. Ella se hizo a un lado.

—Zofi, no.

—Es la única manera de que él me crea.

—No vale la pena el riesgo

—Sí, tú lo vales. —Zofi le lanzó una dura mirada a Elex.

Vidal no volvió a sostener su silbato, no aún. Ella lo consideró prometedor.

—Si pruebo que es inocente, ¿lo dejarás ir? —Zofi ignoró los gritos en la distancia, los golpes de armaduras y los aleteos. En su lugar, ella observaba a Vidal.

—¿Por qué no puedes llevar este caso frente al rey?

—Si pudiera, ¿no crees que ya lo habría hecho?

—Estaría arriesgándolo todo, Zofi. Mi posición con los Talones, mi vida en la Ciudad de Kolonya...

Ella miró alrededor intencionadamente. No había nadie a la vista. No todavía, de todas formas.

—Nadie tiene que saber que me viste. Si otro guardia nos pilla, que así sea. No diremos una palabra sobre ti.

—Yo lo sabría.

—¿Qué es más importante? ¿La vida de un hombre inocente o tu orgullo? —Ella frunció el ceño—. Pensé que serías diferente. Pensé que tú me veías como a una persona real, no solo como una *vagabunda*, como tus compañeros Talones me llamaron.

Ella escuchó el chillido de otro alatormenta, más cerca esta

vez. No les quedaba mucho tiempo hasta que otro Talon diera vuelta a la esquina.

—Vidal, por favor, solo déjame hacer el juramento.

Con el ceño fruncido, Vidal se giró sobre sus talones. Durante un momento, en el que su corazón se detuvo, Zofi pensó que estaba a punto de gritar por ayuda. Luego caminó hacia la fortaleza y los llamó por encima de su hombro. Zofi exhaló aliviada y lo siguió hasta un punto entre las torres de nogal y la de caoba, escondido de los alatormenta bajo una saliente.

—Esta es una mala idea —dijo Elex.

—Lo conozco —respondió Zofi—. Confía en mí.

En el rincón, Vidal se detuvo en seco.

—Júralo.

—Zo... —Elex intentó sujetar la daga otra vez—. Déjame que lo haga.

—No. Este es mi embrollo. —Ella miró a Vidal a los ojos—. Ya me he diezmado esta noche, así que no durará mucho. Hablaré rápido.

El juramento de sangre era una de las Artes más fáciles de invocar. Apenas requería de concentración y poco de las Artes, así que Zofi podía hacerlo en ese momento, aunque se hubiera diezmado antes. Aun así era el diezmo menos frecuente. Con un juramento de sangre, solo podía decirse la verdad. Cualquier mentira, sin importar lo pequeña que fuese (incluso una por

error u omisión) prendería fuego a las venas de quien había jurado. Las quemaría vivas desde adentro hacia afuera.

Zofi cortó su brazo. Su visión se oscureció, reemplazada por el mapa de sus venas. Su pulso latió más rápido de lo normal mientras se concentraba en las Artes en el aire, en inhalarlas hacia su torrente sanguíneo. Fijó su propósito; buscó cualquier señal de mentira, cualquier aceleramiento de respiración o salto en su corazón.

Cuando volvió a abrir los ojos, su piel humeaba en el aire nocturno. El diezmo había comenzado. Quemaba, incómodamente caliente, pero no lo suficiente como para provocar daños. No todavía.

—Elex no asesinó al príncipe Nicolen.

Vidal analizó su mirada. Cuando no ardió en llamas, su ceño se frunció.

—¿Quién lo hizo?

Las venas de ella ardieron. Más calientes, más brillantes, como si sintieran su deseo de ocultar la verdad. Ella se tragó su miedo.

—Yo.

Para crédito suyo, la expresión de Vidal ni siquiera se movió. Solo sus ojos lo delataron. Se habían vuelto duros como la piedra.

—¿Por qué?

—Él atacó a Elex.

—¿Por qué el príncipe Nicolen atacaría a un Viajante cualquiera?

La mano de Elex se tensó sobre su brazo. Allí estaba la parte engañosa. *Por un juego de cartas*, era la respuesta que ella quería dar. Pero eso hacía que sus venas ardieran y sisearan de solo pensarlo; porque eso no estaba bien, no era exactamente la razón por la que Nicolen había atacado a Elex.

—Zofi... —le advirtió Elex, en voz baja.

—Responde a la pregunta —ordenó Vidal. Su cuerpo ardía. Quemaba tanto que apenas podía pensar.

—Porque él es un Viajante —respondió entre dientes. Con eso, el diezmo se extinguió; el aire aún húmedo y caliente alrededor del cuerpo de Zofi mientras ella jadeaba.

Los tres se miraron unos a otros, con respiraciones duras. Elex tenía un brazo alrededor de la cintura de Zofi para mantenerla erguida, aunque aún parecía listo para saltar sobre Vidal ante la primera señal de traición.

Él solo los observaba.

—Ya la has oído. —Elex finalmente rompió el silencio—. Ella estaría muerta si eso no fuera verdad. Ahora es tu turno, Talon. Haz lo que es correcto, o haz lo que tu rey te ordena.

Algunas luces centellearon por los campos. Escucharon alas barrer el aire sobre ellos. Zofi no apartó la vista de Vidal. No

hasta que él, con visible esfuerzo, bajó su espada.

—Vete.

No se lo agradeció. Lo haría más tarde. En ese momento, ella y Elex simplemente corrieron.

La primera calle estaba apenas a unos cientos de metros. Pero bajaron la velocidad antes de alcanzarla. Había seis Talones vigilándola. Sobre ellos, un alatormenta giraba en círculos.

¿Podemos enfrentarnos a los seis? Solo tenía un refuerzo. Elex no tenía ninguno.

Entonces, un grito hizo eco por el campo.

—¡Por aquí!

Vidal.

Los Talones corrieron hacia el sonido y llamaron al alatormenta con ellos. Zofi y Elex los vieron pasar, con la respiración contenida. En el momento en que estuvieron fuera de la vista, los Viajantes corrieron hacia el camino.



Los dos se sentaron a la orilla del río Leath, frente a los enormes árboles del muro vivo, escondidos detrás de una hilera de juncos en el límite del agua. Habían logrado atravesar el pueblo sin que él fuera reconocido, más que nada gracias a la noche nublada, sin lunas, y a la capucha que habían tomado prestada de un perchero, en el exterior de una taberna cerca de las

puertas de la ciudad.

No era el amanecer, pero las nubes eran más visibles de lo que habían sido unos minutos antes. Azul pálido contra el cielo más oscuro.

—Sé lo que vas a decir —balbuceó Elex finalmente—, pero tengo que preguntar de todas formas.

Zofi cerró los ojos. Inhaló la fragancia familiar, como a una tormenta en el desierto. Elex olía como su *hogar*. Ella anhelaba relajarse, sumergirse en él y olvidar todo lo demás; la fortaleza, la corte, el extorsionador que jugaba con su mente.

Sería fácil huir. Fingir que nada de eso había ocurrido. Alejarse de la Ciudad de Kolonya y nunca mirar atrás.

Pero su extorsionador se quedaría y podría lanzar la maldición del rey sobre ella en cualquier momento. Y su gente seguiría siendo marginada, abusada por placer. Se les negaría la dignidad humana básica.

Podría estar segura huyendo, pero ¿a qué precio?

—¿Vendrás conmigo? —susurró Elex y el corazón de Zofi se abrió en dos.

Si ella tenía suerte, si ambos la tenían, nunca lo volvería a ver. Él correría al límite del mundo, tal vez más allá. A algún sitio en donde los Talones nunca lo encontrarán.

—Cuídate, Elex. —Zofi besó su mejilla, con suavidad.

Él la analizó en silencio. El cielo se aclaró. La luz previa al

amanecer iluminó sus ojos, demasiado brillantes en las esquinas. Los ojos de ella ardían. No tenía lágrimas, no todavía. Pero casi.

Finalmente, Elex se levantó. Ella se quedó sentada y lo observó. Él miró el muro vivo y su amplio follaje, mientras inhalaba la brisa matutina.

—¿Me haces un favor? —preguntó, todavía de espaldas.

Ella esperó a que él la mirara para asentir. No confiaba en su propia voz.

—Gana el trono, Zofi. Por nosotros. —Él sonrió. Parecía una sonrisa dolorida.

—Lo haré —susurró ella.

Y luego Elex se marchó.

Florenxia

La carta llegó con el desayuno. Entregada en una bandeja de plata ornamentada, doblada cuidadosamente y escrita con letra elegante. Ren cortó el sobre, aburrida, su cabeza aún resonaba por la larga noche. Ella había regresado a su habitación en el momento en que dejó a Zofi en la entrada de los calabozos, pero dormir había resultado imposible. En especial una vez que los alatormentas comenzaron a chillar y los campos alrededor de la fortaleza se iluminaron como el día. Se había rendido al descanso y se había sentado en su balcón a ver la caza de los alatormentas, hasta que el amanecer iluminó el cielo. Para entonces, supuso que su hermanastra ya lo había logrado. Había ayudado a su novio criminal, quienquiera que fuera, a salir de la ciudad.

Ren debería sentirse culpable. Había actuado en contra del rey, en contra de Kolonya. Pero al pensar en Nicolén, en sus ojos vacíos y en los sirvientes que había lastimado, no podía

conseguir arrepentirse de su decisión. Ya fuera que Zofi estuviera diciendo la verdad acerca de su amigo o no (y la defensa propia parecía una explicación probable cuando se trataba de Nicolen), otra muerte no haría que nada estuviera bien. Nadie merecía ir a la horca por liberar al mundo de un hombre como ese.

Además, ahora Ren tenía a una persona más a la que recurrir por un favor, si necesitara uno.

Ella extendió la nota, a la espera de otra invitación. Desde que el rey la reconoció, había estado recibiendo invitaciones a fiestas de mayoría de edad de nobles menores y a bodas.

En su lugar, encontró una breve carta escrita a mano.

¿Una traición no fue suficiente para ti, pequeña traidora?

No puedes escabullirte por los pasillos de servicio sin ser vista para siempre.

No mientras yo viva. Tienes hasta el Banquete del Ascenso Glorioso del Sol.

Renuncia a tu herencia y deja la Ciudad de Kolonya, o me encargaré de que todo el reino sepa con qué clase de víbora está tratando.

Ren volvió a leer la nota. Y otra vez. Resistió la bilis que se elevaba por su garganta, la presión en su pecho.

Lo saben. El extorsionador la había visto la noche anterior.

Ella recitó la última línea por lo bajo.

Una vez que la aprendió de memoria, dobló el papel una vez más. Se inclinó y la quemó con la vela de su mesa. Y luego la dejó en la bandeja de plata para que se consumiera.

Las palabras desaparecieron una a la vez con la llama. *Banquete. Herencia. Víbora.* Finalmente, el fuego consumió esas también. Después Ren lanzó las cenizas por la ventana y vio cómo el viento las arremolinaba en delicadas espirales más allá de la torre.

Qué pena que el culpable no fuera tan fácil de eliminar como sus amenazas.

Tenía hasta el Ascenso del Sol para descubrir quién estaba haciendo eso y si había alguna forma de detenerlo. Contó los días. Había perdido la cuenta esa semana, después de tantas cosas que habían sucedido. Le llevó un minuto darse cuenta. Cuando lo hizo, se desplomó en la cama.

El Banquete del Glorioso Ascenso del Sol sería en cuatro días.

Un golpe en la puerta la hizo saltar. Esperó a que su corazón dejara de palpar y cerró su bata. Sus nervios se revolviéron mientras atravesaba la habitación. Inhaló profundo antes de abrir la puerta, lista para lo que fuera.

—Sé que no quieres verme —dijo Danton abruptamente.

A decir verdad, el verlo la llenó de alivio. Mejor un enemigo conocido que uno oculto.

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien, dadas las

noticias.

—¿Las noticias? —Ren frunció el ceño, más lento de lo habitual por esa amenaza que aún ocupaba su mente.

—¿No escuchaste a los alatormentas anoche? —Él frunció el ceño también.

—Por supuesto, pero... —Ella levantó un hombro, casual—. Solo asumí que era alguna clase de entrenamiento.

Entonces Danton la miró abiertamente.

Ella suspiró y se hizo a un lado para dejarlo entrar. Prefería no arriesgarse a que alguien en el pasillo los escuchara. Cerró la puerta detrás de él.

—¿Qué sucede?

—Has vivido en esta fortaleza toda tu vida, ¿alguna vez has escuchado un *entrenamiento* semejante?

—Danton, era de madrugada. Estaba exhausta. ¿Qué te tiene tan alterado, en nombre del Sol?

—Un prisionero se ha escapado. El que asesinó al Príncipe Plateado.

Ren puso los ojos en blanco. Afortunadamente su respuesta fue sarcasmo instintivo, o le habría resultado más difícil mentir.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Él es un enemigo del Estado. Ya ha atentado contra un miembro de la familia real. La familia de la que tú eres parte ahora. —Danton pasó una mano por su pelo, que parecía más

alborotado de lo normal—. Él tuvo ayuda exterior. Los guardias dicen que alguien se infiltró en los calabozos para liberarlo.

—¿Han podido identificar a esa persona? —Ella alzó las cejas.

—No, pero sugiere un esfuerzo conjunto. Es probable que esté trabajando para alguien fuera de Kolonya, alguien con un resentimiento en contra de la corona. —Como ella no reaccionó, el ceño de Danton se profundizó—. Estaba preocupado por ti, ¿de acuerdo? No estuviste en el desayuno.

—Pedí que me lo llevaran a la cama. —Señaló la bandeja que seguía enfriándose, intacta—. Me fue bastante difícil dormir anoche con todo el alboroto.

—Tienes que comenzar a tomarte estas cosas más en serio. Eres una potencial futura reina, Florencia. Una líder. Las personas comenzarán a dibujar blancos en tu espalda; la misma clase de personas que contrataron a ese asesino. Mataron al príncipe Nicolen porque no quieren que Kolonya tenga un heredero. Ahora hay nuevas herederas, ¿no crees que intentarán hacer lo mismo contigo?

—Pareces saber mucho sobre las motivaciones de este asesino. —Ella se cruzó de brazos—. ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Acaso tus amigos del Este tienen algo que ver con esto?

—No asesinamos al príncipe. —Danton volvió a fruncir el ceño.

—Así que es *nosotros* ahora, ¿eh?

—Los rebeldes. Ellos no quieren derribar Kolonya...

—El atacarnos es una interesante forma de demostrarlo.

—Solo quieren la independencia de Tarik. Queremos ser nuestro propio reino, no un adjetivo. Esteño. —Él resopló—. Como si eso fuera todo lo que hemos sido alguna vez.

—Si estás tan preocupado por el futuro de *Tarik*, entonces, ¿qué haces aquí asegurándote de que una potencial heredera a Kolonya esté a salvo?

—Me intereso por ti. —Él bufó, exasperado—. ¿Cuántas veces tengo que explicarte eso? —Dio un paso más cerca, ella se lo permitió—. Florencia, la marea está cambiando. Las Regiones no pueden sobrevivir con Kolonya acaparando todos los recursos, imponiéndoles impuestos que las dejan hambrientas y pobres. Tu padre está demasiado inmerso en este sistema como para verlo, pero tú no tienes que estarlo. Si tú ganas el trono, puedes ayudarnos.

—Si crees que seré tu marioneta en el trono, será mejor que recapacites.

—Nunca he dicho eso. —Él la sujetó de los hombros, con sus ojos en llamas—. Quiero que ganes, Florencia. Después quiero que liberes al Este. Que nos conviertas en verdaderos aliados, no en sirvientes glorificados.

—¿Acaso una esteña no sería una mejor apuesta para

conseguir ese objetivo? —Ren hizo un mohín.

—No conozco a lady Akeylah. No tengo ni idea de lo que ella cree. Todo lo que sé es que tú eres una buena persona; serás una mejor reina. Pero debes ser cuidadosa. Tienes enemigos en todas partes.

Ren volvió a pensar en la carta. *Tienes hasta el Banquete*. Cuatro días.

No necesitaba la visión de Danton para saber que estaba en peligro. Pensaba en eso a cada segundo de cada día. *Mil ochocientos cincuenta y cuatro*.

Al menos una persona quería sacarla de la fortaleza. Pero ese era su hogar. El único sitio en el que había vivido. Ren estaría condenada antes de dejar que un cobarde extorsionador la obligara a huir.

Danton seguía mirándola, esos pálidos ojos abiertos con preocupación.

—Lo sé —dijo finalmente—. Estoy siendo cuidadosa. Yo solo... —Cerró los ojos. Dejó que el miedo, la preocupación y la frustración que había estado reprimiendo se liberaran—. Es demasiado.

Antes de que pudiera volver a abrir los ojos, los brazos de Danton la rodearon. En contra de su juicio, ella se sumergió en él. Se permitió relajarse, solo durante un momento, en su familiar abrazo.

—Necesitarás ayuda —susurró en su oído—. Aliados leales. Puedo volver a ser eso para ti. Como solíamos serlo. Dime qué necesitas; protección, información. Lo conseguiré.

Su garganta se cerró. Era tentador. Era tentador liberarse de la carga. Contárselo todo; sobre el extorsionador, las amenazas. Ella no quería encarar esa lucha sola. Y Danton era el único que sabía lo que habían hecho. Podía pedirle a Audrina que vigilara a Sarella o a cualquiera que actuara sospechosamente. Pero no podía decirle a su amiga exactamente *por qué* necesitaba a un espía. No podía admitir haber cometido traición.

Él te traicionó. Él tomó su información, información que se suponía que *prevendría* un baño de sangre, y se la entregó a un grupo de asesinos sangrientos.

Ren inhaló profundo y se retorció para liberarse de sus brazos.

—Tienes razón. Necesito aliados leales. Lo que significa que no puedo confiar en alguien que ya me ha traicionado. Confío en las *acciones*, Danton, no en palabras vacías.

Para sorpresa de ella, él se inclinó, más de lo habitual, y perdió su pretenciosa postura normal.

—Lo entiendo. —Sin más palabras, se marchó. Ren miró la puerta mucho tiempo después de que se cerrara.

Él tenía razón respecto a una cosa. Con la nueva amenaza del extorsionador, llegó un claro recordatorio; ella no podía ignorarlo. Alcanzó su campana. Hora de realizar una ofensiva.



Al menos Audrina no dudó en el umbral esta vez. Se lanzó sobre la cama de Ren en el momento en que abrió la puerta.

—Que el Sol la maldiga, será mi muerte —protestó Aud.

—Háblame sobre eso. —Ren le sirvió más néctar en su copa que la última vez. Aud se giró y bebió la mitad antes de responder.

—Sarella es efectivamente inagotable. ¿Cómo has podido seguirle el ritmo durante tantos años, en nombre del Sol? Ha pasado solo una noche y ya estoy a punto de desmayarme. Sin mencionar las bebidas. La dejo sola por cinco minutos y ella ya ha bebido suficiente vino como para tumbar a un buey.

Ren mordió el interior de su mejilla para evitar reírse. Eso le resultaba familiar, muy bien.

—¿No ha dicho nada más acerca de mí? —la instó Ren. Aud puso los ojos en blanco.

—Ah, muchas cosas. Ella y Tjuya han pasado toda la noche quejándose de su criada ascendida que se burló de todos en la fortaleza. Parece creer que has alterado la Ceremonia de Sangre de algún modo. «Los bebés fueron cambiados al nacer, Ren es solo un señuelo, no es realmente la hija del rey», toda clase de tonterías. Pero Sarella siempre ha sido así. Se traga cada rumor como si fuera un hecho.

—Así que anoche... —La mente de Ren estaba acelerada.

Quien hubiera enviado esa nueva carta de extorsión sabía lo que Ren y Zofi habían hecho la noche anterior. Debieron haberlas visto a las dos de camino a los calabozos de algún modo. O las habían escuchado conspirando en su habitación—. ¿Entiendo que estuvo despierta hasta tarde? —Otra queja de Aud.

—Lord Hane invitó a Sarella y a Tjuya a beber en el observatorio botánico; ya sabes, tienen esa nueva flor que se supone que huele como un cadáver, lo que por algún motivo es una atracción turística para los nobles. —Aud resopló—. Da igual, barra libre, así que llegó al comienzo de la fiesta. Incluso cuando todo el alboroto con los Talones comenzó, ella solo se acercó al balcón con todos los demás para mirar la persecución y seguir bebiendo. Como si la fuga de un prisionero fuera alguna clase de deporte de entretenimiento y no un asunto serio. —Audrina frunció el ceño y negó con la cabeza—. Lord Hane y yo la llevamos hasta su cama apenas antes de que viniera hasta aquí. Ahora entiendo el humor que tenías siempre por la mañana, cuando solía encontrarte abajo, en el área común...

Interesante. Así que Sarella no podía haberla visto. Y, aparentemente, no estaba en condiciones de haber escrito un mensaje amenazante esa mañana tampoco. Pero no podía descartar la posibilidad de que Sarella tuviera cómplices. Podía tener a alguien espiando a Ren, como ella estaba espiando a

Sarella, que le enviara notas sobre sus actividades durante la fiesta de lord Hane. Ren suspiró.

—Gracias otra vez, Aud. No puedo decirte de cuánta ayuda has sido.

—¿Durante cuánto tiempo más necesitas que siga con esto, Ren?

—Solo unos días más, lo prometo.

Aud miró intencionadamente a su copa. En respuesta, Ren se acercó y la llenó hasta el borde.

—Me debes un gran favor, ya lo sabes —respondió Aud, aunque al menos estaba sonriendo—. Algo más que solo este néctar, por muy delicioso que sea.

—Definitivamente estoy en deuda —coincidió Ren—. Las bebidas gratis son solo un plus. —Las dos se apoyaron hacia atrás en la cama, néctar en mano, para hablar sobre las criadas y sobre cómo Audrina se las estaba arreglando sin Ren. (*Terriblemente*, aseguró ella).

Durante todo ese tiempo, la mente de Ren estuvo dando vueltas. Aún necesitaba encontrar al extorsionador. Claramente necesitaría nuevos aliados. Alguien más que la ayudara, alguien que hubiera probado ser de confianza.

O, a falta de eso, alguien que confiara en ella...



Ren encontró a Zofi en los campos de práctica. Eso no debió haberla sorprendido. Se apoyó en la cerca para ver a su hermanastra pelear con un muñeco relleno, el filo opaco de su espada de práctica brillaba con el sol de la mañana tardía. Ren esperó hasta que Zofi se detuviera a recuperar el aliento antes de saludarla.

Zofi caminó con tranquilidad para reunirse con ella.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Ya reclamas tu favor? —Zofi levantó su casco y entornó los ojos.

—No exactamente. —Ren apartó el pelo de sus ojos.

Le llevó unos pocos minutos a Zofi cambiar su armadura por sus ropas habituales; que, a la vista de Ren, parecían básicamente iguales. Más cuero de color café, incómodo y además fuera de moda. *A cada uno lo suyo*, supuso Ren. Personalmente, ella se atendería a las vestiduras normales.

Caminaron más allá del campo de práctica, hacia un prado vacío cerca de la torre de nogal. Zofi temblaba, a pesar de la humedad y del brillante sol. Ren la ignoró y se giró para que se detuvieran en mitad del césped. No había nadie cerca que pudiera escucharlas, lo que les daba tanta privacidad como podían esperar. Ren sabía muy bien cuántos escondites había entre los muros de la fortaleza. Estar en el exterior era más seguro.

—¿Y bien? —preguntó Zofi.

—Alguien nos vio anoche.

—¿Quién? —Los puños de Zofi se apretaron.

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes que alguien nos ha visto?

—Quien haya sido me ha enviado una nota esta mañana. Una amenaza.

Su hermana inhaló profundamente. Miró largamente a los establos, luego a lo lejos del campo de práctica.

—¿Esa ha sido la única amenaza que has recibido?

Ren dudó. Confiaba en que Zofi no le dijera a nadie acerca de su aventura de la noche anterior, ya que habían estado en eso juntas. Si ella delataba a Ren, caería por ese crimen también. Pero admitir que la estaban extorsionando era algo diferente. Implicaba dejar que supiera que tenía otros pecados en su pasado. Otros secretos que podían ser usados en su contra.

Antes de que pudiera decidir qué decir, Zofi aclaró su garganta.

—Porque... yo he recibido una también.

—¿Por lo que sucedió anoche? —Las cejas de Ren se elevaron.

Una pausa. Después Zofi negó con la cabeza:

—Por algo más.

—Yo también. —Ren tragó con fuerza.

—Así que alguien nos ha enviado mensajes amenazadores a

ambas. —Zofi se cruzó de brazos—. Y no tenemos ni idea del porqué o de qué es lo que esa persona quiere.

—Tengo una idea —respondió Ren—. Me han dicho que deje la Ciudad de Kolonya. —Se mordió las mejillas por dentro. ¿Quién estaría en la posición de encontrar suciedad en ella y en Zofi? Hasta donde ella sabía, además de su padre, ellas no tenían nada en común.

Bueno. Nada a excepción de una hermana.

Una hermana que, por confesión propia, estaba practicando cómo mentir. Una hermana que conocía a Danton, que le había preguntado a Ren por él de forma intencional durante la misma reunión en la que, minutos más tarde, ella observó a los Talones capturar al novio Viajante de Zofi.

Una hermana que ganaría el trono si Zofi y Ren abdicaban.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —La mirada de Ren se dirigió a la torre de caoba, donde sabía que residía Akeylah. Zofi inclinó su cabeza.

—¿Sobre quién se beneficiaría si ambas decidiéramos dejar la Ciudad de Kolonya repentinamente?

—Si abandonamos cualquier posibilidad de ganar el trono, sí —dijo Ren.

Siguió una larga pausa. Zofi estiró un mechón de su pelo, era mucho más largo de lo que parecía al estar todo levantado en esa maraña de rizos.

—Mi mensaje... era acerca de algo que sucedió en la Región Este.

—Me lo imaginaba. —Ren sonrió, aguda—. También el mío.

—Y si las dos renunciamos al trono —continuó Zofi—, solo hay una persona más a la que el rey podría nombrar.

—Ciertamente, su elección sería más fácil si tuviera solo a una heredera para escoger. —Ren entornó los ojos. Observó al sol danzar en las ventanas de la torre.

Los dedos de Zofi fueron hacia la daga en su cintura.

—Creo que hemos fijado nuestro primer objetivo en esta cacería...

Akeylah

Akeylah durmió en la biblioteca. *Dormir* era la palabra incorrecta. Simplemente nunca llegó a irse; había llegado con el mensaje del extorsionador en su bolsillo y con un objetivo: encontrar una respuesta. En esta ocasión llenó todo un carro de libros de la sección de las Artes de Sangre, incluso algunos sin títulos o descripciones. Leería cada libro en esa biblioteca si eso era lo necesario para salvar a su padre y liberarse de ese embrollo en el proceso.

En algún punto, cerca de la hora en que el amanecer comenzó a pintar la ventana con hebras de fuego, ella perdió el rastro de las palabras en la página. Algunas horas más tarde, despertó sorprendida y desgarró la página que se había pegado a su mejilla.

Miró con su vista nublada a la biblioteca iluminada por el día, mientras intentaba despegar los restos de la página de su mejilla. Su mente necesitó más tiempo para despabilarse. Algo

la despertó. ¿Qué?

—¿Una siesta agradable?

Ah.

Ella frotó sus ojos adormecidos y se extendió por el libro, reflexiva. *Escóndelo*. Su hermana fue más veloz. Zofi lo levantó y analizó la portada.

—*El precio de la práctica*. —Leyó—. Un análisis de los efectos de las Artes, positivos y negativos.

—¿Leyendo sobre los diezmos? —Florenxia recorrió la pila junto al hombro de Akeylah.

—Tal vez está intentando ir un paso más allá, si las amenazas normales no funcionan. —Zofi pasó su dedo por el interior de su antebrazo.

Akeylah se estremeció ante la abierta referencia a las Artes Vulgares. Miró a su alrededor. La biblioteca estaba vacía a esas horas. Incluso la gruñona mujer mayor que trabajaba en la mesa de entrada, que balbuceaba por lo bajo con mucha frecuencia sobre los nobles desagradecidos que tenían sus propios horarios, se había desvanecido.

—Madam Harknell se ha tomado un muy necesario descanso. —Florenxia chasqueó su lengua—. Alguien la ha tenido trabajando más allá de las horas normales, me temo. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? Más de doce horas, de acuerdo con el registro de entrada.

Akeylah empujó su silla para levantarse, pero Zofi lanzó una mano sobre su hombro, tan fuerte como para lastimarla.

—Siéntate. Relájate. Solo queremos hacerte unas pocas preguntas.

—¿Qué estáis haciendo, en nombre de la Madre Océano? —La voz de Akeylah fue más suave de lo que había querido, su garganta estaba cerrada por el sueño.

Florencia golpeó un libro sobre la mesa. El ruido la hizo saltar.

—Encarando nuestros problemas de frente. Un concepto con el que probablemente no estés familiarizada. Pareces preferir el camino cobarde. Mensajes ocultos, amenazas mal intencionadas...

—Tendréis que ser más específicas. —Akeylah frunció el ceño. Sus dos hermanas parecían furiosas, pero fue en Zofi en quién se concentró. Su furia tenía algo más, algo más profundo. ¿Miedo?

Ella nunca había visto a Zofi asustada.

—Has estado extorsionándonos —lanzó Zofi—. Hemos venido a detenerte.

Akeylah no pudo evitarlo. Se rio.

—¿Así que te resultamos graciosas? —Florencia sujetó otro libro, *Manchas de Sangre: el precio de las Artes*—. Apuesto a que ha sido divertido. Atormentarnos, intentar hacer que bailemos a tu ritmo.

—Qué mal que hayamos descubierto tu juego. —Zofi sonrió con suficiencia.

—Estáis equivocadas. —Akeylah se llevó la mano a su bolsillo. Zofi lo hizo también, solo que su mano se cerró en la empuñadura de su daga. Akeylah levantó sus manos una vez más, con las palmas abiertas, antes de que Zofi pudiera usar su daga—. No estoy haciendo nada. Dejadme probarlo.

—¿Cómo, dejando que invoques uno de tus diezmos? —Zofi empujó la pila de libros con su cadera—. No me lo creo.

—Busca en mi bolsillo. El izquierdo. —Akeylah miró de Zofi a Florencia—. Por favor. Tenéis que ver esto.

Florencia la miró durante un momento antes de acercarse y meter la mano en su falda. Akeylah se tensó cuando los dedos de su hermanastra rozaron su muslo, su cicatriz estaba más sensible que nunca con alguien tan cerca. Pero se había puesto una falda de tela gruesa, como todos los vestidos que había encargado a los sastres de Rozalind. El brillo no se veía a través de la tela y dudó de que Florencia pudiera notar la protuberancia de la cicatriz mientras revisaba su bolsillo.

—Hay un pergamino —explicó. Innecesariamente, ya que Florencia lo extrajo un instante después—. Vosotras no sois las únicas que estáis siendo extorsionadas.

—Fácilmente falsificable. —Florencia resopló y abrió el pergamino.

—¿Por qué falsificaría algo así?

—Para despistarnos. —Zofi seguía con su puño cerrado sobre la empuñadura de su daga—. Es probable que supusieras que lo descubriríamos tarde o temprano. Que vendríamos por ti. Necesitarías una excusa cuando lo hiciéramos. —Zofi miró a Florencia, cuya mirada iba y venía por la nota—. ¿Y bien?

—«Tus manos manchadas de sangre nunca tocarán la corona mientras yo pueda evitarlo. Vuelve por donde has venido, esteña, o le mostraré al rey exactamente a qué clase de hija está alojando». —La mirada de Florencia se disparó hacia Akeylah—. ¿Qué significa, «manos manchadas de sangre»?

—Si esta persona nos ha amenazado a las tres, supongo que todas tenemos manchas en nuestras manos —respondió Akeylah—. Manchas de las que preferiríamos no hablar.

Zofi sacó su daga.

—Pero una de nosotras tiene más razones para hablar que las otras dos —señaló, mientras giraba su daga casi casualmente. Akeylah llevó su cabeza hacia atrás hasta que todo su cuello quedó expuesto.

—Adelante, entonces. Corta mi garganta. Verás si las amenazas se detienen. —Le mantuvo la mirada a Zofi, sin parpadear. No tenía miedo. Había hecho las paces con la muerte hacía mucho tiempo.

—Compárala con el registro de entrada. —La mandíbula de

Zofi se tensó.

—¿Qué? —Florencia levantó la vista de la nota, que había estado releendo.

—Compara la letra de Akeylah en el registro de entrada con la nota en su bolsillo. Fíjate si son iguales.

Florencia desapareció durante un momento, luego regresó con el libro de visitas en el que Akeylah había escrito su nombre, la fecha de su visita a la biblioteca y su propósito.

—«Investigación personal». —Leyó Florencia con las cejas en alto. Después extendió la nota junto al libro. Tras una pausa, negó con la cabeza—. La letra del extorsionador es mucho más cuidada que la de ella. Y es, definitivamente, la misma que la de mi última nota.

—¿Crees que podría haberla falsificado? —Zofi inclinó su cabeza a un lado.

—Tal vez. —Florencia hizo un mohín—. No lo sé. —Su mirada se fijó en la de Akeylah—. ¿Cuándo recibiste esta nota?

—Ayer por la noche. De camino hacia mi habitación.

—¿Alguien te la entregó?

—No exactamente. —Ella negó con la cabeza—. Yo... vi a alguien, eso creo. En el pasillo de mi habitación. Pero estaba allí y después desapareció tan rápidamente, no estaba segura... la luz de las antorchas estaba parpadeando y era tarde y estaba oscuro...

—Baja la daga. —Florenxia gruñó y le hizo señales a Zofi.

—¿Y qué hacemos si huye?

—Entonces estoy segura de que tú, entre todo el mundo, podrás atraparla incluso antes de que deje su silla siquiera. ¿Has visto el vestido que lleva puesto?

Zofi miró a Akeylah una última vez, después volvió a envainar su daga.

—Gracias —le dijo a Florenxia y se enderezó en su silla.

—No me lo agradezcas aún. No hemos acabado. ¿Esta ha sido tu primera amenaza?

—No. Recibí otra.

—¿Una nota?

—Pintura.

—Igual que la mía. —Zofi se apoyó en el extremo de la mesa. Aún le hablaba a Florenxia más que a Akeylah, pero al menos su postura agresiva se había vuelto más relajada, pensativa.

—La primera que recibí fue pintura —reflexionó Florenxia—. Pero la segunda también fue una nota. Más larga, más detallada.

—Vuestras cartas contenían la misma orden, dejar la ciudad. —Zofi apoyó el mentón en su puño—. A este ritmo, imagino que la carta que me ordene hacer lo mismo llegará pronto. Así que, ¿quién querría que todas nos marcháramos?

—Alguien que quiere desestabilizar Kolonya —sugirió

Florencia—. ¿Los rebeldes del Este, tal vez?

—O Genal —señaló Zofi—. La reina Rozalind es genalesa. Si ella tuviera un hijo, asumiendo que pueda concebir antes de que la salud de nuestro padre empeore demasiado, ese niño sería el heredero. Recuperarían las Regiones por sucesión, sin siquiera necesitar otra guerra. Pero solo si no hay otros potenciales herederos en su camino.

—No lo creo —balbuceó Akeylah.

—Tú tienes una relación demasiado cercana con la reina —dijo Florencia. Akeylah negó con la cabeza, con esperanza de ser convincente.

—Relee la nota. *Mientras yo pueda evitarlo*. Suena casi... protector. No como un conquistador. Como alguien que cuida el trono, o cree que lo hace.

Florencia arrimó una silla de un escritorio cercano y se inclinó sobre el pergamino.

—La última que recibí decía algo similar. Básicamente decía que no podía hacer esto siempre, no mientras viviera. Pero... —Ella estiró la nota sobre el escritorio—. No tiene sentido. Si alguien quiere proteger el trono, ¿por qué querría apartarnos a todas del camino? ¿Por qué no escoger a la sucesora que prefiera?

—Ren, ¿qué sucedería si el rey no nos eligiera a ninguna de nosotras como sucesoras? —preguntó Zofi.

¿Ren? Akeylah se preguntó qué se había perdido entre sus hermanas mientras pasaba su día en su búsqueda infructífera.

—Kolonya no ha estado sin un heredero directo desde... — Florencia, Ren, al parecer, frunció el ceño—. Desde el tiempo del rey Gellien. Unos cien años después de la Guerra de Reconocimiento. La Tercera Guerra Genalesa acabó con sus herederos. Tuvo que reunir a un tribunal.

—¿Cómo funciona eso? —Akeylah se inclinó hacia el frente.

—Él reunió a la alta nobleza de las otras Regiones; las familias que solían ser reyes y reinas de sus Regiones individuales, hasta que juraron su lealtad a Kolonya después de la Segunda Guerra. Llegó un postulante de cada Región: un norteño, un sureño, un oesteño y un esteño. Los potenciales sucesores vivieron y se entrenaron en Kolonya durante un año, hasta que el rey Gellien adoptó oficialmente al sucesor que había seleccionado. Con la aprobación del concejo regional, por supuesto.

—¿Qué Región ganó? —Los ojos de Akeylah se ampliaron.

—No lo recuerdo. El Norte, ¿tal vez? —Ren frotó sus sienes.

—¿Así que nuestro padre es descendiente de sangre norteña? —Zofi sonrió—. No dudo por qué los kolonenses no hablan mucho de eso.

—Si retrocedes lo suficiente, *todos* somos del mismo lugar — señaló Ren—, Genal. Pero no nos gusta precisamente reconocer nuestra historia ancestral. —Ella repiqueteó sus dedos en la

mesa—. Da igual, eso es lo que sucederá si las tres le damos la espalda al trono. Una disputa ente las Regiones.

—Demasiada motivación para que cualquiera de las Regiones quiera que nos marchemos —balbuceó Zofi—. En especial la esteña, en este momento. —Su mirada fue hacia Akeylah—. ¿Crees que haya alguna conexión entre esto y la rebelión?

—Es difícil decirlo. —Akeylah frunció el ceño mientras pensaba en su familia. El hombre que la crio, Jahen, era descendiente del último gobernante esteño que ocupó el trono. Un hecho que él nunca dejaba que sus amigos comerciantes olvidaran. Pero, aunque Tarik nunca hubiera jurado lealtad a Kolonya, Jahen no sería rey en el presente—. La sucesión en el Este no funciona como en Kolonya. Nosotros escogemos entre un grupo de nobles y mercaderes; cualquiera que haya probado tener talento en los negocios. Así que, si son los esteños, su objetivo no sería reunir a un tribunal.

Zofi tamborileó los dedos sobre la empuñadura de su daga, inquieta.

—Tenemos que dejar de suponer y comenzar a actuar. Debemos encontrar a esta persona y detenerla.

—¿Florencia? —Akeylah agarró su nota de extorsión. Su hermana levantó sus manos y dejó que Akeylah la deslizara por debajo de ella—. Esta nota me fue entregada en un sitio aislado. ¿Supongo que vuestras primeras amenazas también lo fueron?

—No esperó a que sus hermanas asintieran—. Así que, probablemente, sea alguien que conozca bien la fortaleza. Al menos lo suficiente como para entregar una carta sin ser visto. Tal vez el asesino del Príncipe Plateado. Él debe tener un gran conocimiento de la fortaleza para haber escapado de los calabozos...

Zofi y Ren negaron con la cabeza al unísono. Después Ren aclaró su garganta.

—Soy amiga de uno de los Talones que lo buscaba. Fue un estúpido error de los guardias el que le permitió escapar, no un conocimiento particular de la fortaleza.

—Aun así... —comenzó a decir Akeylah, pero Ren la interrumpió.

—Creo que no estás desencaminada. Debe ser alguien que conozca muy bien la fortaleza, alguien que cuente con años de experiencia aquí. No solo un asesino que irrumpió aquí la otra noche y al que atraparon a medio camino. Además, esta persona tiene acceso a las recámaras.

—Uno de los sirvientes, entonces. O alguien que tenga un sirviente a cargo, un noble que haya crecido en la fortaleza — reflexionó Zofi.

—Mi carta llegó con el correo. —Ren inclinó su cabeza—. Por las cocinas. Los sirvientes recogen los mensajes y los envían arriba con las bandejas del desayuno, normalmente.

—¿Así que si le preguntas a alguien en las cocinas quién lo dejó, podrían saberlo? —preguntó Akeylah.

—Vale la pena intentarlo.

Akeylah se dirigió a Zofi a continuación:

—¿Cuándo encontraste tu primera amenaza?

—La noche de la Ceremonia de Sangre. Estaba pintada en la cabecera de mi cama.

—Fue la misma noche en que encontré la mía —murmuró Akeylah.

—Yo hallé la mía cerca del amanecer —comentó Ren—. Aunque supongo que pudo haber sido pintada la noche anterior.

—Quien haya sido no perdió tiempo después de nuestra llegada. —Akeylah analizó a Zofi—. ¿Crees que subir a tu habitación por los balcones sería algo sencillo? —Zofi dudó, después asintió con la cabeza.

—No debería ser muy difícil. Eso creo.

Algo en el tono de Zofi hizo a Akeylah preguntarse si su hermanastra ya habría considerado esa ruta. O tal vez hasta la había intentado ella misma.

—De acuerdo. Así que alguien dejó mi amenaza en los jardines del cielo, luego subió hasta tu habitación. ¿En qué torre estás?

—La de obsidiana —respondió Zofi—. Cerca del último piso.

—Es demasiado para una sola noche. En especial el escribir mi

amenaza en mitad de una multitud.

—De hecho, probablemente ese haya sido el momento perfecto para hacerlo —afirmó Ren—. Todo el personal debía estar preparando la comida o trabajando en la fiesta, o metiéndose en ella para intentar hurtar algo de comida o bebidas extra.

—Así que eso no ayuda mucho. —Akeylah se cruzó de brazos.

—No, pero... —La mirada de Ren fue hacia Zofi—. Hay otro punto en los pasillos en donde tenemos razones para creer que han estado los perpetuadores, basándonos en lo que han atestiguado. Podríamos buscar allí. Ver qué pasadizos se conectan. Si podemos repasar los pasos de esta persona, podríamos averiguar algo.

Akeylah miró de un lado a otro. *Definitivamente* se estaba perdiendo algo entre sus hermanas. Pero sabía que era mejor no husmear; no después del modo en que esas dos se habían presentado allí para amenazarla. Si querían guardar el secreto, era asunto de ellas. Los mares sabían que ella ya tenía suficientes secretos propios.

—¿Qué hay de ti? —Zofi se dio la vuelta hacia Akeylah—. ¿Qué harás tú para ayudar, quedarte refugiada aquí, toda cómoda y a salvo en la biblioteca?

Los ojos de Akeylah fueron más allá de sus hermanas, hacia los estantes al fondo de la habitación. No se había aventurado a

esa zona aún, no lo había necesitado. Estaba demasiado preocupada con la sección de las Artes de Sangre. Pero había hecho una comprobación rápida de la biblioteca en su primera visita. Podía ver los estantes desde allí: *Historias familiares y linajes reales (Colonizadores genaleses — rey Andros)*.

—Sí, de hecho. —Ignoró el bufido de Zofi—. Leeré sobre nuestros compañeros cortesanos. Veré qué ramas de las antiguas familias reales de otras Regiones aún existen y quién podría ser elegible para un tribunal si, por ejemplo, nosotras tres llegáramos a renunciar a nuestro derecho al mismo tiempo. Los esteños pueden no funcionar de ese modo, pero las otras tres Regiones, sí.

—Bien. —Ren de hecho sonrió—. Entonces cada una tiene su trabajo. ¿Cuándo deberíamos reunirnos para discutir lo que descubramos?

—Tenemos nuestra próxima lección con padre mañana —dijo Akeylah—. Podemos hablar después.

—Si es que encontramos algo que merezca la pena mencionar —protestó Zofi.

—Será mejor que lo encontremos. —Ren miró al fondo de la biblioteca con los ojos entornados, a los estantes que Akeylah había indicado—. Mi última nota tenía una fecha límite. «Tienes hasta el Banquete del Glorioso Ascenso del Sol».

—Eso es en... —Akeylah tragó saliva con dificultad.

—En cuatro días. —Ren seguía sonriendo, aunque era una dura fachada para ocultar su preocupación—. Será mejor que nos pongamos en movimiento.

;Florenxia

—**P**uede que conozcas este vecindario —dijo el rey Andros. Estaba montado en su enorme caballo, rodeado por la reina Rozalind y la condesa Yasmin.

Ren se esforzaba por mantenerse en su propia montura. ¿Esa maldita bestia tenía que ser tan alta?

A cada lado, Zofi y Akeylah avanzaban sobre sus caballos con comodidad, lo que solo la ofuscaba más. Akeylah nunca antes había montado a caballo tampoco; ¿por qué parecía tan comfortable?

—Relájate —murmuró Zofi—. No es como sentarse en una silla o en un carruaje. Aflójate; deja que tus caderas se muevan.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

—Esos son los puestos del cielo —estaba diciendo Andros—. El hogar de la fuerza laboral que mantiene a la Ciudad de Kolonya en funcionamiento.

Ren levantó la vista hacia la muralla. Pisos sobre pisos de

plataformas de madera plana cerradas con lonas («puestos del cielo») salían de la roca, sostenidas por gruesos cables. De cada una de las plataformas descendían escaleras de cuerda; habitáculos de lona de dos por cuatro en los que vivían tanto como siete u ocho personas, con más de veinte pisos de altura. Ren ni siquiera podía imaginar cuántas personas sumaba eso. Vivían como aves anidando sobre la muralla de la ciudad. Algunos tenían que descender escaleras de quince metros solo para caminar al trabajo todas las mañanas.

—¿Están a salvo? —preguntó Akeylah.

—Por completo —respondió el rey Andros—. Los puestos del cielo han estado en pie desde los tiempos del rey Tyman. Él los construyó para que no tuviéramos que expandirnos fuera de los muros; en caso de un ataque, los habitantes exteriores serían difíciles de defender.

Es un detalle menor que hayan pasado cuatrocientos años desde la última vez que Genal llegó a penetrar en el reino hasta la Ciudad de Kolonya.

—Los puestos son un modo económico de proveer a nuestra fuerza de trabajo con viviendas confortables —agregó la condesa Yasmin.

A Ren le resultó difícil imaginar que vivir en plataformas de madera con lonas por paredes pudiera ser algo «confortable».

—El día de hoy hemos venido aquí para tener una audiencia con nuestra gente —continuó Andros—. Las tenemos en

diferentes vecindarios cada mes para asegurarnos de que todos en la Ciudad de Kolonya puedan asistir. Durante estas audiencias escuchamos las opiniones de nuestros ciudadanos, respondemos preguntas y aliviamos cualquier preocupación que puedan tener.

Sus caballos giraron en la última calle pavimentada y avanzaron por el camino de tierra que bordeaba el muro. Al frente, Ren vio un escenario de madera levantado en mitad del camino. Y a su alrededor...

Por el Sol.

El camino estaba atestado. Más personas de las que Ren podía contar estaban reunidas alrededor del escenario, y al otro lado esperaba una línea de al menos siete calles de largo. Todos estaban vestidos con trajes; algunos andrajosos. Llevaban claramente las mejores ropas que poseían.

Una sensación de asombro la invadió.

Estos son los verdaderos kolonenses. La fuerza vital que mantiene latiendo el corazón del reino.

Dentro de los muros de la fortaleza era sencillo olvidarse del mundo exterior. Era sencillo caer en la trampa de pensar que solo los nobles importaban, solo las damas y señores y sus opiniones. Solo los problemas de Ren, como el extorsionador que debía estar buscando en ese momento, porque *quedan tres días hasta el Ascenso del Sol.*

Pero esas manos granjeras y esos trabajadores eran las verdaderas personas a las que los líderes debían escuchar. Sin ellas, la civilización caería en pedazos.

Ren resolvió hacer a un lado sus propios problemas por ese día. *Nuestra gente debe estar primero.*

La procesión del rey llegó directamente al pie del escenario. La plataforma había sido dividida en tres secciones, cada una separada por lonas para crear tres carpas. Frente a cada una, Ren vio a nerviosos mercaderes, granjeros y obreros. Un mar de rostros kolonenses, intercalado con la ocasional cabeza afeitada de un esteño o el pelo oscuro de un norteño.

Pero no muchos esteños como Akeylah. Y ningún otro Viajante, tampoco; no resaltaba ninguna maraña de salvajes rizados negros delatores.

Eso explicaba por qué Akeylah y Zofi ya estaban recibiendo miradas.

El rey Andros desmontó con un estallido de aplausos. Continuaron mientras la condesa Yasmin descendía de su caballo. Sin embargo, cuando la reina Rozalind desmontó, los aplausos se debilitaron. Algo poco sorprendente, supuso Ren, dada la nueva paz tentativa entre sus reinos.

Pero, cuando un Talon ayudó a Akeylah a bajar, ese incómodo silencio se profundizó. Para el momento en que Zofi desmontó, la multitud los observaba en un silencio total.

Turno de Ren.

Ella se liberó de los estribos. Un Talon la atajó y la ayudó a bajar a un terreno inestable que solo la hizo resentir más al caballo.

La multitud observó.

Tenía que admitir que eso la sorprendió. Parte de ella había esperado ser más popular que sus hermanas, al menos allí, entre kolonenses regulares. La golpeó recibir la misma respuesta vacía. Lo que fuera que esas personas sintieran por Andros, su aprobación no se extendía a sus hijas recientemente reconocidas.

—Como podéis ver —dijo Andros a sus hijas—, hay demasiadas personas para que yo las reciba una por una. Afortunadamente, ahora tenemos a más miembros de la familia real para resolverlo. Nos dividiremos en tres grupos; Akeylah, tú y yo nos reuniremos con los mercaderes y comerciantes. ¿Creo que tienes algo de experiencia en esta área gracias a tu padrastro?

Akeylah hizo una reverencia y dio las gracias al rey, aunque Ren notó que no respondió a la pregunta.

—Zofi. —Andros miró a su hija—. Tú y la reina Rozalind recibiréis a los obreros y a los miembros de la agrupación de la construcción. Creo que su trabajo te resultará interesante.

El ceño de Zofi se frunció ante esa afirmación, pero si se

preguntaba a qué se refería el rey, no lo expresó. Simplemente inclinó su cabeza y se acercó a la reina.

El estómago de Ren dio un brinco cuando finalmente se dio cuenta de lo que eso implicaba. El rey Andros se dirigió a ella.

—Florencia, tú y la condesa Yasmin escucharéis las preocupaciones de los granjeros. Es un asunto muy importante, pero confío en que lo manejarás con cuidado.

La mirada que Yasmin le lanzó a Ren claramente decía que ella no estaba de acuerdo.

Andros guio el camino hacia el escenario. Los tapices que dividían las carpas tenían insignias de alatormentas y escenas de antiguas batallas. Él ocupó la carpa central con Akeylah, mientras la reina Rozalind guiaba a Zofi a la más lejana.

Yasmin se detuvo frente al cubículo más cercano, luego lanzó una mirada fulminante hasta que un Talon se acercó a mover el tapiz para ella. Dentro de la carpa se encontraban dos sillas de aspecto incómodo. Ren se sentó en una e intentó ignorar las protestas de Yasmin.

Muy bien, así que ella estaba emparejada con el miembro menos deseable de la familia real. No tenía importancia. Podría sacar lo mejor de esa situación.

Eso era lo que había estado deseando, después de todo. La oportunidad de probar su habilidad para el liderazgo. De escuchar las preocupaciones de personas reales, de ayudar a

mejorar sus vidas.

Y entonces, el primer granjero entró al cubículo de audiencia.

—Me han dicho que podría reunirme con Su Majestad el día de hoy, damas —dijo el hombre después de tropezar entre sus reverencias.

Pasó un momento. Ren lanzó una mirada a Yasmin, que la miraba expectante. *Por el Sol*. ¿Se suponía que ella respondiera?

Demasiado tarde. Yasmin puso los ojos en blanco y se inclinó hacia el frente.

—Como puede ver, tenemos una muy amplia concurrencia este mes. Intentamos reunirnos con tantos ciudadanos como nos sea posible; para hacer eso, debemos dividirnos. Pero le aseguro —entonces sonrió. Ren no estaba segura de haber visto a la condesa hacer eso antes. Parecía forzada—, que lo que nos diga a mi sobrina y a mí, el rey Andros lo escuchará. Somos sus mensajeras.

—Aprecio eso, milady. Es solo que este es un asunto urgente, y creo que Su Majestad querrá saber de esto lo antes posible.

—Escuchémoslo entonces. —La sonrisa de Yasmin se endureció—. Para que podamos actuar de inmediato.

La mirada del hombre pasó entre ellas una vez más, con su decepción mal disimulada. Ren se resistió a fruncir el ceño. ¿Cómo podía ayudar si las personas no compartían sus preocupaciones? Solo querían al rey. Ni siquiera confiaban en su

hermana melliza, ni mencionar en Ren.

—Esperamos una plaga en los granos, milady —concedió el granjero con un suspiro. Pasó un momento antes de que Yasmin respondiera.

—Su Majestad está al tanto de esto. La agrupación de agricultura lo reportó dos meses atrás.

—Lo sé, milady, pero esta semana ha dado un vuelco. Ayer encontré la mitad de mi campo de trigo muerto, la otra mitad infectado.

—La agrupación está desarrollando una cura mientras hablamos.

—Con todo el debido respeto, para cuando la agrupación encuentre un tratamiento ya podríamos haber perdido toda la cosecha. Y, hablando por mi propia familia, no tenemos reservas privadas para llegar hasta la próxima.

Yasmin frunció el ceño. Cuando no respondió, Ren habló:

—¿Qué implica eso para su familia, señor? ¿Necesitará comprar comida extra mientras tanto?

Él parpadeó. Pareció tomarle un momento el procesar la pregunta.

—Implica que moriremos de hambre, milady.

El estómago de Ren dio un brinco. *Eso no está bien.* ¿Kolonenses muriendo de hambre en su propia ciudad?

—No podemos permitir eso. —Su voz se elevó con vehemencia

— Mi padre encontrará un modo de alimentar a su familia, a cualquier familia que lo necesite, hasta que curemos la plaga.

Yasmin se movió en su asiento. Escondida debajo de su falda, dio un pisotón a Ren. Ella se mordió el labio para evitar jadear.

—Muchas gracias por darnos a conocer este asunto — interrumpió Yasmin—. Veo lo urgente que se ha vuelto la situación. Se lo transmitiré a mi hermano de inmediato.

—Lo aprecio, condesa. —El granjero volvió a inclinarse. Cuando se enderezó, miró a Ren—. Y, milady... su promesa es generosa. Gracias por cuidar de nosotros. Su padre es un hombre listo y amable. Veo que es de familia.

—Estoy feliz de ayudar a mi gente de cualquier manera que me sea posible —respondió ella.

El Talon que manejaba la entrada a la carpa hizo salir al granjero. Antes de que pudiera hacer entrar al siguiente, Yasmin levantó una mano para detenerlo.

—¿Qué ha sido eso, en nombre del Sol? —Yasmin golpeó el anillo insignia con el punzón de sangre contra el brazo de la silla.

—Lo has escuchado. —Ren señaló la abertura de la carpa—. Su familia tiene hambre. Él es un ciudadano de Kolonya. No dejamos que nuestro pueblo pase hambre.

—No podemos prometer comida a cada ciudadano que la pida. No hasta que sepamos exactamente cómo de mala es esta plaga

y cuánto durará. —La voz de Yasmin fue más baja, furiosa—. Si perdemos toda la cosecha, esa familia no será la única que pase hambre. Podríamos importar comida de las demás Regiones, pero la mitad de la comida de la fortaleza crece aquí. Los precios se irían por las nubes; apenas podríamos alimentar a los nobles, sin mencionar a los pobres.

—¿Y cómo rellenaríamos nuestras despensas en la próxima cosecha si dejamos que todos nuestros granjeros mueran?

—Los granjeros son tan numerosos como los rayos de sol en el cielo —sentenció Yasmin—. Los líderes no lo son. «Un cuerpo no puede funcionar sin su corazón»; debemos protegerlo a cualquier coste.

Por muy insensato que fuera discutir, Ren resopló:

—Esa cita es acerca de *Kolonya*. Sobre proteger este reino por encima de todo. El dejar que los kolonenses mueran de hambre es lo opuesto a lo que *La Historia* aconseja.

—*La Historia* fue escrita por reyes. ¿Crees que esos hombres habrían vivido lo suficiente para escribirla si les hubieran dado toda su comida a sus seguidores?

A esto se refiere Danton cuando habla sobre la causa del Este, descubrió Ren. Eso era lo que Akeylah y Zofi odiaban, lo que muchas otras regiones sentían cuando escuchaban *Kolonya primero*. La hipocresía la atravesó como una espada.

Nunca se trataba de la familia. No para gobernantes como

Yasmin. Nunca se trataba de cuidar de Kolonya, de hacerla lo más fuerte que pudiera ser.

No era *Kolonya primero*, era yo *primero* y *al diablo el resto*.

—Haz pasar al próximo demandante —ordenó Yasmin al Talon. Por lo bajo, murmuró—: Y tú. No vuelvas a hablar a menos que te lo pida. Ya has hecho suficientes promesas caprichosas por el momento.

Ren apretó sus manos para ocultar su furia.

Escuchó. Y obedeció. Por el momento. Porque un día, algún día cercano, esa sería su convocatoria. Su trono, su gente para guiar. Que el Sol la cegara si cometía los mismos errores egoístas y sin visión que la condesa Yasmin.



Las jóvenes se reunieron en el campo detrás de la fortaleza después de haberse excusado de la lección para salir a caminar. A unos cuantos kilómetros, los Talones entrenaban a pichones de alatormentas. Las aves volaban sobre sus amos en largas cuerdas de cuero. Ocasionalmente, uno descendía y atrapaba un saco entre sus garras.

—Aquí están. —Akeylah extendió dos trozos de papel, uno para Ren y otro para Zofi.

Ren miró los nombres. *Lord D'Verre Gavin, lady D'Rueno Lexena, lady D'Feraoh Tjuya, lord Siraaj dam-Senzin.*

—¿Qué es lo que estoy viendo?

Su mente seguía en la lección. Todos los granjeros habían contado la misma historia; granos debilitados, agonizantes. Familias que ya estaban hambrientas, solo con estómagos vacíos en su futuro.

Una y otra vez Yasmin había repetido las mismas cosas. *La agrupación está trabajando en eso. Adquiriremos provisiones alternativas de la Región Oeste. No os preocupéis.*

Una y otra vez Ren se mordía la lengua para no decir la verdad. *Ella está mintiendo.* Ah, comprarían provisiones de la Región Oeste, de eso estaba segura. Pero Ren apostaría su pierna izquierda a que cada cargamento acabaría en la fortaleza. Aunque los depósitos estuvieran llenos, los nobles acumularían cualquier alimento extra. *Solo por si acaso.*

Los granjeros no tendrían alivio.

—Estos son los potenciales sucesores —explicó Akeylah. Ren llevó su mente de regreso al presente.

Cierto. Extorsionador. Posibles candidatos.

—He trazado las líneas de cada antiguo linaje real. Oeste, Norte, Sur y Este, en ese orden. Si llegara a un tribunal...

—Espera. —Ren miró el último nombre. Los nombres eran diferentes en la Región Este; las familias se apegaban a un apellido por generaciones, en lugar de adoptar el primer nombre patronímico—. ¿Esa no es tu familia? ¿Senzin?

—Mi hermano mayor, Siraaj. —Akeylah hizo una mueca—. El linaje de mi padrastro fue de la realeza en algún tiempo. Como dije la última vez que hablamos, la sucesión en el Este no solía funcionar como en Kolonya, en el tiempo en que éramos un reino separado. Pero, dado que ahora operamos con las leyes de Kolonya, él sería convocado para un tribunal.

—Bien, probablemente ya podríamos tacharlo de todas formas. —Zofi rio—. Es decir, él no amenazaría a su propia hermana.

—Yo no estaría tan segura —balbuceó Akeylah. La atención de Ren se agudizó.

—¿Tienes alguna razón para creer que él podría estar involucrado en la rebelión?

—Los rebeldes no lo querrían en el trono. —Akeylah negó con la cabeza—. Si la Región Este recupera alguna vez su independencia, elegiríamos a un nuevo líder. Además, mi hermano podrá ser una mala persona, pero no es tan rebuscado como para idear un plan como este. —Ren regresó a la lista.

—La familia de Lexena ha vivido en Kolonya durante generaciones. Ella es tan norteña como nuestro padre. No puedo imaginar que se una a una causa separatista.

—Aun así, es una descendiente directa del último rey del Norte. —Akeylah se encogió de hombros—. Es nuestra prima lejana, de hecho.

—Gavin, él ha llegado más recientemente. —Ren hizo un mohín—. Su padre, Verre, es propietario de la mayoría de las granjas de la Región Oeste. A él es a quien tendríamos que comprarle cientos de toneladas de granos si no podemos curar esta plaga. —Todas lo habían escuchado en sus reuniones del día y lo habían discutido brevemente antes de este punto.

—¿Crees que la plaga podría estar relacionada con el ataque de Bahía Ardiente? —Zofi levantó una ceja—. ¿Una táctica para hacer que nos muramos de hambre?

—Parece muy rebuscado —respondió Ren.

—Y la plaga no es originaria de Kolonya —señaló Akeylah. Cuando las otras dos la miraron, se encogió de hombros—. Escuché hablar de ella a los comerciantes antes de que nos mudáramos aquí. Ha estado afectando a la Región Este durante meses.

—Lo que nos deja a lady Tjuya. —Ren hizo una pausa. Durante la cena el otro día, Sarella y Tjuya parecían uña y carne. Sarella podía no ser la extorsionadora, pero era fácilmente influenciable. Ren sabía que se creía cada rumor que escuchaba. Si Tjuya era más lista de lo que aparentaba y sabía dónde plantar rumores...

Aunque, si lo pensaba mejor, Aud le había dicho que Tjuya había estado en la fiesta de lord Hane también, que había tenido lugar la misma noche en la que Ren y Zofi habían

irrumpido en los calabozos. Tampoco podía ser Tjuya. El extorsionador (o al menos alguien que espiaba por él) estaba en los pasillos de servicio esa noche.

—Debemos investigarlos a todos —estaba diciendo Zofi—. No excluyáis a nadie solo porque *penséis* que es leal. Después de todo, es de la corte de lo que estamos hablando. —Sus ojos oscuros se endurecieron cuando ella también levantó la vista a la fortaleza. Ren casi sonríe.

—¿Qué es eso, hermana? Comienzas a sonar como una kolonense.

—No me llames así. —Zofi hizo una mueca.

—¿Alguna de vosotras ha descubierto algo en su búsqueda? —preguntó Akeylah. Ren negó con la cabeza.

—Hablé en las cocinas. Nadie recordaba haber visto a alguien dejar una nota para mí. Pero las cocinas están abiertas al público. Sería casi imposible nombrar a todos los que las visitan en un día.

—Es lo mismo con el sitio en donde... el extorsionador nos vio —agregó Zofi tras una pausa y miró a Akeylah—. Repasé nuestros pasos. Hay un pasadizo desde cada torre hasta ese punto; desde la de cerezo, desde la de palisandro, desde la de obsidiana, desde la de marfil, la de aliso...

—Cualquiera que conozca bien la fortaleza podría haber estado allí, básicamente. —Ren suspiró—. Eso nos deja una

larga lista de sospechosos también. Por el Sol.

—Así que nuestro primer intento no nos ha dicho mucho —concluyó Akeylah—. Está bien. Aún esperamos una segunda carta para Zofi, ¿verdad? ¿Hay alguna forma de que podamos vigilar el sistema de correo al igual que las habitaciones, para intentar adelantarnos a la entrega?

Ren pensó en Audrina. El vigilar a Sarella no le había dado mucha información, pero podía pedirle otro favor a Aud, uno que tuviera mejores resultados.

—Puedo hacer que alguien de confianza vigile el correo en la cocina —comentó.

—Yo puedo instalar algunas trampas simples por mi habitación —agregó Zofi, pensativa—. Tal vez una trampa con cuerdas detrás de la puerta y algunas campanas alrededor de las ventanas...

—¿Tus criadas no las activarían todo el tiempo? —Ren frunció el ceño.

—Como si tuviera criadas. —Zofi resopló.

Bueno, eso explicaba muchas cosas sobre el estilo de vestir de Zofi.

—Suena como un plan —comentó Akeylah. Intentó sonreír, pero parecía forzada—. Aún nos quedan tres días. Esta persona cometerá un error en algún momento.

—Y cuando lo haga... —Zofi pasó un dedo por su garganta.

Akeylah se estremeció. Ren solo asintió, con los puños cerrados.

—Haremos que se arrepienta de meterse en nuestro camino.

Zofi

—Quería darte las gracias. —Zofi se apoyó contra la puerta del establo y observó a Vidal cepillar a su caballo—. Por creerme.

Él le había estado dando la espalda, pero entonces le lanzó una mirada por encima de su hombro, sus ojos color avellana duros como la madera en la luz de la tarde. Zofi se había dirigido a los establos después de haber instalado trampas con cuerdas en su habitación, buscando liberar otro poco de su inagotable energía. Y, debía admitir, porque sabía que le debía al menos eso a Vidal.

—No tienes nada por que darme las gracias —respondió tras una larga pausa—. Como tú has dicho, era una vida inocente. Yo no tenía elección en el tema.

—Aun así. —No podía mantenerle la mirada. Fijó los ojos en su camiseta, una prenda delgada, empapada de sudor por haber estado practicando bajo el sol del mediodía—. Podrías haber

escogido el deber sobre la verdad. Podrías haberlo dejado ir a la horca.

Vidal frunció el ceño y luego volvió a darse la vuelta.

—Me alegra mucho el haber arriesgado mi honor y mi posición para salvar tu consciencia ya manchada.

—Mi consciencia no está manchada —respondió ella, de forma automática.

—Mucho mejor. Me alegra haberme arriesgado por una asesina sin remordimientos, entonces.

—Vidal. —Zofi entró al establo. Él se quedó quieto, una mano en el cepillo, aunque no volvió a darse la vuelta—. Te lo dije, fue en defensa de mi amigo. Nicolén estaba a punto de asesinarlo. Estaban peleándose por nada más que un maldito *juego de cartas*.

El silencio se extendió durante un momento. Después Vidal continuó cepillando su caballo, con más fuerza entonces.

—El príncipe era temperamental. Elex debió haberlo provocado de algún modo.

—¿Y eso justifica el *asesinar* a alguien? —Ella cerró sus puños—. Si un hombre te golpea simplemente por ser como eres, ¿eso sería tu culpa? «Un Viajante menos solo hará de este un mundo mejor». Eso fue lo que él dijo justo antes de atacar. ¿Eso suena como algo que diría una buena persona? ¿Como un príncipe o un amigo digno de tu lealtad?

Cuando volvió a levantar la vista, Vidal había hecho el cepillo a

un lado. Pasó las manos por su pelo, lo aferró en sus puños, tiró un poco. Y entonces era él el que no la miraba a los ojos. Finalmente, dejó caer sus brazos con un gruñido.

—Lo he escuchado decir algo como eso antes. En el frente, durante la guerra, sobre Genal. Nunca pensé que...

—¿Nunca pensaste que él creería eso de personas reales, solo de enemigos de guerra? —Zofi alzó las cejas. Vidal negó con la cabeza.

—Eso sigue sin hacer que esto esté bien, Zofi. Has asesinado a un hombre.

—Entonces, entrégame. —Eso hizo que la mirada de él se disparara a la de ella, fija en sus ojos.

—¿Y ver cómo te cuelgan? —Una arruga apareció en su frente—. ¿Qué bien haría eso? Muerte por muerte solo sirve a un campo de batalla más sangriento.

—Entonces deja de castigarte. Has hecho lo correcto, aunque sé que debe haber sido difícil ir en contra de tus órdenes. Especial para salvar a un vagabundo.

Vidal se sobresaltó.

—Lamento que los otros Talones te llamaran así. Yo no creo que seas una vagabunda.

—Pero lo soy. —Ella se encogió de hombros—. Los kolonenses dicen esa palabra como si fuera algo de lo que avergonzarse, pero yo estoy orgullosa. Me encanta a mi banda, mi estilo de

vida. Solo cuando tu gente dice *vagabundo* como un insulto se vuelve algo negativo.

Vidal la analizó durante un largo y silencioso momento. Como él no dijo nada más, ella hizo sonar su cuello.

—Da igual. Lo que sea que sientas sobre lo que sucedió, cuales fueran tus razones para ayudar y para guardar silencio sobre mí ahora... Gracias. Eso era todo lo que quería decir.

Se giró para marcharse. Los establos olían como su hogar (caballos, sudor y heno) y solo empeoraba el dolor de su pecho. El hueco en el que debería estar Elex.

—Zofi —dijo Vidal.

Ella miró atrás. Y entonces todo el mundo giró bajo sus pies. Su cabeza dio vueltas, los límites del establo se volvieron borrosos y sangrientos, como cuando frotas tus ojos demasiado fuerte con la palma de la mano.

Frente a ella, donde Vidal había estado un segundo antes, el Príncipe Plateado miraba a Zofi desde arriba.

Su piel se heló. No podía moverse, no podía correr, ni siquiera podía hacer que su mano fuera al cuchillo en su cadera.

«¿Qué sucede, Zofi?», la voz del príncipe Nicolen era áspera, gutural, justo como ella la recordaba. Le despertó una catarata de recuerdos; *sangre en sus manos, sangre en la tierra*. «¿No te alegra verme?». Su boca se abrió ampliamente, la grotesca parodia de una sonrisa. El hedor de una tumba de dos meses de

antigüedad la azotó.

Quería gritar, pero ni siquiera sus pulmones le obedecían.

«Qué traidor ese Vidal. Él me dijo que yo era su hermano de armas. Me dijo que se interesaba por mí. Y ahora aquí está, perdonando a mi asesina». El Príncipe Plateado chasqueó su lengua con desaprobación. «Ah, bueno. Está bien. Aún queda una persona ahí afuera de la que me vengaría». Él se inclinó, así que sus labios rozaron la oreja de Zofi. Su aliento, caliente y frío, a la vez, hizo que las rodillas de ella temblaran. «Tienes hasta el Ascenso del Sol, Zofi. Tres días. Si no has dejado la Ciudad de Kolonya para entonces, me aseguraré de que Vidal no sea la única persona que conozca tu sangriento secreto...».

El pánico se apoderó de ella. Finalmente, obligó a sus piernas a moverse. Tropezó hacia atrás, hasta que su codo chocó contra madera astillada.

—Zofi.

Cerró los ojos, se dobló por la mitad. *No es real, no es real.* Cuando volvió a levantar la vista, Vidal estaba sobre ella, con el ceño fruncido. Tenía una mano levantada, a punto de tocar su hombro, aunque dudó entonces.

—¿Qué te ocurre?

Ella parpadeó. Frotó su sien.

—Yo... no estoy segura. ¿Me he desmayado?

—Parecías estar bien durante un momento. —Él negó con la

cabeza—. Y al siguiente estabas tambaleándote hacia atrás, por la puerta del establo, como si acabaras de ver a un demonio.

—Lo siento. Debe ser la temperatura aquí. Hace calor, ¿no? — Vidal le ofreció una mano, pero ella la ignoró y en su lugar se apoyó en la pared y volvió a ponerse de pie—. Necesito aire fresco.

—¿Estás segura de que estás bien? —Miró su cara con el ceño fruncido.

—¡Por supuesto! —Zofi pasó tras él, fuera del establo.

—Zofi...

—Tengo que irme —interrumpió, antes de que él pudiera siquiera terminar la oración. No le dejó explicar lo que fuera que estaba a punto de decir antes de que ella se marchara. Arenas. Se dio prisa, se alejó de los establos lo más rápido que se atrevió a caminar.

Necesitaba hablar con sus hermanas.



Ren y Akeylah la encontraron en el patio interior. Un tranquilo rincón de césped entre las diez torres, decorado por una simple fuente en la forma de un alatormenta luchando contra un pez. El punto perfecto para encontrarse sin ser detectadas. Especial a esa hora, justo después de la cena, con la sombra de las tres lunas atravesando el patio. Solo una entrada, sin

pasillos ocultos o puntos ciegos. Ningún sitio en donde pudiera esconderse un espía. Además, el fluir del agua de la fuente aseguraba que sus voces no llegaran lejos.

—¿Y bien? —Ren se giró y se sentó junto a Zofi en el borde de la fuente—. Veamos esta nueva amenaza.

—No puedo mostrársela —respondió Zofi.

—Tenemos que confiar la una en la otra si queremos atrapar a esta persona —dijo Akeylah. Zofi negó con la cabeza.

—No puedo mostrársela porque no fue una nota. —Ella apretó los dientes. Sabía cómo sonaría eso—. Fue... yo vi la amenaza.

—¿Quién la entregó? —Los ojos de Ren se ampliaron—. ¿Cómo era?

—No, no es eso... —Zofi suspiró—. Vi a una persona que no podría haber estado ahí. A un hombre muerto. Él apareció justo delante de mí y parecía tan real como tú. Me dijo que tenía hasta el Ascenso del Sol para marcharme o él les contaría a todos mi secreto.

—Estamos siendo extorsionadas por un zombi —sentenció Ren.

—No, no era realmente él, obviamente. Fue una visión. Yo estaba con alguien más y él no vio nada.

—Una proyección mental. —Akeylah inclinó la cabeza.

—¿Una qué? —Ren y Zofi fruncieron el ceño.

—Es un diezmo. Uno bastante raro y poco frecuente; requiere

una hábil manipulación de las Artes. Sin mencionar un fuerte poder de concentración.

—¿Cómo podría ser un diezmo? Yo no hice nada.

—Un diezmo que alguien te hizo a ti, Zofi. —Akeylah la miró intensamente. El ceño de ella se frunció.

—Pero eso significaría que...

—Artes Vulgares —concluyó Ren y tocó su labio inferior—. ¿Estás segura de haber escuchado algo sobre ese diezmo, Akeylah?

—Acabo de terminar un libro que lo describe, de hecho. Durante la Guerra de Reconocimiento, la nieta de un comandante genalés de alto rango lo utilizó para convencerlo de que toda una flota naval estaba atacando sus embarcaciones desde el este. Él ignoró los argumentos insistentes de sus otros oficiales y llevó a todo su ejército en esa dirección. Entonces Kolonya atacó a su flota por detrás.

—Arenas. Un buen truco. —Zofi parpadeó.

—¿Están pensando lo mismo que yo? —Ren miró de Zofi a Akeylah. Akeylah asintió.

—Para usar las Artes Vulgares contra alguien...

El peso que se había instalado en las entrañas de Zofi desde la aparición en los establos se hizo más duro. Hizo que su estómago rugiera, que sintiera náuseas, mientras la revelación se asentaba.

—Debe ser alguien relacionado conmigo.

Akeylah

Quedan dos días. Ese fue el primer pensamiento en la mente de Akeylah cuando la irritable encargada de la biblioteca, Madam Harknell, la despertó con una llamada del rey.

Akeylah, reúnete conmigo en el solar para tu próxima lección.

Deseaba poder poner alguna excusa. No había tiempo para lecciones, no en esos momentos.

Dos días para encontrar al extorsionador. Dos días antes de que fuera expuesta como una traidora de sangre o de que fuera forzada a escapar de la Ciudad de Kolonya para evitarlo. ¿A dónde iría? ¿De regreso a casa con su padrastro?

Cualquiera de los dos caminos la mataría. Una ejecución por ahorcamiento o por una botella de licor de cebada. No tenía importancia. La muerte era la muerte.

Le quedaba una sola ruta de escape posible. Pero el tiempo se estaba acabando y aún no tenía ninguna pista real. Estaba convirtiéndose rápidamente en una experta en diezmos

inusuales y en los peligros de utilizar las Artes Vulgares, aunque eso no la ayudaba a reducir su lista de sospechosos. Si algo hacía, era convencerla más de que cualquiera podía aprender a maldecir a su propia familia, si era dedicado y estudiaba lo suficiente esos libros.

Lo que, supuso Akeylah, debía sorprenderla a *ella*, entre todo el mundo.

Necesitaba quedarse en la biblioteca. Seguir investigando. Pero tampoco podía ignorar una orden directa del rey.

—Te veré esta noche, sin duda —dijo Madam Harknell mientras ella levantaba sus cosas. Si no estaba equivocada, la mujer parecía un poco menos molesta de lo que había estado en los últimos días.

Ligeramente.

—Si la Madre Océano quiere —respondió Akeylah de camino a la salida. Harknell gimió, aunque la saludó también. A ese ritmo, se haría amiga de la bibliotecaria justo a tiempo para invitarla a su ejecución.

Su mente estaba acelerada.

Los hechos: el extorsionador conocía los pasadizos de la fortaleza. Tenía acceso a las cocinas y al servicio de correo. Estaba relacionado con Zofi dentro de al menos cuatro generaciones, y posiblemente con Akeylah y Ren también, aunque eso solo el tiempo lo diría. Y quería que las tres

potenciales herederas se marcharan.

Y, como Ren había señalado, tenía una escritura muy cuidada.

Conexiones posibles, no mencionadas aún: podía ser el asesino del Príncipe Plateado; aunque Zofi no lo creía y Ren parecía estar de acuerdo. Podía ser el mismo rebelde, o grupo de rebeldes, que había orquestado Bahía Ardiente; aunque Ren tampoco parecía creer eso.

Motivaciones: ¿desequilibrio? Reunir un tribunal y hacer que se escogiera un heredero de otra Región, tal vez. O desestabilizar Kolonya al servicio de algún otro ataque exterior.

Akeylah recorrió todo el camino al solar con el ceño fruncido. Entró, perdida en sus pensamientos y aún vestida con el traje informal que usaba en la biblioteca. Se arrepintió de eso en el instante en que levantó la vista y vio a nueve nobles bien vestidos que la observaban.

El solar, al parecer, era el sitio más raro de la fortaleza en el que había estado hasta entonces. Se encontraba en la cima de la primera torre; sus muros, blancos como huesos. Un techo de cristal proveía luz más que suficiente en la habitación; luz que reflejaba gemas de todos los colores en las paredes.

En medio del vertiginoso arcoíris se encontraba un reloj de sol, cuya sombra caía a través de una escultura tridimensional en relieve de las Regiones.

Ella apartó una silla con forma de caracola marina en la

esquina noreste del mapa, la última que quedaba.

Además del contingente habitual del rey Andros, la condesa Yasmin, la reina Rozalind y las hermanastras de Akeylah, contó otras cuatro personas en la habitación. Reconoció al embajador Danton, pero no a las otras tres. Aunque no requirió mucho esfuerzo ver el significado, basada en los prendedores en las camisas de cada uno de los nobles. Un gran gato del Sur, un escalador de arena del Norte y una garza del Oeste. Y, por supuesto, el pez de Danton.

Ese debía ser el concejo regional.

Rozalind la miró durante un breve instante y le ofreció una sonrisa apenas visible. Akeylah no la había visto desde que habían cabalgado juntas hacia su última lección e, incluso entonces, apenas habían tenido oportunidad de hablar antes de que Akeylah y el rey fueran a escuchar a los mercaderes quejarse de los precios de los impuestos durante horas. No había tenido un momento a solas con Rozalind desde que la reina la dejara de pie en el pasillo fuera de su habitación, con palabras de despedida resonando en sus oídos.

Si encuentras una razón lo suficientemente buena para quedarte... con egoísmo, espero que lo hagas.

Por mucho que Akeylah quisiera darle una respuesta (por mucho que deseara que esa respuesta fuera sí), no podía. No hasta encontrar a su extorsionador. No hasta que evitara que

revelara su secreto.

Hasta entonces, Rozalind estaba más segura sin tener relación con Akeylah. Si ella caía por traición, se rehusaba a ensuciar el nombre de la reina genalesa en el proceso. Rozalind ya tenía demasiadas opiniones negativas que encarar.

—Gracias por venir —dijo Andros. Su voz temblaba y parecía visiblemente cansado, el blanco de sus ojos parecía amarillo bajo la luz multicolor—. Perdonen si sueno un poco distraído; aún estoy recuperándome de una larga noche.

El embajador rio. La mirada de Akeylah dejó a su padre y se enfocó en los presentes mientras él los presentaba.

A Danton ya lo conocía. Lord D'Morre Perry resultó ser el embajador de la Región Sur, lady D'Vangeline Ghoush la del Norte y lord D'Ercito Kiril de la Oeste. Ren, sentada entre Akeylah y Zofi, golpeó sus costillas con el codo ante el apellido de lady Ghoush. Akeylah también lo reconoció.

Lord D'Vangeline Bueno era el padre de Lexena. Lady D'Vangeline Ghoush debía ser su hermana. Así que no solo Lexena descendía de antiguos reyes de la Región Norte, sino que su tía servía como embajadora de esa región.

Interesante.

—Ahora, hechas las presentaciones. —El rey Andros aplaudió—. Vamos a los negocios. Ayer, mi familia y yo visitamos los puestos del cielo, en donde oímos algunas noticias

problemáticas sobre la plaga de los granos. Tendremos que aumentar nuestra importación de trigo durante el próximo mes, solo para estar seguros. Embajador Kiril, he escuchado que la Región Oeste podría tener un excedente para vendernos.

Kiril miró entre Danton y el rey.

—Ya hemos vendido la mayor parte de nuestro excedente a la Región Este, Su Majestad, después de escuchar que una plaga similar afectaba sus granos.

—¿Cuánto queda? —preguntó Andros.

—Alrededor de cuatro mil toneladas, Su Majestad.

Durante un momento, Andros solo hizo una mueca. Al principio, Akeylah pensó que esa era su respuesta. Después se dio cuenta de que él se estaba enfrentando a un ataque de dolor. A su lado, Yasmin se tensó. Jugó con el anillo en su dedo, girándolo de un lado al otro. Akeylah se preguntó si la condesa iba a ofrecérselo a su hermano, para que hiciera un diezmo de curación frente a todos esos nobles.

Un diezmo de curación podía ayudar al dolor del rey, aunque no detendría lo inevitable, ella lo sabía.

Sus venas ardieron de culpa.

Finalmente, Andros se enderezó en su silla.

—Eso apenas abastecería a la ciudad durante un mes. Sin mencionar a nuestra población en el campo kolonense. Necesitaremos comprar algo de vuestras reservas de

emergencia también, Kiril.

El embajador del Oeste no parecía complacido.

—Su Majestad, si la plaga avanza más al este, hacia los campos...

—Nuestra agrupación agrícola evitará que eso suceda —afirmó Andros—. Embajador Danton, ¿cuánto excedente ha comprado para su región? Podríamos necesitar algo de eso también.

—Con el debido respeto, Su Majestad, mi gente ya está pasando hambre. —Akeylah no ignoró la mirada que Danton le lanzó a Ren, o la forma en que su hermana evitó esa mirada—. He tenido que echar mano en mis arcas personales para comprar ese excedente. No podemos permitirnos venderle nada de eso.

—Todos tendremos que ajustar nuestros cinturones si queremos pasar esta temporada. —De algún modo, Andros logró mantener su tono calmado y ligero—. Debemos compartir. Unidas, las Regiones son fuertes, pero si permitimos que la escasez nos divida y acaparamos comida y provisiones de forma egoísta, nos debilitaremos. Nos volveremos vulnerables a un ataque.

Danton se inclinó hacia adelante.

—Eso está muy bien viniendo de la Región mejor alimentada. Pero ¿dónde está esa actitud de todos para uno cuando Kolonya

tiene que ajustar su propio cinturón? Las Regiones exteriores se mueren de hambre mientras aquí celebran festines.

—No celebramos festines...

—¿Qué sucederá en dos días? ¿El Banquete del Glorioso Ascenso del Sol?

Andros volvió a hacer una pausa. Esta vez no era dolor lo que endurecía su expresión, sino enfado.

—El Ascenso del Sol es un ritual religioso, una tradición que tiene siglos de historia. Honra a los dioses, sus obsequios y la gratitud de las Regiones por ellos. Dejar que un evento semejante pase sin celebrarse sería peor que una derrota en la guerra; sería defraudar nuestro propio estilo de vida.

—¿Así que valora ese *estilo de vida* por encima de verdaderas vidas humanas de otras Regiones?

—¿No podemos valorar ambas cosas? —preguntó Akeylah.

Toda la habitación quedó en silencio, incluso su padre. Todas las miradas giraron en su dirección. Y ella resistió la repentina necesidad de esconderse debajo de la mesa.

Pero alguien tenía que decir eso. Akeylah se enderezó en su silla.

—Aún podemos celebrar el evento, podemos celebrar el Ascenso del Sol y dar el debido respeto a los dioses. Pero tal vez podríamos hacerlo de un modo que tome en cuenta nuestras presentes dificultades. «Los dioses bendicen a aquellos que

cuidan de los suyos». —Citó *La Historia*—. Podríamos servir bocadillos ligeros. Y guardar toda la comida posible.

—Mejor aún —intervino Ren, mientras le lanzaba a Akeylah una pequeña mirada agradecida—, podríamos enviar el excedente de comida a los puestos del cielo. Los granjeros y trabajadores que la condesa Yasmin y yo conocimos ayer están hambrientos y temerosos de su futuro si es que la plaga empeora. Si pedimos a los cocineros que salen la carne que hemos comprado, que hagan conservas con los vegetales y que conserven los granos en lugar de hornear demasiado pan, podríamos darles a esos granjeros suficiente comida para algunas semanas.

Akeylah le sonrió.

—Y entonces tendríamos menos semanas de las que preocuparnos de comprar comida de las Regiones. Nos da algo de tiempo, al menos.

El rey Andros frunció el ceño, aunque no respondió. No en ese momento.

—¿Y cómo proponéis que les expliquemos esto a los nobles que asisten al Ascenso del Sol, a la espera de una exhibición de la fuerza y el poder de Kolonya? —preguntó Yasmin, fría como el hielo—. Sin mencionar una cena decente.

—Simple —dijo Zofi—. Los adulamos.

—¿Pidiéndoles que pasen hambre toda la noche? —Yasmin

golpeó la mesa con sus largas uñas.

—No. —Akeylah asintió hacia Zofi, al comprender lo que quería decir—. Adularlos hablando de lo amables y generosos que son al compartir su comida para fortalecer a todo nuestro reino.

El embajador Ghoush unió sus manos.

—Hablando por el Norte, mi gente se apoya en festines y festivales para crear redes. Para hacer los tratados comerciales que mantienen a sus pueblos florecientes en mejores temporadas.

—No podemos hacer tratos productivos sin suficiente lubricación social. —El embajador Perry coincidió.

—Nadie ha dicho nada de reducir la bebida —respondió Zofi.

Rosalind repentinamente presionó sus labios. Akeylah estuvo bastante segura de que la reina estaba conteniendo la risa.

—No cancelaremos las festividades —dijo finalmente el rey Andros. Pasó sus dedos por su mentón y estudió a Akeylah—. Celebraremos el Banquete del Glorioso Ascenso del Sol y, de hecho, todas las festividades que nuestros cortesanos esperan. Son mecanismos necesarios de la vida en la fortaleza, como usted astutamente señaló, embajador Ghoush. Pero podemos reducir la magnitud con la que celebramos cada evento.

El embajador Perry y el embajador Ghoush inhalaron profundamente, a punto de hablar.

Andros los ignoró y señaló a un escriba en la esquina de la habitación.

—Envía un mensaje a los cocineros. Que reduzcan a la mitad las provisiones para el Ascenso del Sol. Que preserven cualquier ingrediente que pueda ser conservado y envíen a un contingente de Talones para que los distribuyan en los puestos del cielo.

El escriba tomó notas.

—Su Majestad... —comenzó a decir el embajador Ghoush.

—Esto parece algo extremo —intervino Perry.

—El Ascenso del Sol será una prueba —respondió Andros—. Luego volveremos a reunirnos para decidir si continuaremos con estas medidas. Ahora, nuestro siguiente punto...

Akeylah y sus hermanas intercambiaron miradas de ojos brillantes. Una pequeña victoria, al menos.

Alrededor de la mesa, la conversación pasó a los precios comerciales y a la reconstrucción de la flota. Entre cada punto, los embajadores Ghoush y Perry lanzaron miradas fulminantes a Akeylah. Ella los ignoró. En su lugar, lanzó miradas a Rozalind. Más de una vez pilló a la reina mirándola también y tuvo que apartar la vista rápidamente, con esperanza de que nadie lo hubiera notado.

—¿Durante cuánto tiempo planea imponer estas sanciones? — La voz de Danton interrumpió su distracción.

¿Qué me he perdido?

—Solo son una propuesta en este punto. —Andros tosió, tan fuerte como para doblarse en su asiento.

Danton no esperó a que él terminara, solo alzó la voz para hablar por encima del ataque de tos.

—Una propuesta para hacer que sea aún más difícil hacer negocios para los esteños. Quiere que nuestros comerciantes sean registrados por *patrullas fronterizas* como si fuéramos ¿qué, genaleses? —Danton se detuvo y miró a la reina—. Mis disculpas, Su Majestad.

—No me ha ofendido.

El corazón de Akeylah se sobresaltó ante el sonido de la voz de Rozalind. El rey Andros se aclaró la garganta.

—Solo hasta que este sinsentido de la rebeldía acabe. — Después la tos volvió a afectarlo. Mientras el rey se recuperaba, Danton miró al resto del concejo.

—¿Cuánto pasará hasta que comience a hacerle esto a su gente? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que comiencen a ser tratados como ciudadanos de segunda clase en su propio reino? Las Regiones dicen ser unidas, hasta que...

—Pero daremos pasos para protegernos a nosotros mismos cuando debamos hacerlo —intervino Ren—. Si, para empezar, pudiera tener más control sobre su gente, embajador, no necesitaríamos discutir este asunto.

Los embajadores Ghoush y Perry asintieron junto con Ren.

—Protegernos, efectivamente —balbuceó Yasmin, aunque Akeylah no estaba segura de quién más la había escuchado. Ni qué significaba eso.

La respiración de Andros silbó cuando volvió a enderezarse. Akeylah había escuchado ese sonido antes. En los muelles, cuando los botes pesqueros sacaban del agua a hombres ahogados en la bahía. Era el sonido de líquido en los pulmones.

Rezó por que nadie más en la mesa lo hubiera reconocido.

—Como he dicho —logró continuar el rey, con la voz tomada—, es solo una sanción temporal para prevenir más violencia.

Esa palabra, *violencia*, resonó por todo el solar.

—Discutiremos esto con más detalle durante la reunión del mes próximo. —La condesa Yasmin apoyó una mano en el hombro de su hermano—. Mientras tanto, rezo por que la paz reine en las Regiones.

Los embajadores reconocían una despedida al escucharla. Algunos murmuraron en coincidencia con Yasmin y luego comenzaron las despedidas. Akeylah se quedó hasta que se marchó el último embajador, después se levantó para seguir a sus hermanas fuera de la habitación.

En el momento en que salió al pasillo, un contacto fresco, familiar, aferró su brazo. Ella ralentizó la marcha, dejó que Zofi y Ren caminaran más adelante y luego le sonrió a la reina.

A pesar del rastro de preocupación en su frente, Rozalind parecía tan preciosa como siempre, en un vestido de seda azul que acaloraba el rostro de Akeylah.

—Has estado increíble ahí adentro.

Akeylah inclinó su cabeza.

—Dudo que lord Perry y lady Ghoush estén de acuerdo.

—Los desacuerdos son necesarios en concejos como este. Hay que ser un líder para alzar la voz, para defender tu posición al encarar la oposición. —Rozalind la miró a los ojos—. Te dije que pertenecías aquí.

Allí estaba otra vez, esa pregunta sin pronunciar. *¿Te quedarás?* Si Rozalind supiera cuánto quería hacerlo.

—Puede ser. —Fue todo lo que pudo responder en ese momento. No podía mentir, no a Rozalind. Podría necesitar huir de la fortaleza en dos días, si no podía detener al extorsionador a tiempo.

—Eso suena algo más prometedor que la última vez que hablamos. —Los perfectos labios delineados y carnosos de Rozalind se elevaron en sus comisuras—. La última vez me has dicho que no había nada aquí para ti.

—Mentí. —El corazón de Akeylah se aceleró.

Rozalind dio un paso adelante. Ella la imitó.

Se escucharon pasos desde el solar. Antes de que Akeylah pudiera reaccionar, alejarse como normalmente lo haría,

Rosalind sujetó su mano. La llevó en otra dirección, por una esquina oculta y a través de lo que parecía ser un tapiz que colgaba contra el muro sólido.

El tapiz resultó llevar a un angosto pasillo de servicio. La tela se acomodó en su lugar detrás de ellas y Rosalind presionó un solo dedo sobre los labios de Akeylah.

El solo contacto la dejó en silencio.

En el exterior, la voz del rey Andros se hizo audible:

—... simplemente no puedo creer eso de ella.

—Bueno, deberías. —La voz de Yasmin y los pasos se hicieron más fuertes también, en su dirección—. Además, no sé qué es tan increíble. Ninguna de tus hijas es apta para el liderazgo.

—¿Qué alternativa tengo?

—Ya sabes lo que yo pienso. —Yasmin resopló.

—Mi eco, lo sé. Y tú sabes que eso me resulta incluso más peligroso que la alternativa.

—Si tan solo me dejaras hacer mi trabajo...

—Tu trabajo es aconsejarme, Yasmin. No gobernar en mi lugar.

Sus pasos resonaron frente al tapiz. Akeylah y Rosalind contuvieron la respiración, con las manos aún enlazadas.

Pero el rey y la condesa no parecieron notar nada fuera de lugar. Continuaron avanzando por el pasillo y sus pasos se desvanecieron.

—No —dijo Andros aunque, en respuesta a qué, Akeylah no estaba segura. Tal vez a algún gesto que no podían ver—. Tienes razón. Si esa es toda la historia.

—Algo que he estado diciéndote por el Sol sabe cuánto tiempo...

Sus voces se apagaron.

—Akeylah, ¿estás bien? —susurró Rozalind.

Algo se desarrolló en la mente de Akeylah. ¿Gobernar en mi lugar? ¿A qué se refería el rey? *Tal vez...*

Pero no. Eso sería una locura. No tenía sentido. La condesa Yasmin era la melliza de Andros. Él confiaba en su hermana. En su principal consejera. ¿Por qué ella actuaría en su contra?

A menos que ella creyera que estaba ayudándolo. Si pensaba que estaba protegiendo el trono de un heredero despreciable. Akeylah acababa de escucharla. *Ninguna de tus hijas es apta para el liderazgo.*

Ese tono coincidía con el de la última amenaza de Akeylah. *Tus manos ensangrentadas nunca tocarán la corona, mientras yo pueda evitarlo.* Protectora, defensiva.

Yasmin había crecido en la fortaleza. Conocía cada pasadizo, podía ordenar a cualquier sirviente que quisiera que hiciera cualquier encargo. Encargos como entregar cartas en habitaciones o dejarlas en pasillos aterradores y sombríos. Ella no creía que ninguna de las hijas de Andros mereciera el trono.

Sin mencionar que era una pariente de sangre. Separada solo por una generación. Una relación lo suficientemente cercana como para hacer una maldición de las Artes Vulgares en Zofi. Yasmin era experimentada en las Artes, les había enseñado muchos diezmos nuevos durante su primera lección. ¿Qué otros trucos sabría? ¿Qué maldiciones habría aprendido durante sus años de estudio?

Akeylah sujetó los hombros de la reina, los aferró para equilibrarse a sí misma.

—Rosalind —dijo, con la voz baja y desesperada—. ¿Qué sabes de la condesa Yasmin?

¡Florenxia

—**B**onito ascenso. —Ren evaluó la nueva recámara de Madre. No era tan grande como su nueva habitación, pero casi. También estaba más cerca, unos pisos por debajo de la suya en la torre de fresno—. Con vistas de la ciudad y todo.

—Andros no podía dejar a la madre de su hija en el ala de servicio. No ahora que dicha hija ha sido reconocida. —Madre se inclinó sobre su nuevo escritorio, con su pluma en mano.

—Estás muy guapa, también —comentó Ren. En realidad, Madre parecía mejor de lo que Ren la había visto en años—. ¿Es un vestido nuevo?

—¿Te gusta? —Señaló su falda de seda—. Pues imagínate los trajes que podré tener una vez que seas coronada. —Ella se rio. Pero como Ren no la acompañó, Madre dejó la pluma—. ¿Qué sucede?

—Nada. —Ren se acercó a la ventana.

En realidad, ella había estado pensando en sus hermanas. En

su extorsionador, en todos los caminos sin salida a los que habían llegado. ¿Realmente merecía el trono si no podía ni rastrear a un solo enemigo?

Tal vez el extorsionador tenga razón. Tal vez ella no era apta para gobernar.

—Florencia.

Ren suspiró. Madre la evaluó.

—Espero que mientas mejor en la corte.

—Me has enseñado bien, Madre, no temas.

—Dime qué está molestándote. —Se levantó y se unió a Ren en la ventana—. ¿Fue la lección? ¿La enfermedad de tu padre?

—¿Qué sabes de eso? —Ren parpadeó.

—Andros me dijo por qué decidió nombrarte cuando lo hizo, por supuesto.

—¿Hay algo más que vosotros dos aún estéis ocultándome? — Ren se cruzó de brazos.

—Nada de lo que él no te haya hablado ya. Me escribió al concederme esta recámara. Me ha dicho que planea darte a ti y a las otras chicas lecciones y ver quién prueba ser la más apta. Lo que es, debo decir, más detallado de lo que he escuchado de ti en estas últimas semanas.

—He estado ocupada. —*Las otras chicas. Mis hermanas, querrás decir.*

—Demasiado ocupada toda la semana para visitar a tu madre,

sí, lo he notado. —Madre mostró una sonrisa burlona—. Y ahora que finalmente lo has hecho, estás distraída.

Ren evitó la mirada de su madre. ¿Qué podía decir? ¿He cometido traición y ahora alguien está usando eso en mi contra?

—Ren, lo que sea que esté sucediendo, siempre puedes hablar conmigo. Espero que sepas eso.

—Lo sé, Madre. —Forzó una sonrisa—. Solo estoy estresada, entre las lecciones del rey, acostumbrarme a esta vida, llegar a conocer a mis parientes... —Ren pensó en su propia adaptación, después en cuánto más difícil debía ser para Zofi y Akeylah—. Sin mencionar a las personas que hacen comentarios sobre esos parientes...

—¿Qué comentarios?

Ren cerró su boca. Había estado pensando en las miradas de los demandantes de los puestos del cielo, en la multitud que se había silenciado cuando Zofi bajó del caballo. Las miradas de reojo que los embajadores les lanzaban a Zofi y Akeylah durante la reunión del concejo regional de ese día. Incluso cuando Ren coincidió con sus hermanas, los embajadores Perry y Ghoush habían reservado sus peores miradas de muerte para las otras dos.

Por el Sol, su propia madre acababa de llamarlas *las otras chicas*, como si no significaran nada.

Ren solía hacer eso también. Solía ser como Yasmin,

despreciaba a cualquiera que no le pareciera valioso. ¿Por qué alimentar a nuestros propios granjeros cuando podemos guardar toda la comida para los nobles en su lugar? Y, si algún día Yasmin tenía que decidir qué nobles debían ser alimentados, Ren no dudaba de que la condesa felizmente arrojaría a la mitad de los residentes de la fortaleza bajo las ruedas del carruaje.

La exclusión era un camino peligroso. Llevaba a... ¿Qué había dicho Danton? A tratar a los demás como ciudadanos de segunda clase en su propio reino.

—Solo cosas que las personas dicen —respondió Ren—. Acerca de las hijas bastardas del rey.

—¿Qué personas? —Madre hizo un mohín, un hábito que Ren había heredado. Ella hizo lo mismo.

—Todos. Granjeros, nobles. Por el Sol, incluso Yasmin.

Para su sorpresa, Madre resopló.

—No le des crédito a nada de lo que Yasmin diga. Esa mujer siempre ha sido extraña. Si no fuera la hermana de Andros, dudo de que alguien aguantara su locura.

—¿Qué significa eso? —Ren frunció el ceño. Madre la desestimó con una mano.

—La serví durante un tiempo, hace décadas. Créeme, las cosas que hace... Habla sola, entra en trance y mira a las paredes durante horas. El último año que la serví, ni siquiera

me dejaba ayudarla a vestirse. Nunca deja que nadie lo haga en estos días, he escuchado. ¿Por qué crees que solo usa esos vestidos holgados, a pesar de que estén terriblemente fuera de moda?

—Bien. —Ren negó con la cabeza—. Pero aunque ignore a Yasmin, aún hay muchas otras personas que dicen cosas de nosotras.

—¿Nosotras?

—Es decir, de mí y de las otras potenciales herederas.

—Florencia, no confíes en esas chicas.

—Madre...

—Una Viajante y una esteña, ¿Andros podría haber elegido peores amantes? La Región Este es bastante peligrosa, pero tener a una vagabunda en la familia...

—*Madre* —lo dijo con tanta intensidad que su madre se detuvo en mitad de la oración y la miró—. Es de mis hermanastras de quienes estás hablando.

—Sé eso, Ren. —Madre entornó los ojos—. Solo espero que recuerdes la mitad que importa.



—¿Nada más? —Ren frotó sus sienes y miró al espejo sobre su tocador.

—Me temo que no. —Detrás de ella, Audrina estaba tendida

en la cama, con un pañuelo de seda en una mano. Lo enroscaba ausente en su muñeca, lo extendía y luego lo enroscaba otra vez—. Solo las aburridas invitaciones a fiestas para ti y nada para ninguna de tus hermanas. Un par impopular. —Aud se echó hacia atrás, así que su cabeza quedó colgando del borde de la cama, y miró a Ren bocabajo—. ¿Quieres que siga vigilando el correo o hay alguien más que quieras que espíe?

—Lamento pedirte todos estos favores, Aud. —Ren se sobresaltó por la reflexión de su amiga. Aud rio.

—Solo estoy bromeando, Ren. Sinceramente, es algo divertido. Me mantiene entretenida, me da algo que hacer, más que solo limpiar para aburridas mujeres de la nobleza.

—Aun así. —Ren se levantó y atravesó la habitación para sentarse junto a su amiga—. Prometo que te compensaré algún día.

—No te preocupes por eso. —Aud sonrió, aunque Ren pudo ver la presión en la comisura de sus labios—. ¿Para qué están las amigas?

—¿Seguiremos siendo amigas después de que te haya pedido que sirvieras a la peor dama de toda la fortaleza? —sugirió Ren.

—Eso depende. —Aud bufó—. ¿Ya ha terminado mi deber?

—Puedes pedirle a Oruna que te saque del servicio de Sarella en este momento. —Ren tomó la mano de Aud—. Y lo prometo, no más favores.

—Por ahora. —Audrina le lanzó una mirada consciente a Ren. Ella estaba sonriendo, pero Ren vio la dureza tras ella. Resistió el impulso de apenarse.

—Espero que para siempre. —Pero no pudo evitarlo. Ya estaba pensando en los sospechosos. *Un pariente de Zofi. Alguien que conozca la fortaleza.* Lo que probablemente significara alguien relacionado con el lado kolonense de Zofi.

Los mismos parientes que compartía con Ren.

—Bueno, si alguien tiene que ser espiado, sabes dónde encontrarme. —Audrina se giró en la cama y se puso de pie—. Me vuelvo a bordar la falda que lady Mayuja estropeó la otra noche. —Extendió el pañuelo de seda hacia Ren.

—Ah, no. Quédatelo —le dijo Ren.

Alguien golpeó a la puerta.

—¿Florencia?

Incluso a través de la gruesa puerta de madera, Ren reconoció su voz. Y se tensó. Audrina también.

—Hablando de personas a las que tenemos que vigilar... —balbuceó.

—Compórtate —la regañó Ren mientras se levantaba para contestar.

Danton seguía vestido con el traje formal que había usado en la reunión del concejo más temprano. El corte afilado de la chaqueta resaltaba sus aún más marcados pómulos y el rojo

oscuro iba a juego con su pelo. Ella resistió la reacción instintiva de su cuerpo y en su lugar lo miró fríamente.

—¿Sí?

—Necesito un momento —dijo él. Estaba en un ángulo raro respecto a la puerta, con la mitad de su cuerpo escondida detrás del marco—. A solas. —Danton miró a Audrina. Aud apretó los puños.

—Milady —dijo ella, con la voz cuidadosamente medida—, sería impropio que la dejara sola en este momento.

Ren levantó su mano, con la palma abierta hacia arriba en señal de paz.

—Estaré bien, Aud.

Ella la ignoró. Siguió mirando a Danton, incluso mientras lo rodeaba y salía al pasillo.

A pesar de la rigidez evidente en la mandíbula de Danton, su boca se curvó en una sonrisa.

—Me gusta —comentó cuando Audrina pasó tras él, fulminándolo con la mirada—. Es bueno tener amigos tan leales.

—Suelen ser escasos, lo sé. —Ren esperó a que Audrina saliera de la habitación para hablar—. ¿Qué sucede, Danton? —preguntó una vez que Aud estuvo fuera de su vista.

Él entró en la habitación. Cuando lo hizo, arrastró a un niño de servicio al interior, con el brazo retorcido en su espalda en una llave. Ren se apresuró a cerrar la puerta detrás de ellos.

—Repite lo que me has dicho —ordenó Danton.

Había lágrimas en la cara del chico. No debía tener más de trece años. A juzgar por sus delgados brazos y sus aún más escuálidas piernas, no tenía una buena posición allí. Un pinche de las cocinas, o encargado de las chimeneas.

—Adelante.

El chico tragó saliva y abrió uno de sus bolsillos. Metió la mano y sacó un pequeño adorno de cristal, de color rojo oscuro.

—No es mi culpa. —Su voz era tan suave que Ren tuvo que acercarse para escucharlo—. Me obligaron.

—¿Quién te obligó? —exigió Danton.

Al chico le entró el hipo.

Ren extendió una mano.

—No... —comenzó a decir Danton, pero el chico dejó el objeto en la mano de ella.

Ren lo sujetó. El cristal estaba frío, suave. Notó que había líquido en su interior, lo que le daba ese color rojo oscuro. Ese cristal había sido sellado perfectamente a su alrededor. Ella no podía ver un tapón o un cierre. Solo delicados remolinos de cristal gris pálido que encapsulaban el líquido.

En cuanto al líquido, era de un color peculiar, pero familiar. Unos tonos más oscuro que el rubí. El color de...

El interior de Ren se congeló.

Sangre.

—Ya se lo he dicho, nunca vi su rostro. Me pagó doscientos kolonos. Me dijo que me pagaría el doble una vez que lo entregara.

—¿Que lo entregaras cómo, exactamente?

—Debía poner el vial en los zapatos de la dama, señor. No importaba en cuál, me dijo. Cerca del tacón.

Ren frunció el ceño. Nada de eso tenía sentido. ¿Para qué era ese vial lleno de sangre, en nombre del Sol?

—¿Cómo se puso en contacto contigo? —insistió Danton—. ¿Cómo te pagó?

—Me encontró en las cocinas, mi Lord. Llevaba una capucha, así que no pude ver nada debajo de ella. Gran estatura. Con una voz algo profunda, aunque sonaba alterada. No sé qué acento.

Danton frotó sus sienes, frustrado.

—Me dejó dinero en casa de mi madre. Ella vive por la calle Masongeld, por Battonry, señor, así que es un paseo corto desde aquí.

Danton liberó el brazo del chico. Él frotó su muñeca, la masajeó entre su pulgar y su dedo índice.

—¿Te dijeron que me lo entregaras a mí específicamente? — Ren levantó el vial hacia la luz. No tenía marcas en ningún sitio. Solo las suaves, casi bonitas, espirales del cristal soplado—. ¿A lady Florencia?

El chico dudó. Se mordió el labio.

—Me dijo que llevara este vial a la recámara de lady Criada. Princesa... —Mordió su labio con más fuerza. Esperó hasta que Danton lo empujara para continuar—. Princesa de Traidores y Espías.

—Ya veo. —Ren cerró los ojos. Contó hasta tres—. ¿Y tú sabías que esa era yo porque...?

—Discúlpeme, milady. Es solo que... solo hay una criada que ahora es princesa.

—Déjalo ir, Danton. —Ren suspiró.

—Florencia, tenemos que interrogarlo, descubrir...

—Él nos ha dicho lo que sabe. No torturaré más al niño. —Ella se arrodilló hasta que su mirada estuvo al nivel de la del chico—. Gracias por decirnos lo que sabes.

El chico dudó un momento.

—¿Esto... esto cuenta?

—¿Si cuenta? —Ren frunció el ceño.

—¿Como entregar el vial? Es solo que no sé si aún me darán el dinero, y mi madre... ella tiene la tos sangrienta, por la que necesitare curanderos para que la atiendan. Sus diezmos no la están ayudando...

Ren mantuvo su mirada durante un largo rato. Después se levantó y se acercó a su tocador. Dejó el vial y tomó una pluma.

—Lleva esta nota a la agrupación de curanderos en la calle Lichtson. Diles que pongan cualquier medicación o consulta que

tu madre necesite a cuenta de lady D'Andros Florencia. —Ren dobló la nota y encendió una vela para estamparle el sello real. El alatormenta real brilló a la luz de la recámara mientras ella le entregaba la nota al chico—. Si tienes algún problema, regresa a decírmelo. Enviaré a un mensajero directamente.

El muchacho se inclinó, dudó, luego volvió a inclinarse ante Danton antes de salir.

En el momento en que se marchó, Ren se desplomó en su cama.

—¿Dónde has encontrado a ese niño, en nombre del Sol?

—Dando vueltas fuera de tu recámara como un cachorro perdido. —Danton se quedó parado junto a la cama—. Cuando me detuve a preguntarle qué estaba haciendo, él intentó salir corriendo. Lo agarré y logré sacarle algo de la historia antes de que abrieras la puerta. —Se sentó en la cama junto a ella. El colchón se movió, la hizo deslizarse unos centímetros más cerca de él, hasta que se frenó con un brazo.

—¿Así que tú también estabas dando vueltas fuera de mi recámara? ¿Quién es el cachorro perdido ahora?

—*Touché*. —Él la miró de reojo—. Me dijiste que juzgas a las personas por sus acciones, no por sus palabras. Tenías razón. Estoy intentando probarme a mí mismo, Florencia. Estoy intentando hacer lo que es bueno para ti, no solo promesas vacías.

—¿Cómo sabías que debías buscar a un espía?

—No sabía qué estaba buscando. Espía, asesino o solo a esa Sarella curioseando. Nunca esperé encontrar... lo que sea que sea eso.

Ambos miraron al tocador. Desde allí, el vial parecía inofensivo. Solo un adorno gris y rojo. Si el niño hubiera entrado a su habitación y lo hubiera escondido, Ren dudaba de que lo hubiera cuestionado al encontrarlo.

Asumiendo que no se pusiera el zapato en el que lo hubiera dejado y que rompiera el adorno.

—¿Crees que sea alguna clase de diezmo?

—No tengo ni idea. Nunca he visto algo así. —Él frunció el ceño, inmerso en sus pensamientos—. ¿Un instrumento de los Viajantes, tal vez? He escuchado rumores de que tienen métodos para almacenar diezmos, pero son difíciles de creer cuando tus propios acólitos llevan siglos probando métodos de almacenamiento sin resultados. Además, las Artes son inútiles contra alguien, a menos que...

—A menos que sean Artes Vulgares —balbuceó Ren. Sus pensamientos se desviaron hacia el extorsionador, quien ya había recurrido a ellas una vez, contra Zofi. Probablemente fuera alguien del lado de Andros de la familia, alguien que también pudiera maldecir a Ren. ¿Esa era su siguiente amenaza extorsiva?

Le dolía la frente. Tenía que hablar con sus hermanas. Si ese era un instrumento de los Viajantes, tal vez Zofi pudiera darle más información.

—Deja que me lo lleve —dijo Danton—. El chico tenía instrucciones de dejarlo en tu habitación. No me gusta que quede aquí sin saber lo que es. Lo que puede hacer.

Ren negó con la cabeza.

—Me desharé de él más tarde. —Mintió. Ya sabía a dónde lo llevaría. Directamente a la biblioteca, al rincón en el que Akeylah estuviera escondida esa noche, en cuanto encontrara a Zofi. Si alguien podía deducir lo que ese vial significaba, eran sus hermanas; el ratón de biblioteca y la Viajante.

—¿Tienes alguna idea de quién lo ha enviado?

Podía sentir a Danton analizándola. Lo miró a los ojos con una expresión desafiante. Eso no ayudó. En el momento en que sus ojos se encontraron, ella sintió esa vieja chispa familiar, enterrada en sus entrañas. Su cuerpo no había olvidado al de él. Sus terminaciones nerviosas gritaban por el alivio que ella siempre encontraba cuando Danton pegaba sus labios a los suyos en un lento y ardiente beso.

Eso era una mala idea. Una peligrosa. Pero de todas formas...
Los viejos hábitos son difíciles de erradicar.

—La tengo. —Respondió, y se obligó a inclinarse lejos de él y no más cerca.

—Y no compartirás tu sospecha. —No fue una pregunta.

—Danton, ya hay demasiadas piezas en juego en este rompecabezas.

—Esto no es un juego, Florencia.

—Eso me has dicho.

—Entonces deja de comportarte como si fuera solo otro rumor de la corte. —Él la sujetó de los hombros con cuidado. Duras callosidades en sus palmas, que definitivamente no tenía allí la última vez que estuvo en la fortaleza, lanzaron llamas sobre su piel—. Alguien quiere hacerte daño. Tienes que tener cuidado. Necesitas amigos en quienes confiar.

—El atrapar a un espía obstinado no hace a un aliado de confianza —respondió ella—. Por lo que sé, tú me has presentado a ese niño para ablandarme y ese vial no significa nada. —Ella hizo un movimiento como si fuera a levantarse e ir a por él.

—Ren, por favor. —Danton la aferró con más fuerza.

Ren. A diferencia de todos los demás, él solo usaba su apodo cuando estaba frustrado.

—O lo han enviado tus amigos del Este. —Ren alzó las cejas, desafiante—. Tienen una muy buena razón para asustarme y alejarme del trono. Hay una esteña que pueden instalar en él, después de todo.

Él suspiró. Estaba tan cerca que ella sintió el calor de su

aliento en sus mejillas.

—No es tan simple.

—¿La rebelión tiene agentes en la fortaleza? Además de ti, por supuesto.

—Intento mantenerte a salvo. —Él frunció el ceño—. Eso es mucho más difícil de hacer si no confías en mí.

—Dame una razón por la que debería hacerlo.

Él la besó.

Ren recordaba eso. La forma en que él inhalaba al besar, cómo inclinaba su cabeza y separaba sus labios para que sus lenguas se encontraran. Ren no recordaba haber cedido al impulso, pero de pronto estaba correspondiendo a su beso. Tomó la respiración de él en la suya, lo dejó enlazar un brazo alrededor de su cintura, porque ella ya había enterrado sus dedos en el pelo de él. Él delineó su mandíbula mientras se besaban; sus mejillas, la comisura de sus labios. Ella rodeó el cuello de él con sus brazos y cuando él la empujó atrás, hacia la cama, se dejó caer.

Danton era un puente. Ren había resistido en el extremo, evitando la caída durante el mayor tiempo posible. Pero él estaba allí, cálido, real, su cuerpo firme contra el de ella, sus familiares brazos reafirmantes. Él estaba ahí otra vez, él la quería y, *que el Sol lo maldiga*, ella aún lo quería a él.

Danton era un puente. Y ahora que ella había saltado, no

podía detener la caída.

Akeylah

—**H**e encontrado algo.
Akeylah levantó la vista del nido que había creado con sus lecturas del momento. Madam Harknell ya se había rendido por completo y simplemente dejaba la llave y la escalera a las estanterías de acceso restringido y las de difícil acceso en el carro que Akeylah llenaba con material de lectura.

Con la bibliotecaria ausente en un largo descanso de tres horas para almorzar, tenía toda la biblioteca para ella.

Bueno. La tenía, hasta que Rozalind apareció a su lado, con una sonrisa como si acabara de dar un golpe.

Akeylah le dio la vuelta su libro (*Guardia Negra: Hechiceros durante la Guerra de Reconocimiento*) para marcar la página y se levantó.

—¿Sobre la condesa?

El día anterior, Rozalind había admitido no saber mucho sobre Yasmin más allá de los hechos comunes. Andros era extremadamente cercano a su hermana melliza. Yasmin

intervenía en la mayoría de los aspectos del gobierno de las Regiones. Ambas la habían escuchado el día anterior en el pasillo, diciendo algo sobre apoderarse del trono.

Pero esa mañana, cuando Akeylah compartió sus sospechas con Zofi y Ren durante un tenso desayuno, sus hermanastras habían sido menos que comprensivas.

«Yasmin no puede heredar», había dicho Ren, mientras bebía su infusión matutina de abraca. «Ella no tiene hijos y ya es muy mayor para concebir. Sería un camino sin salida. Así no es cómo funciona la sucesión en Kolonya».

«Además, si ella supiera nuestros secretos, ¿por qué no decírselo a Andros simplemente y apartarnos del camino?», había agregado Zofi con la boca llena de fruta con miel.

Pero, a pesar del rechazo de sus hermanas, Akeylah seguía pensando que Yasmin era la mejor pista que tenían. La única pista en ese momento. A menos que contaran las conjeturas, como la conexión de lady Lexena con la familia, alguna vez real, del Norte.

Y entonces, allí estaba Rozalind, como una enviada de los dioses, asintiendo.

—Encontré a alguien con quien tienes que hablar. —Sujetó la mano de Akeylah, y un reflejo de cuán inmersa estaba en los libros fue el hecho de que ni siquiera pensara en las implicaciones de ser vista. Solo enlazó sus dedos con los de la

reina y dejó que la guiara por los pasillos de la torre de aliso.

Akeylah nunca antes había visto la Universidad.

Sus puertas se parecían a la entrada del Gran Salón, pero en lugar de grabados de las conquistas de varios reyes, representaban a las Artes. Akeylah observó los paneles. Uno tenía el contorno de un cuerpo humano, pintado de verde, azul y plateado. Otro tenía un corazón, perfectamente grabado, a excepción de que en el sitio en donde debían estar las venas y arterias, se expandían tres ramas. Un tercer panel era completamente abstracto, solo gruesas y rudas pinceladas, sus colores para nada combinados. Pero, de todas formas, eso parecía estar más cerca de explicar cómo eran realmente las Artes.

—Tienes que diezmarte para poder entrar —explicó Rozalind.

Solo entonces Akeylah notó la aguja que sobresalía de la pintura de un rosal cubierto de moscas vampíricas; pequeños insectos que vivían de sangre humana. Ella presionó la yema de su dedo pulgar en la aguja, apenas lo suficiente como para penetrar su piel.

En el momento en que lo hizo, un calor la recorrió. Fue como un diezmo, pero diferente; dirigido por una fuerza fuera de ella. Una sola gota de su sangre se deslizó de la aguja y cayó sobre las rosas, que comenzaron a brillar de un color rosado pálido.

Con un fuerte chasquido, el pestillo de la puerta se deslizó y

esta se abrió hacia adentro.

Akeylah aferró la mano de Rozalind con más fuerza. Rozalind la presionó también.

Juntas atravesaron el portal y entraron a la Universidad Kolonense de las Artes de Sangre.

Algunos acólitos estaban de pie alrededor de un enorme jardín en el interior. El techo, cinco pisos hacia arriba, estaba hecho de cristal, como el del solar. Eso le daba a ese jardín, con su suelo de madera de aliso y su efervescente fuente casi enterrada en arbustos florecidos, la apariencia de estar en el exterior.

Había estudiantes esparcidos en el jardín, sobre mantas, con sus narices enterradas en libros. Otros estaban sentados en el borde de la fuente, con los pies colgando sobre el agua, compartiendo notas.

Una docena de puertas salían del centro de cada nivel, cuatro a cada lado del jardín, a excepción del que tenía la entrada principal. Con cinco niveles en total, eso sumaba sesenta habitaciones. Salones de clases, de lectura, dormitorios, tal vez un comedor.

—Es enorme —balbuceó Akeylah.

—Ocupa la mayor parte de la torre de aliso —dijo Rozalind—. Además de algunos niveles inferiores. —Tiró de la mano de Akeylah, la guio a través del jardín hacia una puerta en la esquina opuesta. Un letrero la anunciaba como el *Santuario de*

meditación del Acólito mayor, fuera lo que fuera eso.

Un golpe y la puerta se deslizó hacia adentro. Las dos entraron en el santuario, que estaba más oscuro de lo normal cuando se desvanecía la luz solar del jardín. A los ojos de Akeylah les costaron un minuto acostumbrarse a la penumbra.

Cuando lo hicieron, ella parpadeó confundida. La habitación estaba vacía, a excepción de un solo candelabro en el centro de un banco redondo. Un hombre con una bata de acólito (verde y plateada, con un grupo de medallas doradas que brillaban en su pecho, de las que Akeylah no podía descifrar ninguna) las invitó a entrar.

Se sentaron frente a él, con las velas parpadeando en el aire entre ellos.

—Bienvenida, Su Majestad. —El hombre inclinó su cabeza hacia Rozalind. Al menos una persona en esa fortaleza le daba el debido respeto a la reina, sin un rastro de prejuicios ante su origen.

Akeylah lo estudió.

—Lady Akeylah. La reina Rozalind me ha dicho que está interesada en saber más sobre su tía, la condesa Yasmin.

Ella se envaró. Quería información, sí, pero no estaba precisamente interesada en andar confesando eso ante desconocidos.

Sin embargo, Rozalind apretó sus dedos para darle confianza.

Tras un momento de duda, Akeylah se forzó a relajar los hombros. Había confiado lo suficiente en Rozalind como para pedirle ayuda. Lo menos que podía hacer era escuchar, ahora que había descubierto algo.

—Siento curiosidad respecto a su vida —admitió Akeylah finalmente—. No sé mucho sobre el lado kolonense de mi familia.

—Ya veo. —Las llamas de las velas danzaron en los ojos del hombre—. Bueno, me temo que puede que esta historia en particular no pinte a su tía de los mejores colores.

—Prefiero sufrir por la verdad que tropezar con ella inadvertida más adelante.

—Sensata decisión. —Él sonrió. Pero dudó un momento antes de volver a hablar—. Milady, debo confesar que esta historia no la he vivido personalmente.

—¿Quién lo ha hecho?

—Mi mentor. D'Perre Casca, el acólito que me enseñó todo lo que sé. El año pasado, justo al terminar la Séptima Guerra, él enfermó. Pero, al no mejorar tras unas cuantas semanas, nuestros curanderos privados de la universidad lo examinaron y encontraron dosis letales de veneno fantasmal en su sistema.

Veneno fantasmal. Lo que los Talones usaban para envenenar a los enemigos de Kolonya. Una sustancia controlada, una a la que solo los Talones tenían acceso.

Bueno. Los Talones y los miembros de la realeza que los comandaban.

—Entonces fue demasiado tarde para salvarlo —continuó el acólito—. Él murió tres días después. En su lecho de muerte, Casca me dijo cuáles eran sus sospechas. Todo este tiempo... he creído que el veneno había afectado su mente, que lo había vuelto loco. Hasta que usted vino a mí, Su Majestad, a preguntar por la condesa. Preguntando por su experiencia con los diezmos y por su trabajo en la Universidad... —Él miró a Rozalind antes de continuar.

»Casca y Yasmin trabajaron juntos durante años, para desarrollar nuevos diezmos y herramientas para las Artes. La condesa tiene un interés insaciable en las Artes de Sangre. Pero ella y Casca eran más que solo compañeros de negocios. —Se inclinó hacia el frente, animado por el enfado—. Por el Sol, ella incluso le hizo una copia del punzón de sangre que diseñaron juntos para su cumpleaños número sesenta, unos meses antes de que él muriera. Ellos eran *amigos*. Que ella se volviera en su contra después de tantos años, aún no puedo imaginar... —Él cerró los ojos.

—¿Él le dijo por qué sospechaba que Yasmin había tenido que ver con su envenenamiento? —presionó Akeylah. El pulgar de Rozalind acarició el dorso de su mano. A pesar de sí misma, se acercó más a la reina.

—Hace diecisiete años, después de que Yasmin y Casca llevaran años trabajando juntos, ella le pidió un favor a Casca. A él lo movilizó la petición, la analizó durante días. Pero Yasmin era la hermana de un rey, usted debe entenderlo. Un miembro de la realeza pedía su ayuda. ¿Qué podía hacer?

Akeylah y Rozalind cruzaron miradas. A pesar de que ya sospechaba la respuesta, tenía que preguntar:

—¿Qué necesitaba la condesa?

—Ella solicitó la ayuda de Casca con las Artes Vulgares.

Durante un momento, el único sonido en la habitación fue la fricción del vestido de Rozalind al acercarse a ella. La fresca presión de su brazo ayudó a que Akeylah se concentrara.

—¿Qué maldición? ¿Contra quién la utilizó?

—No lo sé, milady. —El acólito negó con la cabeza. Akeylah cruzó sus tobillos.

—¿Cómo llegó su mentor a conocer las Artes Vulgares?

—No sé eso tampoco. —El acólito frotó su cuello—. Su explicación no tuvo sentido. Dijo que estaba escondida en la biblioteca, en el libro que los reyes más quieren. Para ese entonces, él ya estaba delirante; el veneno fantasmal en esas dosis provoca fiebre, alucinaciones. Él seguía desvariando sobre cómo había sido maldecido, lo que no tenía sentido. No fue algo inducido por las Artes, solo veneno fantasmal ordinario. Probablemente ingerido con su comida. —Suspiró—. Da igual, la

maldición de la condesa dejó una cicatriz, como todas las Artes Vulgares. Casca me ha dicho que viera sus costillas para probarlo.

—¿Y lo hizo? —preguntó Rozalind.

—Por supuesto que no. —Él rio ligeramente ante eso, con amargura—. ¿Qué podía hacer, exigirle a una condesa de Kolonya que se quitara su vestido para probar su inocencia? Además, no tenía evidencia más allá de la palabra de un hombre agonizante, que se había vuelto casi loco por el arma homicida.

Algo en la historia molestó a Akeylah.

—Si Yasmin siempre había planeado envenenar a Casca, ¿por qué esperar todos esos años? Suena como si él hubiera guardado su secreto durante los dieciséis años previos a su muerte. ¿Por qué decidiría asesinarlo repentinamente?

—Solo puedo hacer suposiciones. —El acólito negó con la cabeza—. Tal vez algo la atemorizó. Tal vez pensó que alguien estaba a punto de revelar su secreto.

Conozco ese sentimiento, pensó Akeylah. En voz alta, dijo:

—Gracias por compartir esto.

—Por supuesto. —El hombre se movió incómodamente—. Y, reina Rozalind, gracias por la, eh... información.

—No hay problema. —Rozalind ofreció una leve sonrisa—. Si necesita más pruebas hágame saberlo.

Akeylah la miró con curiosidad, la reina evitó su mirada.

—Estoy seguro de que así será. Si hay algo más que pueda hacer para ayudarla hágame saberlo también.

Después de eso, Rozalind se levantó. Akeylah la siguió y se despidió con la cabeza. No confiaba en sí misma para volver a hablar. No hasta que las puertas principales de la Universidad se cerraron detrás de ellas.

—Desearía que el acólito hubiera sabido más. —Escogió las palabras con cuidado de no usar el nombre de la condesa—. Si investigó en maldiciones, ¿tiene un enemigo dentro de su propia familia? ¿Cómo le hizo daño? ¿Y qué hizo que se volviera contra Casca repentinamente, si habían sido amigos durante tanto tiempo? —Repiqueteó los dedos sobre la mano de Rozalind sin siquiera darse cuenta de que aún la tenía sujeta.

Su mente daba vueltas a las posibilidades. Necesitaba hablar con Zofi y Ren otra vez, pronto. Yasmin era más peligrosa de lo que sospechaban. Ya había usado las Artes Vulgares antes. Si ella era su extorsionadora, tenía el conocimiento y la habilidad de usarlas otra vez. Solo sería cuestión de tiempo antes de que sus amenazas escalaran.

Necesitaban un modo de detenerla. Alguna garantía.

Una chispa se encendió. *Algún secreto peligroso de Yasmin...*

Rozalind se detuvo en seco. Akeylah se sorprendió. No había estado prestando atención, no notó en dónde estaban hasta que

levantó la vista.

—Rosalind... —La pesada puerta de madera de cerezo era imposible de confundir, ornamentada como estaba con un alatormenta.

—Andros pasará la noche con los curanderos. Tengo la recámara para mí.

—Si alguien nos ve... —Akeylah miró atrás.

—No lo harán. —Rosalind tiró de ella al interior. La arrastró por el umbral, jalando de su mano—. De todos los lugares en la fortaleza donde podrían escucharnos, este es el menos probable.

—¿Y eso por qué? —Ignorando las alarmas en su mente, Akeylah entró.

—Porque mi marido no pone espías en su propia habitación. —Rosalind sonrió.

Akeylah rio suavemente, dividida entre la preocupación y el sobrecogedor, delirante e irresistible *deseo*.

Las manos de Rosalind se deslizaron por los brazos de Akeylah hasta descansar en sus hombros. Los presionó suavemente.

—Tienes que ser cuidadosa, Akeylah. No sé por qué estás buscando información sobre la condesa, pero ella ya ha envenenado a un acólito del Sol para cubrir sus crímenes. Es una persona peligrosa. Si yo fuera tú, dejaría de investigar esto.

—No puedo. Créeme, lo haría si pudiera. —Levantó sus manos

para tocar los dedos de Rozalind—. Pero seré cuidadosa al respecto.

—Con ser cuidadosa no es suficiente. —Rozalind la acercó más. Sus narices se tocaron, sus respiraciones entremezcladas en el aire en mitad de las dos. Akeylah apoyó su frente contra la de la reina—. No quiero perderte.

—No lo harás —susurró.

Rozalind se inclinó hacia el frente, sus labios a un suspiro de los de Akeylah. *Por los mares*, cuánto anhelaba cubrir esa brecha. Olvidarse de todo lo demás. Pero aun así...

Odiaba preguntar eso. Odiaba sospechar cualquier cosa de Rozalind, en especial después de que la ayudara. Pero algo no encajaba. El último comentario aún hacía eco en su mente. *Hágame saber si necesita más pruebas*, le había dicho Rozalind al acólito.

—¿Qué le diste? —Ella sintió cómo se contrajo el ceño de Rozalind.

—¿Darle?

—Por esa confesión del acólito. Él te dio las gracias por la información; solo puedo suponer que le has ofrecido algo a cambio de esa historia.

Durante un largo instante, los ojos azul oscuro de Rozalind sostuvieron su mirada. La necesidad de hundirse en esa mirada, de dejar que sus labios se unieran, de olvidar haber hablado, era

abrumadora. Pero de todas formas se mantuvo firme. Esperó hasta que la reina suspiró y dio un paso atrás.

De un momento a otro, pareció decidir algo. Atravesó la habitación en tres pasos rápidos y agarró algo de su escritorio.

—Nunca le he mostrado esto a nadie —dijo mientras regresaba hacia Akeylah—. No hasta que comencé a buscar amigos de Yasmin y seguí el rumor del último estudiante en la vida de D’Perre Casca. Incluso entonces, solo lo compartí para ganar su confianza. Él estaba aterrado de los miembros de la realeza; no es que pueda culparlo, después de esa historia.

Por su parte, Akeylah solo miraba el objeto en la mano de Rozalind, sin conseguir encontrarle sentido.

¿Un punzón de sangre?

Su confusión aumentó cuando Rozalind presionó la hoja delgada contra su brazo.

La reina no podía diezmarse. Ella era genalesa. Todos sabían que las Artes no respondían a nadie que no hubiera nacido en las Regiones. Ese era el verdadero entramado de las Artes. Obsequiadas por los dioses para probar la superioridad de las Regiones.

De todas formas, sin decir más, Rozalind abrió su piel.

Y Akeylah observó, con los ojos amplios, cómo las venas de la reina comenzaban a brillar. El color se expandió, palpitó a través de su piel de un delicioso y profundo tono moreno, lentamente

volviéndola plateada. De pronto, ella brilló tanto como cualquier Talon que se diezmaba para tener la piel inmune.

Como prueba final, Rozalind elevó el delgado punzón de sangre y lo lanzó con todas sus fuerzas contra su propio muslo. La hoja se despedazó con el impacto.

—¿Cómo? —Fue todo lo que logró decir.

Rozalind negó con la cabeza.

Akeylah extendió su mano y tocó la piel de la reina. Recorrió su mano, hasta el hombro de Rozalind, su cuello, y acunó su mejilla. Su piel estaba más fría que nunca, casi como si tocara metal. Rozalind se acercó más, rodeó el rostro de Akeylah y, cuando el diezmo de desvaneció, el color plateado se esfumó y se encontraron a un suspiro de distancia una vez más, con sus miradas fijas.

—¿Durante cuánto tiempo has sido capaz de hacer eso? —murmuró Akeylah.

—Me di cuenta por primera vez unos meses atrás —respondió la reina—. Me corté el dedo con un punzón. Mi visión se oscureció; vi mi *interior*, mis venas, mi corazón... Esa primera vez, estaba muy asustada.

Akeylah asintió. Ella siempre había podido diezmarse, desde que tenía memoria, pero podía imaginar lo alarmante que podría ser. El descubrir un sentido que nunca antes se ha experimentado, tras una vida sin él.

—Algunas semanas más tarde, después de leer algunos libros de teoría, probé un diezmo. —Su boca se elevó en una esquina—. Fuerza. Rompí una puerta de madera de mi recámara al probarlo. Tuve que inventar una excusa para las criadas...

—¿Has nacido en Genal, estás segura? —La voz de Akeylah se hizo suave, pensativa—. ¿No existe una posibilidad de que hayas nacido aquí y que te llevaran allí cuando eras pequeña?

—¿Puedes imaginarte que una reina genalesa venga a las Regiones para dar a luz? —Rosalind dejó salir el rastro de una risa.

Akeylah apretó los labios. Tenía razón. *Pero...*

—Esto no debería ser posible.

—Muchas cosas no deberían ser posibles. —La reina sonrió ligeramente.

—¿Se lo has dicho a alguien más? Además de al acólito y a mí.

—A nadie.

—Esto... Lo cambia todo. Cada teoría que tenemos sobre las Artes. —Akeylah hizo una mueca—. Desearía que no se lo hubieras dicho a ese acólito. Si se lo dice a los demás, si deciden que esta información es mejor que esté oculta...

—Tenía que decírselo. —La mirada de Rosalind bajó hacia la boca de Akeylah—. Tú necesitabas información de Yasmin y yo solo tenía un secreto que intercambiar.

—Rosalind... —Su voz salió como un suspiro.

—Akeylah, haría lo que fuera por ti. Sé que no debería, sé que es una locura siquiera pensarlo, pero...

Akeylah la besó.

Los labios de Rozalind eran suaves como plumas. Era como aterrizar sobre el mar después de lanzarse de un risco; imposible, mágico, descabellado.

Vivo.

La reina suspiró. Akeylah enterró sus dedos en los rizos morenos de la mujer. Sin advertencia, Rozalind aferró su cintura e hizo que se diese media vuelta. La habitación comenzó a girar. Las dos cayeron sobre la cama, tropezaron sobre ella. Akeylah cayó sobre la reina, sus manos recorrieron los costados de Rozalind, por suaves curvas, hasta las afiladas caderas.

Podía besar a esa chica para siempre.

Rozalind rodeó el cuello de Akeylah con ambos brazos y profundizó el beso. Sus lenguas se enredaron y Akeylah estaba cayendo, cayendo...

La reina sonrió contra sus labios. En un rápido movimiento, se giró sobre Akeylah. Sus faldas se enredaron y Rozalind deslizó una mano por la pierna de Akeylah, la sensación de seda sobre seda estaba volviéndola loca.

Después los dedos de Rozalind acariciaron los extremos de su cicatriz y Akeylah rompió el beso con un jadeo.

—¿Demasiado rápido? —Rozalind se detuvo, se echó hacia

atrás, con el pelo alborotado—. Podemos ir más lento. —Su expresión de preocupación casi mató a Akeylah. Lo último que quería hacer era dejar de tocarla.

Pero no podía dejar que Rozalind viera su cicatriz. No podía dejar que *nadie* la viera, jamás.

No debía estar haciendo eso. *Rozalind está casada. Con mi padre. Mi padre, el rey. Mi padre, el hombre al que yo he maldecido.* Akeylah no merecía eso. No merecía a alguien como ella. Se sentó en la cama, estiró su falda, aún sin aliento.

—¿He hecho algo mal?

El corazón de Akeylah se abrió al medio solo de mirar los ojos de Rozalind.

—Nada. Yo... Rozalind... tienes razón. Esto es una locura. — Eso no ayudó. Solo empeoró el dolor—. Lo siento.

—No te disculpes —comenzó a decir la reina.

—Debo irme. —Akeylah se puso de pie y se marchó sin mirar atrás. Si lo hacía, nunca podría seguir caminando.

Zofi

Zofi alzó el cristal redondeado, lleno de sangre. —¿Tu amigo interceptó esto de camino a tu recámara? —preguntó. Ren asintió.

—El chico que lo llevaba tenía órdenes de dejarlo dentro de uno de mis zapatos. —Ella se encogió de hombros—. Para lo que fuera que eso sirviera.

Para darle la mayor probabilidad de romperse ante el impacto. Zofi reconoció el vial, naturalmente. Había creado probablemente cientos de viales como ese durante el transcurso de su vida. Pero no podía precisamente admitir eso en ese momento.

La clave para crear esos viales era el secreto máspreciado de los Viajantes. Si alguien más aprendía cómo hacerlo (cómo recopilar las Artes y guardarlas para más tarde, cómo crear diezmos que se activasen con el contacto con el torrente sanguíneo), los Viajantes perderían cualquier ventaja que aún tuvieran sobre el resto de las Regiones.

—¿Y estamos seguras de que es sangre lo que está ahí dentro? —Akeylah frunció el ceño.

Además, tal vez no importara que Zofi estuviera guardándose información. Después de todo, ella nunca había visto un refuerzo como ese. Normalmente, para hacer uno, el cristal debía ser moldeado por uno mismo. El aliento y la sangre de la misma persona debían unirse para crearlo. Y solo esa persona podía activar el diezmo que contuviera; solo esa persona podía usarlo en sí misma. Zofi no podía hacer un diezmo para alguien más.

Enviar a un sirviente a dejar un diezmo almacenado en el zapato de alguien más no tenía sentido.

—Definitivamente es sangre —afirmó Zofi—. Y, a menos que recuerdes haber sangrado dentro de un recipiente de cristal caliente, Ren, asumo que no es tuya.

—Creo que recordaría algo así.

—Bien. —Zofi se encogió de hombros—. Alguien quería enviarte un mensaje muy pasional, supongo.

Ren puso los ojos en blanco. Akeylah ignoró la broma.

—Hay algo más que quería discutir con vosotras dos. Es sobre la condesa Yasmin.

—Ya te lo he dicho ayer, esa teoría no tiene sentido —dijo Ren—. ¿Por qué se volvería en contra de su propio hermano? Todos saben la relación tan estrecha que tienen los mellizos. Y,

además, las leyes de Kolonya no sostienen la sucesión de los hermanos de un gobernante, en especial no de un hermano que no tiene hijos o que no puede perpetuar el linaje. —Ren comenzó a recorrer los estantes. Se habían escondido en lo profundo de la biblioteca, y a esa hora (apenas al amanecer del día del Banquete del Glorioso Ascenso del Sol) estaba vacía. Incluso Madam Harknell había abandonado su puesto. Había comenzado a dejar las llaves de la biblioteca en el escritorio preferido de Akeylah.

Ella había tomado ventaja de esa mañana particular y había cerrado las puertas de la biblioteca tras ellas.

—Escuchadme.

Ambas, Zofi y Ren, se quedaron en silencio mientras Akeylah detallaba su reunión con el acólito del Sol. Para cuando terminó, Ren ya se había derrumbado en su silla y Zofi había tomado su daga y estaba girándola entre sus dedos, en un inútil intento de calmar sus nervios.

Hoy. Ese día sería el Ascenso del Sol, su fecha límite.

—¿Por qué esperar? —preguntó Zofi—. Si siempre planeé asesinar al acólito Casca, ¿para qué mantenerlo con vida durante años para después acabarlo repentinamente?

—¿Algo cambió, tal vez? —sugirió Akeylah—. Fue asesinado hace un año. Después del fin de la guerra.

—Entonces, ¿qué cambió? —Zofi giró su daga en el dorso de su

mano y la atrapó con el pulgar.

—Firmamos el Séptimo acuerdo de Paz. Andros volvió a casarse —respondió Ren mientras marcaba los puntos con sus dedos—. La Región Este comenzaba a quejarse por su sufrimiento en la guerra, aunque la rebelión no se había propagado demasiado aún...

Zofi volvió a girar la daga en la otra dirección.

—Ninguna de esas cosas explicarían por qué la condesa se preocuparía repentinamente por una maldición que realizó dieciséis años atrás.

—A menos que no aprobara una de esas decisiones políticas —arriesgó Akeylah—. Tal vez ya tenía en mente apostar por el trono. Tal vez ella ha estado detrás del asesinato del Príncipe Plateado también y ha planeado abrirse un camino al trono todo este tiempo. Primero querría cortar cualquier cabo suelto que pudiera revelarse y perjudicarla más adelante.

Zofi intercambió una mirada con Ren, después encogió un hombro.

—O tal vez lo estamos pensando demasiado. Tal vez el acólito Casca tuvo un repentino brote de culpa en su consciencia y forzó a Yasmin.

—Además, no sabemos si su historia es real —agregó Ren—. El acólito Casca pudo haberse vuelto loco, como creía su estudiante.

—Cierto —admitió Akeylah—. Pero, si él no estaba loco, entonces eso significa que Yasmin ha usado las Artes Vulgares antes. Tiene mucho más sentido que las haya usado en contra de Zofi ahora.

—Son conjeturas. —Ren negó con la cabeza—. Tenemos que verificar esta historia.

—¿Y sus criadas? —intervino Zofi.

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Ren.

—El acólito dijo que Yasmin tenía una cicatriz por haber usado las Artes Vulgares. Seguramente las criadas que ayudan a las mujeres de la nobleza a bañarse, vestirse y limpiar sus propios traseros habrían notado una marca como esa.

Durante un momento, Ren se quedó en silencio.

—Yasmin no tiene criadas.

—¿Qué quieres decir? —Zofi bufó—. Todas las damas de la nobleza tienen criadas.

—Ella no. —Ren se apoyó contra un estante—. Mi madre solía servirla. Ella me dijo que Yasmin comenzó a comportarse de forma extraña. A hablar sola, a entrar en trance. Me dijo que el último año que trabajó para Yasmin, la condesa no se desvestía frente a ella. Después de que despidiera a mi madre de su servicio, renunció a las criadas por completo.

Zofi resopló entre dientes y dejó de hacer girar su daga para aferrarla en un puño.

—Muy curioso. Eso es exactamente lo que yo haría si estuviera escondiendo algo.

—Tal vez. Pero esa no es la única explicación posible. —Ren se cruzó de brazos, después miró a Akeylah—. Vosotras no tenéis criadas tampoco, he oído.

—Es un arreglo en beneficio mutuo. —Zofi envainó su daga con un fuerte golpe—. Ellas no tienen que servir a una vagabunda y yo obtengo una pequeña pizca de privacidad en mi propia maldita recámara.

—Lo mismo para mí —dijo Akeylah en voz baja.

—Da igual. Una forma de descubrir qué es lo que esconde nuestra adorable tía. —Zofi pasó la mano por sus pantalones—. Dejadme que la espíe.

—Es demasiado arriesgado —dijo Ren—. Le pediré a mi amiga que lo haga en tu lugar.

—¿Tu amiga la criada? —Zofi lanzó una risotada—. ¿No acabamos de decir que Yasmin las despidió?

—Debe dejar entrar a algún sirviente a su habitación. —Ren resopló—. Aunque sea solo para limpiar y ordenar su papeleo.

Pero Zofi ya estaba levantándose y sosteniendo la llave de la biblioteca que estaba encima de la pila de libros de Akeylah. Finalmente, algo proactivo. Estaba cansada de tanto esperar.

—Deja que controle esto. Ya has pedido suficientes favores, hermana.



Zofi estaba acostumbrada a las largas cacerías. Había estado en más que suficientes, en profundos cruces desérticos, donde las presas eran escasas y lejanas. Podía rastrear con éxito lagartijas en sus madrigueras, que solían tardar horas en asomar las cabezas de sus agujeros. Pero ¿aquello?

Le daban calambres en las piernas. Se estiró de lado a lo largo del balcón para aliviarlas, con un ojo fijo en la delgada cortina que la separaba de la habitación de la condesa.

En el interior, Yasmin seguía sentada, encorvada sobre su escritorio. La misma posición en la que llevaba casi una hora. Si la condesa no levantara su mano para sumergir la pluma en tinta ocasionalmente, Zofi se habría preguntado si había muerto en su silla.

Mientras tanto, su mente traicionera no dejaba de dar vueltas, como lo había hecho toda la noche. Le quedaba poco tiempo, preciado, hasta su hora límite para derrotar a su extorsionador, y allí estaba ella, soñando despierta.

Cada vez que cerraba los ojos, veía la expresión perturbada de Elex. La pena en sus ojos al dejarla en el césped en las afueras de los muros de la ciudad.

Debí haberlo besado una última vez.

Pero los besos de Elex eran cosas pesadas. Cargados con el peso de una vida de recuerdos compartidos, años de una

tensión dudosa, de crecimiento lento. El dolor que llevaba en su pecho en ese momento solo pesaría diez veces más si ella lo hubiera besado.

La cortina se movió. Zofi se tensó. Pero Yasmin seguía escribiendo la carta semejante a un libro en la que estaba inmersa. Zofi volvió a relajarse contra el balcón de madera.

Alguien realmente debería mejorar la seguridad en este sitio.

Aunque ella supuso que la laxitud en la seguridad sucede cuando una ciudad no ha sido invadida en cuatrocientos años. La Ciudad de Kolonya acostumbraba luchar en las Regiones lejanas, no en su puerta.

Zofi se escondió cuando Yasmin se movió en su silla. La condesa dobló la carta y la guardó en un bolsillo oculto de su vestido holgado. Después se levantó. *Finalmente.*

Vamos. Cámbiate de vestido.

Zofi se agachó detrás de un arbusto en una maceta. La sombra de la condesa recorrió la habitación. Pero, un momento más tarde, el tintineo distante de la traba de la puerta sonó y la habitación quedó vacía.

Zofi resistió un gemido. ¿Cuánto tiempo más tendría que quedarse allí para poder ver a su tía vestirse? Ya se sentía lo suficientemente extraña.

Se inclinó hacia adelante, hasta que su cabeza se apoyó contra el cristal. Después miró en el interior, al escritorio de Yasmin

en su habitación. Una y otra vez, del escritorio a la puerta.

Ya estaba allí de todas formas. Y sabía por experiencia lo fácil que era abrir esas ventanas...

Si no podía ver la cicatriz de Yasmin por sí misma, tal vez podría encontrar algo más de valor en esa habitación. Otra evidencia para usar en contra de la mujer. Solo necesitó medio segundo deslizar su daga por las ranuras y forzar la traba de la ventana.

Por las arenas. Si alguna vez tenía poder de decisión sobre eso, la fortaleza tendría ajustes en la seguridad.

Entró a la recámara de puntillas y analizó su alrededor.

Había gris en todas partes. Cortinas pálidas, un ligero dosel de gasa sobre la cama, sábanas blancas y negras a cuadros. De alguna manera, los colores parecían fuera de lugar, demasiado apagados para los gustos de Kolonya.

Pero Yasmin siempre había sido extraña.

Zofi se dirigió primero al escritorio. En él encontró una sola pluma bañada en oro y un tintero con un plato haciendo juego. *D'Daryn.*

Daryn, el padre de Yasmin y de Andros. Tal vez el tintero fuera un regalo. Zofi recorrió el plato con un dedo, luego le dio la vuelta para buscar compartimientos ocultos. Después observó el escritorio detenidamente. Pero cada una de las gavetas coincidía en sus dimensiones y sus fondos eran de

madera sólida. No tenían secretos ocultos.

El cubo de basura solo tenía cenizas.

Terminó de revisar el escritorio y después pasó al armario. Solo un vestido aburrido tras otro, todos de colores apagados; más que nada grises y blancos, con un ocasional acento negro.

Continuó con su inspección y analizó las paredes. Nada sonó a hueco al golpear el horrible empapelado floral. Ni siquiera había una caja de seguridad escondida detrás del enorme retrato de un hombre obeso, con unos ojos amarillos verdosos y una expresión familiar en sus labios. Llevaba su pelo castaño oscuro en un estilo antiguo, largo y rizado. Casi lo hacía parecer menos kolonense. Más norteño.

Más parecido a Zofi.

Rey Daryn decía una placa debajo del retrato.

La analizó durante un minuto. Era raro lo que las personas heredaban. La sonrisa, Zofi había heredado eso. Los ojos los compartían Florencia y Akeylah. La sangre de ese hombre corría en sus venas. Del hombre que había muerto tres décadas antes del nacimiento de Zofi.

«Encantada de conocerte, abuelo», susurró, y después siguió revisando la habitación de su tía.

En la mesa de noche encontró algunos libros con esquinas dobladas, tomos con nombre como *Kolonya primero: un análisis de las relaciones exteriores del rey Andros*. Ella recorrió las páginas, solo

por si acaso. No encontró notas ni trozos de papel.

Finalmente, revisó la cama. Sintió los bordes del colchón en busca de protuberancias o huecos inusuales. No había nada en el colchón en sí. Pero, debajo de la cama, entre dos cajas de sombreros (que, tristemente, solo contenían sombreros), encontró una tercera caja cuadrada. Su tapa estaba cubierta con una gruesa capa de polvo, pero tenía huellas en ella. La habían abierto recientemente.

Necesitó solo un momento forzar su sencillo pestillo. Dentro, Zofi encontró un solo rizo de pelo castaño oscuro. A su lado había una carta. Nueva, a juzgar por el papel aún blanco, con sus extremos todavía sin pliegues ni amarillos por el paso del tiempo.

Zofi se sentó de piernas cruzadas en el suelo y abrió la carta. No tenía remitente, las letras estaban cuidadosamente dibujadas; casi excesivamente cuidadas, como si hubieran sido copiadas de un libro.

He atendido a tus preocupaciones. El acólito sabía demasiado. Tenías muchas preocupaciones tras la guerra, ahora la paz finalmente ha llegado. Temías que alguien supiera lo que nuestra familia es realmente. Hasta dónde hemos llegado. Todos los ecos que hemos creado.

He solucionado eso por ti. Oculté mi secreto; todo lo que ese hombre ha hecho por nosotros. Incluso utilicé esa adorable invención conjunta para hacerlo. ¿No ha sido algo astuto?

¿No lo ves? Tengo las aptitudes necesarias para liderar. Tengo la astucia necesaria para intuir lo que debe hacerse y el valor para llevarlo a cabo. Yo debería gobernar. No mi hermano. Lo ves también, ¿no es así?

La parte inferior de la carta había sido arrancada. Pero quedaba suficiente como para ver parte de su firma. Yasm podía leerse justo sobre la línea de quiebre.

Yasmin.

Entonces, Zofi escuchó el ruido en la puerta.

Una llave.

Guardó la carta en su bolsillo, cerró la tapa de la caja y la empujó de vuelta debajo de la cama. Luego se lanzó por la habitación hacia el balcón, justo cuando el picaporte se movió.

La puerta se abrió justo cuando Zofi estaba cerrando la ventana. Aún no había vuelto a poner el pestillo. No podía hacerlo en ese momento por temor a hacer algún ruido. Las cortinas volaron con su alboroto, se abrieron parcialmente, lo suficiente como para que pudiera ver claramente por el espacio.

Yasmin entró en la habitación.

Por las arenas.

Zofi no podía soltar la ventana; se abriría. En su lugar, tomó la daga de su cintura. Con su mano libre la usó para cortar el dorso del brazo con el que sujetaba la ventana.

Solo le costó un segundo diezmarse. La adrenalina la hacía

más veloz, su mente más aguda. Un instante después, Zofi se fundió con el fondo. Su mitad inferior se mimetizó con el balcón de madera de cerezo y su mitad superior se volvió azul como el cielo. Contuvo la respiración y se concentró en las nubes del cielo. Cambiando para que pasaran sobre su piel y la camuflaran de forma regular.

Cuando abrió los ojos y miró la habitación, requirió cada gramo de su fuerza de voluntad el no impactarse o gritar.

No puedes verme.

Yasmin estaba mirando por la ventana. Directamente a los ojos de Zofi.

Ella contó sus latidos. Uno. Dos. Tres. Sintió que sus pulmones ardían por falta de aire y sus músculos se acalambaban. Se centró en mantener esa ilusión; tan difícil de descifrar, a menos que el otro supiera qué buscar. O a menos que la persona camuflada se moviera.

Durante segundos, o tal vez horas, Yasmin le mantuvo la mirada. Después se dio la vuelta y atravesó la habitación.

Zofi soltó su respiración contenida en un suave silbido.

En su tocador, Yasmin agarró un broche de alatormenta y lo colocó en su pecho. Arregló la medalla, agregó otra encima; una pluma dorada, la insignia de la corona. Sobre ella, prendió un círculo dorado, un símbolo del Padre Sol, el que gobierna sobre todas las cosas.

Debía estar vistiéndose para una reunión oficial o algún evento de Estado.

La condesa estiró su falda, volvió a mirarse al espejo. Durante un momento, Zofi pudo haber jurado que sus ojos miraron al balcón, a los ojos de Zofi otra vez.

Después, Yasmin sacó un pequeño chal de su tocador, se lo colocó sobre un brazo y volvió a salir de su habitación. Zofi no se permitió respirar normalmente hasta que la puerta se cerró de un golpe.

Justo a tiempo, cuando su piel comenzaba a sentir escozor y a aparecer en su lugar.

Moviéndose tan rápido como podía, volvió a cerrar la ventana y saltó del balcón hacia el inferior.

Había estado demasiado cerca.

‡Florenxia

—¿Así que tienes una prueba? —Ren le dio la espalda al espejo una última vez para ver la parte trasera del vestido que había escogido para el Ascenso del Sol.

Esa era la noche.

No *quedan más días*. No podían ganar más tiempo. Ren necesitaba confrontar a Yasmin antes de que comenzara el banquete, tenía que evitar que revelara al verdadero culpable de Bahía Ardiente... o ser colgada por sus crímenes.

Se vistió para la ocasión. La tela de color púrpura intenso resaltaba sobre su piel oscura. Hacía que pareciese que estaba cubierta de bronce, feroz. Imparable. Si iba a caer esa noche, lo haría con estilo.

—Estoy segura de que así es. —Zofi señaló la carta—. «Yo debo gobernar. No mi hermano». Y está hasta firmada por ella. Incluso habla del acólito y sobre usar alguna invención conjunta para asesinarlo... No tenemos ni idea de a quién se dirigía la

carta, o qué estaban tramando, pero de todas formas...

Por su parte, Akeylah tenía su más reciente amenaza abierta sobre su falda; estaba comparando la escritura con la de la carta de Yasmin, aunque era claramente la misma letra que la de su extorsionador.

—La reina podría ayudarnos con más pruebas —dijo. Como era usual, Florencia notó que la voz de su hermana se volvió extraña y cerrada al mencionar a la reina—. Tiene una idea sobre el método de envenenamiento.

Ren se detuvo a analizar a su hermana en el espejo. La esteña era callada, aunque tenía recursos cuando lo necesitaba. Los últimos días habían probado eso. *Aun así.*

—No me gusta que hayas compartido tantos detalles con la reina Rozalind. ¿Cómo podemos saber que esto no es parte de una conspiración genalesa? Yasmin claramente está trabajando con *alguien*. ¿Y si es Rozalind? ¿O si Rozalind ha planeado todo esto para culpar a Yasmin?

—Podemos confiar en Rozalind —respondió Akeylah sin perder un segundo—. Además, de todos los sospechosos en la fortaleza, a ella es a quien podemos tachar. No puede diezmarse. —Algo en la voz de Akeylah sonó apagado al decir eso, un tono de falsedad que llamó la atención de Ren.

Pero Akeylah siempre había sido muy apegada a la reina.

—Eso no significa que podamos confiar en ella —respondió

Ren.

—De todas formas, ¿por qué querría la condesa Yasmin trabajar con los genaleses? —Akeylah negó con la cabeza—. Ha pasado casi toda su vida luchando en guerras *contra* ellos.

—¿Por qué haría algo de esto? —Ren resopló, exasperada—. ¿Por qué asesinar a su amigo si mantuvo su secreto durante tanto tiempo? ¿Por qué esconder una carta en la que lo admite en su habitación? ¿Por qué extorsionar a las únicas tres herederas posibles para que abduquen al trono?

—Lo descubriremos esta noche. —Zofi se cruzó de brazos—. Si alguna vez terminas de arreglarte.

—Estoy asegurándome de que tengamos pruebas suficientes —dijo Ren, aunque tenía la sensación de que la Viajante estaba hablando de preparaciones físicas más que mentales.

—Por las arenas. Tenemos una carta con su propia letra. Tenemos un testigo. ¿Qué más necesitamos?

—Seguridad. —Ren hizo un mohín—. De lo contrario, esto no funcionará. Yasmin tiene que creer que tenemos suficiente evidencia para lanzarla a los calabozos a menos que nos escuche.

Zofi resopló y se echó sobre la cama.

Ren resistió la necesidad de decirle a su hermanastra que sacara sus botas mugrientas de su manta. Ya era demasiado tarde para prevenir las manchas y eso solo empeoraría el

humor de Zofi. Que era solo una versión exagerada del humor de ella y de Akeylah, para ser sincera.

Aprensión. Tensión. Deseos de que esa noche ya acabara.

—Tenemos suficiente. —Akeylah miró a los ojos de Ren en el espejo—. Entre la carta, el testimonio del acólito y el elemento extra que Rozalind traerá...

—Aún no puedo ver por qué no puedes decirnos qué es ese elemento. —Ren prendió un collar metálico alrededor de su cuello. La serie de placas plateadas se enlazaban sobre su pecho como un escudo. Tenía la sensación de que esa noche la corte sería más que nunca como en un campo de batalla.

—Porque yo misma no estoy totalmente segura aún. La nota era vaga, en caso de que alguien la interceptara. Rozalind sabe lo que hace.

—Solo espero que tengas razón sobre ella.

—Bueno. —Zofi se puso de pie en un hábil movimiento—. No hay momento como el presente para averiguarlo.

—Por que la próxima vez que estemos de pie en esta habitación, todas seamos libres de la traición de nuestra tía. —Ren terminó con el collar y se dio la vuelta para ver su atuendo completo en el espejo.

—Por que cortemos las piernas de nuestros enemigos. —Zofi sonrió animada.

—Por el futuro de nuestro reino —balbuceó Akeylah—. Que la

Madre Océano guíe nuestros caminos.

Durante un momento, se detuvieron lado a lado. Akeylah vestía de simple *chiffon* blanco, su pelo rojizo estaba trenzado con fuerza sobre su cabeza, al estilo del Este. El cabello de Zofi era su usual maraña salvaje y llevaba puestas sus botas, pantalones de cuero y una camisa de hombre.

Una semana atrás, Ren se habría burlado de esa elección. Ahora, la comprendía. Si se iniciaba una pelea esa noche, al menos podían contar con Zofi para respaldarlas en su atuendo extremadamente práctico. Pero era más que solo practicidad. Algo en la completa indiferencia de Zofi por las apariencias de la corte se había vuelto casi... refrescante.

En la superficie daban la sensación de ser tres chicas que no se parecían en nada.

Pero en el espejo, Ren notó similitudes. La presión en sus labios. El destello en sus ojos. La posición de sus hombros; la cabeza en alto, mentón elevado, músculos comprimidos.

Por primera vez desde que se conocieron, parecían hermanas.

—Yo no me metería con nosotras —dijo Ren finalmente.

—Yasmin no sabrá qué la golpeó —coincidió Zofi. Pero Akeylah enlazó un brazo con el de Ren.

—Sea lo que sea que pase esta noche, me alegra teneros a mi lado.

Para su sorpresa, la garganta de Ren se cerró.

—Yo también. —Después sonrió con suficiencia y negó con la cabeza—. Por el Sol. ¿Recordáis lo que pensábamos una de otras hace apenas una semana?

—¿Qué, ya no piensas que soy la loca chica del caballo?

—Ah, definitivamente sí. Pero solo porque lo eres. —Zofi le dio un golpe con su codo.

—Bueno, yo estoy bastante segura de que tenía razón acerca de que eres una kolonense consentida también.

Akeylah agitó sus pestañas, coqueta.

—Personalmente, yo siempre supe que las dos seríais aliadas de confianza. Solo resulta que soy una excelente jueza de carácter.

Ren bufó aunque, a decir verdad, había comenzado a disfrutar más de la compañía de Akeylah desde que había empezado a salir un poco de su cascarón.

—Absolutamente modesta también, Akeylah.

—Más que tú —señaló Zofi. Sin dejar de hablar, las chicas salieron de la habitación.

Ren dudó en el umbral, se dio la vuelta para echar un último vistazo a su atuendo. De un modo u otro, esa noche todo cambiaría. O bien ellas limpiarían sus nombres y se liberarían de la tiranía de Yasmin, o bien ella las delataría y Ren nunca volvería a ver su habitación. O ninguna otra habitación, para el caso, más allá de una celda en los calabozos.

Akeylah notó que se detuvo y llevó una mano a su antebrazo.

—Tú misma lo has dicho, Ren. No me metería con nosotras esta noche. —Ella sonrió. Una sonrisa más pequeña y tímida que las de Ren o Zofi. Pero de alguna forma, más creíble por eso —. Tenemos esto bajo control.

Ren enderezó sus hombros.

—Tienes razón. Vamos a tener una conversación con nuestra querida tía Yasmin.



El patio central de los jardines del cielo había sido pintado de plata, un brillo claro que reflejaba las triples lunas del cielo. Sedas a tono colgaban de los árboles, así que todo el techo parecía centellear. Ren sintió que estaba caminando por la superficie de Essex, bañada en una cortina de luz de luna.

Era un recordatorio del legado del Príncipe Plateado. De los zapatos que él había dejado atrás, zapatos que una de ellas llenaría algún día.

Qué raro. Había esperado sentir nervios. O temor. O emoción. O al menos, concentración en la misión que les esperaba. En su lugar, todo lo que sentía era una perturbadora sensación de tranquilidad.

Tal vez fuera por las chicas que estaban a sus lados. Por la aguda inteligencia de Akeylah. Por la postura lista para la batalla

de Zofi.

Danton había tenido razón. Ella necesitaba aliados en quienes pudiera confiar. Solo que nunca esperaba encontrarlos en las dos personas con las que, técnicamente, estaba compitiendo por el trono. Incluso su propia madre le había advertido que no confiara en sus hermanas. *Recuerda la mitad que importa.* Pero a la hora de la verdad, en contra de un enemigo común, esas eran las aliadas que Ren quería a su lado.

Pudo ver a Yasmin al otro lado del patio. Como era usual, la condesa deambulaba alrededor de Andros, con una mano en su espalda en caso de que tropezara o se cansara demasiado. El estómago de Ren se retorció con disgusto.

¿Cómo podía Yasmin sonreírle a su mellizo, actuar con tanta amabilidad y preocupación, cuando estaba traicionándolo? Saboteando a las potenciales herederas para controlarlas. Hablando de cómo ella debía gobernar en lugar de su hermano.

Ren volvió a pensar en la nota que Zofi había encontrado. *Yo debería gobernar. No mi hermano.*

Ella había usado las Artes Vulgares en contra de un miembro de la familia antes, décadas atrás. ¿Habría sido Andros? ¿O podría ser que su enfermedad actual estuviera relacionada? ¿Podría estar envenenándolo tal y como había envenenado a Casca, su amigo de toda la vida? ¿Cuánta profundidad podría alcanzar su traición?

¿Y a quién se suponía que se dirigía esa carta? ¿Por qué la condesa había decidido no enviarla después de todo? ¿Se habría asustado? ¿Habría cambiado de opinión acerca de confesarlo a quienquiera que fuera? Pero entonces, ¿por qué no destruir la evidencia?

No tenía importancia. Lo que fuera que estuviera haciendo, ellas finalmente tenían pruebas para detenerla. En especial con el descubrimiento de la reina, que le había transmitido a Akeylah cuando llegaron a la terraza, quien, a su vez, lo había compartido con las demás. El estómago de Ren se retorció por la anticipación de la evidencia que había prometido la reina, aunque sabía que era lo que necesitaban. Algo impactante y suficientemente concreto como para demostrarle a Yasmin que no estaban bromeando. Ellas sabían la verdad sobre ella y no temían compartirla si hacía algo en su contra.

—¿Dónde está la reina? —Ren tomó una copa de un sirviente que pasaba y la llevó a sus labios sin beber de ella.

—La perdí después de que llegáramos a la terraza. —A juzgar por el modo en que su mirada recorría el sitio, Zofi estaba analizando a toda la corte.

—Démosle un minuto más. —Akeylah aferraba una copa de néctar en su mano temblorosa.

Zofi se encogió de hombros, después detuvo a un sirviente que pasaba por su lado y tomó más trozos de carne de cabra de

lo que Ren creyó que fuera buena idea comer. Era una señal de lo lejos que habían llegado el que Ren solo estuviera sorprendida, más que mortificada.

Zofi masticó haciendo ruido, luego señaló a la esquina más lejana con su mano llena de carne.

—Allí está tu chica, Akeylah.

—Ella no es mi... —La joven se detuvo con el ceño fruncido y se alejó de sus hermanas. Atravesó la pista de baile, directamente hacia el grupo de nobles reunidos alrededor de una cabellera castaña de ensueño. La reina Rozalind.

Ren y Zofi cruzaron miradas.

—Akeylah no piensa conseguir nada, ¿o sí? —preguntó Ren por lo bajo.

Zofi tomó otro gran bocado de carne y masticó durante un momento. Después hizo una señal hacia Rozalind y Akeylah, quienes acababan de inclinar sus cabezas juntas, más cerca de lo que lo harían la mayoría de los cortesanos para mantener una conversación amistosa.

—¿Quién diría que nuestra reservada hermana tenía una mancha oscura después de todo?

Ren hizo un mohín.

—Rozalind está casada. Con *nuestro padre*, nada menos. Si alguien lo nota, si comienzan a hacer preguntas...

—Si inspirar algunas preguntas implica que nuestra

madrastra siga ayudándonos tanto, no me quejaré —respondió Zofi.

—Asumiendo que nuestra madrastra no es alguien de quien tengamos que cuidarnos en la...

—¡Ah, lady Florencia!

Ren cerró la boca y forzó una sonrisa. Se giró y encontró a lady Lexena detrás de sí, con lord Gavin a su lado. Lexena se había superado esa noche. Llevaba un vestido dorado ajustado, con hebillas a tono sosteniendo su pelo negro lacio en un elaborado recogido, parecía más como una princesa que la misma Ren.

—Esperaba cruzarme contigo esta noche. Había pensado en enviarte una invitación a mi baile de compromiso, pero después pensé: *no, se la haré en persona*. —Lexena saltó un poco en su lugar, la viva imagen de la emoción de una niña—. En una semana a partir de mañana, en el salón de mi padre. ¿Asistirás?

Ren sintió que su sonrisa se ampliaba involuntariamente. Lexena siempre había sido una de sus preferidas. En las pocas veces que Ren la había servido, Lexena nunca había levantado la voz, nunca le había hecho peticiones en mitad de la noche ni había solicitado tareas ridículas. Agradecía a sus criadas por sus nombres, recordaba sus cumpleaños.

—Por supuesto, estaré encantada.

—¡Genial! —Lexena aferró el antebrazo de Gavin y lo apretó.

—Felicidades a los dos, por cierto. —Ren les sonrió—. Algo

tarde, lo sé, pero...

—¿Ambos? —Lexena parpadeó—. ¡Ah! —Retiró su mano del brazo de Gavin y volvió a reír, con un tono tan agudo que lastimó los oídos—. No, Gavin es como un hermano para mí.

Gavin sonrió débilmente. Al mismo tiempo, Lexena inclinó la cabeza y vio a alguien al otro lado del patio.

—Pero aquí está mi prometido.

Ren siguió su mirada y sintió cómo cada músculo de su cuerpo se tensaba. Requirió esfuerzo poder respirar, el mantener la espalda erguida y la cara inmóvil. *Ella está equivocada. O yo la estoy malentendiendo. Eso debe ser.*

Observó, con el estómago hundido por el horror, cómo Danton se acercaba a través de la pista de baile. Su mirada pasó directamente sobre Ren, a la mujer que estaba a su lado.

—El embajador Danton le ha pedido mi mano a mi padre hace unos días. —Lexena volvió a saltar alegremente en su sitio—. Justo antes de una importante reunión del concejo. —Suspiró con felicidad—. Me alegra que finalmente lo haya preguntado. Fue un cortejo tan largo, meses de correspondencia...

Todas las palabras atravesaron sus oídos.

Meses de correspondencia.

Hace unos días. Justo antes de una importante reunión del concejo...

La mañana antes de la última vez que Ren lo había visto. La mañana antes de que él fuera a su recámara con un espía en

sus manos. La mañana antes de que jurara que podía confiar en él. Antes de que la besara. Antes de que la besara y la aniquilara al mismo tiempo. Solo que ella no lo supo hasta ese momento.

Las serpientes anestesian a sus víctimas antes de morderlas. No notas el veneno hasta que ya está en lo profundo de tus venas.

—Hola, querida. —Danton llegó junto a Lexena y rodeó su cintura con un brazo, mientras ella se estiraba para besarle en la mejilla.

El cuerpo de Ren se volvió frío y caliente al mismo tiempo. Estaba en llamas; estaba congelada. Quería arrancarle el corazón.

Pero no podía. Él se había llevado el suyo primero.

—Estaba invitando a lady Florencia a nuestro baile —balbuceó Lexena, distraída.

Danton sonrió, la viva imagen de un cariñoso y atento prometido.

—Eso es maravilloso. —Solo entonces levantó su mirada hacia Ren. Solo entonces ella vio tras el muro. Notó que eso era solo una puesta en escena; su afecto, su cuidado. No le importaba Lexena en lo más mínimo.

Danton solo se interesaba por sí mismo. Resultó evidente en ese momento.

—Me encantaría que lady Florencia pudiera asistir —estaba diciendo él—. Significaría mucho que ella bendijera nuestra unión.

Ren lo comprendía. Él necesitaba una conexión con la corte. Un modo de conseguir el favor del rey. Cortejar a la hija del rey no funcionaría. Danton no era un noble de jerarquía suficiente como para conseguir la mano de una princesa.

«No es tan simple», había dicho él.

«Confía en mí», le había pedido.

Solo podía culparse a sí misma. La primera vez que él la apuñaló por la espalda, Ren no pudo haberlo visto llegar. Esta vez, en cambio... Esta vez pudo haberlo sabido.

—Hermana.

La voz de Zofi la sacó del precipicio. La arrojó al aquí y ahora. A los jardines bañados de risas y voces. El rey, acercándose lentamente hacia el estrado desde donde daría su discurso. Al otro lado de la habitación, Akeylah les hacía señales frenéticamente mientras avanzaba, a mitad de camino entre Rozalind y la condesa, con una delgada caja debajo de su brazo. La bilis se elevó en la garganta de Ren al pensar en su contenido.

No tenían más tiempo. No podía permitirse perder ni un minuto más con personas como Danton.

—Que el Sol os bendiga a ambos. —Ren asintió hacia la pareja,

apartó sus ojos de Danton, que estaba frunciendo el ceño, con las cejas bajas en esa expresión de cachorrito por la que ella siempre caía.

Nunca más.

—Vamos —le murmuró a Zofi. La mirada de su hermana tenía miles de preguntas. Para crédito de ella, Zofi no hizo ninguna. Solo apretó el hombro de Ren una vez, con fuerza. Un gesto de apoyo mudo antes de que atravesaran la habitación—. ¿Recuerdas qué hacer?

—Decirle a Yasmin que necesito hablar con ella sobre una conspiración en contra del trono. Luego llevarla a un rincón de los jardines.

—Te veré al otro lado. —Ren le ofreció una pequeña sonrisa incisiva.

Zofi

Zofi llevó la mano a la empuñadura de su daga, solo para reasegurarse de que siguiera allí. Escondida en un bolsillo oculto, lista para salir en cualquier momento.

A juzgar por el humor de la condesa, podría necesitarla.

—¿Y bien? Será mejor que esto merezca mi tiempo. —Yasmin apareció como una estampida en el balcón al límite de los jardines del cielo, un punto recluso que Akeylah había propuesto. Rozalind, después de haberles entregado un último elemento de evidencia, se había reunido con el rey; para asegurarse de que no enviara a ningún mensajero en busca de su hermana ausente.

»Mi hermano me necesita —estaba diciendo Yasmin—. Sus curanderos no son lo suficientemente atentos; él casi tropieza en la escalera.

—Créame, condesa —dijo Ren—. Tiene que escucharnos.

Zofi miró a su hermana. Ren asintió y Zofi se colocó detrás de

Yasmin para sujetar la muñeca de la condesa con una mano y aferrar el brazo de la mujer en su espalda.

Como lo había predicho, Yasmin reaccionó como un soldado. Dio un paso adelante, se retorció para soltarse. Pero por más entrenamiento que tuviera, Yasmin aún era una mujer mayor. Zofi sujetó su otro brazo durante el forcejeo y fijó ambos en su cintura.

—En el nombre del Sol, ¿qué significa esto? —gritó Yasmin.

—Baja la voz —agregó Ren—. A menos que prefieras que le hablemos a toda la corte acerca de tu experiencia con las Artes Vulgares.

La condesa se quedó quieta.

—Así está mejor. —Zofi aflojó su agarre—. Ahora, promete no correr hasta que terminemos de hablar y te devolveré tus brazos.

Yasmin apretó los dientes un momento, luego asintió, seria.

Zofi la liberó.

La mujer frotó sus muñecas, una después de la otra, con la mirada fija en Ren.

—No sé de qué estás hablando. Artes Vulgares. Eso es absurdo.

—¿En serio? —Zofi rodeó a la condesa para analizar su expresión. La vieja bruja, como diría Ren, tenía un rostro de cazadora bastante bueno. Pero había un brillo desafiante en su

mirada que no podía disfrazar por completo—. Porque cerraste la boca muy rápido cuando amenazamos con comenzar a hablar de eso.

—Los rumores pueden ser peligrosos. —Yasmin la observó fríamente—. Incluso los falsos.

—Muy curioso. —Ren extendió una mano. Zofi sacó la carta de su bolsillo y se la entregó a su hermana—. Porque por lo que he leído aquí, tienes una consciencia bastante sucia, condesa.

Una arruga apareció en la frente de la mujer.

—Guardar una carta no es un crimen, hasta donde yo sé —respondió Yasmin—. Irrumpir en la recámara de un miembro de la familia real, por otro lado...

—«Yo debería gobernar. No mi hermano» —dijo Ren sobre ella—. Lo ves también, ¿no es así?

—No suena como algo que escribiría alguien con la consciencia limpia, si me preguntas a mí —afirmó Zofi—. ¿A quién le escribías? ¿Con quiénes conspiras?

—Esto es ridículo —bufó Yasmin.

—No de acuerdo con el acólito con el que conversamos —agregó Akeylah—. ¿Acaso el nombre D'Perre Casca te dice algo?

—Él está muerto. —Yasmin resopló.

Zofi inclinó la cabeza. Sonrió a Ren con suficiencia.

—Hermana, ¿qué crees que merece un peor castigo? ¿Una maldición de las Artes Vulgares, o asesinar a un acólito para

cubrir una maldición de las Artes Vulgares?

—Mmm, una pregunta difícil, hermana. —Ren acarició su mentón, fingió estar deliberando—. Akeylah, tendrás que desempatar. —Ella exhibió una caja delgada.

—Condesa. —Akeylah ofreció la caja. Larga y delgada, con la forma de un cuchillo largo—. ¿Te importaría hacer los honores?

Yasmin observó la caja. Solo sus ojos la delataron. Se ampliaron, con miedo en sus esquinas.

—¿No? —Zofi se acercó—. Yo lo haré. —Ella sujetó la tapa y la retiró con una reverencia.

Yasmin se ahogó realmente.

Para ser justos, aunque estuviera preparada para el contenido de la caja, el estómago de Zofi se revolvió. Miró a su tía en vez de la caja.

—¿Sabes que los acólitos tienen una tradición cuando uno de sus miembros mayores fallece? —Zofi inclinó la caja hacia la condesa para que pudiera verla mejor.

Para su sorpresa, Yasmin no retrocedió. Solo cerró los ojos y respiró profundamente.

—Entierran al difunto con las mismas ropas que llevaban al morir. Con los mismos accesorios, también. —Zofi analizó la caja—. Desafortunadamente, este accesorio en particular fue difícil de apartar del cuerpo, con la descomposición y todo. Me temo que hemos tenido que quitar todo el dedo.

Guardado en la angosta caja, se encontraba el dedo medio en descomposición del acólito D'Perre Casca. Y, alrededor del dedo, opacado por el tiempo y por haber estado en una tumba durante un año, se encontraba un anillo de plata familiar. La insignia del alatormenta de la casa real aún era visible debajo de un año de óxido, al igual que la pequeña protuberancia en el extremo, el botón oculto que revelaría el punzón de sangre en su interior.

Podrían no ser capaces de culpar a Yasmin de usar las Artes Vulgares. No directamente. Pero *podían* probar eso.

—Una idea ingeniosa. —Zofi notó que Ren evitó mirar el contenido. Miraba a Yasmin en su lugar—. Los acólitos revisaron exhaustivamente las cocinas en busca de comida envenenada, pero nadie pensó en buscar veneno aquí.

—¿Cuál es el método más sencillo de introducir veneno fantasmal en el sistema de alguien? —preguntó Zofi. No necesitaba que nadie le dijera eso. Lo recordaba muy bien por su presentación a la Ciudad de Kolonya—. Por medio de la sangre.

A diferencia de Ren, a Akeylah no parecía molestarle el dedo cercenado. Metió su mano en la caja y presionó el botón en el extremo del anillo. El dedo saltó en la caja cuando el punzón de sangre se liberó.

Yasmin cerró su puño alrededor de su propio anillo gemelo.

—Brillante, realmente. —Zofi miró los dos anillos—. Tú y Casca diseñasteis los anillos juntos, ¿no es así? Debió haber estado sorprendido cuando le regalaste una copia.

Akeylah movió la caja para que la hoja brillara con la luz distante de la fiesta. A diferencia del resto del anillo, que se había oxidado por el tiempo, la hoja aún brillaba, clara y plateada.

—Lo que él no sabía era que habías llenado el interior de su copia con veneno fantasmal —continuó Zofi—. Cada vez que lo cerraba, la hoja era embebida en una nueva dosis. Cada vez que él se diezmaba, un poco más se metía en su torrente sanguíneo. ¿Y quién utiliza un punzón de sangre más que un acólito del Sol?

—¿Tú qué crees, condesa? —Ren miró fijamente a Yasmin—. Si llevamos el anillo a los acólitos para que lo analicen, ¿encontrarán restos de veneno fantasmal en la hoja?

—Chicas, no comprendéis lo que están haciendo. —Yasmin finalmente encontró su voz—. Todo lo que he hecho fue para proteger a nuestra familia.

—Ah, ¿ahora es *nuestra* familia? —Zofi rio, animada y con fuerza.

—Tienes una curiosa forma de demostrar tu amor fraternal —intervino Ren.

—Ya sabes, maldiciendo a tus parientes. —Akeylah hizo sonar

sus dedos—. Asesinando a tus amigos. Intentando arrebatarte el trono a tu propio hermano. Extorsionando a tus sobrinas para que abdiquen al trono.

—No sé qué creéis que estáis haciendo... —El ceño de Yasmin se frunció con más profundidad.

—Comparamos las cartas. —Ren extendió la que habían encontrado debajo de la cama de Yasmin—. No somos estúpidas. Debiste haber alterado mejor tu letra si planeabas escribir amenazas elaboradas para nosotras.

—Por el bien de la familia, dejad este asunto a un lado. —La mirada de Yasmin las recorrió a las tres.

Zofi bufó.

—Es algo ambicioso, viniendo de la mujer que nos está amenazando. —Ren señaló la caja con su cabeza, aún sin echar un vistazo a su contenido—. Tú comenzaste esta pelea.

Zofi comprendió la señal y cerró la tapa. Después Akeylah volvió a dejarla debajo de su brazo.

—No nos dejaste opción —dijo Zofi—. Solo queremos hacer lo que nuestro padre nos pide. Aprender de él; ver a cuál de nosotras escoge para el trono. Tú eres la que intentó echarnos de la ciudad.

—Dinos —continuo Ren—, ¿con quién estás trabajando? ¿Para quién era la carta? ¿Para Genal? ¿Para los rebeldes? ¿Quién está apoyándote en tu búsqueda del trono?

Entonces, algo se encendió en los ojos de Yasmin. Una repentina chispa de entendimiento. Ella descruzó sus brazos y se irguió lo más que pudo.

—He pasado toda mi vida trabajando para este reino. Todo lo que hago, lo hago para proteger y fortalecer a Kolonya, para protegerla de sus enemigos, usurpadores y farsantes. No permitiré que los de vuestra clase la destruyan ahora.

—Y aun así, estás dispuesta a desestabilizar el trono por el que tanto te interesas, solo porque no apruebas a las potenciales herederas actuales. ¿Es eso? —Zofi se acercó.

Yasmin no se movió. Solo miró a Zofi fríamente.

—Fingiré que no me habéis abordado de este modo, aunque solo sea por el bien de mi hermano. Pero si volvéis a atacarme de esta manera no seré tan magnánima.

Zofi abrió su boca para replicar, pero Ren la interrumpió.

—Entonces, tenemos un trato. Tú guardas nuestros secretos y nosotras no revelamos el hecho de que eres una asesina frente a toda la corte.

La mandíbula de la condesa se movió mientras debatían. Finalmente, tras un largo silencio, lanzó otra mirada a la caja debajo del brazo de Akeylah y asintió, con los dientes presionados.

—Muy bien. Pero espero no recibir más preguntas por parte de ninguna de vosotras. —Con eso, Yasmin pasó junto a ellas y

su hombro chocó con el de Zofi.

Ella llevó la mano a su daga, pero Ren la sujetó de la muñeca.

—No respondió nada —protestó Zofi—. Aún necesitamos saber cómo descubrió nuestros secretos.

Ren observó cómo Yasmin se marchaba, con una mirada lejana en sus ojos.

—¿No la has escuchado? Ha accedido a nuestros términos. Hemos ganado. Ella guarda nuestros secretos y nosotras guardamos los suyos.

—Eso no es lo suficientemente bueno. —Zofi exhaló con fuerza.

—Tendrá que serlo. —Ren suspiró—. Al menos por ahora.

—No me entusiasma —murmuró Akeylah—. Pero estoy de acuerdo. —Deslizó la caja y su grotesco contenido dentro de un bolsillo en los pliegues de su falda—. Ahora, mientras tanto, creo que tenemos una fiesta a la que asistir.



El discurso de bienvenida del rey Andros transcurrió rápidamente. En el instante en que terminó, la mitad de la multitud salió disparada hacia la pista de baile. Zofi pasó las primeras piezas observando desde la periferia. Incluso casi sonríe al ver a Akeylah salir a la pista con la reina Rozalind para un veloz paso doble.

Algunas piezas más adelante, cuando comenzó una giga que ella reconoció (una de las danzas norteñas que había estado encantada de bailar con Elex cada vez que viajaban por el Desierto de Cristal), Zofi se debatió si buscar un compañero ella misma. Entonces, alguien tocó su hombro.

—Lady Zofi.

Al principio no lo reconoció. Vidal parecía mayor en uniforme, no solo porque el corte de su traje resaltaba a la perfección su mandíbula afilada. Él parecía más alto también, con el mentón elevado.

—Veo que te has vestido para la ocasión, como acostumbras.

—Vidal le ofreció una pequeña sonrisa. Era justo. Zofi llevaba pantalones y una camisa de hombre, por las arenas.

—¿Quieres decir que esto no está a la moda? —Fingió quedar sin aliento.

—No mucho. —La mirada de él recorrió su cuerpo, una mirada detenida que hizo que sus costillas parecieran repentinamente dos tallas más pequeñas—. Aunque te queda bien.

La última vez que lo había visto, él la había acusado de asesinato.

Claro, él pareció estar en pleno proceso de analizar las circunstancias, de intentar entender su punto de vista. Pero de todas formas, ella lo miró con cautela, en especial cuando le

extendió una mano.

—¿Me concedes este baile?

—¿Estás seguro de que puedes seguir el ritmo? —Colocó sus dedos sobre los de él, dudosa.

—Por supuesto. Bailar es como luchar. Y puedo igualarte en eso. —Vidal pasó su otro brazo por la cintura de Zofi.

—Más quisieras —replicó ella mientras analizaba su mirada. Aún no podía descifrarlo. No podía comprender si él todavía la culpaba por la muerte del príncipe Nicolen, si eso era una treta o si realmente había cambiado de opinión.

La música se aceleró y Vidal la hizo girar hacia la pista de baile. Ella acercó su pecho al de él mientras pasaban entre los otros bailarines, al ritmo de la música.

—Conoces esta pieza —comentó el Talon, con evidente sorpresa en su tono.

—Que no conozca las costumbres de Kolonya no significa que me hayan criado sin cultura en absoluto. —Zofi pasó debajo del brazo de él, se marchó lejos, luego regresó y sus cuerpos se unieron una vez más.

Vidal tenía razón sobre la danza y la lucha. Ese estilo se trataba de leer al compañero, de anticipar su siguiente movimiento. De crear paso a paso, dos personas moviéndose como una sola. Al igual que en un enfrentamiento.

Resultó que Vidal era tan hábil bailando como lo era en la

lucha. La música avanzó y ella retrocedió cuando él dio un paso al frente, avanzó cuando él retrocedió, sus piernas sincronizadas. Los dedos de él se tensaron en su cintura, le anticiparon su próximo movimiento. Parecía una conversación secreta, compuesta únicamente de gestos.

Pronto estaban fluyendo a través del patio, dos de los más naturales bailarines. Él era mejor que la mayoría de los chicos con los que había bailado en el Norte. Era definitivamente mejor que Elex, quien pisaba los dedos de Zofi con tanta frecuencia que ella se había acostumbrado a usar botas de cuero reforzadas para bailar con él.

Cuando la música comenzó a ir con más lentitud, Vidal la llevó hacia el extremo de la pista. Los acordes finales acabaron justo cuando pasaban bajo la copa colgante de un árbol. También había sido cubierto de gasa y la tela lanzaba una pálida sombra plateada sobre sus rostros.

Le recordó a la última vez que lo había visto. A la alucinación, al Príncipe Plateado metido bajo su piel. El recuerdo le hizo un poco más sencillo el seguir respirando con normalidad, a pesar de la cercana calidez de su cuerpo, de la forma en que los pechos de ambos se elevaban y contraían al unísono.

—Zofi. —Vidal analizó sus ojos—. He pensado mejor en lo que me has dicho.

—¿Y? —Sus piernas la ignoraron.

—Aún no apruebo el asesinato si puede evitarse...

—Afortunadamente, no te pedí tu aprobación en ese entonces
—sentenció.

—Pero lo entiendo. Eres una guerrera, Zofi, al igual que yo. Has visto a alguien amenazando a tu familia y reaccionaste. Probablemente hubiera hecho lo mismo en tus zapatos.

—Entonces, me crees. —Su garganta se cerró inesperadamente.

—Los juramentos de sangre no mienten.

—No estoy hablando de lo que dije durante el juramento. Estoy hablando de tu amigo. —Bajó la voz casi hasta un susurro. Vidal se acercó para escucharla—. ¿Me crees cuando te digo lo que él era en realidad? ¿Puedes creer la experiencia que otros han tenido de él, a pesar de nunca haber visto esa parte tú mismo?

Su cara estaba a centímetros de la de ella. Tan cerca como para que pudiera distinguir destellos dorados en sus ojos avellana.

—Tengo que creerlo. Confío en ti.

Su aliento acariciaba sus mejillas. Aún olía a los establos. Como caballos, heno y hogar. Él inclinó la cabeza y ella se descubrió imitándolo, sintió que sus ojos descendieron hacia los labios de él.

—Zofi... —La voz de Vidal era un susurro, un suspiro.

Ella intentó respirar con normalidad. Intentó zafarse de su mirada, apartarse de él. No podía hacer eso. No debía. *Piensa en Elex.*

Elex, que se había marchado para siempre si tenía suerte. Elex, que estaba huyendo al fin del mundo. Hacia un sitio donde nadie pudiera encontrarlo. Ella nunca sentiría sus brazos a su alrededor. Nunca volvería a besar esos labios.

Pero Vidal... Vidal estaba allí. Agarrándola de la mano. Enlazando sus dedos con los de ella, mientras su otra mano se elevaba para tocar su mejilla y su pulgar la acariciaba.

Durante un momento (un glorioso y odioso momento) el resto de la terraza se desvaneció en el fondo. Zofi se olvidó de Yasmin. Del extorsionador, de los días en busca de una garantía. Olvidó al rey, el trono, a sus hermanas y la fiesta. Incluso olvidó a Elex. El nudo que sentía en su pecho.

El mundo se redujo a ese momento. A Vidal que se acercaba a ella y su cuerpo cediendo, su cabeza echándose atrás mientras cerraba los ojos y esperaba a que esos labios encontraran los suyos.

Y entonces, en la distancia, alguien gritó.

Akeylah

—**G**racias otra vez.
—Te lo he dicho. Haría lo que fuera por ti. —Rozalind la hizo girar por la pista de baile con los últimos acordes de la canción.

—La mayoría de las personas no se refieren realmente a *lo que sea* al decir cosas como esa. En especial, después de cómo te traté la última vez. —Cuando escapó de Rozalind justo cuando finalmente, *finalmente* se besaron.

—No digas eso —murmuró Rozalind—. Entiendo por qué te marchaste.

¿Lo entendía? ¿Podría la reina comprender lo *improbable*, *aterradora* y *peligrosamente* feliz que la hacía sentir? ¿Podría comprender por qué Akeylah necesitaba distanciarse?

Por supuesto que no. No tenía forma de conocer la existencia de la cicatriz que brillaba en su muslo. De la culpa que cargaba.

Pero entonces... por los mares, ¿cómo podía alejar a Rozalind

cuando la reina había *desenterrado un cuerpo* por ella?

—En nombre de la Madre Océano, ¿cómo has podido convencer a ese acólito de que te dejara desenterrar a su mentor?

—Él quiere justicia. —Rozalind encogió uno de sus delgados hombros—. Le prometí que nos aseguraríamos de que la condesa fuera castigada por lo que ha hecho.

La culpa se asentó en su estómago, espesa como jarabe. *Justicia*. ¿Cómo podrían obtenerla por él, cuando le habían prometido a Yasmin que guardarían su secreto a cambio de que guardara el de ellas?

—Bien —estaba diciendo Rozalind, casi casualmente, una acotación—. Eso... y también le permití tomar otra muestra de mi sangre.

—¿Ha podido descubrir algo? —El vello en la nuca de Akeylah se erizó. Más secretos.

—Nada. Solo que mi herencia es puramente genalesa y se remonta hasta donde alcanzan sus registros; muchos siglos atrás. Yo misma pude haberle dicho eso, pero creyó conveniente verificarlo. —La reina guio a Akeylah a través de la pista de baile. Un sirviente apareció junto a ellas y las dos aceptaron una copa de néctar.

—¿Se lo ha dicho a otros acólitos?

—Juró que no lo haría. Hasta donde sé, ha mantenido esa

promesa —respondió Rozalind y removi6 su bebida.

Hasta donde s6. La mente de Akeylah divag6. Ese era un misterio para otro momento. A6n estaba aturdida por la sensaci6n de haberse liberado finalmente del extorsionador.

Al otro lado del patio, la condesa se comportaba como si nada hubiera sucedido. Reía mientras seguía a un lord por un camino a trav6s de los 6rboles cubiertos de velos. ¿C6mo podía hacer eso? ¿Desestimar esa batalla como si no fuera m6s que un enfrentamiento casual en una fiesta?

Akeylah comenzaba a sospechar que no estaba hecha para la vida en la fortaleza. Hasta entonces ya había maldecido a un rey, la habían extorsionado, había besado a una reina, había conocido a dos hermanastras que escondían secretos, que ella solo podía imaginar que fueran tan peligrosos como el suyo... Todo ello mientras estudiaba para apoderarse del trono de un reino que estaba en guerra consigo mismo.

¿Puedo con esto?

Pero otra vez, Akeylah había pasado toda su vida aprendiendo a sobrevivir. C6mo representar su papel y convertirse en quien necesitara ser.

A su lado, Rozalind suspir6.

—Debería ir. —Akeylah se dio la vuelta y la encontr6 observando al rey, rodeado por un grupo de nobles kolonenses. La expresi6n de Rozalind decía que preferiría hacer cualquier

otra cosa.

—¿Necesitas algo de apoyo moral?

—Si no te importa permanecer sentada durante tres horas de aburrida socialización... —La reina le lanzó una mirada de alivio. Una sonrisa elevó la comisura de los labios de Akeylah.

—Lo que sea por ti —dijo, en tono bajo. Con sus miradas fijas, durante un momento, estuvo de regreso en la recámara de la reina, besando esos labios tan carnosos...

—Hermana. —La voz de Ren interrumpió el recuerdo—. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto. —Akeylah le sonrió a la reina. Sin dejar de mirarla, ni siquiera cuando Ren enlazó su brazo a la fuerza y la arrastró hacia el extremo del patio.

—Akeylah. Lo que sea que esté sucediendo entre la reina y tú debe parar.

—No hay nada... —Akeylah miró sorprendida a su hermana.

—No me digas que no hay nada; ella ha excavado una tumba por ti —interrumpió Ren en un bajo susurro—. Mira, no te estoy juzgando. Pero estás atrayendo atención en este momento.

Sin poder evitarlo, miró alrededor de la terraza. Con certeza, más de una mirada apuntaba en su dirección.

—No había notado...

—¿En serio? —Ren alzó una ceja—. Llevas más de un día en la fortaleza, ¿no es así? ¿No te has dado cuenta de que los

cortesanos recolectan puntos débiles de los miembros de la realeza, al igual que Madam Harknell recolecta manuscritos peculiares?

—Estar en buenos términos con la reina no es un punto débil. —La voz de Akeylah se redujo—. Mira cuánto nos ha ayudado hoy. Sin ella estaríamos al borde de un abismo, con la esperanza de que una carta fuera suficiente para convencer a Yasmin de que se detuviera.

—Podéis estar en buenos términos y podéis... hacer lo que sea que estén haciendo. —Ren soltó un suspiro—. Akeylah, ella es de un reino enemigo; está casada con nuestro *padre*, que es el *rey*, por cierto. Sin mencionar el hecho de que ese matrimonio debería sellar un tratado de paz. ¿Qué crees que sucederá si se derrumba?

—Yo no...

—Sé astuta. Porque si Zofi notó que coqueteabas con Rozalind, entonces los demás cortesanos lo harán también.

Al otro lado, Rozalind se había adentrado en la multitud que rodeaba al rey Andros. Una mujer que Akeylah no reconoció le dijo algo a la reina y tocó su brazo. Ella pudo escuchar la risa de Rozalind desde allí. Su pecho se contrajo.

Ren tenía razón. No debía hacer eso. Parte de ella (la parte que había salido de la recámara de Rozalind el día anterior) ya lo sabía.

—Terminaré con esto —susurró finalmente.

—Gracias. —Ren asintió una vez, cortés.

—No, gracias a ti. —Akeylah le ofreció una débil sonrisa a su hermana—. Por preocuparte por mí.

—¿Para qué están las hermanas? —A pesar de encontrarse incómoda con el elogio, correspondió a su sonrisa.



—Me sorprende que no hayas escuchado hablar de Carrowhittaker. Según entiendo, es un gran proveedor de telas en la Región Este.

—Estoy segura de que lo es, lord Gavin. —Akeylah lució su más amplia y sosa sonrisa—. Pero me temo que no tengo mucha experiencia en el ámbito textil. —En ese momento estaba intentando fingir que no recordaba los comentarios extrañamente incisivos sobre la rebelión que Gavin había hecho la última vez que hablaron, durante la noche de la Ceremonia de Sangre.

Eso, y se preguntaba si podía disculparse para hablar con una planta en su sitio. El arbusto de luz de estrella más cercano, que estaba totalmente florecido, parecía ofrecer una compañía mucho más interesante.

—Eso me sorprende, dado que es una de las mayores exportaciones de tu Región.

Todo sobre la Región Este parece sorprenderte, pensó Akeylah. En voz alta, dijo:

—Mi padrastro prefería el comercio de mariscos. Creía que era más seguro que la mayoría de las industrias. «Los granos fallan y las modas cambian, pero siempre hay más peces en el mar», solía decir.

—Suenas como un hombre listo —respondió Gavin.

—Ciertamente lo era. —Si nada más había logrado, esa noche le había dado suficientes oportunidades de practicar la diplomacia.

Eso y su fuerza de voluntad. Estaba requiriendo cada gramo de ella poder ignorar a Rozalind. Ren la había reemplazado junto a su padre, estaba hablando con él, mientras que la reina se había liberado lentamente del círculo. Desde entonces había guiado a su contingente de admiradores cada vez más cerca de Akeylah. Había pasado los últimos cinco minutos intentado captar su mirada de formas cada vez menos sutiles.

Akeylah sabía que debía llevarla a un lado en algún momento. Que debía decirle que no podían hacer eso, que las personas comenzarían a hablar.

Que ya habían comenzado a hacerlo, de hecho.

Pero esa conversación sería terminal. Arrancaría de raíz lo que fuera que estaba creciendo entre ellas.

Por más egoísta que pudiera ser, Akeylah no podía hacerlo. No

aún. *Después de esta noche*, se prometió a sí misma. Además, no podía hacer a un lado a la reina con facilidad para tener otra conversación privada. No si quería *evitar* más rumores.

—¿Milady? —insistió Gavin.

Por los mares. Ella regresó al presente y revisó desesperadamente su memoria. ¿Qué acababa de decir? Aún estaba formulando una forma amable de decir que había perdido el hilo de la conversación, cuando una serie de gemidos hicieron que su cabeza se elevara.

A unos pasos de distancia, el rey Andros cayó de rodillas. Tenía un brazo enlazado al de Ren y ella estaba haciendo su mayor esfuerzo para mantenerlo erguido. Aunque, dado que su padre la doblaba en tamaño, no podía hacer que pareciera convincente.

Dos curanderos se dirigieron hacia él por la terraza. Y, en ese instante, alguien gritó.

‡Florenxia

Danton intentó acorralarla en el instante en que dejó a Akeylah. Logró pronunciar las sílabas *Floren...* antes de que Ren lo esquivara.

Todo lo que dijo, sobre su hombro, de camino hacia su padre, fue: «No». Ya había tenido suficientes excusas. No quería escuchar la débil explicación que se le hubiera ocurrido en esa ocasión. Ya había tenido suficiente con él.

Buena suerte, Lexena, pensó. Francamente, mereces algo mejor.

—¿Qué crees, hija? —preguntó el rey Andros cuando ella llegó a su lado—. ¿Logramos reducir lo suficiente las festividades?

Ren casi había olvidado la reunión del concejo regional, la conversación sobre su última lección. Analizó a los nobles, retrocedió en sus pensamientos.

—No he escuchado que nadie se quejara por falta de bocadillos —dijo—. Aunque eso puede deberse a que, con estómagos más vacíos, el vino esté afectando mucho más a la

mayoría de las personas.

—Tal vez deberíamos aplicar esta estrategia con mayor frecuencia. —Andros rio.

—¿Los recortes han conseguido provisiones significativas para nuestros granjeros? —inquirió. El granjero que se había quejado con ella y Yasmin regresó una vez más a su mente.

Yasmin. Hablando de la condesa, ¿dónde estaba ella? Al pensarlo, se dio cuenta de que no la había visto en la última media hora. La había seguido durante algún tiempo, solo para asegurarse de que no cambiara de opinión y decidiera revelar los pecados de sus sobrinas después de todo. Pero le había perdido el rastro cuando Yasmin se paseó por los jardines con lord Bueno, quien estaba de regreso en la multitud cercana, hablando con Rozalind.

—Suficiente como para sacarnos de apuros durante las próximas semanas. —Andros suspiró largamente—. Solo puedo esperar que para ese entonces hayamos encontrado alguna solución duradera a este problema.

Ren se obligó a concentrarse. Se habían encargado de Yasmin. Ya podía pensar en algo más allá de la constante y abrumadora preocupación por su extorsionador.

—¿Ha habido más noticias de la agrupación agrícola?

—Solo lo usual. —Andros negó con la cabeza—. Están trabajando en una cura; enviarán noticias pronto. —Extendió un

brazo. Ren lo enlazó con el suyo, aunque pronto él se apoyó en ella, más que ella en él—. Descubrirás, Florencia, que una vez que una de vosotras ocupe mi sitio, las personas os darán muchas respuestas inútiles. —Lo dijo con una voz desanimada y un destello en sus ojos. Sin embargo, Ren reconoció la seriedad en su tono.

—¿Cómo los convences para recibir respuestas sinceras y no solo banalidades?

—La honestidad requiere confianza —respondió él—. Primero tienes que ganarte la confianza de tus subordinados. Debes asegurarles que por más que te digan algo que no quieres escuchar, por más que las noticias que deban darte sean malas, no te volverás en su contra. —Su sonrisa se amplió—. A excepción, por supuesto, de los casos en los que las malas noticias sean enteramente culpa suya.

—¿Qué se hace en esos casos? —Ren sonrió también.

—Bueno...

Ella nunca lo supo.

Al principio, Ren pensó que había hecho una pausa dramática. Cuando el silencio se extendió y el peso del rey creció en su brazo, sus ojos se ampliaron.

Andros cayó lentamente de rodillas, como si se deslizara por melaza. Ren aferró su brazo con las dos manos, intentó levantarlo, o al menos mantenerlo lo suficiente como para que

él pudiera sostenerse a sí mismo y simular eso como un tropiezo.

Demasiado tarde.

Los nobles estaban susurrando, señalando, observando. Dos curanderos con vestiduras de color café corrieron hacia ella.

En la distancia, una mujer gritó.

Los curanderos alcanzaron al rey, se ocuparon de él. Ren se tambaleó cuando ellos la liberaron del peso de su padre.

Andros parecía haber sido golpeado. Sacudió las manos en el aire, suspendido entre los dos curanderos. Ren le sujetó una de ellas. La aferró mientras los hombres lo guiaban hacia una silla que alguien llevaba corriendo a toda velocidad entre la nobleza. Adonde quiera que Ren se diera la vuelta, veía ojos sobre ellos, escuchaba gritos.

Un curandero la hizo a un lado cuando Andros abrió su boca y soltó un terrible grito. Sonó como el cuerno de un Talon, el chillido de un alatormenta. Sonó como puro y agonizante dolor.

Y luego Rozalind estaba allí, hincada junto al rey también, susurrando. El curandero abrió los párpados del rey, revisó sus ojos. Andros se concentró en él primero, después en su mujer. Parecía lúcido, o al menos consciente de su alrededor. Pero sus ojos se desviaban hacia el límite de la terraza.

—No. No... —Sus labios se movieron, delinearon palabras.

Ren miró al patio, asustada. Para entonces esperaba encontrar

a toda la corte observando el espectáculo.

En su lugar, vio que la mayoría se alejaba por los árboles, hacia los parapetos. De esa dirección llegó el grito de otro curandero. Después otro grito, que le costó un segundo reconocer como un verdadero cuerno de Talon.

Un momento más tarde, un alatormenta real, convocado de su puesto en lo alto de su nido, apareció volando en picado por el cielo. Se desvaneció por el límite de la terraza, descendió hacia... algo.

¿Qué está sucediendo, en nombre del Sol?

—¿Él está bien? —Volvió a ver a Andros.

Uno de los curanderos que lo atendía asintió con cortesía. Rozalind estaba a su lado también, y una docena de nobles estaban preguntándole si Su Majestad necesitaba algo.

De todas formas, Ren esperó, indecisa. Quería quedarse. Ayudar a su padre. Asegurarse de que estuviera bien, que ese aún no era el fin. Que aún tenían tiempo. Tiempo para que él les enseñara, para que nombrara a su heredera. Para que ayudara a llevar a su reino por el camino correcto.

Pero otra parte de ella quería saber qué estaba sucediendo al otro lado.

Luego Rozalind la miró a los ojos.

—Ve —dijo—. Busca a tus hermanas.

Eso la hizo decidirse. Levantó su falda y corrió por la pista de

baile abandonada. Fue fácil encontrar la conmoción. Solo siguió los gritos, gemidos, sollozos. Llegó a los parapetos de piedra y encontró a casi toda la corte reunida. Algunas personas estaban llorando abiertamente. Otras solo parecían confundidas.

Pero la mayoría, notó Ren, estaba asomada por el extremo.

Su estómago se revolvió. Dio un paso más. Y otro. El vello de su nunca se erizó. Quería saber. No quería saber.

¿Qué estaba pasando?

Alguien sujetó su brazo. Ella se sobresaltó, intentó liberarse.

—No vayas —le advirtió. Era solo Zofi.

—No quieres verlo. —Otra mano se apoyó en su otro brazo. Akeylah.

—¿Ver qué? —preguntó Ren. Su voz sonó vacía.

Al frente, lady Necia acababa de alcanzar el parapeto. Gritó y se desmayó. Sarella estaba justo detrás de ella, también jadeando, tambaleándose dramáticamente sobre sus talones, hasta que uno de los hombres la puso de pie. Todos se desvanecieron en un ruido ambiente. Sonidos y llantos que no significaban nada. Sin pensarlo, Ren extendió sus manos, sujetó a sus dos hermanas. Pero siguió caminando.

A pesar de lo que hubiera dicho Akeylah, parte de ella sabía que tenía que ver eso. Sabía que no lo comprendería completamente hasta que lo hiciera.

Cuando llegó al extremo, Akeylah se dio la vuelta. Zofi miró

con ella y aferró su mano con más fuerza.

Debajo, a cientos de metros, la brillante luz de las tres lunas iluminaba la figura. Inconfundible incluso desde esa altura. Nadie más vestía de ese modo, con ropa tan oscura y austera. Rota como un ave herida, estallada contra el suelo adoquinado, con las piernas desplegadas en un ángulo sobrenatural y sangre a su alrededor.

La condesa Yasmin estaba muerta.

Zofi

Tres días de encierro. Tres días de recorrer su recámara como un gato enjaulado, mientras los Talones revisaban la fortaleza de punta a punta. Los pasillos de servicio, los pasillos principales, cada recoveco y ranura en las diez torres, en busca de algo o *alguien* fuera de lugar.

Andros no se detendría hasta encontrar al asesino de su hermana. Insistía en que había sido asesinada, aunque no le explicaba a nadie cómo sabía eso. Según Ren había escuchado, siempre que los Talones cuestionaban a Andros, el rey simplemente les ordenaba que siguieran buscando.

Así no era él, decía Ren. No daba órdenes ciegamente, sin explicar sus decisiones.

Pero, otra vez, el dolor podía hacer que cualquiera actuara diferente. De forma irracional, con enfado, depresión.

Zofi no había visto a su padre desde el fin del Banquete del Glorioso Ascenso del Sol, cuando dos curanderos lo llevaron

desde los jardines del cielo en una camilla. Los rumores se habían extendido desde entonces; cuál era su enfermedad, durante cuánto tiempo la había estado ocultando.

Incluso los jóvenes de las cocinas que llevaban las comidas de Zofi estaban hablando de eso con el Talon apostado de forma permanente en el exterior de su recámara; no era Vidal, desafortunadamente, o al menos habría obtenido más información sobre la situación.

—Los curanderos dicen que tiene una enfermedad avanzada. —Reportó el chico al llegar a su puerta el tercer día—. Dicen que no es fatal, pero que eso fue lo que lo hizo desmayarse en el Ascenso del Sol.

—¿Al mismo tiempo que su hermana murió? —El Talon suspiró—. Es mucha mala suerte.

—No al mismo tiempo —dijo el chico—. Al parecer, ha tenido la enfermedad durante años. Aunque, algunas personas creen que es... —Su voz se hizo más baja.

Zofi presionó su oído a la cerradura.

—... lind. Dicen que ella lo envenenó, que empujó a Yasmin. Es por eso que él está encerrado en su habitación, enfermo por el veneno.

—Mucha imaginación, niño. —El Talon resopló.

—¡No es imaginación! Ella es genalesa; ya sabes cómo son. Y la has visto. Ella estaba con el rey cuando él se derrumbó.

—La reina no está asesinando a su marido —afirmó el Talon.

El estómago de Zofi se revolvió. Estaba en deuda con la reina; todas sus hermanas lo estaban. No le gustaba escuchar a ese niño hablar mal de ella.

—De todas formas, puede haber asesinado a la condesa —respondió el chico, con un mohín audible en su voz.

—Tú mismo lo has dicho, la reina estaba con el rey Andros cuando él enfermó. Al mismo tiempo que la condesa Yasmin cayó. Ahora, deja de divulgar rumores y lleva la bandeja.

Zofi saltó de la puerta y se colocó en su escritorio justo a tiempo para fingir que estaba escribiendo una carta cuando el Talon abrió la puerta y el sirviente llevó la bandeja.

—Desayuno para milady.

Curioso. Esa era la vida que había esperado al llegar a la fortaleza. Un Talon apostado afuera, comidas solo llevadas por sirvientes. Pero nunca había predicho que toda la seguridad estaría para protegerla más que para atraparla.

Por suerte, Ren tenía formas de comunicarse sin dejar su habitación. Su primera nota, entregada la mañana siguiente al Ascenso del Sol, decía: *Mi amiga coloca las notas en sus bandejas individualmente. No por el correo general. Podemos hablar casi libremente.*

A través de las notas, Zofi supo que el rey estaba en la cama. Él les había dicho a sus cortesanos que se había desmayado por fatiga en la terraza. Pero, entre su estado y sus rabieta de cada

noche, en las que ordenaba que la fortaleza siguiera cerrada o se enfurecía con los Talones que reportaban no haber visto a nadie fuera de lugar, los rumores comenzaban a esparcirse. Ya habían comenzado los murmullos sobre sus otros ataques y enfermedades menores recientes, desmayos que él había relacionado al calor o al cansancio.

No pasaría mucho tiempo hasta que la verdad saliera a la luz. Hasta que Andros tuviera que revelar su condición a su pueblo y admitir la verdad de la situación. Zofi solo esperaba que tuviera tiempo suficiente para nombrar una heredera y verla exitosamente instalada antes de que ese día llegara.

¿Qué crees que ha sucedido realmente con nuestra tía?, le había preguntado a Ren en una nota el día anterior.

Suicidio, fue la respuesta en la cena de Zofi. Es lo único que tiene sentido. Tal vez no podía encarar la vergüenza de que su hermano descubriera lo que realmente era. Eso, o sabía que la ejecutarían por traición de todas formas, si él llegaba a conocer sus experimentos pasados.

Zofi notó que Ren no mencionó exactamente de qué se trataban esos experimentos en su carta. Solo por si acaso.

Esa mañana, Zofi encontró otra carta esperando en su bandeja. La desplegó mientras mordía un huevo duro.

Funeral hoy, había escrito Ren. Viste de verde. Preferentemente una falda, si puedes soportarlo.

Había agregado una posdata, respuesta a la nota de la noche

anterior. Zofi le había preguntado si pensaba que Yasmin había dejado algo detrás. Confesiones póstumas, o algo así. Por alguna razón, la respuesta de Ren calmó su preocupación.

Ya lo sabríamos si hubiera dejado algo. Estamos a salvo.

Zofi no necesitaba ver la expresión de su hermana para suponer cómo estaba Ren al escribir eso. La mandíbula rígida, su boca en una dura línea. Mirada de acero, una que Zofi había llegado a respetar tanto como la mirada de lucha de cualquier soldado.

Así que se permitió relajarse cuando un carruaje las llevó a ella, Akeylah y Ren a través de una húmeda lluvia por la tarde.

Andros había tomado precauciones, seguía paranoico por el asesino que creía estaba ahí afuera, cazando a su familia. El carruaje no tenía insignias y era escoltado por cinco Talones vestidos como mercaderes. Las ventanas tenían cortinas oscuras y gruesos cristales. Zofi ni siquiera pudo decir en qué dirección iban hasta que condujeron fuera de la Necrópolis.

La ciudad dentro de otra ciudad, construida para los muertos.

Al nunca haber visto la Necrópolis por sí misma, Zofi había asumido que esa descripción era metafórica. Pero al salir del carruaje hacia las calles de piedra (verdaderas piedras, no madera pétrea, ya que ese material precioso solo estaba reservado para los vivos), Zofi se dio cuenta de que era literal.

La Necrópolis era una miniatura exacta de la Ciudad de

Kolonya. Atravesaron una imitación de la muralla, de unos seis metros de altura e igual de gruesa. En el interior, las lápidas estaban dispuestas sobre la muralla como los puestos del cielo; encastradas en él, una sobre la otra, apiladas hasta lo alto del muro. Cada una de ellas tenía un escudo de armas en su entrada, en lugar de nombres.

Zofi supuso que estarían atestadas tras algunas generaciones, si se tallara el nombre de cada miembro de la familia en cada lápida.

Más allá del muro se abrían calles tan angostas que tenían que caminar en fila de uno, a través de tumbas de piedra que eran versiones en miniatura de las casas en las que presumiblemente habían vivido sus ocupantes. Algunas casas de granjeros eran de una sola planta. Otras de dos o tres, con animales de piedra más grandes que los vivos custodiando los techos. Guacamayos, grandes felinos y alatormentas vigilaban desde cada esquina.

A través de las ventanas de las «casas», Zofi pudo ver cajones en varios estados de descomposición. Se preguntó si allí habría ido Rozalind a desenterrar al pobre acólito Casca.

La lápida más grande de todas se encontraba en el centro de la Necrópolis. Cerca de ella, Zofi escuchó acordes de música de flautas.

Se detuvieron frente a la versión sin vida de la Fortaleza Ilian.

A diferencia de la fortaleza real, esa tenía solo seis plantas de altura. Cada una de las torres estaba pintada como la madera pétrea de la fortaleza; no solo de los mismos colores, sino que incluso respetaban los patrones circulares de los árboles que habían quedado petrificados en las ciénagas del Este, que después había sido dragada para construir la fortaleza. La madera pétrea de esas turberas era más fuerte que la piedra, pero Zofi pensó que esas réplicas soportarían un buen bombardeo también.

Cada torre tenía su propia puerta. La de color cereza, sin embargo, estaba abierta.

Era corta y angosta. Zofi podría entrar fácilmente, pero la mayoría de los kolonenses tendrían que agacharse y hacerse pequeños. En especial Andros, quien estaba de rodillas frente a la puerta en ese momento, con la cabeza baja sobre un ataúd de ébano.

Estaba peor que nunca. Su cara era una máscara de dolor, el blanco de sus ojos estaba amarillo, sus manos temblorosas. Como si la muerte de Yasmin le hubiera drenado lo que le quedaba de vida.

A pesar de sus intentos encubiertos por destruir su legado, Yasmin había sido la que mantenía a Andros en pie. La que lo ayudaba a seguir adelante.

Andros miró a sus hijas, luego volvió a centrarse en su tarea.

Zofi lo observó, con el ceño fruncido, mientras él se ponía de pie. Después, para sorpresa de ella, él se inclinó y comenzó a *levantar el ataúd*.

Ella comenzó a avanzar, pero Ren la sujetó de la muñeca.

Caían lágrimas por las mejillas de Andros.

Fuera lo que fuera Yasmin para ella (extorsionadora, espectro, una viva amenaza de muerte), era el apoyo de Andros. Su hermana, su melliza, la persona que había estado a su lado durante todo ese largo reinado. Zofi pensó en su banda. Pensó en sus dos hermanastras.

No podía imaginar cómo sería esa pérdida para él.

Andros levantó el cajón. Logró dar un paso. Dejó caer la esquina, cayó sobre él. Volvió a desplomarse de rodillas.

—Su Majestad, por favor. —Un Talon se acercó y rompió sus filas—. Permítame...

—No. Tiene que hacerlo un miembro de la familia —rugió Andros.

Zofi miró a Ren con el ceño fruncido. Pero su hermana estaba distraída, observando cómo tropezaba su padre. Akeylah se acercó del otro lado.

—Costumbre kolonense —susurró—. Solo los miembros de la familia pueden sepultarse unos a otros. Hay excepciones si alguien fallece sin parientes vivos, o si los parientes que quedan son demasiado débiles, pero los kolonenses creen que es más

difícil la entrada a las Arenas Sagradas si no es un pariente de sangre el que te escolta a la tumba.

Ren había notado los murmullos y se había acercado para escuchar.

—Suenas como una lugareña, hermana —murmuró.

—Aprendí a leer con un libro de leyendas de Kolonya. —
Akeylah se encogió de hombros.

La música se hizo más fuerte. Zofi miró a los músicos. Vestían de verde, del mismo color que les habían indicado vestirse a ella y a sus hermanas. Verde selvático, desde sus faldas hasta sus fajas. Zofi incluso se había atrevido a usar un vestido, aunque solo porque Ren se lo había pedido amablemente.

El verde, había explicado Ren durante el viaje en carruaje, representaba la otra vida. La semilla desde la que el alma de Yasmin crecería en las Arenas Sagradas.

Si ella es digna de entrar, había pensado Zofi en ese entonces.

En ese momento, sin embargo, observó a Andros en su esfuerzo por arrastrar el cajón hacia la tumba. Pero volvió a caer sobre una rodilla. Gimió por el dolor y volvió a ponerse de pie. *Ella debió haber sido más*. Más que solo las amenazas extorsivas, las mentiras. Él no pasaría por todo eso si no lo hubiera sido.

Zofi pensó en su madre, en su banda de Viajantes. En Elex. Habían hecho muchas cosas por las que podían ser juzgados. Robar, mentir, engañar. *Asesinar, cuando tenían que hacerlo*. Las

arenas sabían que Zofi tenía sangre en sus manos. Pero aun así quería a su familia, porque sabía que eran más que la suma de sus pecados.

La condesa Yasmin podría haberlas tratado a todas como si fueran menos que humanos. Las había amenazado en privado, denigrado en público, juzgado sin conocerlas. Pero eso no significaba que Zofi tuviera que cometer el mismo error. El de juzgar a toda una persona solo por una parte.

Avanzó y apoyó una mano en el hombro de su padre. Él levantó la vista desde su posición agachada, mientras respiraba con dificultad.

—Yo lo haré —dijo—. Soy un pariente de sangre.

Andros se apoyó sobre sus talones. Revisó su mirada.

—¿Estás segura? Es más que solo cargar este ataúd a través esa puerta.

—¿De qué más se trata? —Ella se arrodilló a su lado.

—De aceptar la carga de su alma. Debes cargar su cuerpo a su correcto sitio de descanso en esa tumba. Solo allí su alma podrá encontrar su merecido sitio en las Arenas Sagradas, junto a su familia. Si no logras enterrar su cuerpo apropiadamente, su alma quedará atrapada en la tierra. Ella te seguirá, permanecerá atada a tu espíritu hasta que tú misma mueras y puedas llevarla en tu muerte a la otra vida.

Excelente. Así que si ella fallaba, enfrentaría toda una vida de

ser acechada por su extorsionadora.

Zofi debió haber dudado por demasiado tiempo, porque Andros presionó su hombro.

—Ella no te odiaba, sabes. A ninguna de vosotras.

—Tenía un curioso modo de demostrarlo. —Requirió mucho esfuerzo resistir un ataque de risa.

—Yasmin creía en la vida dura. —Una sonrisa afectuosa elevó las comisuras de sus labios—. A ella siempre le gustaba hacer eso. Actuar como la villana. El antagonismo construye el carácter más que la amabilidad, solía decir. —Su mirada se volvió lejana, nostálgica—. Tal vez, si la hubiera escuchado más con Nicolen, él no habría sido como fue.

Subieron náuseas por su garganta. Su padre parecía más mayor, más cansado que el hombre que había conocido al llegar a la fortaleza, hace tanto tiempo que le parecía que había sucedido en otra vida pasada. Las arrugas en su cara le recordaron a los anillos en los árboles del muro de madera pétrea de la fortaleza.

—Yo la llevaré. —Zofi se levantó y le ofreció una mano—. Yo la llevaré adonde tiene que ir.

Ya había llevado al único hijo de su padre bajo tierra. Luego había inducido a su única hermana a cometer suicidio; aunque fuera para evitar una perversa conspiración en su contra. Aun así. Ayudarlo en ese momento era lo mejor que podía hacer.

—Gracias, Zofi. —Él aceptó su mano y ella lo ayudó a levantarse. Un Talon se acercó, lo ayudó a volver a una silla de madera con ruedas que Zofi no había visto antes, apostada junto a otro carruaje que debió haber llevado a Andros hasta allí.

Después Zofi se agachó y sujetó el extremo del cajón. Pero solo había comenzado a levantar la pesada caja del suelo, cuando otro par de manos la tomaron del otro lado.

—Un alma debe ser escoltada por tantos parientes vivos como pueda tener —dijo Ren como explicación mientras se agachaba para ayudar a Zofi.

Un momento después, Akeylah las alcanzó y agregó su fuerza para ayudarlas a soportar el centro del cajón. Juntas, las tres cargaron a Yasmin a su tumba.

En el interior, habían liberado un espacio en el nivel inferior, a la altura del pecho de Zofi. Había otros ataúdes más arriba. En el más cercano, Zofi leyó el nombre *Daryn*. El padre de Yasmin.

Los ataúdes estaban más y más deteriorados cuanto más altos. El más lejano, que Zofi apenas podía ver, estaba roto en algunos sectores. Podría haber jurado ver un mechón de pelo gris rizado asomando de una grieta.

Por debajo, una rejilla metálica las separaba de más cajones. Alguien había encendido antorchas ese día, presumiblemente para el entierro. En la luz parpadeante, Zofi vio más ataúdes,

incluso más antiguos que los superiores, algunos de piedra, otros de madera, podridos y abiertos, con los cuerpos interiores expuestos.

Un esqueleto con un vestido verde desgastado pareció sonreírle. Una reina cuyo linaje se conectaba en algún sitio de su genealogía, tan lejos que dudaba que alguien lo recordara, a excepción de niños de escuela forzados a aprender la genealogía de Kolonya. Allí estaba su destino. El destino de todos, algún día.

Zofi miró el esqueleto a los ojos e inclinó su cabeza.

Algún día, la muerte iría a por ella. Algún día perdería ese juego. Algún día las Yasmynes del mundo triunfarían. O tal vez no, tal vez ella llegaría a ser mayor y una enfermedad como la de su padre se la llevaría. De cualquier manera, algún día ella estaría en el cajón y dependería de que sus parientes la cargaran.

Miró a sus hermanas. Si ellas eran las que la cargaran algún día, pensó, podría ser peor.

Con gemidos de esfuerzo, ella, Ren y Akeylah levantaron a Yasmin hasta el estante. La deslizaron en su sitio junto a su padre.

Para su sorpresa, Akeylah la sujetó de la mano, luego agarró la de Ren también. Zofi se extendió y enlazó su mano libre con la libre de Ren, hasta que se unieron en un círculo.

—Padre Sol, concédele a nuestra tía la entrada espiritual a tus tierras sagradas —murmuró Ren.

—Madre Océano, acepta su espíritu. Recíbela en una tierra donde su descanso sea apacible, sus pies estén secos y su alma no necesite nada. —La mano de Akeylah apretó la de Zofi.

Ella presionó los labios. Las únicas palabras que conocía eran de Viajantes. El modo de vida de su pueblo las hacía, por necesidad, poco sentimentales con los cadáveres. Al dejar la cáscara, se convertía en nada, solo una vaina vacía. Quemaban a los muertos en piras, después bebían, comían y cantaban hasta que solo quedaban cenizas. Luego lanzaban esas cenizas a los vientos y cantaban la oración de los Viajantes.

—Que las arenas tomen a Yasmin como parte de ellas. Que su polvo se una al de sus hermanos y hermanas. Que persiga aquello que su corazón desee, pero que sepa siempre, que sin importar cuán lejos viaje, su corazón siempre estará en casa.

Durante un momento, el único sonido fue la música en el exterior, *in crescendo*.

—Parece como si fuera nuestra culpa —susurró Akeylah.

—Nosotras no la empujamos —murmuró Ren.

—Bien podríamos haberlo hecho. —Zofi suspiró.

—¿Qué se suponía que debíamos hacer, dejar que ella nos empujara a esta tumba en su lugar? —La voz de Ren tembló.

—Claro que no. —Zofi aferró su mano con fuerza—. Hicimos lo

que teníamos que hacer. Pero no podemos evitar esta carga. Yasmin comenzó una guerra, sí, pero nosotras la terminamos. Contraatacamos. Solo porque teníamos que hacerlo no significa que no debiéramos sentirnos culpables. —Las arenas sabían que ella comprendía eso muy bien para ese entonces.

Ren no discutió. Solo volvió a inclinar su cabeza. Akeylah lo hizo también.

Solo cuando la música exterior concluyó, las tres giraron, en silencioso acuerdo. Una a una volvieron a emerger hacia la luz. En el cielo, la tormenta se había aclarado, las nubes de la tarde estaban abriéndose. El sol de la jungla brillaba más caliente que nunca. Zofi fue la última en salir y pudo sentir el húmedo aire caliente metiéndose en sus rizos, haciéndolos erizarse por doquier, como un arbusto salvaje.

Pero cuando Andros alzó las cejas en una pregunta implícita: *¿Cómo ha resultado?*, Zofi sonrió.

Ese podía ser un funeral para Yasmin. ¿Para ella? Eso era un renacer.

Akeylah

—**G**racias por reunirme contigo —dijo Akeylah al levantarse para dejar entrar a Rozalind al rincón que había encontrado. Se había cruzado con él una mañana, dos días después del funeral; la primera vez en cinco días que le habían permitido dejar su habitación. Madam Harknell había protestado cuando apareció, pero cuando Akeylah le pidió recomendaciones de lugares privados para leer, la bibliotecaria la había ayudado a llegar a ese hueco detrás de Guerra Naval.

«Pero no comiences a hacer travesuras inapropiadas aquí», le había advertido Harknell al alejarse balbuceando. «Esa última chica, pequeña criatura norteña, y su último joven lord...».

Akeylah tenía que admitir que podía ver el atractivo de ese sitio como rincón para amantes. Seguía la curva de la torre, por lo que formaba una habitación perfectamente circular, de solo un metro de circunferencia, rodeada por estanterías con sofás de cojines rojos por debajo. La única entrada era una angosta

abertura entre Guerra Naval y Numerología. Entrar era como deslizarse entre un revoltijo de libros.

—Por favor, siéntate. —Akeylah señaló el sofá. Rozalind sonrió y se acomodó en él.

—Qué formal. ¿Todo este tiempo alejadas ha hecho olvidarte de mí?

Eso quisiera. Si algo habían logrado cinco días de soledad en su habitación, solo habían hecho que los sueños sobre Rozalind fueran más indiscretos. Más dolorosos, dada su conversación con Ren en los jardines del cielo en la terraza.

Yasmin ya no estaba, eso era cierto. Pero eso no significaba que no tuviesen más enemigos allí. Habían derrotado a su amenaza personal, pero muchas personas aún deseaban ver caer a la corona. Estaba el asesino del Príncipe Plateado, que aún andaba libre. Estaban los rebeldes de Bahía Ardiente, rebeldes que hacían que la vida de Akeylah fuera mucho más difícil, solo por ser esteña.

Y estaba el pueblo de Rozalind. Genal. Que podía estar involucrado en algunas de esas conspiraciones, o en todas ellas, quién sabía en qué grado.

—Tenemos que hablar —anunció Akeylah, y se sentó junto a ella.

—Nada bueno sigue jamás a esas tres palabras. —Rozalind intentó una sonrisa burlona. Falló.

—No podemos seguir haciendo esto.

—Lo último que supe fue que no lo hacíamos —señaló—. Hemos estado encerradas casi una semana.

—Sabes a qué me refiero. Durante el Ascenso del Sol las personas estaban hablando. Solo los mares saben cuántos rumores habrán comenzado ya...

—Siempre habrá rumores, Akeylah. —Rosalind la tomó de la mano. La aferró con fuerza—. Sin importar lo que tú hagas. Sin importar lo que yo haga. Cuando las personas te odian simplemente por tu origen, tus padres, la forma de tu rostro, o por cómo llevas el pelo, no importa lo bien que te comportes. Creerán lo que quieran creer.

—Es cuando sus creencias son ciertas cuando se vuelve peligroso. —Akeylah tomó los delgados y delicados dedos de la reina en sus manos—. Rosalind, estás casada con *mi padre*.

—Tu padre es un hombre listo. Sabe que las chicas de mi edad no sueñan con casarse con alguien que les dobla en años. Y sus gustos no alcanzan a mujeres que podrían ser sus hijas. Hacemos lo que debemos por nuestros reinos, pero en privado, somos libres de seguir nuestros verdaderos deseos. —La aferró con más fuerza con esa palabra. *Deseo*.

El rostro de Akeylah se acaloró.

—Sin importar el acuerdo que tengáis, la opinión pública no cambia. Si los kolonenses creen que el matrimonio es una farsa

(o peor, si piensan que estás engañando a su rey) no dudarán en volverse en tu contra. Eso podría llevar a la guerra. Y, puedes imaginar si ese acólito hablara, si revelara tu secreto, acerca de tu capacidad de diezmarte...

—Él no hablará —dijo Rozalind, con tanta seguridad que Akeylah se sorprendió.

—¿Cómo puedes saber eso?

—No he pasado la última semana holgazaneando en mi recámara, sabes. Hablé con el acólito, le expliqué que el rey Andros no conoce el uso de las Artes Vulgares de Yasmin. Le dije que, cuando Andros confrontó a su hermana, ella saltó a su muerte antes de enfrentar su juicio. La búsqueda de su asesino es para guardar las apariencias, ya que el rey no quiere dañar el legado de su hermana ahora que ya no está. Naturalmente, nuestro devoto acólito lo comprendió. Él solo quería justicia. Con Yasmin muerta, la obtuvo.

Akeylah presionó sus labios, con fuerza.

—Pero si...

—Akeylah. Ya está bajo control. —Rozalind soltó su mano y tomó su cara en su lugar—. Con respecto a nosotras, hay formas de escondernos en público.

—Porque ser sutiles en público nos ha funcionado muy bien hasta el momento. —Akeylah intentó sonreír. Eso provocó dolor en su rostro. Rozalind rio débilmente.

—Es difícil esconder lo que siento por ti. —Luego enderezó sus hombros—. Pero puedo hacerlo. *Lo haré*, si es el único modo de estar contigo. Podemos encontrarnos aquí, en lugares como este. —Señaló el sitio recluso, el lugar más privado que Akeylah había podido encontrar.

Un sitio que ni siquiera era realmente privado, en donde Madam Harknell podría asomar su cabeza en cualquier momento.

Ni siquiera podían confiar en la propia recámara de Akeylah. Ren le había mostrado más de un rincón escondido desde donde podían escucharla. Pensar en esos huecos espías le dio a Akeylah la fuerza para mantenerse firme.

—Rosalind...

—Akeylah, sé también lo que sientes por mí. —Se inclinó hacia delante.

Ella la imitó hasta que sus frentes se tocaron, la fuerza que sintió un momento antes se desvaneció, como siempre lo hacía, frente a esta chica. Pasó su pulgar por la mejilla de Rosalind.

—¿Por qué no puedes hacerme esto fácil? —susurró.

—Porque tú me lo haces imposible —respondió en el mismo tono Rosalind. Después pegó sus labios a los de Akeylah.

Al igual que la primera vez, la habitación dio vueltas. El corazón de Akeylah saltó hasta su garganta, su cabeza, fuera de su cuerpo. Correspondió el beso, suave al principio, tan suave,

temerosa de romper el hechizo. Pero Rozalind aferró su pelo, la sujetó con fuerza, y Akeylah correspondió a esa furia. Rozalind le mordió el labio y ella se hizo atrás con un gemido.

Rozalind ya no era Rozalind.

«Veo que sigues siendo tan incompetente como siempre». Su padrastro, Jahen dam-Senzin, estaba sentado a su lado, con una terrible sonrisa en su cara.

Su cuerpo se quedó congelado. Su mente, también.

No es real, gritaba parte de ella. La parte que recordaba la historia de Zofi, rememoraba cómo había descrito su hermana la alucinación por Artes Vulgares.

El resto de ella era solo pánico.

«Siempre has sido inútil. Apenas podías limpiar apropiadamente una cocina. ¿Cómo, en nombre del Sol, esperabas vencerme a *mí*?». Alzó un puño y Akeylah se estremeció. Eso inspiró una grave risa en la garganta de él. «No te golpearé, pequeña. Bueno, no literalmente. Ya te he golpeado en cada aspecto importante». Sujetó algo de la estantería junto a su cabeza. El pesado libro cayó al suelo entre los sofás. «Al parecer, mi fecha límite no metió esto en tu dura cabeza, así que espero que esto lo haga. Comprende lo que les hago a mis enemigos. Eres una de ellos ahora».

Akeylah parpadeó. El rostro de él desapareció. Volvió a ser el de Rozalind, con el ceño fruncido de preocupación y las manos

aún sobre la cara de ella.

—¿Akeylah? ¿Qué sucede, puedes escucharme? Respira, Akeylah.

No se había dado cuenta de que no lo estaba haciendo.

Inhaló. Sus pulmones se ampliaron; todo su cuerpo cayó contra la biblioteca. Una vez que empezó a respirar, no pudo parar. Inhaló bocanada tras bocanada de aire, mientras Rozalind le bajaba la cabeza entre las rodillas, frotaba su espalda y la ayudaba a pasar por eso.

Cuando su cabeza dejó de dar vueltas y los puntos negros en su visión finalmente desaparecieron, Akeylah se enderezó.

El libro seguía en el suelo. Ella lo miró, luego a Rozalind y después al libro otra vez.

—Tú lo arrojaste —explicó la reina—. Estabas convulsionando.

Akeylah lo alzó. Era un libro delgado, sin nada particular. Cubierta roja y negra. *Canciones de amor de Kolonya: romances de reyes y reinas a través de los años*. Luego le dio la vuelta. La contratapa sugería que era una compilación de poemas y baladas, escritas por o para varios reyes y reinas de Kolonya, o sobre ellos.

El vello de su nuca se erizó. Pensó en la historia del acólito. En su recopilación de los últimos días de Casca. En las Artes Vulgares que Yasmin había llevado adelante. *Él dijo que estaba escondida en la biblioteca, en el libro que los reyes más quieren*.

Tal vez no había sido la locura hablando por él, después de

todo.

—¿Qué es eso? —preguntó Rozalind, con el ceño fruncido. Akeylah sabía que debía parecer loca. Acababa de tener una convulsión y en ese momento estaba mirando ese libro como si contuviera todas las respuestas del universo.

Pero tal vez las tuviera.

Abrió la cubierta. En el interior había un papel, amarillo por el paso del tiempo. Un extremo era irregular, como si hubiera sido arrancado de otro libro y colocado allí. Sus manos temblaron al extraerlo.

Su sangre combinada debe ser usada para sellar el efecto, una vez que la unión se haya realizado y dé su fruto. Cuando ambos se diezman de ese modo, el resultado debe ser el enlace de las mentes, inquebrantable, constante, permanente. Lo que uno sienta, sepa o piense, el otro lo percibirá, con la misma facilidad con la que la sangre bombea en sus venas.

Con este diezmo, dos se vuelven uno. Nada será secreto entre ellos. Todo conocimiento es compartido, todo pensamiento es conjunto.

Cuidado, este diezmo es a la vez una bendición y una maldición. Deja un eco imborrable, uno del que nunca se puede escapar, que no se puede bloquear o contener. Solo se debe hacer este esfuerzo por alguien en quien se tenga absoluta confianza.

Se recomienda remover el fruto de la unión una vez que sea creada. De otro modo, si se conserva, crecerá como un eco adicional, magnificado por el tiempo y la edad.

Esas eran las últimas palabras impresas. En los márgenes, sin embargo, alguien (presumiblemente Casca) había hecho anotaciones.

No se consideraba un Arte Vulgar al ser descubierta (fecha: 5-15 D. R., ¿aprox?).

Agregada a las Artes Vulgares en el reino de Gellian (fecha: 112 D. R., ver: Tratado sobre las Artes Prohibidas, Vol. III).

Yasmin y Andros quieren ser unidos.

Comprenden que nunca volverán a tener un pensamiento privado. Vale la pena para comunicarse durante la guerra.

Información adicional: funciona mejor en parientes, pero puede practicarse en parejas sin relación también. Conservo esta nota como registro personal, para legarla a mi aprendiz en mi partida. Recomiendo que este diezmo sea revisado en el futuro, posiblemente reinstalado como Arte de Sangre más que como maldición de las Artes Vulgares. Se harán más anotaciones conforme los sujetos avancen con la unión.

Akeylah releyó la página una y otra vez, segura de que había entendido mal. Pero no. La alucinación que acababa de tener probaba lo que se temía; el extorsionador seguía allí. Esa carta solo confirmaba la prueba. Yasmin no podía ser la que estaba tras ellas.

—Eco —dijo Rozalind. Akeylah casi había olvidado que ella estaba allí—. Así es cómo Andros solía llamar a Yasmin. Su eco. Pensé que lo decía porque era su melliza, pero...

Repentinamente, todos los pequeños momentos que Akeylah había visto entre ellos encajaron en su sitio. La forma en que habían inclinado sus cabezas al mismo tiempo. Cómo terminaban las oraciones del otro en voz alta.

El grito de Andros cuando empujaron a Yasmin, mucho antes de que nadie más lo supiera. Él pudo sentirlo. Él sentía todo lo que ella sentía, lo que veía y escuchaba. Lo que implicaba que Yasmin no podía haber sabido de sus secretos. O Andros los habría sabido también.

Rozalind tenía el ceño fruncido.

—Así que estaban, ¿qué? ¿Unidos telepáticamente? ¿Las Artes pueden hacer eso?

—Las Artes Vulgares pueden, al parecer. —Akeylah se levantó de su asiento y guardó el papel en su bolsillo.

—¿A dónde vas?

—Tengo que encontrar a mis hermanas.

Quienquiera que fuera su extorsionador, seguía allí afuera.

Florenxia

Ren descansó su cabeza contra los azulejos de los baños. Gracias al Sol. Al fin, un sitio donde aclarar su mente y procesar los días pasados.

El funeral, dos días atrás, había hecho que finalmente todo fuera real. Yasmin se había ido de verdad. Y, por más culpable que pudiera sentirse por haber estado involucrada en la muerte de la condesa, eso significaba que ella y sus hermanas eran libres.

Libres para mirar hacia adelante. Libres para dar el siguiente paso en sus caminos. Libres para concentrarse en sus lecciones, en sus estudios junto al rey. Libres para sacar el mayor provecho de ese tiempo mientras durara, para aprender todo lo que pudieran.

Libres para descubrir qué decisión tomaría él tarde o temprano. Cuál de ellas quería que fuera su heredera. Cuál de ellas usaría la corona cuando él muriera.

Curioso. Ren había comenzado con todo eso pensando que sería ella, con los ojos cerrados. Digna hija de su madre, había planeado vencer a sus hermanas en la búsqueda de la corona. Hacer todo lo que fuera necesario para ganar. Aunque también había asumido que sería sencillo: una Viajante y una esteña no tenían posibilidades contra una kolonense, pensaba.

¿Ahora?

Ahora ni siquiera estaba segura de que ella misma fuera la mejor elección. Y, si por casualidad su padre la elegía para seguirlo, Ren no estaba segura de poder sentarse en un trono sin tener a sus hermanas a cada lado.

Tal vez nunca llegarían a comprender por qué Yasmin había saltado. Por qué había preferido la muerte antes que encarar a sus demonios. Tal vez estuviera cansada de todas las mentiras. Tal vez no quería ver la expresión en el rostro de su mellizo cuando descubriera lo que le había ocultado. Había mentido con tantas cosas. Había guardado secretos; secretos de sus hijas además de los propios. El asesinato que había cometido, las Artes Vulgares que había usado, para lo que fuera que las hubiera usado...

Ren llevó sus rodillas al pecho y las abrazó. Tenía tantos misterios de los que preocuparse...

Las esencias a menta y junípero se expandían en el vapor esa tarde. Eso la relajaba, hacía que sus ojos pesaran. Pronto, su

cuerpo parecía pesado también. Resbaló un poco más, dejó que el agua alcanzara su cuello, su barbilla.

Pensó en los recortes en el Ascenso del Sol. Parecieron funcionar. Nadie se había quejado demasiado y la comida sobrante mantendría a personas, como ese granjero que conoció, alimentadas durante semanas. Con algo de suerte, eso les daría tiempo suficiente como para encarar el siguiente problema: cómo curar la plaga de los granos.

Si podían superar un problema como ese, bien, entonces tal vez solucionar las cosas en la Región Este no sería tan imposible como sonaba. Akeylah tenía algunas buenas ideas sobre la rebelión; acerca de lo que podría estar impulsándolos. Si podía implementar otros cambios, cambios como hacer recortes en toda Kolonya para ayudar más a la Región Este, tal vez podría evitar que ocurriera otra Bahía Ardiente.

Se le cerró el estómago. *Mil ochocientos cincuenta y cuatro*. No había pensado en ese número en días. No había sentido esa culpa, porque había estado demasiado distraída por todo lo demás. Todas las demás preocupaciones, miedos, batallas.

Había estado muy concentrada en derrotar a Yasmin. Pero ¿no era ella tan mala como la condesa, sino peor? Yasmin había asesinado a un hombre. Ren, a cientos.

Se hundió un poco más en el agua.

Su cuerpo era tan pesado... tan débil. Cansado.

Su visión se nubló. Parpadeó y, durante un momento, pareció que el agua ya no tenía el color del baño, sino un azul profundo. El color del océano, o eso había escuchado. Nunca lo había visto en persona.

Intentó mover sus piernas. En su lugar, se descubrió hundiéndose más. El agua subió por su mentón. Después, por sus labios. Luego, su boca.

Parpadeó. El agua siguió siendo de color azul profundo. En la superficie se mecían diminutas embarcaciones kolonenses. Ella nunca había visto una flota, nunca había visto un bote más grande que una canoa de remo en el río Leath. Pero había visto pinturas, dibujos de la legendaria flota de Kolonya, que solía atracar en la desembocadura del río Leath, en el Golfo del Gran Gato, en la Región Sur.

Los botes del baño parecieron crecer. Las paredes de la habitación se desvanecieron. Las embarcaciones se hicieron más grandes, sus enormes cascos hechos con madera de los árboles de la jungla de allí mismo, en Kolonya, que luego navegaba en barcazas hacia el puerto en el sur, en donde el río Leath se abría hacia el mar Cradle. En donde el agua era lo suficientemente profunda como para construir grandes embarcaciones, cada una cargada de docenas de hombres y de cañones.

Uno de esos enormes botes pareció tragársela.

Sentía que estaba de pie en las entrañas del bote. Se mecía suavemente. A su alrededor, Talones, algunos vestidos de uniformes, otros completamente desnudos, roncaban en hamacas que se balanceaban con el movimiento.

Era una noche tranquila. Sin peleas.

Porque así no era como esos hombres habían muerto.

En la otra esquina, los pocos Talones que seguían despiertos, estaban jugando. Brindaron con sus cervezas, hicieron una broma. Sus risas murmuradas se esparcieron por la cabina oscura.

Esos eran los soldados de Bahía Ardiente, en los albores de una revolución.

Al día siguiente, Ren lo sabía, planeaban desembarcar en Davenforth. Era un pequeño pueblo adormilado, sin consecuencias. Solo otra ciudad esteña y pequeña. Solo que esa ciudad había decidido refugiar a líderes rebeldes. O al menos no los había expulsado cuando habían pedido ayuda para esconderse de los Talones que marchaban por la Región Este buscándolos.

Al día siguiente, esas embarcaciones planeaban cargar sus cañones contra el castillo del alcalde, erguido en la ventosa colina al límite de la ciudad. Al día siguiente, esos soldados esperaban emerger desde sus somnolientas literas en la cabina hacia las playas y lanzarse hacia la ciudad.

Estaban allí para matar traidores. Irían contra cualquier persona que pudieran encontrar.

Ren extendió una mano para tocar al Talon más cercano, que seguía durmiendo. Descubrió que no podía moverse.

Aún podía ver, sin embargo. Aún pudo oler la pólvora en el aire y escuchar un estruendo ensordecedor.

Estaba tan oscuro...

«¡Fuego! ¡Fuego a estribor!».

Las personas se arrastraron a su alrededor. Ren intentó seguirlas, hacia las escaleras, pero no pudo moverse mientras la embarcación a su alrededor explotaba. Volaron fragmentos de madera. Volaron cuerpos, también; partes de ellos, en realidad. Ren sintió un líquido cálido en sus mejillas. No era el agua del baño. Olía a azufre y cobre.

El sonido de la embarcación viniéndose abajo era ensordecedor. Lo sintió en sus huesos; un repentino desgarró en el mundo. Las tablas bajo sus pies se abrieron y después ella quedó libre, a cielo abierto, respirando fuego y viendo un mar de miseria.

El bote se había abierto en dos. Una mitad se hundía frente a ella, con hombres que gritaban y saltaban desde los mástiles, hombres rojos saltando en olas más rojas aún.

Volaban llamas desde cada madera que permanecía a flote. Su mitad del bote se hundió más. Tan lento como para darle

tiempo de mirar alrededor. Para ver cómo las demás embarcaciones en la distancia enfrentaban el mismo destino.

Cuando las heladas aguas de la Bahía Davenforth finalmente rodearon sus tobillos, sus rodillas, sus muslos, alguien sujetó su mano.

Ren bajó la vista. Encontró a un soldado que se aferraba a ella como a un salvavidas.

«Tú has hecho esto», dijo, con los dientes rojos de sangre. Había recibido un disparo. Ella notó un rastro de sangre que salía de su torso, hacia las olas que golpeaban más alto alrededor de sus cuerpos.

El agua alcanzó su estómago. Su pecho.

«Yo... Yo no...». Sacudió su mano, intentó liberarla. *Esto no es real. Estoy en casa, en los baños. Estoy a salvo.*

«Tú has hecho esto, Florencia. Tú nos has asesinado a todos». Él escupía al hablar. Su sangre salpicaba las mejillas de Ren. Se unía con la sangre de sus camaradas, que teñía su cara, su cuerpo, sus manos. Tanta sangre...

Abrió su boca para responder. Para discutir. Pero el agua ya estaba en su cuello, en su mentón. Cerró su boca al ser tirada hacia abajo. Durante un momento aún pudo ver el naufragio. Las profundas aguas negras de la bahía, encendidas por las llamas sobre ella.

Luego los baños regresaron. Con los azulejos de mármol,

radiantes rayos de sol sobre las paredes.

Gracias al Sol.

Intentó levantarse.

Seguía sin poder moverse.

Sus brazos eran de plomo. Sus piernas eran de piedra. Todo su cuerpo pesaba, parecía hecho de plomo. Abrió la boca para gritar, después se dio cuenta de su error. Se filtró agua por sus labios, bajó por su garganta y hasta sus pulmones. Entró por sus fosas nasales, invadió cada resquicio que encontró.

Volvió a escuchar una voz. Una voz que reía. No al hombre que se había aferrado a ella en el bote que se hundía. Era una diferente esta vez. Más suave. Más gentil.

«Así es cómo los has hecho sentir», canturreó la voz. Ella no podía descifrarla. Si era masculina o femenina, vieja o joven. Era algo entre medio, un sonido de nada.

Porque está en mi cabeza.

«Te dije que te marcharas. Te lo advertí. Tenías hasta el Ascenso del Sol, ¿no te lo expliqué?». Un suspiro.

Ren intentó ir hacia la luz otra vez. Sus brazos eran tan pesados. Tan imposibles de levantar...

«Debería dejar que te ahogaras como esos pobres soldados y marinos. Es una forma terrible de morir. Lenta. Dolorosa».

Logró cruzar los brazos sobre su estómago. Enterró una uña en la suave piel de su muñeca. Intentó abrirla, diezmarse. En su

lugar, la uña se dobló, suavizada por el agua, demasiado débil para cortar.

«La clase de muerte que una impostora como tú merece».

Su pie resbaló sobre algo. Un azulejo. El fondo de los baños. Enfocó toda su energía en ese músculo. En ponerse de pie.

Fue inútil.

Las luces comenzaron a titilar. A oscurecerse.

«Es hora de que yo me haga con tu puesto».

A pesar del calor en el ambiente, todo el cuerpo de Ren estaba frío. Frío, pesado y condenadamente inútil. ¿Era aquello cierto? Quizá tenía razón. Ella se lo merecía. Se merecía morir como los hombres a los que había asesinado.

«Es hora de que el verdadero heredero se haga con su puesto».

La oscuridad se extendió.

Agradecimientos

Diez años, doscientas treinta cartas de rechazo (y contando) y siete novelas archivadas me han dejado una gran cantidad de personas a las que debo darles las gracias ahora que mi primogénita ha salido finalmente al mundo, así que, por favor, sed pacientes.

Mamá, gracias por ser mi primera fan y primera crítica. Lamento esa ocasión, cuando tenía seis años, en la que te dije que quería escribir ficción porque el periodismo no era verdadera escritura. Me alegra mucho haber heredado tu amor por las palabras.

Papá, gracias por transmitirme tu salvaje imaginación. Tus historias a la hora de dormir pueden haberme provocado una fobia de por vida a los hombres lobo, pero también me inspiraron a comenzar a crear mis propias historias extrañas.

A mi agente, Bridget Smith, quien creyó en mí hace años, cuando aún estaba escribiendo sobre una Nueva York distópica e inundada; gracias por poner a prueba cada una de mis descabelladas ideas, por animarme en cada rechazo y acuerdo con editoras y, en especial, por animarme siempre con mis romances homosexuales más que nadie.

Al equipo Alloy: Annie Stone, Joelle Hobeika, Joshua Bank, Eliza Swift, Hayley Wagreich, Sara Shandler y Viana Siniscalchi. Gracias por el interminable océano de notas, por apegarse a *Rule: tres secretos mortales* a través de sus muchas repeticiones y, más importante, gracias por escogerme para ayudar a diseñar este mundo.

A Little, Brown (Pam Gruber, quien moldeó la horrible masa de arcilla como la que comenzó este libro en una novela legible), a Hanna Milton, Annie McDonnell, Allie Singer, Erika Schwartz y Marcie Lawrence (¿cómo supiste que a mi adolescente gótica interna le encantaría esa cubierta?), y a todos los que ayudaron a que *Rule: tres secretos mortales* saliera al mundo; estoy eternamente agradecida de que confiaseis en este libro.

A mis profesores de escritura, Rachel Simon, quien me ayudó a Reescribir (con R mayúscula); Donna Jo Napoli, quien me animó a escribir una novela YA para mi tesis de Lingüística (el trabajo de tesis más divertido del mundo, por cierto); y Elizabeht Mosier y Catherine Gilbert Murdoch. Gracias por ser mis modelos cuando más os necesitaba.

A todos los que alguna vez me rechazaron, sinceramente, gracias. Las devoluciones, el aliento e incluso los rechazos de agentes o editores que simplemente no conectaron con mi estilo, me inspiraron a presionarme más, a escribir mejor, a seguir intentándolo.

A todos mis compañeros de críticas a través de estos años: Corrie Wang, Lindsay Smith, Elliot Wake, Kyla Buckingham, Molyneaux Matthews, Ghenet Myrthil, Lindsay Neff, Justine Champine, Allison Goldstein, Jodi Harawitz, Ora Colb, Clara Moskowitz, Heather Walters, y a todos los que han leído uno de mis libros y me han dado devoluciones constructivas, que son al menos la mitad de las personas que conozco en el mundo... gracias a todos. Cada pequeño detalle me ha ayudado más de lo que podría expresar.

A Natasha Sanders, mi compañera de cómics, gracias por tener el mismo gusto en historias espeluznantes que yo, por enseñarme cómo colaborar entre disciplinas artísticas y por todas tus ilustraciones (las preciosas y las desagradables también).

Rebecca Friedman, gracias por mantenerme lucrativamente empleada mientras yo recorría el mundo escribiendo esto.

A tantas personas en el mundo editorial de Nueva York, incluida Ellen Wright, Zoraida Córdova, Susan Graham, Brigid Black, Heidi Heilig, Ashley Woodfolk, Jordan Hamessley, Enrica Jang, Dahlia Adler, Erin Schneider, Rebecca Yeager, Rachael Ballard; gracias por escribir conmigo, trabajar conmigo, descargarnos sobre un vaso de whisky, o por, simplemente, dejarme esconderme vergonzosamente detrás de vosotras en eventos sociales. Una mención especial a mi primer jefe, Al

Cascio, por fingir no notar que obviamente escribía novelas durante las horas de oficina.

Kristin Romanias, Eva Bastianon, Shunan Teng, mi compañero Mawrtyrs, mis secuaces de Wiley (en especial Julie Sturgeon, Amy Molnar y Jean-Karl Martin), mis bichos raros de Internet; a todos mis amigos que me soportan a diario, son joyas de la humanidad y os quiero muchísimo.

Kevin, Emily, Andrew, John; solo puedo maldecir a uno de vosotros con las Artes Vulgares, pero todos sois mis hermanos. Gracias por las aventuras en el patio trasero y los misterios de asesinatos nocturnos, pero más que nada por ser las raíces a las que siempre puedo volver sin importar lo lejos que me aventure. (Y Emily, gracias por tomar la custodia de los demonios mientras estoy en dichas aventuras).

A D'dary y Hive, gracias por las risas, por apoyar y por ser las (muchas) otras mitades de mi cerebro disperso. (Cia, gracias por prestarme tu nombre).

Meraki, gracias por ser de los primeros en animarme con la escritura de este libro y mi sistema de apoyo siempre que me hundía demasiado en las revisiones y olvidaba comer o salir. No podría haber escrito esto (o sobrevivido al último año) sin vosotros. (Cariño extra para Neha Rathore por la épica fotografía de autor).

Finalmente, gracias a vosotros. A cada una de las personas

que estáis leyendo esto. No importa que os encante, que lo odiéis o que lo uséis como papel higiénico (eh, lo entiendo, situaciones desesperadas...), gracias por recorrer este camino conmigo. Ha sido el sueño de mi vida compartir mis historias con el mundo, y vosotros, lectores, sois los que habéis hecho realidad ese sueño.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK

